

LÍDERES EN GUERRA: HITLER, STALIN, CHURCHILL, DE GAULLE

**Aníbal Romero
(1978)**

“Todo lo que es decididamente interesante ocurre en las sombras. Uno no sabe nada acerca de la verdadera historia de los hombres.”

Louis Ferdinand Céline:
Voyage au bout de la nuit

ÍNDICE

Introducción: Evolución del pensamiento militar entre las dos guerras mundiales

Capítulo I: HITLER

1. El Político y el Aventurero
2. El Programa Político de Hitler
3. El Concepto de Blitzkrieg
4. Hitler como Jefe Militar
5. La Invasión a la URSS

Capítulo II: STALIN

1. El Hombre de Acero
2. La Transformación de la URSS
3. Stalin como Jefe Militar
4. La Revolución Traicionada

Capítulo III: CHURCHILL

1. La Vocación Política
2. Los Dilemas del Poder Insular
3. Los Dilemas de un Conservador
4. El Estratega

Capítulo IV: DE GAULLE

1. El Proyecto de Vida
2. El Profeta Militar
3. El Espacio de la Guerra
4. La Política como Arte

INTRODUCCIÓN

EVOLUCIÓN DEL PENSAMIENTO MILITAR ENTRE LAS DOS GUERRAS MUNDIALES

1.- LECCIONES MILITARES DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Imágenes de la Guerra antes de 1914

Durante la segunda mitad del siglo XIX, novedosos desarrollos tecnológicos en la elaboración de armamentos comenzaron a ejercer un impacto gradual en el arte de la guerra. Los principales conflictos bélicos que tuvieron lugar en las décadas inmediatamente anteriores al estallido de la Primera Guerra Mundial: la guerra civil en Estados Unidos, la guerra franco-prusiana de 1870-71, la guerra ruso-turca de 1877-78, la «guerra de los Boers» de 1899-1902 y la guerra ruso-japonesa de 1905 arrojaron en su conjunto importantes lecciones que en general pasaron desapercibidas para los Estados Mayores militares de los poderes en pugna entre 1914 y 1918. La más crucial de esas lecciones se refería al creciente poder de la defensa sobre el ataque debido a la invención de nuevas armas como la ametralladora, el fusil de repetición y la artillería de fuego rápido, así como también al uso extensivo de las trincheras que reducía radicalmente la eficacia de los ataques frontales y la utilidad de la caballería.

La incapacidad de los estrategas militares europeos responsables de las doctrinas de guerra y de la planificación en la Primera Guerra Mundial no puede atribuirse a una falta de información sobre las experiencias bélicas mencionadas, ya que numerosos participantes y observadores de las mismas hicieron públicos sus análisis sobre el poder de las nuevas armas y las ventajas que otorgaban a la defensiva. Invenciones como el aeroplano, el submarino, el automóvil, el radio, etc., presentaban problemas especiales y bastante novedosos para el arte militar, pero las transformaciones tecnológicas en las armas de infantería y en la artillería no presentaban tales dificultades de asimilación. Los nuevos fusiles podían ser disparados hasta 20 veces por minuto; ametralladoras pesadas como la Maxim de 1883 alcanzaba entre 200 y 400 disparos por minuto, y nuevas piezas de artillería eran capaces de disparar proyectiles más poderosos que cualquiera de sus antecesores hasta 10 veces por minuto.

Las distancias que las nuevas armas podían cubrir eran también más extensas. En el siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX las guerras se llevaban a cabo con mosquetes y cañones de corto alcance, difíciles de recargar y por lo tanto de acción muy lenta. En esas condiciones, si el atacante lograba la superioridad numérica en áreas claves para el ataque era bastante probable que obtuviese el éxito en la medida que las tropas se desempeñaran con suficiente determinación. Las nuevas armas, con su velocidad de tiro y su mayor alcance cambiaron paulatinamente esta situación hasta fortalecer en forma decisiva la defensa.

Las razones que explican las fallas en el pensamiento militar europeo antes de la Primera Guerra Mundial, y el exagerado culto a la ofensiva que se desarrolló en

diversos países, hay que buscarlas en la naturaleza expansionista de la política exterior de las potencias de la época y en las exigencias que ella imponía a los establecimientos militares. Las metas expansionistas de las potencias europeas, y particularmente de Alemania, implicaban el diseño de una estrategia ofensiva. Las doctrinas militares oficiales tenían que estar en armonía con el carácter de las políticas a las que iban a servir como instrumento. Por otra parte, el exacerbado nacionalismo, pleno de distorsionadas concepciones sobre «superioridad racial» y otros mitos del darwinismo social, influyeron grandemente en las teorías militares, que incorporaron la idea de que «el ataque es la mejor forma de defenderse» y la ofensiva a ultranza la única doctrina de guerra apropiada para una nación consciente de su dignidad.

Los partidarios de la ofensiva no ignoraron del todo los problemas creados por las nuevas armas en el campo de batalla, pero asumieron que la voluntad, la energía, la decisión y el coraje de los hombres se sobrepondrían a las dificultades, imponiéndose finalmente en ataque frontal. El impacto de estas ideas fue particularmente acentuado en Francia, y una de sus más extremas expresiones se encuentra en el libro del coronel Ardant Du Picq titulado Estudios de Batalla, que tuvo gran influencia entre la oficialidad francesa antes de 1914. Du Picq, así como otros promotores de las tácticas ofensivas, comprendía que debido a los problemas creados por el poder de fuego de las nuevas armas se hacía más difícil para los oficiales conducir a sus hombres en batalla abierta. Su conclusión fue que sólo la «energía interna» de un todopoderoso «espíritu ofensivo» podía dar movilidad y capacidad de ataque a los ejércitos de masas. El problema de la motivación psicológica del soldado común y corriente ocupa lugar primordial entre las consideraciones de Du Picq, quien sostuvo que un ataque tiene éxito cuando los defensores del bando opuesto se convencen, abrumados por el arrojo y heroísmo de los atacantes, que su fuego no puede detenerlos. La conquista de ese arrojo a toda prueba es entonces requisito indispensable para la victoria.

En la obra de Du Picq, el análisis científico de la batalla en las nuevas condiciones tecnológicas es en gran parte sustituido por la propaganda y los slogans acerca del «élan», del «espíritu de combate» y el arrojo característico del soldado francés. La escuela de pensamiento militar francesa promotora de la ofensiva a ultranza se inspiró en Du Picq y encontró en el General Foch a su máximo exponente. Foch sostuvo que «cualquier mejoramiento en las armas de fuego resulta en última instancia en el fortalecimiento de la ofensiva»¹. Oficiales como Du Picq, Foch y sus discípulos tomaban poco en cuenta el comprobado efecto de la nueva tecnología de armamentos y se concentraban en la movilidad de los ejércitos sin formularse una pregunta clave: ¿cómo hacer físicamente posible la movilidad de las tropas bajo el fuego de las armas modernas?; ¿qué ocurriría si los defensores se atrincheraban para disparar desde posiciones guarnecidas?

1. Véase Theodore Ropp: War in the Modern World, Collier Books, N. Y., 1971, pp. 216-217.

Como lo había demostrado la experiencia de varias guerras, en una situación tal la mayoría de los disparos hechos por los atacantes desde campo abierto contra las trincheras se perderían; en cambio, los disparos de los defensores extraerían un altísimo costo en bajas a sus adversarios.

Este escenario, de ataques a campo traviesa destruidos por las armas de repetición y por la muralla infranqueable de las trincheras, fue claramente descrito por un autor polaco cuya obra: *El Futuro de la Guerra*, constituye una excepción dentro del pensamiento estratégico en el período precedente al estallido de la guerra. Iván Bloch no era un militar profesional, sino un banquero; no obstante sostenía que «las conclusiones a que llegan los expertos militares no son de ninguna manera inaccesibles a otras personas». De sus lecturas de los escritos de estrategias de la época, así como de sus propias investigaciones, Bloch concluyó que los nuevos desarrollos tecnológicos en las armas de fuego habían resultado en: a) la apertura de las batallas desde distancias mucho más amplias; b) la disgregación de las formaciones en el ataque; c) el fortalecimiento de la defensa; d) el crecimiento en la extensión global del campo de batalla, y e) el aumento en el número de bajas².

Bloch fue uno de los pocos que apreció el escaso realismo de los partidarios de la ofensiva a ultranza al estilo de Foch; sin embargo, a pesar del carácter a la vez acertado e incisivo de sus conclusiones, la obra de Bloch permaneció en general ignorada. Su muerte en 1902 le impidió analizar las experiencias de la guerra ruso-japonesa de 1905 la cual confirmó en buena parte sus planteamientos.

Foch y Bloch pueden considerarse representantes de las dos posiciones extremas de la controversia ofensiva-defensiva anterior a la guerra mundial. Por un lado, el énfasis de Foch en la superioridad de la ofensiva llevó a sus más ardientes discípulos a argumentar que las críticas a esa tesis eran signo de debilidad moral y de incapacidad psicológica para el mando. Por otro lado, Bloch, hondamente convencido de la veracidad de sus postulados concluyó que los costos humanos y materiales de una conflagración general serían tan altos que «la guerra se había hecho imposible».

Desde cierto punto de vista Bloch tenía razón: en vista de sus costos probables, la guerra se había hecho «imposible» como acto racional de la política de los Estados participantes. El problema estaba en que, con muy escasas excepciones (entre las que se cuenta Lord Grey, Secretario británico del Exterior), los líderes políticos y militares que tomaron las decisiones de ir a la guerra en 1914 nunca imaginaron que los costos del conflicto serían tan extraordinariamente elevados, y que sus consecuencias políticas serían tan catastróficas para los poderes beligerantes.

2. Ibid., p. 219.

La Primera Guerra Mundial condujo al derrumbamiento de tres de los imperios participantes, los imperios alemán, ruso y austro-húngaro, y al debilitamiento de los imperios francés y británico. La guerra fue igualmente uno de los detonadores de la Revolución Rusa y el acontecimiento que marcó el inicio de la decadencia de Europa como el principal centro de poder en el mundo.

A los hombres no nos es dado prever el futuro, no obstante, preguntas como ésta tienen un sentido: «¿Cuál de los ministros que declararon la guerra en agosto de 1914 no hubiera retrocedido horrorizado si hubiese visto el estado del mundo en 1918, para no decir nada del estado actual?»³. Su sentido se encuentra en que estimulan la búsqueda y el análisis de los errores, de las fallas, de las omisiones, y también de los aciertos en las perspectivas de los hombres acerca del futuro y en los presupuestos en base a los cuales alcanzan una determinada decisión. Durante la primera década de este siglo se extendió en Europa la creencia de que ningún país podría sostener económicamente una guerra larga, que este tipo de guerra conduciría al «colapso de la civilización» y a la revolución y la desintegración social; por lo tanto, la guerra debía ser corta, y todos los Estados Mayores militares de la época elaboraron planes para una guerra de corta duración y decisiva. Políticos y militares no se plantearon, antes de 1914, que la guerra duraría cuatro años sin detenerse a pesar de sus enormes costos. Existía la convicción de que la guerra tendría que ser corta, y esto demuestra que los líderes políticos y militares de la época no estaban totalmente ciegos ante las posibles consecuencias de un conflicto. Su error crucial estuvo en la subestimación de las potencialidades de la nueva tecnología armamentista, y en la distorsión de la estrategia por una política expansionista y por una ideología nacionalista que consideraba la ofensiva no como un instrumento militar de valor relativo sino como el terreno de pruebas de la dignidad de un país.

Los Planes Militares y su Ejecución

Los planes militares de los principales poderes continentales en pugna, en particular el «Plan Schlieffen» del Alto Mando alemán y el plan XVII del Estado Mayor Francés, eran por naturaleza ofensivos y dirigidos al logro de una victoria rápida y decisiva.

Según los jefes militares alemanes, la posición central de su país en el continente europeo hacía indispensable la búsqueda de una rápida victoria en uno de los frentes de guerra, lo cual permitiría trasladar a tiempo las fuerzas armadas a un segundo frente.

3. H. A. Kissinger: Un Mundo Restaurado, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, p. 17.

El Estado Mayor alemán se había convencido desde 1890 que no era posible obtener un triunfo rápido ante Rusia en el frente oriental, por lo tanto se hacía necesario concentrar inicialmente el grueso de las fuerzas contra Francia en el frente occidental. La evolución gradual del plan dirigido a derrotar a Francia en seis semanas fue fundamentalmente la obra del Conde Schlieffen, Jefe del Estado Mayor alemán entre 1891 y 1906. Su proyecto comprendía la concentración de las fuerzas alemanas en el flanco derecho, ante Bélgica y Holanda, para descender contra Francia en una clásica maniobra envolvente y capturar París. Los flancos central e izquierdos del despliegue alemán permanecerían provisionalmente débiles, y sólo algunos contingentes serían enviados al frente oriental para contener a los rusos, los cuales serían destruidos después de la caída de Francia.

El «Plan Schlieffen» tomaba en cuenta, aunque sin resolverlos, dos riesgos: en primer lugar, la posibilidad de una rápida ofensiva general rusa, que se materializase antes de la derrota de Francia; en segundo lugar, la posibilidad de una penetración francesa a través del flanco izquierdo alemán en occidente, que era relativamente débil. Schlieffen confiaba en la capacidad de sus fortificaciones para contener esos ataques, hasta que su maniobra principal dislocase totalmente al ejército francés.

El sucesor de Schlieffen, general Von Moltke, alteró algunos de los detalles del plan redactado en 1905, mediante la cancelación de la ofensiva a través de territorio holandés y el fortalecimiento del flanco izquierdo alemán. Luego del fracaso de 1914 Von Moltke fue duramente criticado por estos cambios, pero lo cierto es que el mismo Schlieffen había experimentado cambios crecientes sobre sus proyectos de ataque, a medida que comprendió la verdadera magnitud de los problemas logísticos, de aprovisionamiento y movilización de tropas que sólo había resuelto en abstracto. De hecho el éxito del plan dependía de numerosas suposiciones acerca de las posibles reacciones del adversario y dejaba de lado importantes consideraciones logísticas. De acuerdo al historiador británico Edmonds, los proyectos de Schlieffen «eran arrogantes y se basaban en un injustificado menosprecio de sus adversarios. Alemania no poseía suficientes tropas para llevarlos a cabo y deben por lo tanto ser juzgados severamente, como errada estrategia»⁴.

En 1913 el general Joffre, jefe del Estado Mayor Francés, adoptó el así llamado «Plan XVII», que postulaba una ofensiva para penetrar el supuesto sector central del despliegue militar alemán y paralizar las comunicaciones del ejército enemigo. Sus fundamentos eran los mismos que los del Plan Schlieffen: la importancia de la ofensiva estratégica en una guerra corta, y se distinguía por su exaltado espíritu ofensivo. En sus órdenes, el general Foch, otro de los jefes militares franceses, enfatizaba que «Todos los ataques deben ser llevados hasta el límite con la firme resolución de ir hacia el enemigo y destruirlo con las bayonetas...., aún al precio de sangrientos sacrificios. Cualquier otra concepción es contraria a la naturaleza misma de la guerra»⁵

4. J. E. Edmonds: A Short History of World War I, London, 1951, pp. 910, 17-18, 26.

5. Citado por Rolf, ob cit, p. 229

El Plan XVII estaba condenado al fracaso en vista de que sus disposiciones en cuanto a la distribución real de las fuerzas alemanas eran totalmente erradas. El plan francés colocaba la mayor concentración de fuerzas frente al flanco izquierdo alemán, y dejaba contingentes reducidos a lo largo de la vulnerable frontera belga que sería la que finalmente iba a soportar el peso principal del ataque.

Ambos bandos entraron en batalla convencidos de que la guerra duraría pocas semanas. Los alemanes creían que el Plan Schlieffen les llevaría a derrotar prontamente a Francia y volcar de inmediato sus fuerzas sobre Rusia antes de que el Zar hubiese logrado la movilización total de sus tropas. Los aliados anglo-franceses compartían ese optimismo y esperaban que el Plan XVII les conduciría a Berlín en cuarenta y cinco días. Los rusos también confiaban en su capacidad de marchar hacia Berlín desde el este a través de Prusia oriental. Las visiones predominantes de la guerra, de la estrategia y la táctica eran aún «napoleónicas»: la llave de la victoria estaba en concentrarse en el punto decisivo y utilizar la superioridad numérica para obtener el triunfo.

Mas la guerra no terminó en seis semanas sino que se extendió por cuatro años hasta quebrar el poder de Europa, en una atroz conflagración que nadie antes de 1914 había imaginado en toda su ferocidad y amplitud. Las razones de esta extensión del conflicto fueron diversas; en un principio se enfatizó la ineptitud de los principales comandantes militares en los distintos teatros de guerra. En Alemania, Von Moltke fue criticado por errores que supuestamente habían impedido el logro de una rápida victoria. En primer lugar, Von Moltke había establecido su cuartel general lejos de los frentes de batalla, lo cual hizo imposible mantener una perspectiva clara y un control adecuado de los acontecimientos. En segundo lugar, Von Moltke dio a sus subordinados excesiva libertad de acción, lo cual comprometió la rigidez de ejecución exigida por el Plan Schlieffen. Por último, quizás el más crucial error de Moltke fue su decisión de enviar, apenas comenzada la contienda, importantes contingentes destacados con las fuerzas de choque que atacaron Francia al frente oriental, en respuesta a las informaciones de una rápida movilización rusa. En este sentido, el Plan Schlieffen «falló en buena parte debido a que los comandantes alemanes se asustaron. Enfrentados a los avances rusos hacia el este de Alemania, ordenaron el envío de refuerzos desde el frente occidental, debilitando así su poder ofensivo en un momento clave. La ironía de la situación estuvo en que estos refuerzos se encontraban en tránsito cuando se realizaban batallas en *ambos frentes*»⁶. También habría que señalar la obsesión ofensiva de los Altos Mandos franceses y británico que arrojaron cientos de miles de hombres contra defensas infranqueables por la infantería en ataques frontales que continuaron hasta el fin de la guerra, así como también la manifiesta incapacidad de los jefes militares rusos, que fue una de las principales causas del desastre experimentado por sus tropas en la batalla de Tannenberg.

6. H. A. Kissinger: «American Strategic Doctrine and Diplomacy», en M. Howard, editor: *The Theory and Practice of War*, Cassell, London, 1965, p. 277.

No cabe duda que los principales comandantes militares de la Primera Guerra Mundial se caracterizaron por su falta de imaginación estratégica, así como los políticos por la confusión de sus objetivos y su debilidad e indecisión ante los hechos. Durante la guerra, estrategia y política tomaron caminos separados; la guerra se convirtió en un fin en sí misma y dejó de ser un instrumento de la política, y los comandantes terminaron imponiendo una definición de victoria basada en criterios puramente militares. No obstante, las deficiencias de los generales y políticos sólo explican en parte el rotundo fracaso de las esperanzas depositadas en las ofensivas de 1914 y de años posteriores casi hasta el fin de la guerra. La nueva tecnología de armamentos, unida a las trincheras, fue otra de las causas fundamentales del estancamiento de los frentes de batalla por cuatro largos años.

Ya en diciembre de 1914 la guerra en el continente europeo estaba teniendo lugar a lo largo de dos extensas líneas de trincheras y fortificaciones. Este era un panorama inesperado y sorprendente para todos los beligerantes, que confiaban en que esa situación sería temporal. La creencia en el poder indetenible de la ofensiva estaba hondamente arraigado, y el deseo de asestar un «golpe mortal» y decisivo al adversario se manifestaba por igual en todos los combatientes. En 1915, Haig, comandante de las tropas británicas en Francia, declaraba que «si nos fuesen suministradas cantidades suficientes de proyectiles de artillería... caminaríamos sobre las defensas alemanas en varios sitios». Después del fracaso de las ofensivas de Marzo y Mayo escribió que «las defensas frente a nosotros son tan fuertes, y el apoyo de las ametralladoras es tan completo, que sólo un largo y metódico bombardeo de artillería podrá demolerlas». Mas a pesar del uso de cientos de piezas de artillería pesada en poderosas concentraciones de fuego, las ofensivas continuaron estrellándose contra la muralla de las trincheras, los nidos de ametralladoras y el alambre de púas.

Alemanes y aliados aprendieron pronto a protegerse del creciente poder de los ataques de artillería. Apenas éstos comenzaban, los defensores de uno u otro bando tomaban refugio en sus trincheras, y emergían de las mismas cuando cesaba el cañoneo. Ello les daba tiempo de sobra para prepararse a hacer frente a los ataques de la infantería, que avanzaba a campo traviesa, ofreciendo blancos fáciles a las ametralladoras. Los pocos que penetraban las líneas enemigas tenían escasas posibilidades de dislocar las defensas contrarias o de sobrevivir mucho tiempo, debido a los rápidos contraataques del adversario y a las dificultades de recibir algún refuerzo.

En 1915 los franceses solamente sufrieron 1.430.000 bajas y sólo ganaron unos 6 kilómetros de terreno; no obstante, la guerra continuó. Todos los gobiernos de los poderes en pugna temían la derrota; detener la guerra sin vencedores ni vencidos significaba correr un grave riesgo político: «¿cómo justificar entonces ante las masas los sacrificios realizados? Para el gobierno alemán una decisión de este tipo era particularmente difícil. Su plan para una guerra corta había fallado, pero sin embargo, al final de 1914 Alemania se encontraba en una ventajosa posición militar. Importantes áreas habían sido capturadas en el norte de Francia que contenían sustanciales recursos de carbón y hierro, así como varias industrias claves. Bélgica

también había sido ocupada así como extensos territorios hacia el este. El costo había sido muy alto, y los beneficios obtenidos no podían simplemente ser abandonados, a pesar del estancamiento de los frentes de batalla. La guerra siguió su curso y a medida que aumentaban sus costos humanos y materiales se acrecentaba para todos los gobiernos la necesidad de justificarlos. El llamado de Presidente norteamericano Wilson para una «paz sin victoria» no podía ser aceptado por los estadistas europeos.

La idea de una guerra corta y decisiva fue sustituida por la idea de una guerra de *desgaste*: mientras más larga y cruel fuese la masacre, mayores serían las posibilidades de que uno de los bandos desistiese. En 1916, las batallas de Verdún y el Somme infligieron 1.700.000 bajas a los combatientes, a cambio de mínimos avances. Ya para esta fecha, el poco control político que en algunos momentos se había ejercido sobre la guerra estaba irremisiblemente perdido.

Elementos Básicos de una Nueva Concepción Estratégica

Las teorías estratégicas predominantes antes de 1914 compartieron casi en su totalidad dos errores igualmente cruciales. En primer lugar, la exaltación del espíritu ofensivo como un valor en sí mismo, y de la ofensiva como la forma primordial de la guerra, sin tomar en cuenta que la relación entre ofensiva y defensiva está sujeta a cambios a través de la historia, y que el carácter decisivo de uno u otra forma de guerra depende de las circunstancias tecnológicas, políticas y sociales existentes en un período determinado. El segundo error estuvo en la subestimación de los nuevos desarrollos en materia de artillería y armas de repetición, y en la falta de comprensión acerca del poder que estas armas, así como las redes de trincheras, otorgaban a la defensa. Conceder a la ofensiva o la defensiva un valor absoluto es una grave equivocación; en toda guerra se dan situaciones en que es oportuno atacar o defenderse; la defensa no tiene porqué ser considerada una manera pasiva de hacer la guerra; en determinadas condiciones, una defensa activa, con contraataques, una vez que el adversario se ha sobre extendido en su ofensiva, puede proporcionar las mejores posibilidades de retomar la iniciativa en los combates.

Los generales que estimulaban el culto ciego a la ofensiva perdían de vista que los enormes bombardeos preparatorios de artillería sacrificaban por completo la *movilidad* y la *sorpresa estratégica* en aras de la concentración y el poder de fuego. Durante la Primera Guerra Mundial, las grandes ofensivas se iniciaban con bombardeos de artillería que usualmente duraban varias horas. Esos ataques eran la mejor indicación para el contrario de que una ofensiva se avecinaba; éste entonces tomaba refugio, aguardaba el fin del bombardeo guarecido en sus trincheras, y preparaba sus armas para recibir a la infantería y cerrarle el paso.

Los frentes se estancaron e hicieron infranqueables a la infantería; era necesario dar de nuevo movilidad a la guerra y encontrar la fórmula de penetrar las

líneas enemigas. Para resolver estos problemas, se desarrollaron algunas tácticas y técnicas que constituyeron los elementos básicos de una nueva concepción estratégica, la cual sólo fructificó plenamente después de finalizado el conflicto. En Marzo de 1918 las tropas alemanas en el frente occidental se lanzaron al ataque, utilizando nuevas tácticas que intentaban restaurar los efectos de la sorpresa en el campo de batalla. Los escuadrones se movieron al área de ataque en el último momento, y grupos seleccionados infiltraron los puntos débiles en las líneas enemigas luego de un bombardeo de artillería de sólo cuatro horas. En ofensivas sucesivas hasta el mes de Julio, los alemanes capturaron un espacio diez veces mayor al ganado por los aliados durante todo el año de 1917, causando un millón de bajas a sus adversarios; no obstante, estas tácticas no fueron decisivas, y las pérdidas alemanas también ascendieron a varios cientos de miles. Su importancia radicó particularmente en que constituyeron un intento de recuperar el factor sorpresa en la batalla, y de evitar en lo posible los costosos ataques frontales, adoptando vías menos directas para las ofensivas.

Las otras dos aproximaciones novedosas dirigidas a abrir brechas en los frentes tuvieron un carácter tecnológico. La primera de ellas fue el uso del gas, que comenzó, por parte del ejército alemán en Abril de 1915. A pesar de un relativo éxito inicial, métodos de protección antigases fueron rápidamente introducidos en las filas aliadas, y muy pronto ambos bandos «aprendieron a vivir» con el gas.

El éxito de los ataques iniciales con gas fue menor al esperado, en buena parte debido a que se perdió el factor sorpresa al usar la nueva arma en pequeñas cantidades. Algo semejante ocurrió con los tanques de guerra en sus primeras acciones. Los británicos fueron los primeros en introducir tanques al campo de batalla. Esto ocurrió en Septiembre de 1916 cuando 49 tanques entraron en acción contra los alemanes, los cuales fueron tomados totalmente por sorpresa. Sin embargo, muchos de esos tanques experimentaron fallos mecánicos aun antes de foguarse en batalla, y su número era insuficiente para producir una ruptura realmente grave en las defensas contrarias.

Los aliados incrementaron paulatinamente su uso de tanques, que eran concebidos como vehículos blindados capaces de avanzar sobre cráteres, trincheras y alambre de púas y apoyar a la infantería con ametralladoras y cañones ligeros en movimiento. Un ataque británico realizado en Agosto de 1918 con 415 tanques jugó un papel crucial en el proceso de dislocación psicológica del liderazgo militar alemán que muy pronto iba a decidir dar fin a las hostilidades.

Otra innovación tecnológica que es necesario mencionar se refiere a la utilización de aviones para apoyo de ataques terrestres en estrecha cooperación con los tanques. La tecnología entonces existente no permitió una amplia explotación de estos métodos, pero sus potencialidades no pasaron desapercibidas. Llegado el final de la guerra en Noviembre de 1918, ya existían los ingredientes fundamentales de una nueva concepción estratégica que fructificaría en las dos décadas siguientes: los alemanes habían aportado tácticas de sorpresa e infiltración; por su parte, los aliados habían introducido el tanque, y ambos bandos hicieron uso de los aeroplanos en misiones de apoyo táctico terrestre. Por último, todos los contrincantes adquirieron

una visión más acertada del valor de la propaganda como arma de guerra, y de las posibilidades de emplear las fuerzas militares en ataques indirectos, no frontales, dirigidos a dislocar psicológicamente al adversario.

2. LOS TEÓRICOS DEL PODER AÉREO

Douhet

En 1921, el general italiano Giulio Douhet publicó su obra *El Comando del Aire*, que marcó el primer paso de importancia en la conformación de una teoría estratégica basada en el poder aéreo. Douhet partió de la premisa, comprobada según él por las experiencias de la Primera Guerra Mundial, de que la guerra moderna se había convertido definitivamente en un conflicto total. Los ejércitos beligerantes habían logrado mantenerse durante cuatro largos años en los frentes de lucha gracias al apoyo de sociedades enteras, enfrascadas en un esfuerzo económico sin precedentes destinado a sostener a las tropas y suministrarles todo lo necesario para combatir. La decisiva participación de las poblaciones, masivamente organizadas, en el esfuerzo de guerra, borraba para Douhet las líneas de separación entre combatientes y no combatientes; de ahora en adelante todos los miembros de una nación en guerra eran combatientes, y en consecuencia se convertían en blancos legítimos de ataque.

Douhet definió el «comando del aire» como la «capacidad para impedir a la fuerza aérea enemiga levantar el vuelo, mientras se retiene la habilidad ofensiva de la fuerza propia»⁷. Su doctrina puede resumirse así: a) el bombardero es el arma ofensiva por excelencia, debido a su independencia de limitaciones terrestres y a su superior velocidad; b) la desintegración de las naciones, que en la Primera Guerra Mundial se logró en forma indirecta y prolongada mediante el enfrentamiento de los ejércitos y el bloqueo naval, puede obtenerse directa, decisiva y rápidamente con el empleo masivo de fuerzas aéreas. El bombardeo indiscriminado de centros industriales, comerciales y de comunicación, y de concentraciones civiles, puede paralizar física y psicológicamente a una nación a corto tiempo, e impulsar a sus habitantes a pedir la paz.

Douhet planteó que en guerras futuras el papel de las fuerzas terrestres y navales sería secundario, sus labores se limitarían a ocupar territorios conquistados por el poder de los bombarderos aéreos: « la Fuerza Aérea Independiente es el más útil instrumento de victoria... una vez que ha sido organizado en forma apropiada el comando del aire y para explotar ese comando con otras fuerzas...»⁸

7. Giulio Douhet: *The Command of the Air*, Faber & Faber, London, 1943, p. 26.

8. *Ibid*, p. 84

La experiencia de la Segunda Guerra Mundial demostraría que las expectativas de Douhet con respecto al carácter decisivo del poder aéreo eran exageradas, y que las limitaciones de la tecnología eran mayores de las que había supuesto. No obstante, sus predicciones con respecto al carácter total de la futura guerra europea se cumplieron por completo. En este sentido, Douhet coincidió con el general alemán Ludendorff, quien en un libro publicado en 1935 definió la guerra total como un conflicto que: 1) se extiende sobre todo el territorio de los beligerantes, 2) implica la participación activa de toda la población y economía del país, 3) usa la propaganda para fortalecer el frente interno y debilitar la moral combativa del enemigo, 4) debe prepararse antes de la ruptura de hostilidades, 5) debe estar dirigido por una autoridad suprema ⁹. En la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética fue la potencia que en forma más plena llenó todos esos requerimientos.

Trenchard

El desarrollo de una fuerza aérea independiente en Gran Bretaña está indisolublemente ligado al nombre de Lord Trenchard. A mediados de 1917, el gobierno británico encomendó al General Smuts la realización de un estudio sobre los requerimientos de defensa aérea frente a los ataques alemanes contra Londres, que ya habían comenzado a producirse. En su informe, Smuts no se limitó a dar recomendaciones sobre la situación a corto plazo, sino que dirigió su mirada al futuro, en una forma que anticipaba ideas que posteriormente ampliaría Douhet: «Es posible que no esté muy lejos el día cuando las operaciones aéreas, con su devastación de los territorios enemigos y la destrucción de sus industrias y centros poblados se conviertan en las principales acciones de guerra, respecto a las cuales todas las operaciones tradicionales, navales y militares, quedarán subordinadas» ¹⁰.

Al igual que Douhet, Smuts exageró las potencialidades de la nueva arma, deslumbrado por las perspectivas de ataques masivos a gran altura, con bombas de gran poder, contra los cuales se suponía no había un eficaz antídoto. Lo mismo ocurrió en el caso de Trenchard, quien fue nombrado Jefe de Estado Mayor Aéreo en 1919. Trenchard tuvo que sostener una dura lucha interna contra el escepticismo y la acentuada rivalidad de las fuerzas tradicionales de mar y tierra, y una de sus armas en este conflicto de carácter burocrático consistió en la exaltación ilimitada del poderío aéreo, en especial en lo que respecta a la dislocación psicológica de la población del adversario.

9. Véase E. M. Earle (ed.): *Makers of Modern Strategy*, Princeton University Press, 1943, p. 315.

10. Citado por C. Colé: *Royal Air Force 1918*, Kimber, London, 1968, p. 9.

De acuerdo a Trenchard, «el efecto psicológico ("moral") de los bombardeos supera sus efectos materiales en una proporción de veinte a uno»¹¹. Por lo tanto, Trenchard propugnó la creación de una fuerza aérea compuesta esencialmente de bombarderos. A los que argumentaban que el carácter por naturaleza ofensivo del bombardero como arma de guerra lo hacía poco apropiado como instrumento en tiempo de paz, Trenchard respondía que, precisamente por su indetenible poder ofensivo y la grave amenaza que representaba, el bombardero era la mejor y más útil arma de *disuasión* en tiempo de paz.

En estos debates de los años 20 y 30 se encuentran argumentos muy semejantes a los que hoy se esgrimen en torno a la cuestión nuclear. Para Trenchard, la capacidad de infligir serios daños al enemigo en caso de que éste actuase de manera «inconveniente», era la más sólida garantía de disuadirle antes de que se atreviese a emprender ese curso de acción. Sus ideas indican que Trenchard había hecho suyo el aforismo según el cual «el ataque es la mejor forma de defensa», pues siempre sostuvo que sólo la fuerza aérea podía detener un ataque aéreo enemigo, pero no mediante el uso de cañones antiaéreos en tierra o de aviones caza interceptores. La fórmula adecuada era enfrentarse a la raíz del problema con ataques directos a las fuentes de producción enemigas. El ganador de la batalla aérea sería aquella flota de bombarderos capaz de eliminar más rápida y eficazmente las bases e industrias que sostienen su esfuerzo bélico: «En lugar de atacar una máquina con diez bombas, debemos ir directamente a las instalaciones que suministran las bombas y demolerlas, y hacer lo mismo con las fuentes de producción de las máquinas. Este es un método más efectivo que permitir la continua generación de suministros de guerra»¹².

Trenchard, al igual que Douhet, asumió que las defensas contra bombarderos serían un problema menor o del todo ineficaz, actitud que fue plasmada de modo insuperable por Baldwin, Primer Ministro británico de la época, cuando declaró que «el bombardero siempre pasará», es decir, nada podrá detenerlo. El optimismo de estos hombres no fue confirmado durante la Segunda Guerra Mundial, ya que sí fue posible, en ocasiones con gran eficacia, hacer frente a los bombarderos con defensas activas (aviones caza, radar, artillería anti-aérea) y pasivas (como camuflaje, construcción de refugios e instalaciones industriales subterráneas, etc.). La mayoría de los teóricos del poder aéreo también sobreestimaron el potencial destructivo de las bombas entonces existentes, así como también las posibilidades de realizar ataques de precisión contra blancos específicos. No cabe duda de que el bombardeo estratégico contra Alemania en la Segunda Guerra Mundial produjo enorme destrucción, sin embargo, los efectos fueron acumulativos durante un período

11. Citado por D. Divine: *The Broken Wing*, Hutchinson, London, 1964, p. 162.

12. Citado por Ch. Webster y N. Frankland: *The Strategic Air Offensive Against Germany 1939-1945*, Vol. I, HMSO, London, 1961, p. 55.

de tiempo relativamente largo, a pesar de la gran superioridad aérea de los aliados, y los alemanes fueron capaces de continuar su producción bélica y de alcanzar altísimas cifras en tanques, aviones, submarinos, etc., a pesar de los tenaces ataques de las flotas aéreas norteamericanas, británicas y soviéticas. Los efectos psicológicos se hicieron sentir sólo progresivamente, y la dislocación general que Trenchard y Douhet entre otros esperaban, en realidad no se produjo; así que las expectativas de los teóricos del poder aéreo quedaron sin cumplirse en importantes aspectos.

Mitchell

William Mitchell, oficial norteamericano que comandó fuerzas aéreas en la Primera Guerra Mundial, tuvo gran influencia en las teorías sobre poder aéreo a partir de 1919. Al igual que Trenchard y Douhet, Mitchell enfatizó los efectos materiales del uso del arma aérea directamente sobre el territorio enemigo, así como los efectos psicológicos de ataques masivos contra centros poblados: «En el futuro, la mera amenaza de bombardear una ciudad con la fuerza aérea resultará en su evacuación y en la suspensión de todas las actividades industriales. Para obtener una victoria duradera en la guerra, el poder productivo bélico del adversario deberá ser destruido... Aviones operando en el propio corazón de un país enemigo cumplirán esta meta en un período de tiempo increíblemente corto»¹³. Si bien Mitchell compartía el optimismo de otros teóricos del poder aéreo, sus tesis le diferenciaban del de Douhet y Trenchard en algunos aspectos relevantes. En particular, Mitchell no creía en el dogma de la invulnerabilidad de los bombarderos, e insistió en la importancia de los aviones caza como un eficaz instrumento de defensa aérea. Por otra parte, Mitchell tomó en cuenta el papel que el poder aéreo podía cumplir en misiones de apoyo terrestre, como complemento de otras fuerzas. En el caso de Mitchell, como en el de Trenchard y Douhet, el estudio de las potencialidades de la fuerza aérea fue estimulado por las experiencias de la Primera Guerra Mundial y el deseo de restaurar flexibilidad táctica al poder militar y utilidad política a la guerra. Mitchell confiaba en que «el resultado de la guerra aérea será producir decisiones rápidas en los conflictos. La superioridad aérea causará tales daños en el enemigo que una campaña prolongada será imposible»¹⁴. Si bien las proyecciones de los teóricos del poder aéreo no se cumplieron a plenitud en la práctica, sus obras ejercieron una profunda influencia en el desarrollo del pensamiento estratégico en el período entre las dos guerras mundiales.

13. William Mitchell: *Winged Defence*, Putnam, N. Y., 1925, pp. 126-127.

14. William Mitchell: *Skyways*, Lippincott, N. Y., 1930, pp. 255-256.

Su objetivo de devolver a la Guerra un carácter decisivo fue también adoptado por los pensadores que concentraron su atención en el segundo producto tecnológico que, junto al aeroplano, se convirtió en instrumento clave en los campos de batalla de la segunda guerra mundial: el tanque.

3. LA MECANIZACIÓN DEL CAMPO DE BATALLA

La guerra de trincheras había sido altamente costosa, no sólo en términos de bajas humanas y pérdidas materiales, sino también en sus devastadores efectos sobre la imaginación creadora en el área militar. La ausencia de flexibilidad, el interminable desgaste mutuo, la tenacidad que se convertía en terquedad de repetidos ataques frontales contra un mismo objetivo, todos éstos y otros factores contribuyeron de manera determinante a cercenar la potencialidad creadora dentro del arte militar, y a restar a la guerra su carácter de instrumento al servicio de un fin que está más allá de sí misma.

Las repercusiones de esas experiencias se hicieron sentir en las mentes de un brillante grupo de teóricos militares, que analizaron las lecciones de la Primera Guerra Mundial y dieron origen a un nuevo estilo de pensamiento, más amplio y versátil, que estaba destinado a cambiar el curso de las operaciones bélicas. Sus esfuerzos nacieron de la determinación de no repetir en el futuro el enfrentamiento estático de las trincheras, y culminaron en la exitosa restauración de la movilidad al campo de batalla. La oportunidad de lograrlo se produjo con la invención del motor de combustión interna utilizado en vehículos blindados y aeroplanos que acrecentaban extraordinariamente la capacidad de movimiento y poder de fuego de los combatientes.

Varios nombres se destacan en este contexto, muy especialmente los de dos autores británicos: Fuller y Liddell Hart. Ambos concibieron una estrategia y una táctica dirigidas, no hacia la eliminación de las fuerzas armadas enemigas en costosas batallas de desgaste, sino hacia la destrucción de su *voluntad de lucha* con el uso de la sorpresa y la aplicación de golpes certeros y rápidos sobre sus propios centros de comando y comunicaciones. También los teóricos del poder aéreo sostenían que el objetivo militar debían ser industrias y centros poblados del enemigo como un medio de afectar su voluntad de lucha; Fuller y Liddell Hart compartían el punto de vista que el quiebre de esa voluntad combativa era el factor clave, y lograron diseñar las herramientas necesarias para producir la rápida dislocación psicológica de adversarios todavía aferrados a las nociones del pasado.

En palabras de Fuller, su proyecto consistía en «atacar los centros de comando del enemigo antes de atacar sus cuerpos combatientes, de tal forma, que éstos, al dar batalla, se paralizasen por falta de dirección y liderazgo. El método es penetrar con poderosas columnas de tanques rápidos protegidos por aviones a través del frente enemigo, avanzar hasta su cuartel general y tomarlo»¹⁵.

15. Véase J. F. C. Fuller: *The Reformation of War*, Dutton & Co., N. Y., 1923; *The Conduct of War*, Eyre & Spottiswoode, London, 1961.

Liddell Hart describió el objetivo y el método así: «... cortar las principales arterias de suministro en la retaguardia enemiga y producir el colapso de su ejército, difundiendo la desmoralización (con la ayuda de la propaganda y subversión) en su pueblo y gobierno... Los elementos esenciales son: combinación de ataques aéreos y blindados, manteniendo continuamente un rápido avance a través de un proceso similar a un torrente que sigue adelante sin pausa, y desconcierta al enemigo amenazando varios objetivos simultáneamente»¹⁶. La dislocación psicológica del oponente se obtiene con dos fórmulas: en primer lugar, el enemigo debe sentirse amenazado desde varias direcciones, pues ello le crea un dilema en cuanto a cómo y dónde concentrar sus fuerzas; en segundo lugar, la confusión del oponente debe agravarse mediante la paralización de sus comunicaciones y centros de comando¹⁷.

Liddell Hart denominó las teorías que él y Fuller desarrollaron «estrategia de la aproximación indirecta». Sus componentes básicos pueden sintetizarse en pocas palabras: sorpresa, movilidad, velocidad, flexibilidad, y, quizás por encima de todo, una mezcla de audacia e inteligencia que es el signo distintivo de los grandes comandantes. Las contribuciones de Fuller y Liddell Hart, entre otros, liberaron el pensamiento estratégico de las cadenas de una estéril y rígida ortodoxia. En sus obras, la imaginación militar volvió a abrirse caminos, y nuevos horizontes comenzaron a ser explorados.

Ninguna potencia europea asimiló tan plenamente los nuevos planteamientos como lo hizo Alemania. A pesar de que Fuller y Liddell Hart eran británicos, sus ensayos tuvieron una reducida influencia práctica en su propio país; lo mismo ocurrió en Francia y la Unión Soviética donde los esfuerzos de oficiales como De Gaulle y Tuchachevski, para promover las doctrinas de la guerra de blindados, fracasaron en lo fundamental. No así en Alemania, donde una combinación de condiciones objetivas y subjetivas favoreció la adopción y puesta en práctica de los proyectos delineados en los trabajos de Fuller y Liddell Hart. Entre las condiciones objetivas se destaca el hecho de que, a raíz del Tratado de Paz de Versalles, en 1918, Alemania había sido obligada a desmembrar sus ejércitos y a mantener una fuerza militar de sólo 100.000 hombres. La necesidad de defender varios frentes en caso de guerra hacía indispensable, en vista de la escasez de tropas, que los pocos regimientos existentes fuesen capaces de desplazarse rápidamente de un punto del país a otro, y de sobreponerse con su calidad a la superioridad numérica del adversario. Esta situación estimulaba la asimilación de doctrinas estratégicas que enfatizaban la movilidad y la decisión rápida. Así lo demuestran las frases del general Von Seeckt, que tuvo en sus manos el mando del ejército alemán durante los primeros años de la post-guerra, en un libro publicado en 1930: « En resumen, creo que el futuro de la guerra descansa en el empleo de ejércitos muy móviles, relativamente pequeños, pero de gran calidad y reforzados con la adición de aviones.. »¹⁸

16. Citado por Ropp, ob. cit, p. 301.

17. Véase B. H. Liddell Hart: *Strategy*, Praeger, N. Y., 1967, pp. 333-346.

18. General Von Seeckt: *Thoughts of a Soldier*, Ernst Benn, London, 1930, pp 62-63

Las condiciones subjetivas se refieren a la clara percepción que dos hombres, un militar profesional y un político, tuvieron acerca de las potencialidades del tanque como arma de guerra: Guderian y Hitler. A mediados de los años 20, Guderian, que era entonces capitán, se convirtió en un entusiasta de los tanques y comenzó a estudiar en detalle las obras de Fuller y Liddell Hart. En su autobiografía, Guderian narra que ya en 1929 se había convencido de que «los tanques, actuando por sí solos o en conjunción con la infantería, no podían alcanzar una importancia decisiva. Mis estudios históricos y la experiencia práctica de simulacros me habían persuadido de que los tanques no serían capaces de producir todos sus efectos hasta que las otras armas (infantería y artillería), en cuyo apoyo tienen que confiar, adquiriesen los mismos standards de velocidad y eficacia. En esas formaciones de todas las armas, los tanques jugarían el papel principal, y las otras armas estarían subordinadas a sus requerimientos. Era equivocado simplemente añadir los tanques a las divisiones de infantería; lo que se necesitaba era crear divisiones blindadas que incluirían todas las armas de apoyo para permitir a los tanques combatir con plena efectividad»¹⁹.

Las divisiones «Panzer» o acorazadas, compuestas de tanques, infantería motorizada, artillería auto-transportada y con apoyo aéreo, se convertirían en un instrumento militar decisivo para la realización de la «estrategia indirecta». Como comandante de varias unidades blindadas experimentales, Guderian dio gran impulso a las nuevas ideas estratégicas en Alemania; pero el paso crucial en el desarrollo de las divisiones Panzer fue dado por Hitler. Guderian relata una visita de Hitler en 1933, el año de su ascenso al poder, al campo de pruebas de las aún escasas unidades Panzer. Impresionado por la velocidad y precisión de las mismas, Hitler exclamó repetidas veces: «¡Esto es lo que necesito! ¡Esto es lo que deseo tener!»²⁰. Hitler, un veterano soldado de la Primera Guerra Mundial, había comprendido que la mecanización decidiría el curso de las guerras futuras. En el segundo volumen de su libro *Mi Lucha*, publicado por primera vez en 1926, Hitler ya había hablado de «la motorización general del mundo, que en la próxima guerra se pondrá de manifiesto inconteniblemente»²¹; y en 1932 cristalizó aún más sus ideas, al declarar que «la próxima guerra será muy distinta a la anterior guerra mundial. Los ataques de masas de infantería han quedado obsoletos. Las luchas que se extienden por años en frentes petrificados no retornarán. Yo garantizo que nuestro bando recuperará la superioridad que otorga la flexibilidad en las operaciones.»²²

El concepto de «guerra relámpago» (Blitzkrieg) resultó de la combinación de elementos militares y políticos. Militarmente, en palabras de Guderian, la «guerra relámpago» era un instrumento cuya potencialidad residía en «ser capaces de moverse más rápidamente de lo que hasta ahora se ha hecho, de mantenerse en movimiento a pesar del fuego defensivo del enemigo y así crearle dificultades para

19. General Heinz Guderian: *Panzer Leader*, Futura, London, 1977, p. 24.

20. *Ibid*, pp.29-30

21. Adolf Hitler: *Mein Kampf*, Hutchinson, London, 1974, p. 603.

22. Citado por John Strawson: *Hitler as Military Commander*, Batsford, London, 1971, p. 36

construir nuevas posiciones defensivas; y finalmente, conducir el ataque hasta lo más profundo de las defensas del adversario»²³. Políticamente, la guerra relámpago era el instrumento militar de una voluntad de conquista, que empleaba la propaganda y la «guerra psicológica» como armas complementarias en un enfrentamiento total. Como lo expresó Hitler: «Nunca comenzaré una guerra sin antes estar seguro de que un enemigo desmoralizado sucumbirá bajo el impacto de un único y gigantesco golpe»²⁴. Contra Polonia y Francia estos métodos trabajaron con gran éxito; no así contra la URSS, donde los cálculos de Hitler fallaron.

Hitler unió diversas tendencias del pensamiento estratégico más novedoso de la época y les imprimió un sentido de dirección uniforme, incorporando, en forma muy original, una perspectiva de guerra psicológica y propagandística de demostrada eficacia práctica.

4. LA PROPAGANDA COMO ARMA DE GUERRA

Durante la Segunda Guerra Mundial, el empleo de la propaganda como arma de debilitamiento y dislocación psicológica del adversario tuvo gran efectividad. Los nazis fueron verdaderos maestros en este arte. Hitler comprendió desde los inicios de su carrera política la real importancia de la propaganda. Abrumado por la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial, Hitler analizó las causas de ese fracaso, y encontró que la superioridad de la propaganda enemiga había jugado un papel relevante como factor que contribuyó a erosionar la voluntad de lucha de su país.

En su libro *Mi Lucha*, Hitler dedicó un capítulo al tema de la «Propaganda de Guerra». Estas páginas, en las que Hitler discute las técnicas de la propaganda de masas y el arte del liderazgo político son quizás las más interesantes de todo el libro; el análisis es pragmático y lleno de cinismo, pero su lucidez lo diferencia de otras largas secciones del volumen en que Hitler, en oscuros y complicados párrafos, trata de explicar sus crudas y poco originales ideas políticas. En palabras de Alan Bullock, autor de la que es todavía una de las mejores biografías de Hitler: «El genio político de Hitler descansaba en su inigualada comprensión de lo que es posible lograr con la propaganda, y en su habilidad para hacerlo»²⁵. En *Mi Lucha*, Hitler se refiere a la manera en que los ingleses, contrariamente a los alemanes, consideraron la propaganda «un arma de primer orden», y a la necesidad de asumirla como tal si se quiere tener éxito en la guerra y en la política. La Primera Guerra Mundial había demostrado «los inmensos resultados que se pueden obtener mediante la correcta aplicación de la propaganda»: «La función de la propaganda no consiste en promover la actitud crítica del individuo, sino en enfocar la atención de las masas hacia ciertos hechos, procesos, necesidades, etc., cuyo significado se coloca por

23. Guderian, ob. cit., p. 41.

24. Citado por John Strawson, ob. cit., p. 39.

25. Alan Bullock: *Hitler: A Study in Tyranny*, Penguin, Harmondsworth, 1972, p. 68.

primera vez dentro de su campo visual... Toda propaganda debe ser popular y su nivel intelectual debe ajustarse al de la más limitada inteligencia de aquellos a los que se dirige. En consecuencia, mientras mayor sea la masa que se pretende alcanzar, más bajo debe ser el nivel puramente intelectual de la propaganda. En el caso de la propaganda de guerra, cuyo objetivo es influenciar a todo un pueblo, debe evitarse plantear demandas intelectuales excesivas al público... El arte de la propaganda consiste en entender las emociones de las grandes masas y en encontrar, con los instrumentos psicológicos adecuados, el camino hacia la atención y el corazón de las mayorías»²⁶. Hitler desprendía su análisis de una premisa que consideraba básica: la congénita incapacidad de las masas para razonar fríamente: «Las masas son tan femeninas por su naturaleza y actitud, que el razonamiento sobrio determina sus pensamientos y acciones mucho menos que la emoción y el sentimiento»²⁷.

Repetición constante de las mismas consignas, perseverancia, insistencia, radicalismo, continuidad y uniformidad en su aplicación; éstos eran para Hitler los principios de una exitosa propaganda: «La más brillante técnica propagandística no triunfará a menos que se adhiera en forma constante a un principio esencial: debe confinarse a unos cuantos puntos y repetirlos una y otra vez. Aquí, como en tantas otras cosas de este mundo, la persistencia es el primero y más importante requerimiento del éxito»²⁸.

El partido político creado por Hitler aprendió a presentar sus vagas y confusas teorías en frases simples y fácilmente memorizables, a «implantar» los hechos mediante su repetición constante, a generar poderosas emociones con el uso de símbolos impactantes, y a canalizar la irracionalidad y el dinamismo de cientos de miles de hombres en contra de enemigos envilecidos sobre la base de la propaganda: «El partido [nazi] debió su crecimiento a la aplicación de técnicas de la publicidad comercial al reclutamiento político... con las que se lanzó un asalto al subconsciente colectivo»²⁹. Como acertadamente lo expone Hannah Arendt, la propaganda totalitaria, en este caso la propaganda nazi, «se dirige siempre hacia el exterior, bien sea hacia segmentos de la población nacional o hacia países extranjeros. Ese dominio exterior es muy variable; aun después de la toma del poder, la propaganda puede volcarse hacia sectores de la propia población cuyo adoctrinamiento no se considera lo suficientemente intenso»³⁰. Internamente, en la propia Alemania, la propaganda hitleriana perseguía la mayor cohesión del país y el adoctrinamiento de las masas para la guerra. Hacia el exterior, Hitler utilizó la propaganda para debilitar psicológicamente a sus adversarios, de manera de encontrar la menor resistencia posible en el momento en que emprendiese sus planes de conquista.

26. A. Hitler: ob. cit., pp. 164-165.

27. Ibid., p. 167.

28. Ibid., p. 168.

29. Karl Dietrich Bracher: *The German Dictatorship*, Penguin, Harmondsworth, 1973, p. 193.

30. Hannah Arendt: *Le Système Totalitaire*, Editions du Seuil, París, 1972, p. 68

Su feroz anti-comunismo no habría permitido jamás a Hitler hacer suyas las siguientes frases de Lenin, las cuales, sin embargo, expresan con gran precisión ideas que de hecho caracterizaron la política nazi: «El método mediante el cual una nación pretende imponer su voluntad sobre otra podría ser reemplazado, con el tiempo, con una lucha puramente psicológica, en la que ni las armas se emplearían en el campo de batalla, sino que, en cambio, la voluntad de una nación... debilitaría la facultad intelectual y desintegraría la fibra moral y espiritual de la otra»³¹. Hitler conquistó Austria y Checoslovaquia sin disparar un tiro, y fue a la guerra contra Polonia confiando en que sus adversarios occidentales, psicológicamente vencidos de antemano, aceptarían de nuevo, con sólo débiles protestas, el ejercicio de la arrolladora voluntad de poder nazi. Liddell Hart cita con frecuencia en sus libros otras frases de Lenin que ilustran con insuperable claridad el propósito de la «guerra psicológica»: «La estrategia más apropiada en la guerra consiste en posponer las operaciones, hasta que la desintegración moral del enemigo convierta la ejecución del golpe mortal en algo fácil, además de posible»³². Hitler no dio comienzo a ninguna de sus empresas bélicas sin estar previamente convencido de que sus enemigos se encontraban internamente erosionados, y no serían capaces de oponer una resistencia férrea. Esto fue así muy particularmente en el caso de Rusia, la cual, según Hitler esperaba, se desintegraría desde dentro al recibir el impacto de las acciones militares nazis.

Hitler y los nazis no fueron los únicos, desde luego, en apreciar correctamente el valor de la propaganda como arma de guerra, mas no cabe duda de que supieron utilizarla con gran destreza, combinándola con doctrinas militares cuya eficacia quedó ampliamente demostrada en las primeras etapas del conflicto. Hitler tenía claro que la guerra es un instrumento y un acto político, que por lo tanto, debe ser la política la que plantea los fines y da un sentido de dirección a la estrategia. No obstante, no fue capaz de mantener un equilibrio entre capacidades y objetivos, sus ambiciones desbordaron sus medios, y finalmente sucumbió bajo el poder de adversarios que su misma propaganda le había enseñado a subestimar.

31. V. I. Lenin. Citado en *Military Review*, junio de 1977, p. 14.

32. Véase B. H. Liddell Hart: ob. cit., p. 164.

CAPITULO I

HITLER

1. EL POLÍTICO Y EL AVENTURERO

«...propia afirmación de la propia esencia previamente a toda acción singular, vitalidad, energía de la existencia. Donde esto se observa como impulso vital primario, no como actitud racional encaminada a un fin, es que estamos en presencia del hombre político»¹. De esta manera define Spranger la característica fundamental de la «forma de vida» del político, y ciertamente esa definición se amolda plenamente a Hitler: «Quizás no ha habido nunca otro hombre que haya entendido mejor la naturaleza del poder o que lo haya utilizado con fines más bajos»². No cabe duda de que para lograr lo que logró, a pesar de ser ello terrible. Hitler requirió, y de hecho poseyó, capacidades fuera de lo ordinario, un genio político poco común, entendiendo por política, en un sentido estrecho, la búsqueda y conquista del poder.

Ese fue el sentido que Hitler siempre dio a la política: lucha constante por el poder de acuerdo a la ley del más fuerte; es el sentido que le da Carl Schmitt cuando sostiene que: «Si la guerra es la continuación de la política, también la política contiene siempre, por lo menos como posibilidad, un elemento de enemistad; y si la paz encierra la posibilidad de la guerra... también contiene un momento de enemistad»³. Para Hitler, la lucha entre individuos, comunidades nacionales, y sobre todo entre razas, era una ley natural, y la voluntad de dominio, de poder y de hegemonía la marca de los individuos y razas superiores. Basándose en este principio, Hitler emprendió su camino de conquista, empleando para sus objetivos habilidades que han sido magistralmente resumidas por Bullock: conocimiento de los factores irracionales en la política, maestría para descubrir las debilidades de sus oponentes, capacidad para simplificar los problemas, sentido de la oportunidad, disposición a tomar riesgos: «Cínico y calculador en la explotación de sus dotes histriónicas, siempre mantuvo una creencia inalterable acerca de la importancia de su papel histórico y de sí mismo como una criatura del destino»⁴.

En estas últimas frases de Bullock se encuentran las razones que explican tanto los triunfos como el aplastante fracaso final de Hitler. Sus capacidades políticas, su destreza táctica, su voluntad de hierro, estaban en última instancia subordinadas a un espíritu aventurero y fantasioso, que confundía la realidad y los deseos. Hitler quiso moldear la realidad de acuerdo a los dictados de su voluntad, pero continuamente tendió a ignorar la realidad, a mirarla de soslayo, y a sustituirla en caso necesario por su fantasía.

1. Eduardo Spranger: *Formas de Vida*, Revista de Occidente, Madrid, pp. 259-260.

2. A. J. P. Taylor: *Europe: Grandeur and Decline*, Penguin Books, Harmondsworth, 1967, p. 199.

3. Carl Schmitt: *Teoría del Partisano*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1966, p. 83.

4. Alan Bullock: *Hitler...*, ob. cit., p. 804.

T. E. Lawrence «de Arabia» escribió este extraordinario pasaje: «Todos los hombres sueñan, pero no de la misma manera. Aquellos que sueñan por la noche entre los repliegues polvorientos de su mente, se despiertan con el día y sueñan que todo era vanidad; pero los soñadores diurnos son hombres peligrosos porque pueden actuar su sueño con los ojos abiertos, para tornarlo posible»⁵. Hitler era uno de esos «soñadores diurnos»; sus sueños eran de destrucción, terror y muerte, y a pesar de que en numerosas ocasiones los describió públicamente, no muchos se atrevieron a creerle, o a tomar oportunamente las medidas necesarias para impedir su realización. Una vez que la maquinaria motorizada por sus descontroladas ambiciones empezó a funcionar, sólo una maquinaria muy superior pudo detenerla.

Hitler el político sucumbió ante Hitler el aventurero. Según Spranger: «Como trágica disposición se observa con frecuencia en el ávido de poder una vasta fantasía en la que se envuelve a sí mismo, en vez de ponderar con espíritu realista hombres y circunstancias»⁶. Hitler creó una imagen de sí mismo: una imagen de infalibilidad, de fuerza irresistible, de realizador de milagros políticos y militares; sus éxitos iniciales le condujeron a ello, pero la imagen le embriagó, perdió toda capacidad de cuestionarla, su cinismo se esfumó, perdió el sentido de los límites, su mundo se redujo a sus sueños y le llevó a la ruina.

En sus *Diarios*, escritos secretamente en la prisión de Spandau, Albert Speer, uno de los hombres que estuvo más cerca de Hitler, hace unas reflexiones de gran interés dentro de este contexto. Speer dice que: «Todos nos fascinamos ante las grandes personalidades históricas; y aun si un hombre de hecho no lo era, y sólo actuaba su parte con un poco de habilidad, nos postrábamos a sus pies. Eso ocurrió en el caso de Hitler. Pienso que su éxito se explica hasta cierto punto por la imprudencia con la que pretendía ser un gran hombre»⁷. La definición de «grandeza» en la historia depende, desde luego, del punto de vista que se asuma: ¿qué hizo «grande» a Federico «el Grande», o a Alejandro «Magno»? Podría construirse un sólido argumento, de fundamentos éticos, para calificarlos de «grandes asesinos» en vez de «grandes conquistadores». Sin embargo, la observación de Speer es importante, pues apunta hacia una de las características de la personalidad de Hitler que mayores resultados le dio a lo largo de su carrera política: su capacidad de dramatizar, de actuar, de asumir un papel e imponerlo con total eficacia sobre las más diversas audiencias. Mucho se ha escrito acerca de la habilidad de Hitler en el manejo de la psicología de masas y sobre su gran magnetismo personal. Su fuerza comenzó a decaer cuando los sucesivos triunfos le convencieron de que su magia como individuo y su voluntad superarían todos los obstáculos, lo cual le llevó a perder conciencia de los límites y a distorsionar la realidad de acuerdo con los dictados de su fantasía.

5. Citado por Roger Stephane: *Retrato del Aventurero*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1968, p. 10.

6. E. Spranger, ob. cit, p. 168.

7. Albert Speer: *Spandau: the Secret Diaries*, Fontana, London, 1976, p. 44.

En sus *Memorias*, Speer señala que: «Hitler, de hecho, no sabía nada acerca de sus enemigos, y rehusaba usar la información que se le suministraba. En su lugar, Hitler confiaba en sus intuiciones, sin importarle que muchas veces fuesen inherentemente contradictorias y gobernadas por el desprecio y la extrema subestimación de sus adversarios»⁸. Los dos más graves errores políticos de Hitler, su suposición de que los británicos aceptarían un arreglo con Alemania basado en la dominación nazi de Europa, y de que el régimen de Stalin en la URSS se desintegraría internamente al recibir los impactos de la maquinaria de guerra alemana, se desprendieron de la ignorancia y subestimación con que veía a sus enemigos. Tal y como lo expresa, con palabras lapidarias, el historiador británico A. J. P. Taylor: «Hitler tenía una fe indestructible en la basura que llenaba su mente»⁹; y esa «basura» le conducía a menospreciar peligrosamente a sus contrarios y a ver el mundo, no como es, sino como él quería que fuese: «El pecado que Hitler cometió fue... el del orgullo exagerado, el de creerse a sí mismo más que meramente un hombre. Nadie ha sido más duramente destruido por su propia imagen que Adolfo Hitler»¹⁰.

Hitler creó una «ideología de la voluntad»; de una voluntad todopoderosa, capaz de derribar todas las barreras y de sobreponerse a todas las dificultades. Concebía el liderazgo como equivalente a la voluntad; como afirmaba en *Mein Kampf*: «El prerrequisito para la creación de una forma organizacional eficaz es y seguirá siendo el hombre necesario para liderizarla... El liderazgo requiere voluntad y habilidad, y debe concederse mayor importancia a la voluntad y a la energía que a la inteligencia como tal; la más valiosa combinación es: habilidad, determinación y perseverancia»¹¹. Ese culto a la voluntad le llevó en numerosas ocasiones a superar situaciones difíciles y a imponerse sobre los acontecimientos, y no hay duda de que ella fue un ingrediente clave de sus éxitos. Para el general Guderian: «La más resaltante cualidad de Hitler era su fuerza de voluntad. Con su ejercicio, llevaba a los hombres a seguirle»¹²; no obstante, al exagerar el poder de su voluntad, Hitler la convirtió en un mito que finalmente le envolvió junto a los hombres que le seguían. Aún en Mayo de 1943, después de la derrota de Stalingrado, Goebbels anotaba en su diario: «El Führer ha manifestado su inalterable convicción de que nuestro Reich se adueñará de toda Europa. Tendremos todavía que realizar muchas batallas, pero obtendremos sin duda maravillosas victorias. Ellas nos abrirán el camino hacia la dominación del mundo, pues el que domine Europa asumirá por consiguiente el liderazgo mundial»¹³

8. Albert Speer: *Inside the Third Reich*, Sphere Books, London, 1975, p. 239.

9. A. J. P. Taylor: ob. cit., p. 199.

10. Alan Bullock: ob. cit., p. 385.

11. A. Hitler: *Mein Kampf*, ob. cit., p. 317.

12. General Heinz Guderian: *Panzer Leader*, ob. cit., p. 431.

13. L P. Lochner (ed.): *The Goebbels Diaries*, Award Books, N. Y., 1974, p. 403.

Confiado en su voluntad, Hitler se negaba a aceptar los hechos, descartaba la evidencia objetiva, y cerraba sus oídos a cualquier opinión que no coincidiese con su propio punto de vista. En Diciembre de 1942, ante la posibilidad de que el 6º Ejército alemán en Stalingrado fuese completamente cercado por las tropas soviéticas, Hitler decía a Zeitzler, jefe del Estado Mayor: «Stalingrado debe simplemente ser sostenido; debe serlo, es una posición clave.» Veinticuatro horas más tarde, luego de recibir las «garantías» de Goering de que al 6º Ejército se le suministraría todo lo necesario desde el aire, manifestaba: «Entonces, hay que sostenerse en Stalingrado! No tiene sentido seguir hablando de que el 6.º Ejército puede romper el cerco ruso... ¡Stalingrado debe ser sostenido!»¹⁴. De nada valía que sus asesores militares le señalasen el carácter quimérico de las promesas de Goering, la grave amenaza que se cernía sobre el 6.º Ejército, el agotamiento que embargaba a las tropas, la carencia de alimentos y municiones, y que le indicasen que la única alternativa para evitar el desastre era permitir al 6.º Ejército que intentase romper el cerco y escapar. Para Hitler lo importante era la decisión de defender la posición, la voluntad de mantenerla: el «fanatismo» se impondría sobre la realidad.

Muchos autores han relatado la atmósfera de pesadilla que imperaba en el refugio de Hitler en Berlín, bajo las ruinas de la Cancillería, durante los últimos días de existencia del Tercer Reich y su máximo líder. En la sala de trabajo, rodeado de sus más cercanos colaboradores, y bajo el cañoneo de las tropas soviéticas que se cernían masivamente sobre Berlín, Hitler estudiaba los mapas, daba órdenes a ejércitos que habían dejado de existir, planificaba contraofensivas con divisiones que sólo vivían en el papel, enumeraba tanques y aviones que yacían humeantes a todo lo largo de su «Reich». La fantasía y las ilusiones se hicieron dueñas absolutas del jefe nazi en la agonía de su carrera.

Al igual que Bismarck, Hitler insistía en identificar su voluntad con el significado de los acontecimientos, pero las diferencias entre ambos estadistas eran cruciales. Como agudamente lo ha apuntado Kissinger en sus *Reflexiones sobre Bismarck*, este último «comprendió siempre los requisitos del éxito, pero nunca tuvo la plena seguridad de si debía emprender su tarea con cierto sentido de respeto hacia la limitación de la naturaleza humana... un estadista que no deja margen para lo imprevisto en la historia puede hipotecar el futuro de su país»¹⁵. Bismarck tendió al autocontrol en el ejercicio del poder, deslumbrado ante las exigencias de su tarea y las potencialidades de la maniobra política, y a veces ensimismado en el manejo de las técnicas del gobernante. Bismarck fue capaz de preservar cierto «sentido de reverencia» ante las limitaciones de la naturaleza humana; Hitler, por el contrario, concibió siempre su autoafirmación como la ruptura de todos los límites.

14. Citado por: J. P. Stern: *Hitler: the Führer and the People*, Fontana, London,

15. H. A. Kissinger: *The White Revolutionary: Reflections on Bismarck*, Daedalus, Vol. 97, Summer 1968, p. 893.

«La némesis del poder —escribe Kissinger— reside en que el confiar en él, excepto en manos de un maestro, tiende más a provocar una contienda armada que el autodomínio»¹⁶. Bismarck creía que una evaluación correcta del poder como medio desembocaba en una doctrina de auto limitación; Hitler exaltaba el poder hasta el paroxismo, y el poder mismo era su doctrina. El general Von Manstein, tal vez el más eficiente de los generales al servicio de Hitler, escribió que «Hitler era un hombre que sólo reconocía el principio de la lucha extrema y brutal. Su pensamiento estaba gobernado por la imagen de grandes masas de soldados enemigos desangrándose ante nosotros, y no por la imagen del elegante espadachín que sabe en ocasiones apartarse, para luego dar una limpia estocada con mayor seguridad. Al concepto del arte de la guerra, Hitler opuso el de la fuerza más cruda, y la idea de que la efectividad de esa fuerza estaba garantizada por la voluntad que la impulsaba»¹⁷. Después de haber ejercido hábilmente ese arte, Hitler se deshizo de la destreza política, arrojó por la borda todo sentido de los límites de la acción, y dio rienda suelta a su culto por la fuerza. Sus compromisos ideológicos, que más bien cabría llamar dogmas, sobre las «razas inferiores», la «superioridad aria», etc., ahogaron su destreza; por último, sucumbió en la «némesis del poder».

Ver en Hitler simplemente a un sicópata y un paranoico sería pasar por alto el hecho de que por muchos años, desde los comienzos de su carrera política hasta las postrimerías de la guerra, fue capaz en múltiples ocasiones de actuar basándose en evaluaciones objetivas y «racionales» de muy diversas situaciones. Ciertamente, como señala Speer, «los generales en particular no estuvieron sobrecogidos por una fuerza despótica durante toda una década; ellos obedecían a una personalidad impactante, capaz de argumentar con coherencia»¹⁸. En Hitler coexistían un político y un aventurero; al final de su carrera, el aventurero se sobrepuso al político, sus obsesiones ideológicas y sus fantasías le envolvieron y cometió graves errores que eventualmente le condenaron. Tal vez esos errores fueron, sin embargo, los de un jugador que sabe que esté apostando el todo por el todo, en una aventura ilimitada.

16. Ibid., p. 922.

17. Citado por Stern: ob. cit., p. 223.

18. Albert Speer: Spandau..., ob. cit., p. 53.

2. El Programa Político de Hitler

El programa de Hitler en materia de política exterior fue la combinación de un conjunto de postulados ideológicos, la mayoría de los cuales se definieron desde los inicios de su carrera, así como de una serie de conclusiones extraídas del contexto político-diplomático europeo en los años veinte y treinta.

Hitler comenzó como un discípulo ideológico del movimiento pan-germánico, del cual adquirió varias ideas básicas que determinaron decisivamente su perspectiva política. En primer lugar, Hitler compartía los principios del social-darwinismo decimonónico, según los cuales la vida humana es una lucha constante por la supervivencia de los más aptos. En segundo lugar, Hitler consideraba la «raza» como el factor primario en la historia. Finalmente, estaba convencido de que Alemania era un país peligrosamente sobrepoblado que requería mayores territorios para su supervivencia. De la combinación de estos elementos, Hitler produjo una visión de las relaciones internacionales dominada por la lucha entre varias naciones para posesionarse de cantidades limitadas de tierras y recursos. La función de la política exterior alemana debía ser entonces asegurar que ese país pudiese conducir el combate por su supervivencia desde la posición estratégica más favorable posible. Sintetizando todo esto, Hitler escribió en su Segundo Libro: «Si la política es la historia realizándose, y la historia es el escenario de la lucha entre hombres y naciones por la auto-preservación y permanencia, la política es en verdad la ejecución del combate de una nación por su existencia»¹⁹.

En 1919 el programa básico de Hitler, quien apenas comenzaba su vida política, coincidía con el movimiento nacionalista pan-germánico, cuyos objetivos concretos: revisión del Tratado de Versalles, unificación de todos los alemanes en un solo Reich, y la adquisición de territorios mediante conquista de colonias fuera de Europa, Hitler también compartía. El programa del partido nazi en 1920 recogía estos puntos, y la evidencia sugiere que para aquella época, Hitler, al igual que los pan-germánicos, consideraba a Gran Bretaña y Francia y no a Rusia como los principales enemigos de Alemania²⁰.

Según quedó demostrado por acontecimientos posteriores, Hitler estaba dispuesto a ser flexible en cuanto a los medios necesarios para llevar a cabo ese programa. Sobre todo, Hitler estaba consciente de que Alemania necesitaría la colaboración de aliados poderosos para enfrentarse a Francia y Gran Bretaña, los dos principales «protectores» del statu quo. Italia por sí sola no podía aportar la ayuda requerida; el imperio austríaco se había derrumbado, solo restaba otro gran poder, también inconforme y aislado: Rusia.

19. T Taylor (ed.): *Hitler's Secret Book*, New York, 1961, p. 7.

20. Véase J. Noakes & G. Pridham (eds.): *Documents on Nazism, 1919-1945*, Jonathan Cape, London, 1974, p. 497

Al comienzo de su carrera, y aunque ahora pueda parecer extraño, Hitler no se había opuesto a una alianza con la nueva Unión Soviética, y llegó a manifestar en algunos de sus primeros discursos que ésa debió haber sido la política del gobierno alemán de la pre-guerra. A partir de 1919, sin embargo, viejos prejuicios y la influencia de ideólogos como Alfred Rosenberg se combinaron para convencer a Hitler de que la revolución rusa había sido la obra de los judíos y que de hecho los bolcheviques eran judíos. En un discurso pronunciado en Julio de 1920, Hitler expresó que «una alianza entre Rusia y Alemania sólo podría producirse si los judíos son derribados»; de tal manera que Hitler dejaba abierta la posibilidad de la alianza, sobre todo en vista de la precariedad que entonces caracterizaba al régimen bolchevique; mas si ese régimen se estabilizaba, todas las puertas de unión quedarían cerradas.

¿Por qué Hitler aceptaba en forma tan ligera la identificación de «judíos» y «bolcheviques»? En parte debido a que tal conexión se ajustaba a su proyecto de expandir el poderío alemán hacia el Este de Europa; aquellos que deseaban marchar contra los eslavos y tomar sus tierras podían ahora hacer causa común con los que querían exterminar a los judíos. Por otra parte, esa identificación respondía a uno de los principios claves de su técnica propagandística que consistía en simplificar al máximo el mensaje político y dirigir el odio de las masas hacia un solo objetivo. Desde luego, el anti-semitismo de Hitler no era meramente asunto de frío cálculo político; él fue víctima de su propia propaganda enraizada en poderosos y profundos prejuicios anti-semitas, anti-eslavos y anti-marxistas. De no haber sido así, Hitler habría conducido la guerra como un jefe que actúa racionalmente sobre la base de apreciaciones de costos y beneficios y no hubiese, por ejemplo, utilizado recursos que eran urgentemente necesarios para hacer la guerra en la ejecución de sus incalificables designios contra los judíos europeos. Por encima de todo, como lo plantea Cecil, Hitler «no hubiese atacado Rusia tan despectivamente y con tan exageradas expectativas de rápida victoria. Implícita en su identificación de judíos y bolcheviques se hallaba la suposición de que los defectos que Hitler atribuía a los primeros, en especial la incapacidad de crear y mantener un Estado, se aplicaban también a los segundos»²¹. Si los bolcheviques eran judíos, y los judíos no podían construir un Estado, entonces el régimen bolchevique estaba «maduro para la desintegración» y sucumbiría prontamente bajo el poderío nazi. El peor error de Hitler, su invasión a la URSS, estuvo motivado por ese prejuicio.

La ocupación francesa de la zona del Ruhr en 1923 creó una nueva situación diplomática que Hitler no tardó en percibir. La gran oposición que este evento suscitó en Gran Bretaña convenció a Hitler de que se estaba produciendo un viraje crucial en la política de ese país hacia Francia, derivado del temor a una posible hegemonía francesa en el continente.

21. Robert Cecil: *Hitler's Decision to Invade Russia*, Davis-Poyntern, London, 1975, p. 32.

A raíz de esto, Hitler concibió la alternativa de una alianza entre Alemania y Gran Bretaña contra Francia. No obstante, tal posibilidad introducía un importante cambio en el esquema original de Hitler, ya que Alemania no podría obtener una alianza con la Gran Bretaña si al mismo tiempo trataba de conquistar colonias en Asia o África perturbando así la estabilidad del imperio británico.

En 1924, en prisión, Hitler resolvió el dilema mediante un programa de política exterior que reconciliaba las supuestas necesidades de expansión alemanas y conquista de «espacio vital» (Lebensraum) con la renuncia a la adquisición de colonias de ultramar, a objeto de evitar un conflicto con Gran Bretaña. La solución hitleriana consistía en buscar ese «espacio vital» en el propio continente europeo, hacia el este, y concretamente en Rusia donde ya el régimen bolchevique se había hecho más sólido. Como expresó en *Mein Kampf*, donde expuso con nitidez ese programa: «Para Alemania, la única posibilidad de llevar a cabo una sana política territorial descansa en la adquisición de nuevas tierras en el propio continente europeo... Si hablamos hoy de tierra en Europa, debemos tener en mente ante todo a Rusia y sus estados vasallos... El gigante imperio en el Este está maduro para el colapso, y el fin de la dominación judía en Rusia será también el fin de Rusia como Estado»²². Al dirigir sus planes de conquista hacia el este, hacia la gran masa continental ocupada primordialmente por la URSS, Hitler esperaba evitar la situación de una guerra en dos frentes que vivió Alemania durante la Primera Guerra Mundial. El gobierno del Kaiser Guillermo II había intentado proseguir simultáneamente una política colonial contra Gran Bretaña y una política continental contra Francia y Rusia, lo cual le condujo al fracaso. Hitler planteaba una solución que a sus ojos parecía óptima, pues combinaba consideraciones de poder, basadas en cálculos «realistas» (evitar una guerra en dos frentes), con elementos ideológicos sintetizados en la cruzada anti-bolchevique.

En su *Segundo Libro* o *Libro Secreto* de 1928, Hitler reiteró el programa delineado en *Mein Kampf* e introdujo dos nuevas perspectivas. En primer lugar, dio énfasis al problema representado por Francia como seguro adversario de las ambiciones alemanas, y se refirió a la amenaza estratégica planteada por el sistema de alianzas francés en Europa oriental. Con relación a Polonia y Checoslovaquia, Hitler concluyó que, gracias a esos aliados, Francia estaba «en posición de amenazar con aviones casi todo el territorio de Alemania, apenas una hora después de que estalle un conflicto»²³. En segundo lugar, Hitler atacó enérgicamente el argumento según el cual la Gran Bretaña, siguiendo su política tradicional de preservar el balance de poder en Europa, se opondría a las pretensiones de hegemonía continental de Alemania. Según Hitler este argumento era incorrecto; Gran Bretaña no se opondría a la expansión alemana en Europa en tanto el Reich se abstuviese de amenazar en forma directa al imperio británico.

22. A. Hitler: *Mein Kampf*, ob. cit., pp. 128, 598.

23. T. Taylor (ed.): *Hitler's Secret Books*, ob. cit., p. 127.

«Si Inglaterra permanece fiel a sus verdaderos intereses políticos mundiales, sus oponentes en Europa serán Francia y Rusia, pues son éstos los países que amenazan su posición imperial, así como en el futuro y en otras partes del mundo lo hará la Unión Americana (Estados Unidos)»²⁴.

Hitler era un experto en detectar debilidades en el carácter de sus enemigos, pero carecía de iguales dotes para apreciar la fortaleza moral y política de sus adversarios. Los líderes nazis eran incapaces de percibir la repugnancia moral que sus conquistas producían en el mundo exterior, y la profunda reacción de rechazo que sus políticas suscitaban por ejemplo en Gran Bretaña, sobre todo a partir de 1938. La decisión británica de combatir a Hitler no resultó tan sólo de consideraciones de poder, sino también y fundamentalmente de una honda convicción moral y política que se enfrentaba a la naturaleza esencialmente destructiva y nihilista del credo nazi.

De los argumentos e intenciones anunciados por Hitler en sus libros y discursos se desprende un programa político dividido en cinco etapas, que eran las siguientes: 1) Eliminación de las restricciones impuestas al rearme alemán por el Tratado de Versalles. Esta meta constituía una medida indispensable para edificar el instrumento militar que permitiría a Hitler llevar a cabo sus proyectos de conquista. 2) Destrucción del sistema de alianzas francés en Europa oriental, mediante el cual Francia intentaba mantener rodeada a Alemania. 3) Confrontación con Francia y su derrota; ello aseguraría la frontera occidental de Alemania y abriría las puertas al siguiente paso: conquista de «espacio vital» hacia el este. 4) Conquista y sumisión de Rusia: ésta era la etapa decisiva del programa político de Hitler: la obtención del «espacio vital» que el líder nazi consideraba absolutamente necesario para la supervivencia de Alemania. 5) La etapa final de su plan de dominio fue sólo superficialmente esbozada por Hitler en diversas ocasiones; su imaginación proyectaba Alemania explotando los recursos conquistados en Rusia y fortaleciéndose para luego expandirse fuera de Europa, bien en pugna con Gran Bretaña o preferiblemente en alianza provisional con los británicos contra Estados Unidos. La lógica inherente de la ideología nazi implicaba que la meta final sería el dominio del mundo por parte de la «raza superior», mas Hitler no llegó a detallar sus planes para el logro de ese último objetivo.

Los *objetivos* del programa político de Hitler, en especial su meta de conquista de «espacio vital» en Rusia, permanecieron firmes durante toda su carrera, pero los *medios* empleados por Hitler para realizar su programa se caracterizaron por su gran flexibilidad y elasticidad. Esta disparidad entre la *solidez* de los fines y la *flexibilidad* de los medios ha traído como consecuencia que algunos historiadores hayan cuestionado el valor de los libros y pronunciamientos de Hitler como guías para determinar en qué consistían realmente sus proyectos de política exterior. Se ha dicho, por ejemplo, que *Mein Kampf* no proporciona lineamientos específicos para las acciones diplomáticas de Hitler entre 1933 y el comienzo de la guerra (1939),

24. Ibid, p.149

las cuales de hecho la condujeron a acordar un pacto de no-agresión con la URSS y a una guerra contra la Gran Bretaña, un poder que Hitler había considerado como aliado potencial. Autores como A. J. P. Taylor han calificado los proyectos de conquista y dominación como «fantasías», «sueños diurnos»²⁵, y han señalado que, en la práctica, Hitler demostró ser fundamentalmente un político astuto y cínico, un oportunista que extraía ventajas de los errores e ilusiones de otros, para extender el poderío alemán por cauces y con métodos familiares a la historia europea.

Lo que los historiadores como Taylor pierden de vista es que Hitler mismo había establecido una clara distinción entre el pensador que formula objetivos y el político práctico que tiene que realizarlos, enfatizando con frecuencia la necesidad de flexibilidad táctica en la vida política. Como escribió en *Mein Kampf*: «El teórico de un movimiento debe establecer los fines, y el político debe luchar para lograrlos. El pensamiento del primero debe estar guiado por una verdad eterna, las acciones del otro por la realidad práctica del momento». Y luego, pensando sin duda en sí mismo: «En ciertos períodos del desarrollo humano, puede una vez ocurrir que el político y el pensador teórico se funden en un solo hombre»²⁶. Hitler se adhirió siempre y en forma obsesiva a las principales metas de su programa político, pero no así a un determinado conjunto de medios o de maniobras tácticas específicas; su política exterior combinaba una total consistencia en los objetivos junto a un completo oportunismo en los métodos y tácticas de acción, lo cual ha sido en muchas oportunidades la clave del éxito en esa área.

Como agudamente lo anota Bullock en su artículo sobre *Hitler y los Orígenes de la Segunda Guerra Mundial*: «Hitler sólo puede ser entendido si se toma en cuenta que era al mismo tiempo fanático y cínico, indoblegable en su voluntad y astuto en sus cálculos, convencido de su rol como hombre del destino y dispuesto a representarlo con todos los trucos y artificios de un consumado actor. Esos dos aspectos: el irracional y el calculador, caracterizaron la personalidad de Hitler y lo apartaron de sus imitadores»²⁷. Hitler tenía objetivos fijos, que serían realizados por una serie de movimientos coordinados, pero no tenía un «plan maestro» en el sentido que esos movimientos tácticos estuviesen predeterminados en detalle. Esto permitía que cada fase de acción fuese mantenida en secreto y ejecutada con flexibilidad. Su táctica le dio grandes éxitos políticos hasta 1939, y, a pesar de que la gravedad de los riesgos que asumía se acrecentaba más y más, se trataba siempre de riesgos calculados. Para Hitler, era políticamente razonable suponer que su pacto con la URSS en 1939 eliminaba toda posibilidad de que los aliados anglo-franceses, cuyo comportamiento sobre Checoslovaquia en 1938 había dejado tanto que desear,

25. A. J. P. Taylor: *The Origins of the Second World War*, Hamish Hamilton, London, 1963, p. 69.

26. Véase A. Hitler: *Mein Kampf*, ob. cit., pp. 191, 193.

27. Alan Bullock: *Hitler and the Origins of the Second World War*, en E. M. Robertson (ed.): *The Origins of the Second World War*, Macmillan, London, 1973, p. 193.

prestasen ayuda efectiva a Polonia o se atreviesen a declarar la guerra a Alemania. Hitler subestimó los cambios experimentados por la opinión pública británica y francesa entre 1938 y 1939, y aunque la declaración de guerra de los aliados le tomó hasta cierto punto por sorpresa, pronto decidió saldar definitivamente sus cuentas con Francia, mantener abierta la posibilidad de un arreglo con los británicos, y preparar el escenario para su golpe más crucial: el ataque a la URSS. En *Mein Kampf* Hitler había afirmado que: «Alemania concibe la destrucción de Francia sólo como un medio que le permitirá abrir a su pueblo las puertas de la expansión en otra parte»²⁸; se refería, desde luego, a Rusia.

Taylor tiene toda la razón cuando afirma que Hitler no buscaba una guerra general, que «quería los frutos de la victoria total sin la guerra total»; pero es importante interpretar correctamente el sentido de estas palabras: Hitler quería lograr sus objetivos paso a paso, y derrotar a sus enemigos uno a uno, pues sabía que el poder combinado de sus adversarios superaba al de Alemania. No obstante, Hitler estuvo dispuesto a aceptar una guerra total cuando ello se hiciese necesario, y así lo demostró al atacar a la URSS antes de concluir su confrontación con Gran Bretaña, así como también al declararle la guerra a Estados Unidos. La Segunda Guerra Mundial fue el resultado lógico de la ideología y los planes nazis, y esto debe tenerse muy presente cuando se examinan causas y eventos que condujeron al conflicto. Tres puntos importantes, entre otros, merecen ser mencionados: 1) para Hitler, la Primera Guerra Mundial no había concluido, y la Segunda proporcionaría a Alemania la victoria; 2) la adquisición de «espacio vital» presuponia necesariamente expansionismo y agresión; 3) el totalitarismo nazi se basaba en la movilización permanente de una comunidad que proyectaba sus conflictos y energías internas hacia la conquista exterior²⁹. Ahora bien, antes y después de 1939, Hitler pensó en términos de un tipo de guerra distinta a la que Alemania había luchado y perdido entre 1914 y 1918. Así como en teoría se opuso tenazmente a una guerra en dos frentes (antes de romper su propio precepto al invadir a la URSS en 1941 sin haber alcanzado una decisión contra Gran Bretaña), Hitler también entendió que Alemania estaría en desventaja en una guerra general y prolongada contra el conjunto de sus enemigos. Mas Alemania podía tal vez triunfar contra cada uno de sus adversarios por separado, a través de una serie de campañas individuales en las cuales tendría superioridad sobre su contrincante de turno. La sorpresa y el poderío de las ofensivas iniciales llevarían cada campaña a una conclusión decisiva antes de que la víctima lograra movilizar todos sus recursos, impidiendo igualmente la intervención efectiva de otros poderes.

Para comprender los éxitos militares nazis, así como también sus fracasos, hay que tener claro qué tipo de guerra quiso hacer Hitler: la «Blitzkrieg» o «guerra relámpago», el instrumento militar que derrocó Polonia en cuatro semanas, Holanda

28. A. Hitler: *Mein Kampf*, ob. cit., p. 616.

29. Véase Karl Dietrich Bracher: *The German.....*, ob cit, p.495

en cinco días, a Bélgica en diecisiete, a Francia en seis semanas, a Yugoslavia en once días, a Grecia en tres semanas; el instrumento con el cual Hitler pretendió conquistar a la URSS en cuatro o cinco meses, enviando a sus tropas al combate sin equipo de invierno confiando en que lograrían un triunfo rápido. La guerra que planeó Hitler y para la cual preparó a Alemania, consistía en realidad en un conjunto de guerras cortas y decisivas contra enemigos diferentes. Esa era la estrategia militar que más se adecuaba al programa político de Hitler y al contexto político dentro del cual trató de implementarlo. La «guerra relámpago» le dio brillantes victorias, pero falló en la prueba crucial.

3. EL CONCEPTO DE BLITZKRIEG

La estrategia de Hitler tenía sus raíces en lecciones extraídas de la Primera Guerra Mundial. Una de ellas era que Alemania tenía que escoger entre la amistad con Gran Bretaña y la amistad con Rusia para evitar una guerra en dos frentes. Para lograr sus objetivos, el Reich debía o bien estar libre del bloqueo naval británico, que tan decisivamente había influido en la derrota de 1918, o bien tener acceso a los recursos naturales de la Unión Soviética como único medio para asegurar la expansión. Ya se ha explicado en estas páginas la manera en que Hitler afrontó este problema y la solución que finalmente le dio. Otras dos lecciones, también sacadas de las experiencias de Alemania entre 1914 y 1918 eran las siguientes: en primer lugar, había que *asegurar la estabilidad del frente interno*, cuya desintegración en las postrimerías de la guerra fue, según Hitler, la causa principal de la derrota alemana. Para Hitler, Alemania había perdido la guerra porque elementos subversivos minaron la moral del frente interno, ya bastante debilitada en las penalidades impuestas por el bloqueo, y dieron una «puñalada por la espalda» a un ejército imbatido por sus adversarios externos. La otra lección se refería a la necesidad de restaurar movilidad a la guerra y lanzar golpes rápidos y decisivos contra los enemigos del Reich, evitando así una guerra de desgaste desfavorable para Alemania.

Estas *tres* consideraciones fueron unificadas por Hitler en el concepto de «Blitzkrieg» o «guerra relámpago» que no se refería solamente al uso de divisiones blindadas con apoyo aéreo en los frentes de batalla, sino también a un método de hacer la guerra que *evitaba el compromiso económico de la guerra total* y permitía a la población civil alemana disfrutar de los beneficios de una serie de victorias sucesivas sin experimentar las privaciones asociadas necesariamente a una guerra prolongada y de desgaste. Para Hitler, la «Blitzkrieg» no era tan sólo un concepto militar, un proyecto de orden puramente táctico dirigido a evitar los errores de la guerra de posiciones; se trataba de una noción más global, destinada a imposibilitar una repetición de las tensiones políticas, económicas y psicológicas vividas por los alemanes durante la Primera Guerra Mundial. Esta concepción de Hitler se oponía por completo a la idea de «guerra total» formulada y promovida por el general Ludendorff, según la cual todos los aspectos de la vida nacional debían ser

coordinados en la realización de un enorme esfuerzo de naturaleza militar. Hitler, por el contrario, sostenía que «Alemania no será capaz de sobreponerse a las fuerzas movilizadas contra ella en Europa si deposita su confianza tan sólo en medios militares»³⁰; la presión diplomática, la subversión y la propaganda se encargarían, como primer paso, de erosionar la voluntad de resistencia del enemigo, que sería posteriormente sometido por golpes rápidos y poderosos suministrados por ejércitos «de formaciones especiales, altamente calificadas». Este tipo de guerra, pronosticaba Hitler, sería «increíblemente sangrienta y terrible», pero al mismo tiempo, y paradójicamente, «la menos cruel, porque será la más corta»³¹.

La «Blitzkrieg» sería el tipo de guerra menos cruel *para el pueblo alemán*, que continuaría *consumiendo* a un nivel cercano al del tiempo de paz a pesar de que Alemania se encontraría en guerra. Para los enemigos de Alemania, la «Blitzkrieg» luciría igual que una guerra total; pero para los alemanes, la «Blitzkrieg» tendría el costo material y la duración de una guerra limitada, o, más exactamente, *de una serie de guerras limitadas*.

En su excelente estudio sobre los fundamentos económicos de la «Blitzkrieg», Alan Milward ha destacado aquellos aspectos del concepto que se derivaban de consideraciones sobre la situación interna de Alemania, las características organizativas del régimen nazi y la influencia de todo ello en la instrumentalización del programa de política exterior de Hitler. Milward explica que la economía de «Blitzkrieg» hundía sus raíces en la propia naturaleza del Estado nazi y de la dictadura hitleriana; ese tipo de organización económica «se adaptaba en forma plena a los principios en los cuales Hitler basaba su dictadura»³² y, en síntesis, Hitler la escogió debido a los siguientes factores: 1) La economía de «Blitzkrieg» estaba en armonía con los métodos administrativos peculiares al Estado nazi. 2) Se adecuaba a la idea de una dictadura. 3) Proporcionaba un método de hacer la guerra que no imponía excesivas exigencias a la población civil, y no perturbaba la estabilidad interna del régimen. 4) Ofrecía una fórmula mediante la cual Alemania podía hacer la guerra contra adversarios económicamente superiores. 5) Era estratégicamente muy conveniente, ya que las debilidades que inevitablemente revelaría la economía alemana en una guerra prolongada no serían explotadas por sus adversarios: «La "Blitzkrieg"», en este sentido profundo, era el tipo de guerra para el cual Alemania y Hitler estaban preparados en 1939. Su ejecución «requería "armamento en extensión" en lugar de "armamento en profundidad"... Alemania había organizado su economía para mantener un alto nivel de disponibilidad en armamentos, pero no se había realizado la inversión básica necesaria para producir un nivel de armamentos capaz de dar la victoria en contra de poderes económicamente superiores.

30. A. Hitler: *Hitler's Secret Book*, ob. cit., p. 128.

31. Citado por H. Rauschning: *Hitler Speaks*, London, 1939, pp. 17-21.

32. Alan S. Milward: *The German Economy at War*, University of London Press. London, 1965, p. 8.

En otras palabras, Alemania tenía alto nivel de disponibilidad inmediata de armamentos, pero un bajo nivel de potencial productivo de armamentos»³³. Estas «medidas», desde luego, son relativas, y se refieren al potencial de Alemania comparado con el de poderes como la URSS y Estados Unidos. En una guerra contra estos países, Alemania sufriría la enorme desventaja inherente a sus limitaciones en cuanto a posesión de materias primas, ya que el carbón era el único recurso vital para una guerra que Alemania poseía en cantidades suficientes.

El concepto hitleriano de «Blitzkrieg» fue cuestionado antes y durante la guerra por unos cuantos miembros de las fuerzas armadas alemanas, entre los cuales se destaca el general Georg Thomas, quien en Noviembre de 1939 había sido designado jefe de la Oficina para Armamentos y Economía de Guerra del Comando Supremo. En diversos informes presentados a Hitler, Thomas manifestó su desacuerdo con el concepto de «Blitzkrieg» como medio para evitar una guerra larga contra una coalición de enemigos. Thomas creía que al final Alemania se encontraría nuevamente cercada por sus adversarios y que la subestimación del poder de la URSS y Estados Unidos sería fatal. En su opinión, los riesgos de una guerra larga debían ser afrontados con tres medidas básicas: primero, imposición de drásticas restricciones al consumo del sector civil y creación de una economía de «guerra total»; segundo, introducción de un sistema racional y consistente de prioridades en la asignación de contratos para armamentos y distribución de recursos humanos y materiales; tercero, rearme *en profundidad*, y no sólo en extensión para la disponibilidad inmediata, y de tal manera edificar una maquinaria productiva de guerra sobre una sólida infraestructura.

Hitler se oponía resueltamente a las proposiciones de Thomas, y por varias razones. Primeramente, Hitler y muchos otros altos jefes del partido nazi, querían evitar a toda costa la imposición de restricciones de «guerra total» sobre el frente interno, es decir, sobre el sector civil alemán. Las experiencias de desintegración doméstica de la Primera Guerra Mundial estaban vivas en su memoria; la preocupación de los nazis sobre la verdadera solidez de la moral civil y del apoyo de masas al régimen se originaba tanto en esas lecciones del pasado como en numerosos informes que llenaban los archivos de los organismos de seguridad del Estado en la década del 30, en los que se anticipaba gran inestabilidad política en caso de un aumento excesivo de las penalidades producidas por los programas de inversión de capital. Como señala Milward: «El que estas proyecciones fuesen o no válidas, o aun plausibles, no importa mucho, lo verdaderamente relevante es que tales informes influenciaron a Hitler, y su deseo de llevar a cabo una guerra que no implicase restricciones en la producción de bienes de consumo fue el factor que le llevó a dudar por tanto tiempo antes de comprometer a Alemania a una economía de guerra total»³⁴

33. Ibid., pp. 8-6.

34. Ibid., p. 12.

A fines de Enero de 1941, cuando Hitler pronunció su discurso anual en conmemoración de su ascenso al poder, el público alemán notó que Hitler había omitido cualquier referencia a las relaciones con la URSS (contra la cual se adelantaban en secreto masivos preparativos de ataque). A partir de esa fecha y hasta el comienzo de la invasión, los reportes de la policía contenían numerosas observaciones acerca del temor y la ansiedad popular ante cualquier perspectiva de una mayor extensión de la guerra. Esto lo sabían los jefes nazis, quienes estaban decididos a continuar produciendo tanto armamentos como bienes de consumo y a evitar una guerra larga. Hitler iba todavía más lejos, ya que no solamente quería que los alemanes tuviesen «pan», sino también «circo»: en el invierno de 1939-40 prosiguieron las labores de construcción del gran estadio olímpico de Garmisch, Bavaria, y en el verano de 1940 Hitler continuaba insistiendo en que los grandiosos proyectos de construcción de su arquitecto Speer para Berlín y Nuremberg siguiesen adelante, a pesar de que consumían enormes cantidades de materiales estratégicos necesarios para el esfuerzo de guerra ³⁵.

En cuanto a la segunda sugerencia de Thomas sobre introducción de un sistema nacional de prioridades de distribución de recursos, Hitler rehusaba operar una estructura coordinada de planeamiento militar, o conectar el sector militar al sector civil a través de la maquinaria administrativa. Hitler trabajaba basado en el principio de «divide y reinarás», y la dirección de la economía de guerra alemana había sido puesta en manos de diversas organizaciones y cuerpos administrativos que competían entre sí. La reorganización de la economía para la «guerra total» implicaba el abandono de esas prácticas administrativas cuya descentralización permitía de hecho un mayor control por parte de Hitler y el partido. La economía de «Blitzkrieg» no imponía tales requerimientos de organización, y podía ser fácilmente operada dentro del marco de los métodos administrativos nazis.

Además de los motivos ya citados, Hitler tenía otras razones, aun de mayor peso, para oponerse a los argumentos de Thomas sobre la necesidad de «armarse en profundidad». El programa político de Hitler tenía metas fijas y claramente determinadas, pero desde el punto de vista *táctico*, en cuanto a los *medios de acción*, Hitler buscaba un máximo de *flexibilidad*: sus enemigos iban a ser aislados y atacados sucesivamente, pero su lugar dentro de esa secuencia no estaba preestablecido de antemano, y era intercambiable de acuerdo a las circunstancias. Una política de «armamento en profundidad», como la quería Thomas, hubiese coartado la libertad de acción de Hitler en la escogencia del momento para atacar a uno u otro de sus enemigos: la idea de «Blitzkrieg» consistía en una serie de guerras cortas coordinadas a una intensificación del esfuerzo económico en sectores específicos. Dada una situación en la cual sólo una parte de la economía estaba dedicada a propósitos bélicos, se hacía necesario cambiar la composición del producto de este sector, *de acuerdo al enemigo de turno*. De esta manera, el ataque sobre Francia estuvo precedido de un gran acrecentamiento en la producción de

35. Véase R. Cecil: *Hitler's Decision...*, ob. cit., pp. 141-142.

vehículos blindados; los preparativos para la invasión a Gran Bretaña, que no llegó a realizarse, incluyeron como es lógico un incremento en la producción de equipo naval y aeroplanos; y, en forma similar, el ataque a la URSS estuvo precedido en un enorme esfuerzo productivo en el campo de equipos para las fuerzas terrestres: «Ninguno de estos incrementos en producción implicó un incremento global de la producción del sector de la economía dedicado a la industria de guerra. Cada incremento fue logrado mediante reducciones en la producción de otros tipos de armamento; en consecuencia, a pesar de que el tamaño del sector comprometido en la industria de guerra no cambió, hubo violentos cambios de prioridades dentro del mismo»³⁶.

La economía de «Blitzkrieg» favorecía la posición personal de Hitler como dictador, a la vez que se adecuaba a la naturaleza de su proyecto político. En Agosto de 1940, luego de la derrota de Francia, Hitler aún no había tomado una decisión respecto a las opciones militares que tenía ante sí: o bien emprender la operación «León Marino» e invadir Gran Bretaña, o bien lanzar sus fuerzas a la conquista de Rusia en la operación «Barbarroja». En tales circunstancias, Hitler comunicó al general Halder que: «Nuestras fuerzas armadas deben estar listas para todo, aunque no se les hayan asignado todavía tareas específicas»³⁷. Para Hitler, la mejor política, por su flexibilidad y adaptabilidad, era la de «armamento en extensión», sometida a su voluntad y coordinada con el impacto de la «Blitzkrieg», el cual aseguraba que la guerra sería corta. El punto débil del plan hitleriano se encontraba en su suposición de que la «Blitzkrieg» sería también efectiva contra un adversario como la URSS, cuyas condiciones peculiares eran muy distintas a las de otros países que sucumbieron bajo el poderío de la maquinaria militar alemana. El general Thomas, quien había visitado la URSS en 1933 y conocía sus potencialidades, fue acusado de excesivo pesimismo cuando señaló las dificultades que presentaba el intento de repetir allí la «Blitzkrieg».

La fase económica de la «Blitzkrieg» duró en Alemania desde la ruptura de hostilidades en 1939 hasta el momento en que las tropas soviéticas iniciaron su contraofensiva a las puertas de Moscú a fines de 1941. Si la URSS se hubiese desintegrado, como esperaba Hitler, la «Blitzkrieg» se habría justificado en forma decisiva; mas la capacidad soviética de sobrevivir a la «ofensiva de cinco meses» lanzada en su contra por los nazis colocó a Hitler ante el compromiso de una guerra en dos frentes, uno de ellos fundamentalmente terrestre (en Rusia), y el otro fundamentalmente naval y aéreo (contra Gran Bretaña). En tales condiciones la «Blitzkrieg» se hacía imposible. Aun cuando este fracaso tardó en ser del todo reconocido por el liderazgo nazi, las derrotas sufridas en el invierno de 1941-42 marcaron de hecho el inicio de una nueva etapa en la guerra.

36. Alan S. Milward: ob. cit., p. 11.

37. Citado por R. Cecil: ob. cit., p. 145.

A partir de esa fecha, Alemania empezó a armarse para una guerra larga y a abandonar las políticas económicas que hasta entonces había seguido.

En vista de que Alemania tenía ahora que prepararse para una guerra larga contra poderes económicamente más poderosos, ¿cómo pensaba Hitler ganarla? Las nuevas circunstancias impusieron un cambio de perspectiva en los planes de Hitler; el fracaso de la «Blitzkrieg» en Rusia le llevó a depositar su confianza en la *superioridad cualitativa* de la tecnología alemana sobre la de sus adversarios. Hitler asumió que sería posible para la tecnología alemana mantener una ventaja constante sobre la de sus enemigos en el ramo armamentista; no quedaba otro remedio que conceder la superioridad cuantitativa de la producción de armamentos de sus oponentes, no obstante, Alemania era capaz de ganar una guerra de producción en masa dirigiendo su ciencia y su tecnología a la tarea de mantener *superioridad cualitativa* en un conjunto de armamentos claves.

Durante esta segunda fase de su economía de guerra, Alemania logró importantes éxitos en el campo del desarrollo armamentista, pero éstos nunca llegaron a tener los efectos decisivos que Hitler esperaba. A medida que las derrotas nazis se hacían más severas, también aumentaban las expectativas de que las nuevas armas se mostrasen capaces de torcer el rumbo de la guerra y devolver a Alemania la iniciativa militar. Las bombas V-1 y V-2, los tanques «Tigre» y «Pantera» para la confrontación con la URSS y en África, nuevos torpedos para los submarinos tipo «U» y otros inventos llegaron a convertirse en verdaderas panaceas a ojos de los líderes nazis, que ya podían percibir en el horizonte las consecuencias que una derrota traería para ellos y su país.

Hitler era particularmente propenso a exagerar las potencialidades de las nuevas armas y a depositar en las mismas esperanzas excesivas. En numerosas ocasiones la influencia personal de Hitler fue crucial para la ejecución de programas que condujeron a importantes mejoramientos e innovaciones en el arsenal de guerra alemán. No obstante, los errores del jefe nazi en este campo fueron también apreciables; en sus *Memorias*, Albert Speer llega a decir que: «Hitler tenía una desconfianza esencial hacia todas aquellas innovaciones que como en el caso de los aviones jet o las bombas atómicas trascendían los límites de la experiencia técnica recogida por la generación de la Primera Guerra Mundial, a la que Hitler pertenecía, y presagiaban una era que no llegaría a conocer»³⁸. Es posible que en este párrafo el ex-ministro de armamentos nazi haya exagerado un poco los obstáculos y dificultades que en diversas oportunidades Hitler interpuso en el camino del desarrollo tecnológico de la industria de guerra alemana. No obstante, la afirmación de Speer apunta hacia un problema central de la noción de superioridad cualitativa: este concepto resultaba inútil si se le confinaba únicamente a los procesos de desarrollo y producción de armamentos; la superioridad tenía que extenderse también a la esfera del *uso práctico* de los armamentos producidos, y en este campo existía una ruptura casi total entre las decisiones *económicas* y las decisiones *estratégicas*.

38. Albert Speer: Inside..., ob. cit., p. 494.

El ministerio de Speer desarrollaba proyectos tecnológicos, pero era Hitler quien decidía qué hacer con ellos. La noción de superioridad cualitativa tenía tanta importancia económica como estratégica, y uno de sus puntos débiles se encontraba en que su efectividad requería el más sólido acuerdo entre el comando militar y los ministerios económicos. Este tipo de coordinación no llegó a materializarse en el Estado nazi, y fueron frecuentes las ocasiones en que Hitler tomó decisiones que restaron eficacia militar a los nuevos desarrollos técnicos, por ejemplo al posponer la producción de los aviones «caza» con la nueva propulsión a turbinas jet (que seguramente habría acrecentado grandemente las capacidades de defensa aérea alemanas), para luego convertirlos en bombarderos livianos, mucho menos eficientes desde el punto de vista militar. De manera similar, Hitler equivocó sus prioridades al concentrar la enorme capacidad industrial alemana en la producción de los inmensos cohetes V-2 para retaliar contra Gran Bretaña a partir de Julio de 1943. Hubiese sido preferible producir en masa cohetes tierra-aire para la defensa anti-aérea (cuyos prototipos ya existían) en lugar de centralizar recursos en armas que, como la V-2, podían (si se alcanzaba la cifra de 39 cohetes diarios) tan sólo transportar 24 toneladas de explosivos por día hasta Gran Bretaña, mientras las flotas de bombarderos aliados arrojaban un promedio de 3.000 toneladas de explosivos sobre Alemania diariamente.

En última instancia, aun el mismo intento de mantener ventajas cualitativas se vio inevitablemente condenado por las restricciones a que estaba sometida la economía armamentista alemana, en su confrontación con poderes muy superiores, los cuales de paso también poseían una base tecnológica avanzada. La insuficiente producción de acero, las dificultades para obtener todo tipo de suministros, repuestos, etc., y la escasez de mano de obra especializada en renglones claves llevaron también al fracaso la segunda etapa del esfuerzo económico alemán en la guerra.

El estudio del desarrollo de la economía alemana entre 1933 y 1939, en especial de la industria bélica, ha conducido a algunos historiadores a argumentar que la baja proporción de recursos dedicados a la producción de armamentos indica que Hitler no estaba deliberadamente preparándose para la guerra, sino que confiaba en forma exclusiva en la amenaza de guerra para atemorizar a sus adversarios y obligarles a satisfacer sus demandas ³⁹. Esta interpretación de los hechos es errada, ya que la economía alemana durante ese período era una economía de guerra, no en el sentido en que el término era usado por los planificadores británicos que pensaban en función de una «guerra total», sino dentro del esquema estratégico de la «Blitzkrieg». Ciertamente, antes de Septiembre de 1939 la capacidad económica alemana no fue en ningún momento dedicada de lleno a la producción de guerra. Las cifras de producción de armamentos son bastante más bajas de lo que se habría logrado si el potencial económico alemán hubiese sido concentrado plenamente en esa área; pero hay razones que explican esa situación y que ya han sido discutidas en detalle; Hitler no buscaba la conversión a largo plazo

39. Véase A. J. P. Taylor: Introducción a la 2.a edición de *The Origins...*, ob. cit.

de toda la economía en una economía de guerra que, como en el caso de Gran Bretaña, empezaría a arrojar resultados óptimos en un plazo de dos a tres años. Hitler buscaba una economía que respondiese a las exigencias estratégicas de la «Blitzkrieg», una economía dirigida a obtener superioridad a corto plazo en armas que proporcionasen una serie de rápidas victorias, aun cuando esto implicase el abandono de un programa armamentista de más largo aliento. De tal manera, que el estudio del proceso económico alemán entre 1933 y 1939 arroja luz sobre las verdaderas intenciones de Hitler sólo a través de la perspectiva analítica que proporciona la noción de «Blitzkrieg».

El general Thomas, antes de la ruptura de hostilidades, y Albert Speer, luego de finalizado el conflicto, han argumentado que una de las principales causas del fracaso de Alemania estuvo en no comprometerse a desarrollar una economía de guerra total desde las primeras etapas de enfrentamiento. Hay que recordar, sin embargo que la «Blitzkrieg» dio a Alemania extraordinarias victorias militares contra enemigos poderosos. Los fracasos comenzaron precisamente a partir del momento en que falló la «Blitzkrieg». La derrota final no constituye un argumento lo suficientemente sólido en contra de la estrategia de Hitler desde el punto de vista militar y económico. ¿Qué proponían Thomas y Speer?; ¿que la Alemania nazi hiciese una guerra total contra todos sus enemigos simultáneamente? Allí fue precisamente donde la condujo la política de Hitler, *pero eso no estaba en sus proyectos*, y la guerra total significó la derrota de Alemania. Durante la etapa de «Blitzkrieg», Hitler sólo obtuvo triunfos.

El error crucial de Hitler fue político, y la naturaleza de ese error puede ser explicada en términos de lo que Clausewitz denomina «el punto culminante de la victoria». Conocer ese «punto culminante» consiste en saber dónde y cuándo detenerse en la guerra. Las victorias en cadena son embriagadoras, y no es siempre fácil aceptar límites; en el caso de Hitler, sus triunfos en Polonia, Francia, Noruega, etc., le llevaron no sólo a intentar su repetición contra otros adversarios en diferentes condiciones, sino también a subestimar a sus oponentes. Hitler lanzó la «Blitzkrieg» contra Rusia sobre la base de una planificación superficial, impaciente de ejecutar sus más ambiciosos designios y enceguecido por sus prejuicios ideológicos. En Rusia, Hitler atravesó un umbral y dio inicio a un proyecto situado más allá del «punto culminante» de lo que Alemania podía lograr con los recursos y capacidades de que disponía. Ya avanzada la guerra contra la URSS, Hitler fue capaz de reconocerlo y de decir que «al comenzar nuestro ataque, entramos en un mundo que nos era totalmente desconocido»⁴⁰.

40. H. Trevor-Roper (editor): *Hitler's Secret Conversations*, N. Y., 1961, p. 59.

4. HITLER COMO JEFE MILITAR

(i) El «Señor de la Guerra»

Uno de los aspectos más discutidos sobre la personalidad de Hitler se refiere a sus capacidades como jefe militar. Las opiniones varían desde las que consideran a Hitler una especie de genio errático, cuya falla principal se encontraba en una excesiva brillantez, hasta aquellas que le ven como un diletante o, peor aún, un incorregible ignorante en el campo militar. No es nada fácil clasificar las cualidades que en uno u otro caso a través de la historia han caracterizado a los grandes estrategas, pero usualmente la combinación de inteligencia, audacia y confianza en sí mismo están presentes en la acción de los grandes jefes militares, entendiendo por tales no aquellos que conducen tropas en combate, sino los que, en un plano más general, planifican el uso de la fuerza militar para obtener fines políticos: inteligencia para juzgar las situaciones y escoger adecuadamente los medios de acción; audacia para llevar a cabo propósitos definidos, confianza en sí mismo que permite una ejecución firme y decidida de los planes, son rasgos que con frecuencia pueden hallarse al analizar la trayectoria de estrategas que se han distinguido a lo largo de la historia.

De esas características, Hitler indudablemente poseía la inteligencia y la audacia; ahora bien, un estudio de su carrera en la esfera militar sugiere que sus debilidades radicaban en la falta de confianza en sí mismo al poner en ejecución los planes, muchas veces brillantes, que su mente audaz y poderosa concebía. Esa confianza no es algo innato, sino que se deriva del conocimiento que se tiene acerca del arte militar. Hitler no era de ninguna manera un ignorante en cuestiones militares; en numerosas ocasiones su dominio de la tecnología de armamentos y de problemas de la táctica y la estrategia asombró a sus generales, pero Hitler carecía de una formación militar consistente y coherente; sus conocimientos provenían de sus lecturas personales y de sus experiencias en los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial, y no estaban fundamentados en los sólidos cimientos de un estudio y una práctica profesionales del arte militar. Desde luego, no hace falta ser un militar profesional para ser un buen estratega, y Hitler entre otros así lo demostró; sin embargo, las raíces de esa desconfianza que le invadía en los momentos en que sus proyectos se encontraban en proceso de realización hay que buscarlas en su percepción de que había puntos flacos en sus conocimientos militares. Para ponerlo en otras palabras, Hitler fue un aventajado jefe militar amateur; muy exitoso, no cabe la menor duda, pero como amateur, y esto el líder nazi lo sabía.

Nuevamente, es Albert Speer el que destaca ese rasgo del hombre Hitler: «El amateurismo era una de las características dominantes de su personalidad... Como muchos otros autodidactas, Hitler no tenía idea de lo que significa un conocimiento realmente especializado... Librado de las ideas usuales, su inteligencia rápida concebía a veces innovaciones que no habrían sido fácilmente descubiertas por un especialista. Las victorias de los primeros tiempos de la guerra pueden literalmente

ser atribuidas a la ignorancia de las reglas del juego por parte de Hitler y a su placer en tomar decisiones... Su audacia, unida a la superioridad militar constituyó la base de sus primeros éxitos; pero tan pronto comenzaron los fracasos, él también empezó a hundirse... su ignorancia de las reglas del juego se reveló como una forma de incompetencia y sus defectos dejaron de ser ventajosos. A medida que se acrecentaban sus fracasos, también aumentaba su incurable amateurismo; las peculiaridades que antes le habían favorecido, ahora aceleraron su caída»⁴¹. El Mariscal Eric Von Manstein comparte con Speer la opinión de que «lo que faltaba a Hitler era simplemente habilidad militar basada en la experiencia, algo para lo cual su "intuición" no era un sustituto adecuado»⁴²; Hitler desconfiaba de sus generales y desconfiaba de sí mismo desde el momento en que los planes militares dejaban la mesa de trabajo para ser ejecutados sobre el terreno. Mientras se encontraba tomando la ofensiva, y si todo marchaba bien en sus campañas de corta duración, Hitler lograba superar su nerviosismo y su impaciencia; pero, apenas surgían dificultades, Hitler revelaba esa faceta de su personalidad de jefe militar que ha sido admirablemente resumida por Guderian: «Hitler esbozaba sus planes con gran audacia... pero cuando en el proceso de ejecución de esos planes se enfrentaba a la primera dificultad —contrariamente a la tenacidad que caracterizaba su comportamiento ante crisis políticas— Hitler se debilitaba, quizás porque se daba cuenta instintivamente de sus fallas en el campo de la ciencia militar»⁴³.

Existe un acuerdo bastante generalizado, entre los autores que han discutido el papel de Hitler como jefe militar, en cuanto a que el líder nazi fue en buena medida responsable tanto de las victorias obtenidas por Alemania en la primera parte de la guerra (hasta el invierno de 1941-42), así como de las derrotas experimentadas en las etapas siguientes del conflicto. Es difícil, no obstante, extraer de toda la carrera militar de Hitler un juicio tajante y decisivo como el que hace, por ejemplo, Speer en su Diario: «ciertamente, como quedó demostrado en la segunda parte de la guerra, Hitler no era un gran jefe militar»⁴⁴. El «record» de Hitler en este sentido es complejo, lleno de altibajos, y de ninguna manera queda aclarado por una apreciación sumaria como la de Speer. Previamente se ha visto que en lo referente a la concepción estratégica, la «Blitzkrieg» era un instrumento que se adaptaba muy eficazmente al proyecto político de Hitler. Guderian y sus tanques le proporcionaron a su vez la herramienta táctica que hizo posible crear todo un nuevo estilo de guerra el cual produjo asombrosas victorias en los primeros años del conflicto. Hitler transfirió al campo militar la astucia, sentido de la oportunidad y de la sorpresa que tanto éxito le habían dado en el terreno político, y si bien no fue el personalmente quien inventó las tácticas de la «Blitzkrieg», su participación en el desarrollo práctico de las mismas fue decisiva, así como su integración dentro de un concepto estratégico global.

41. Albert Speer: *Inside the Third...*, ob. cit., p. 321.

42. Mariscal de Campo Eric Von Manstein: *Lost Victories*, Methuen, London, 1958, p. 275.

43. General Heinz Guderian: ob. cit., p. 439.

44. Albert Speer: *Spandau...*, ob. cit., p. 205.

Según Von Manstein, esa capacidad para descubrir las potencialidades operacionales de un plan ofensivo era sin duda una de las principales cualidades de Hitler como jefe militar. Hitler poseía igualmente una memoria muy retentiva y gran imaginación que le permitían asimilar una amplia gama de cuestiones técnicas militares, en especial en lo referente a problemas de armamentos. A los defectos ya mencionados: desconfianza en si mismo al ejecutar planes, sobreestimación del poder de la «voluntad», minimización de las potencialidades enemigas y tendencia a no tomar en cuenta los hechos y de guiarse por apreciaciones subjetivas, etc.. Manstem añade dos más de mucha importancia. En primer lugar, el gran interés de Hitler por los asuntos técnico-militares le llevaba a sobrevalorar la eficacia de sus propios recursos; como resultado, pretendía en ocasiones «que apenas unos cuantos destacamentos de cañones de asalto o tanques podrían restaurar situaciones en las cuales sólo grandes cuerpos de tropas tendrían alguna perspectiva de éxito». En segundo lugar, Hitler tenía poco conocimiento de los problemas de despliegue de reservas, almacenamiento y distribución de suministros, organización y logística en general, y restaba usualmente importancia a estas cuestiones, lo cual, como se vera mas adelante, tuvo graves consecuencias durante la invasión a la URSS: «Hitler no apreciaba correctamente el hecho de que cualquier operación ofensiva de largo aliento exige un progresivo suministro de tropas y materiales por encima de aquellos comprometidos en el asalto original»⁴⁵. Ciertamente, uno de los problemas de la «Blitzkrieg» se hallaba en que, si la ofensiva inicial se extenuaba sin lograr un éxito decisivo, no quedaban suficientes reservas para mantener un ritmo ascendente de ataque y las alternativas se reducían a «todo o nada».

Por otra parte, como se señaló anteriormente, si bien los esquemas operacionales de Hitler eran con frecuencia imaginativos y audaces, su ejecución de los mismos, en ocasiones, era tímida y caracterizada Por la inconsistencia y la duda. En oportunidades, como indica Van Creveld, Hitler estuvo a punto de arruinar campañas enteras debido a una falta de confianza en sí mismo que se revelaba en momentos cruciales. Durante el ataque a Noruega en 1940, Hitler casi rescindió las órdenes de tomar el importantísimo puerto de Narvik al norte, y sólo con grandes dificultades se le persuadió de no hacerlo. En el transcurso de la campaña contra Francia, una vez que las unidades «Panzer» habían penetrado profundamente el frente enemigo tal como él había originalmente querido, Hitler comenzó a preocuparse por la defensa de los flancos y ordenó a sus blindados detenerse ante Dunquerque, otorgando así a la Fuerza Expedicionaria Británica una inmejorable ocasión de escapar: «la audacia de sus planes no se correspondía a la timidez de su ejecución, mostrando así la falta de confianza que yacía bajo una apariencia de seguridad... Al igual que Ludendorff antes que él Hitler tendía crecientemente a interferir en el comando operacional para apaciguar sus propios nervios.

45. Eric Von Manstein, ob. cit., p. 275.

Mientras más prolongada se hacía una campaña, era más difícil para Hitler confiar la conducción cotidiana de las operaciones a sus subordinados»⁴⁶. Falta de confianza en si mismo, en sus tropas y en sus generales fueron todos factores que incidieron decisivamente en la carrera militar de Hitler.

Ahora bien varios generales alemanes y diversos historiadores que han escrito sobre el tema después de 1945, han pintado una imagen de Hitler en la segunda parte de la guerra comportándose todo el tiempo como un maniático y cometiendo constantemente todo tipo de errores que causaron a derrota de Alemania. Como lo demuestran los fragmentos sobrevivientes de sus conferencias militares, esa visión de un Hitler entregado por completo a los accesos de cólera, incapaz de entender a sus generales, insultando a sus colaboradores y sin habilidad ninguna para dar órdenes coherentes es exagerada y no corresponde a la realidad. Ciertamente, sobre todo en el periodo final de la guerra, el lado fantasioso de la personalidad de Hitler le dominó plenamente, pero en etapas anteriores, Hitler mantuvo el control de su inmensa maquinaria de guerra a través de una confrontación en la cual las fuerzas armadas alemanas se sostuvieron por más de dos años frente a adversarios más poderosos. No es posible decir que esto se logro gracias a las capacidades de su comandante supremo, pero tampoco se puede afirmar que ello fue posible a pesar de la incapacidad militar de Hitler.

Hitler ha sido muy criticado por sus acciones en la segunda parte de la guerra, particularmente por su persistente rechazo a aceptar retiradas estratégicas en el frente oriental, lo cual contribuyó a que los soviéticos lograsen cercar grandes segmentos de tropas alemanas que tal vez de otra manera hubiesen podido escapar. Esta acusación, como apunta Van Creveld, es correcta en cuanto a que Hitler no entendía otro tipo de defensa que la defensa *estática*, tal y como él mismo la había experimentado en la Primera Guerra Mundial; pero esto no significa que sus órdenes de «quedarse y pelear» fuesen siempre erróneas. Basta pensar en la situación planteada durante el invierno de 1941 cuando se inició la gran contraofensiva rusa a las puertas de Moscú. Hoy en día hay amplio acuerdo en que la determinación de Hitler de no ordenar una retirada y de establecer líneas de defensa «sin dar un paso atrás» fue lo que salvó a las tropas alemanas de correr la misma suerte que los ejércitos napoleónicos en 1812. Sin embargo, su excesivo énfasis en el ataque considerado casi como la única forma de hacer la guerra tuvo resultados catastróficos a largo plazo. Al fallar la «Blitzkrieg» en la Unión Soviética, el ejército alemán encontró que no tema una línea fortificada hacia la cual retirarse para enfrentar la contraofensiva enemiga, que no disponía de equipos adecuados para condiciones invernales, y que carecía de una reserva estratégica capaz de equilibrar de nuevo el balance de fuerzas:

46.M. Van Creveld: «War Lord Hitler: Some Points Reconsidered», *European Studies Review*, Vol. 4, núm. 1, 1974, p. 57.

«Sólo en el ataque se sentía Hitler cómodo y dispuesto a poner en práctica sus cualidades de imaginación, audacia y sorpresa. Nervioso, impaciente, incapaz de sostener un esfuerzo continuo, la defensa era una forma de la guerra a la que no podía adaptarse por temperamento. Desprovisto de la confianza que se requiere para organizar retiradas estratégicas, no concebía otro tipo de acción defensiva que aquella que por cuatro años conoció durante la Primera Guerra Mundial: defensa estática, sosteniendo el frente a toda costa»⁴⁷. La flexibilidad táctica de la que Hitler había hecho gala en los primeros tiempos de la guerra desapareció paulatinamente en las etapas finales, con graves consecuencias para sus tropas.

En síntesis, si bien no cabe duda que Hitler poseía grandes habilidades como jefe militar, junto a cada una de sus cualidades convivían defectos y fallas que se fueron acentuando a medida que sus éxitos disminuían y que las posibilidades de ejercer su dinamismo se reducían. Esa existencia paralela de defectos y cualidades se pone de manifiesto particularmente en la que era tal vez la principal característica de Hitler como jefe militar, al igual que como líder político: su tendencia a ver el mundo en los términos de una rígida y férrea ideología. La ventaja de ello, y de la cual Hitler sacó mucho provecho, estriba en que las profundas convicciones ideológicas dan a sus portadores una consistencia de miras y una fuerza para la acción frecuentemente superiores a las de aquellos que ven al mundo con estrechos criterios pragmáticos. Hitler creía en su misión histórica, y estaba obsesionado por la ideología que motorizaba sus actos y los de aquellos que le seguían. Mas las hondas convicciones ideológicas pueden desembocar en el fanatismo, y mientras más convencida está la persona menos dispuesta se encuentra a aceptar que los hechos pueden no encajar con los principios que postula la ideología. Como se apuntó antes, esa situación puede llegar a extremos en los cuales, tal como ocurrió con Hitler, el ideólogo rechaza la realidad hasta que ésta termina por imponerse y le somete. Von Manstein lo apunta en sus Memorias: «Frente a su voluntad, los elementos esenciales que permiten apreciar una determinada situación, y en los cuales deben basarse las decisiones de un comandante militar, quedaban virtualmente eliminados por Hitler. Con ello, el líder nazi le dio la espalda a la realidad»⁴⁸. Hitler era un hombre de implacable determinación, imaginativo, de una inteligencia rápida capaz de comprender y asimilar problemas técnicos y de desenvolverse con bastante eficacia en el terreno de la política y la estrategia; pero sus cualidades iban acompañadas de defectos que aumentaban a medida que su dictadura se hacía más absoluta, y que sus obsesiones ideológicas oscurecían y distorsionaban su apreciación de la realidad. Hitler no fue un «genio militar», pero tampoco un «diletante desquiciado»; sólo una correcta estimación de sus cualidades explica sus éxitos, así como la comprensión de sus defectos ilumina sus fracasos.

47. Ibid., p. 78.

48. Eric Von Manstein, ob. cit., p. 277.

(ii) *Hitler y sus Generales*

Las relaciones entre Hitler y buen número de sus más importantes generales nunca fueron del todo buenas, y estuvieron caracterizadas por crisis recurrentes que de hecho impidieron la constitución de un comando militar unificado y coherente durante la Segunda Guerra Mundial. Hitler desconfiaba de sus generales, y veía a la mayoría de ellos como reaccionarios y tradicionalistas, incapaces de llevar a cabo la guerra con la suficiente convicción ideológica. Hitler sabía muy bien que su llegada al poder se había debido en buena parte a la actitud favorable del ejército. Como lo declaró en Septiembre de 1933: «En este día debemos recordar particularmente el papel jugado por nuestro ejército, pues todos sabemos que si el ejército no se hubiese puesto de nuestro lado durante el proceso de nuestra revolución, no estaríamos ahora aquí»⁴⁹. El líder nazi tenía deudas políticas con la oficialidad que no quería pagar, y no estuvo nunca satisfecho con la relativa autonomía de que pudo por un tiempo disfrutar el ejército con respecto a los nacional-socialistas. Las fuerzas armadas alemanas retuvieron, al menos hasta finales de 1941, un mayor grado de independencia que cualquier otra institución en el Estado nazi; como Hitler decía: «el Estado Mayor es la única Orden Masónica que todavía no he disuelto»⁵⁰. Para Hitler, los generales no abiertamente pro-nazis, y aun muchos de éstos, representaban una tradición aristocrática que era incapaz de comprender y que rechazaba; les veía como conspiradores potenciales y como rivales, como portavoces de un profesionalismo sin imaginación y poco permeable a sus «intuiciones» políticas.

En cuanto a la actitud de los generales hacia Hitler es posible discernir importantes diferencias, no sólo entre diversos grupos de oficiales, sino también entre las diversas ramas de las fuerzas armadas. Los líderes de la marina y la aviación eran leales al régimen nazi; en la oficialidad de las fuerzas terrestres, sin embargo, las opiniones variaban. Los generales más antiguos, conservadores y cautelosos, eran escépticos ante las ideas militares y políticas de Hitler y estaban poco dispuestos a tomar plenamente en serio sus ambiciosos pronunciamientos sobre conquistas futuras. Algunos de estos hombres, como Warlimont por ejemplo, llegaron a despreciar a Hitler; otros admiraban sus cualidades como político y su habilidad para entender los factores técnicos y psicológicos de la guerra moderna, por lo tanto, como ocurrió con Reichenau, Paulus y Bush, le sirvieron con lealtad. El grupo más importante estaba compuesto por los «nuevos profesionales», hombres de las nuevas generaciones cuya actividad innovadora llamó tempranamente la atención de Hitler y sobre los cuales el jefe nazi mostró un favoritismo poco usual.

49. Citado por A. Bullock: *Hitler: A Study...*, ob. cit., p. 249.

50. Citado por Michael Howard: «Hitler and his Generals», en *Studies in War and Peace*, Temple Smith, London, 1970, p. 112.

Oficiales como Guderian, Thomas y Lutz, promotores de las fuerzas «Panzer», Von Manstein, que impulsó el desarrollo de la artillería auto-propulsada, Rommell, que elaboró nuevas tácticas de infantería y luego se convirtió en gran jefe de tanques, Student, creador de los grupos paracaidistas, etc., contribuyeron decisivamente a poner en manos de Hitler las doctrinas y técnicas que requería para la «Blitzkrieg». Estos hombres, como lo expresa Leach, «estaban preocupados con las tácticas de sus nuevas unidades y aparentemente mostraron poco interés acerca del propósito estratégico a ser logrado por las fuerzas armadas como un todo»⁵¹. El mito de los soldados «apolíticos» y «obedientes», por el cual tantos oficiales alemanes entregaron su dignidad y tras el cual algunos han pretendido escudarse para justificar sus crímenes, esparció una mancha indeleble sobre la «Wehrmacht» durante el período nazi.

La alta oficialidad en el Estado Mayor Alemán contenía un pequeño y aislado grupo de oficiales que se opuso a Hitler, no sólo debido al temor de que los nazis estuviesen llevando Alemania a la derrota, sino también por objeciones de tipo moral a sus fines y sus métodos. Mas éste era un grupo minoritario; la mayoría aceptó el rol de «profesionales» que nada tenía que ver con política y brindaron a Hitler su más decidida colaboración. Al final, la escogencia de ese papel, por temor, ambición o estrechez mental, no impidió que Hitler invadiese sus propios terrenos en la estrategia, las operaciones militares y la táctica, ni tampoco les colocó por encima y aparte de las campañas de aniquilación, basadas en el terror y las atrocidades, ejecutadas por los nazis. Von Manstein, que a todo lo largo de sus Memorias escritas después de la guerra mantiene un tono de ciega auto-complacencia y de supuesta «dignidad militar», fue capaz durante la guerra contra la URSS de estampar su firma en órdenes como éstas: «El sistema judío-bolchevique debe ser exterminado... El soldado alemán se presenta como portador de un concepto racial, y debe apreciar la necesidad del más duro castigo para la judería... La situación alimenticia de nuestra patria hace esencial que las tropas se nutran sobre el terreno, y deben además ponerse a disposición de nuestro país los máximos depósitos alimenticios. En las ciudades enemigas una gran parte de la población tendrá que pasar hambre. No debe darse nada, ni a la población civil ni a los prisioneros de guerra, por un desviado humanitarismo, a menos que estén al servicio de la Wehrmacht alemana»⁵². El ejército alemán fue cómplice de las políticas nazis, a pesar de las muy airadas protestas que después de la guerra se han pretendido elevar contra los que así lo indican.

Los líderes militares aceptaron en su mayoría el papel de especialistas que poco o nada tienen que ver con los aspectos no estrictamente militares de la guerra, y Hitler supo utilizarles con gran eficiencia.

51. Barry A. Leach: *German Strategy against Russia: 1939-1941*, Oxford University Press, 1973, p. 27.

52. Citado por: Alexander Werth: *Rusia en la Guerra, 1941-1945*. Grijalbo, México, 1968, Vol. 2, p. 642.

Antes de la invasión a la URSS en 1941, no se había puesto aún plenamente en evidencia el hecho de que Hitler y sus generales no compartían una misma concepción de la guerra, lo cual hacía difícil una colaboración armónica. Hitler tenía claro que en el desarrollo de sus planes la victoria militar era sólo el preludio de una radical transformación de las sociedades conquistadas según los principios proclamados por el nazismo. La guerra de Hitler tenía fines políticos definidos, y en sus proyectos el ejército ocupaba el lugar de un instrumento de acción limitado. Contra la URSS, Hitler iba a tomar medidas que fueron delineadas en un anexo a sus órdenes para la «Operación Barbarroja», redactado en Marzo de 1941. Como explicó entonces al general Jodl, los aspectos políticos de la invasión eran demasiado complejos para ser confiados al ejército, por lo tanto, la administración de los territorios ocupados sería entregada a Himmler y la S. S. «a los cuales se les asignarían tareas especiales por mandato del Führer»⁵³.

Esas «tareas» de exterminación en masa, eliminación de intelectuales, militantes políticos, científicos, y destrucción de «las fuerzas vivientes de Rusia, para que nada quede que pueda producir una regeneración»⁵⁴, fueron explicadas por Hitler a sus principales oficiales en diversas ocasiones, una de ellas el 30 de Marzo de 1941. En esa reunión, así como en las otras, los militares no hicieron preguntas ni protestaron: «El código militar alemán les permitía protestar vigorosamente si Hitler violaba principios ortodoxos de la estrategia; cuando el Führer declaraba su intención de violar los principios éticos fundamentales de la sociedad humana, el mismo código militar les permitía guardar silencio»⁵⁵. No todos los oficiales alemanes compartían las ideas políticas de Hitler; algunos ni siquiera llegaban a creer que Hitler hablaba en serio. La gran mayoría tenía una noción estrecha de la guerra, carente de sutileza política, reducida a los marcos puramente militares. El hecho, tan firmemente expuesto por Clausewitz, de que la guerra es en su totalidad un acto político, no era comprendido precisamente por aquellos que iban a combatir. Hitler doblegó moral y políticamente a la oficialidad, y por último les obligó a aceptarle como comandante supremo, como un jefe de cuya infalibilidad en todos los campos del arte militar era peligroso dudar.

A partir de 1938, Hitler comenzó a desarrollar los procedimientos mediante los cuales llegó a ejercer pleno control estratégico de las fuerzas armadas alemanas. En primer lugar, presentaba los grandes lineamientos de sus planes a los comandantes de cada fuerza: el ejército, la marina y la fuerza aérea; éstos a su vez elaboraban con sus Estados Mayores estrategias militares y planes operacionales acordes con las decisiones de Hitler. Posteriormente, los borradores eran transmitidos a Hitler por el comandante en jefe del ejército; si Hitler los aprobaba, el Comando Supremo de las Fuerzas Armadas (O. K. W.), que operaba como el secretariado militar del Führer

53. Citado por M. Howard, ob. cit, p. 120.

54. Citado por R. Cecil, ob. cit., p. 125.

55. M. Howard, ob. cit., p. 121.

elaboraba una directiva en que se incorporaban las proposiciones de las tres fuerzas con las correcciones que se hubiesen hecho; de tal manera que el Comando Supremo funcionaba tan sólo como un centro para confirmar y dar contenido operacional a las decisiones de Hitler. Como lo señaló el general Warlimont: «Al estallar la Segunda Guerra Mundial no existía un cuartel general capaz de tomar en sus manos la conducción de la totalidad del esfuerzo bélico alemán»⁵⁶. En los asuntos militares, así como en los económicos, Hitler trabajaba en base al principio de «dividir y reinar». Las fuerzas armadas alemanas carecían de un Estado Mayor combinado de las tres fuerzas; Hitler hacía lo posible para evitar que sus altos oficiales sostuviesen reuniones unificadas para discutir problemas estratégicos, y sólo se les permitía congregarse en presencia del Führer con el propósito de oír sus opiniones. No sólo la dirección sino también la coordinación de las tres fuerzas estaban en manos de Hitler. En palabras de Manstein: «Para Hitler, aceptar las recomendaciones de un jefe de Estado Mayor responsable por el conjunto de las fuerzas armadas no significaba complementar su propia voluntad, sino someterse a la voluntad de otro»⁵⁷.

Del lado alemán la conducción estratégica de la guerra estuvo marcada por continuos y desconcertantes cambios en la estructura de comando, y por una siempre creciente concentración del poder de decisión en la persona de Hitler. La contraofensiva soviética en el invierno de 1941, que marcó el fin de la «Blitzkrieg», llevó a Hitler a deshacerse de algunos de sus más altos oficiales y a tomar control personal y directo del ejército; desde ese momento los problemas estratégicos pasaron a ocupar lugar primordial entre sus preocupaciones. Entre esa fecha y el fin de la guerra, Hitler nombró y depuso en sucesión a cuatro generales como jefes de Estado Mayor del ejército (Halder, Zeitzler, Guderian y Krebs), y reemplazó al comandante de la marina, almirante Raeder por Dönitz, el jefe de la flota de submarinos. En el transcurso de la guerra, la mitad de los generales en altas posiciones fueron destituidos, trasladados o castigados de una u otra manera; sin embargo, todos esos conflictos no fueron suficientes para inducir a los líderes militares a mantener un frente común ante Hitler y criticar sus errores: «las fuerzas armadas cerraron sus ojos a la realidad y a las consecuencias de la guerra, limitándose a la eficiente realización de sus tareas operacionales y evitando las disputas políticas y estratégicas»⁵⁸. Hitler fue a la guerra con una maquinaria militar de alta calidad profesional y con una clara doctrina estratégica, pero sin confianza en la solidez política de su instrumento bélico. Hitler sospechaba de sus generales y despreciaba a muchos de ellos; sobre todo, el líder nazi dudaba de la capacidad de sus altos oficiales para entender o aceptar los fines políticos de su guerra de conquista, lo cual tuvo graves consecuencias en la dirección del esfuerzo militar alemán.

56. Véase B. A. Leach, ob. cit., pp. 30-31.

57. E. Von Manstein, ob. cit., p. 283.

58. Karl Dietrich Bracher: *The German Dictatorship*. ob. cit., p. 500.

5. LA INVASIÓN A LA URSS

(i) La Génesis de la Operación «Barbarroja»

En páginas anteriores se ha visto que Hitler tenía un programa de política exterior con objetivos fijos y explícitamente determinados, el principal de los cuales era la conquista de «espacio vital» para Alemania hacia el este de Europa y específicamente en la URSS. El líder nazi estaba dispuesto a lograr sus fines políticos, pero no se sentía comprometido con ningún plan táctico. De tal manera que la rigidez de proyectos políticos iba acompañada de una extrema flexibilidad táctica. No obstante, un programa político tan ambicioso como el de Hitler tenía que basarse en ciertos supuestos básicos, que en caso de no cumplirse en la forma prevista, podían dislocar la concepción global a nivel estratégico y hacer mucho más difícil la improvisación y el cambio de rumbo en el plano táctico. Uno de estos supuestos consistía en asumir que un conflicto entre Alemania y Gran Bretaña podía evitarse, y que los británicos aceptarían la dominación continental alemana a cambio de la preservación del Imperio. Este supuesto, unido a otras consideraciones de índole económica que tenían que ver con las capacidades limitadas de Alemania, había llevado a Hitler a prestar una atención secundaria al desarrollo de la marina de guerra y a concentrarse en fuerzas apropiadas para ejecutar una serie de «guerras relámpago» terrestres. Por esta razón, en 1940 y 1941, la resistencia de Gran Bretaña enfrentó a los alemanes con un problema militar para el cual no estaban preparados, ya que no les era posible ni improvisar eficazmente una invasión de las islas británicas ni realizar una guerra prolongada en Occidente, manteniendo al mismo tiempo en el Este un gran ejército en caso de presentarse un conflicto con la URSS. Para el momento en que este dilema se hizo plenamente evidente luego de la derrota de Francia ya Hitler había decidido invadir Rusia, y en última instancia, a pesar de algunas resistencias, sus generales aceptaron la decisión como la única alternativa.

En el caso de los generales alemanes, la invasión a la URSS se mostraba como una posible solución a una grave situación estratégica; para Hitler, el ataque a Rusia constituía la realización de su más importante designio político. El fracaso de uno de sus supuestos básicos, que ahora le obligaba a tomar deliberadamente la decisión de llevar a cabo una guerra en dos frentes, no dejó de causar algún malestar en cuadros militares y aun dentro del aparato del Estado y del partido nazi. De allí que para justificar su proyecto de invadir Rusia, aún sin haber concluido la guerra contra Gran Bretaña, Hitler emplease argumentos que no siempre eran consistentes entre sí, como, por ejemplo, que la URSS era demasiado débil para resistir eficazmente, o que Rusia estaba a punto de atacar Alemania y unirse con Gran Bretaña. Durante la segunda mitad de 1940, mientras se desarrollaba la batalla aérea contra Inglaterra y comenzaban a elaborarse los planes para la operación «Barbarroja», Hitler llegó a argumentar, por una parte, que para efectos prácticos, Gran Bretaña había sido derrotada, y podía por tanto ser ignorada en tanto se ejecutaba la guerra en el Este, y por otra parte que la única manera de terminar con

Gran Bretaña era privándola de su único aliado potencial en Europa, la URSS, en cuya ayuda eventual confiaban los británicos.

Las contradicciones en que caía Hitler provenían de su necesidad de movilizar todo el potencial de Alemania contra la URSS, a pesar de la natural preocupación, sentida por muchos en el sector militar, con respecto a la apertura de un nuevo frente de guerra. De hecho, estos militares habían ignorado, consciente o inconscientemente, todas las indicaciones que sugerían que la campaña en Occidente no era para Hitler sino el prelude para un ataque contra la URSS. Tales indicaciones se encontraban no sólo en la trayectoria política de Hitler, en sus discursos y otros pronunciamientos, sino también y más concretamente en memorandos y conversaciones sostenidas por el líder nazi con sus asesores militares en diversas oportunidades. Ya el 10 de Octubre de 1939 en un memorando leído a Brauchitsch y a Halder, Hitler expuso que el fin político de su guerra contra los poderes occidentales era impedir que éstos se opusieran a la «consolidación y mayor desarrollo del pueblo alemán en Europa». Una semana más tarde Hitler hizo más explícito lo que ese «mayor desarrollo» significaba cuando ordenó a los generales Keitel y Wagner que supervisasen el acondicionamiento de todos los medios de comunicación en Polonia oriental, va que «ese territorio nos interesa desde el punto de vista militar como un trampolín y como una plataforma que puede utilizarse para concentrar tropas»⁵⁹. Aun antes de la derrota de Francia, Hitler ya había comenzado a referirse abiertamente a las próximas acciones contra la URSS. Cuando la Fuerza Expedicionaria Británica se encontraba rodeada en Dunquerque, Hitler exclamó ante Von Rundstedt que seguramente «Gran Bretaña aceptaría un razonable arreglo de paz», el cual le dejaría las manos libres para realizar su mayor tarea: «el conflicto con el bolchevismo». Después, Hitler añadió: «el único problema es: ¿cómo voy a darle la noticia a mi niño?»⁶⁰ Es fácil suponer que Hitler se refería al pueblo alemán. Un poco más tarde, en Febrero de 1941, Hitler decía que si Gran Bretaña fuese derrotada, ya no le sería posible «inspirar al pueblo alemán para la lucha contra Rusia, por lo tanto, hay que acabar con Rusia primero»⁶¹. Posteriormente, en Abril de 1941, Hitler insistió de nuevo en este punto: «Desde luego el pueblo no entenderá el sentido de esta nueva campaña, pero el pueblo nunca comprende lo que es necesario hacer en su propio bien y hay que tirar de él por la nariz hasta el paraíso. Hoy estamos más poderosamente armados que nunca antes y no podemos mantener este nivel de armamentos por mucho tiempo más... Por esto debemos usar las armas que ahora tenemos para dar la real batalla, la que verdaderamente cuenta, porque un día los rusos, los millones de eslavos vendrán. Quizás no lo harán en los próximos diez años, sino dentro de cien años, pero vendrán»⁶².

59. Citado por Barry A. Leach: ob. cit., p. 40.

60. Citado por W. Ansel: *Hitler confronts England*, Duke, North Carolina, 1960, p. 108

61. Citado por R. Cecil: ob. cit., p. 70

62. Citado por D. Irving: ob. cit., pp. 142-143.

Lo que hacía tan urgente la operación contra la URSS, sin importar que aún estuviese activo el frente occidental, era tanto el deseo de Hitler de aprovechar las temporales ventajas alemanas y someter a los rusos antes de que éstos lograsen modernizar sus fuerzas, así como también el impulso ideológico que ejercía una influencia dominante en la mente del líder nazi.

Hitler anunció su «decisión irrevocable» de atacar Rusia el último día de Julio de 1940 en una reunión con altos jefes militares. El 29 de Julio Hitler había recibido a Brauchitsch para hacer una evaluación general de la situación y de las diversas alternativas que se abrían para Alemania. En esa ocasión, Hitler comenzó por considerar la posibilidad de continuar la guerra contra Gran Bretaña y de buscar con tal objetivo la colaboración de otros países, incluyendo la URSS. Para ese momento, Jodl, Raeder, Halder y otros importantes jefes militares continuaban viendo a Gran Bretaña como el enemigo principal. En la segunda parte de esa reunión, la discusión entre Hitler y Brauchitsch se centró en «el problema ruso» y se analizó un primer proyecto de un plan para invadir a la URSS. Ese mismo día, Halder —jefe de Estado Mayor del ejército— dio instrucciones al general Marcks para que se encargase de «clarificar lineamientos de acción básicos para una ofensiva en el Este». La cuestión de si atacar a Gran Bretaña o a la URSS seguía estando «abierta» en opinión de los militares alemanes. El 30 de Julio, Halder anotó lo siguiente: «A la pregunta: si no es posible alcanzar una decisión ante Inglaterra, y ésta se alía a Rusia, ¿debemos en primer lugar concluir la guerra con Rusia?, debe dársele la siguiente respuesta: *es preferible mantener nuestra amistad con Rusia*. Sería aconsejable visitar a Stalin... Podríamos golpear decisivamente a los ingleses en el Mediterráneo y sacarlos de Asia...»⁶³.

Buena parte de los jefes militares alemanes no quería invadir a Rusia sin antes llegar a una decisión frente a Inglaterra, pero una vez más se impuso la opinión de Hitler. En una reunión crucial con su alto mando militar, sostenida el 31 de Julio de 1940, Hitler anunció su decisión de atacar Rusia, presentándola como la mejor forma de forzar a Inglaterra a hacer la paz. El líder nazi esperaba, con razón, que la idea de una guerra en dos frentes suscitaría la oposición de sus asesores militares; por lo tanto, no presentó su proyecto de invadir la URSS como la realización de su sueño de adquirir «espacio vital», sino como una vía indirecta de aplastar definitivamente la resistencia de los británicos, privándoles de su esperanza de encontrar un aliado en Rusia. Algunos historiadores se han referido a esta actitud de Hitler como «el síndrome de 1812», relacionándola con la situación político-militar que muchos años antes había llevado a Napoleón a invadir Rusia. La idea de que el camino para lograr la sumisión de Inglaterra pasaba por la conquista de la URSS, sólo tenía sentido si se asumía que la guerra en el Este sería corta, y que la fórmula de la «Blitzkrieg» acabaría con Rusia con igual rapidez con que lo hizo frente a Polonia y Francia.

63. Citado por R. Cecil: ob. cit., pp. 75-76.

Como se verá, la operación «Barbarroja» se fundamentó en la suposición, escasamente analizada en todas sus implicaciones, de que los métodos que habían sido útiles para subyugar otros países se repetirían con el mismo éxito en las condiciones tan especiales de una nación como la URSS.

¿Tenía Alemania una alternativa estratégica? Jefes militares como Raeder, Brauchitsch y Jodl la habían propuesto en varias oportunidades a Hitler: atacar las líneas de comunicación británicas en el Mediterráneo, apoyar a los italianos en África del Norte, y crear todo tipo de dificultades a los británicos en el mundo árabe; en otras palabras, someter a Gran Bretaña por vía indirecta, pero no a través de un ataque a la URSS, sino al propio imperio británico, cortando a su vez los suministros que mantenían encendida la llama de la resistencia en las islas británicas. Pero Hitler nunca aceptó de lleno esta posibilidad. En Julio de 1940, al anunciar su decisión de atacar Rusia al año siguiente, Hitler también aceptó la posibilidad de que para entonces Gran Bretaña estuviese en guerra todavía, en vista de lo cual, tomó medidas para dejar en Europa occidental tropas suficientes que preservasen su dominio en esa parte del continente. De tal manera que Hitler *no consideró* que la derrota previa de Inglaterra era un prerequisite para el ataque a Rusia, y los eventos políticos y militares durante la segunda mitad de 1940, incluyendo la guerra aérea contra Inglaterra, demostraron que Hitler no concibió las operaciones contra las islas británicas o contra las líneas de comunicación y bases de Gran Bretaña en el Mediterráneo como alternativas al ataque a Rusia. La invasión a la URSS era el objetivo primordial de Hitler y lo demás eran maniobras de distracción o complementarias de ese proyecto fundamental.

De tal forma que la directiva de Hitler del 1º de Agosto de 1940, por la cual se daba inicio a la guerra aérea contra Gran Bretaña como paso preliminar a una invasión de las islas británicas puede ser vista no tanto como un «bluff», pero sí como una «jugada» de menor importancia en el tablero de Hitler: si la Luftwaffe lograba derrotar a la Fuerza Aérea británica y abría las vías de una invasión, bien; en caso contrario, Hitler de todos modos no permitiría que esos eventos le apartasen de su rumbo. De hecho, Hitler nunca «puso su corazón» en la realización de la operación «León Marino» para invadir las islas británicas. Ya en Julio de 1940 Hitler decía a Rundstedt que «no tenía la intención de llevar a cabo "León Marino"»⁶⁴; y el Mariscal Kesselring, luego de señalar en sus Memorias que la ofensiva aérea contra Gran Bretaña en Agosto de 1940 nunca fue armonizada con planes de invasión, concluye que esa operación «no fue seriamente contemplada»⁶⁵. Lo mismo opinan, entre otros, Von Manstein y Guderian.

64. Citado por G. Blumentritt: *Von Rundstedt: the Soldier and the Man*, London, 1952, p. 87.

65. A. Kesselring: *Memoirs*, London, 1953, p. 83.

Antes de que se iniciase el ataque aéreo contra Gran Bretaña Hitler había tomado determinaciones que indicaban su intención de invadir Rusia tuviese o no lugar la invasión de las islas británicas. Una de ellas fue ordenar el 2 de Agosto de 1940 el incremento del ejército de *tierra* (en lugar de la marina) de acuerdo con nuevas apreciaciones sobre el poderío militar soviético producidas por los servicios de inteligencia alemanes en Julio. La otra del 9 de Agosto, fue ordenar que empezasen los preparativos preliminares en zonas ocupadas de Polonia oriental para recibir al gran número de tropas que serían concentradas allí. Por último, el 14 de Agosto Goering informo al General Thomas que los compromisos económicos con la URSS, contraídos a raíz del pacto germano-soviético de 1939, solo se cumplirían hasta la primavera de 1941 (cuando comenzaría la invasión). Estas decisiones indican claramente que Hitler jamás tuvo la seria intención de colocar la derrota de Inglaterra como primera consideración en su lista de prioridades antes de la destrucción de Rusia. .

La decisión clave no se refería a si atacar o no a Rusia, sino tan solo al problema de *cuándo* hacerlo, y la eventual derrota de Gran Bretaña dependía de esa decisión. Hitler escogió atacar en la primavera de 1941 luego de convencerse que esa era la fecha más temprana que le permitiría hacer todos los preparativos y concentrar las tropas requeridas en el Este. Esta opción daba a Alemania casi un año para alistar sus recursos para la guerra contra la URSS; entretanto, Inglaterra seguiría siendo sometida a diversos ataques que, aun cuando no la derrotasen, reducirían su habilidad para intervenir en forma efectiva en el continente. Cierta número de tropas debería permanecer en Europa occidental, pero el grueso de las fuerzas armadas alemanas, mas de un 80 por ciento del total, podría ser empleado en una campaña rápida y decisiva contra Rusia. En vista de que Gran Bretaña no podría intervenir en forma directa en esa lucha, exceptuando el uso de poder aéreo contra Alemania, Hitler pensaba que no era del todo legítimo hablar de una «guerra en dos frentes», a pesar de que muchos de sus oficiales no estaban muy seguros de ello.

La gran confianza de Hitler en el éxito que tendría la campaña contra Rusia pronto contagió a sus generales, exceptuando quizás a unos pocos de la «vieja generación». La oposición militar a «Barbarroja» pronto comenzó a debilitarse y los que aún levantaban objeciones después de Noviembre de 1940 (mes de la visita de Molotov a Berlín) lo hacían no tanto por los riesgos implícitos en el proyecto, sino debido a sus dificultades para entender por qué era necesario emprender una campaña contra la "URSS con el fin de obligar a Inglaterra a hacer la paz. La mayoría de los generales alemanes eran como Hitler, anti-comunistas y anti-eslavos, y para el momento de iniciar la invasión habían llegado a la conclusión de que solo el establecimiento de un gran imperio en el Este resolvería los problemas económicos, militares y políticos de Alemania, Las difíciles negociaciones realizadas con Molotov y la supuesta «intransigencia» del ministro soviético de asuntos exteriores, reafirmaron la decisión de Hitler y le dieron nuevos elementos para insistir en la necesidad de acabar prontamente con Rusia: «Las conversaciones habían mostrado hacia dónde conducían los planes rusos... (aceptar los arreglos territoriales que éstos

pedían) hubiese significado el fin de Europa Central»⁶⁶. Una vez superada la oposición inicial de sus generales, Hitler comenzó a hablar del ataque contra la URSS como una «guerra preventiva»: había que atacar a la URSS antes de que la URSS atacase Alemania, y había que hacerlo rápido, pues los rusos se disponían a atacar pronto.

El mito de la «guerra preventiva» no soporta el más ligero análisis histórico. Como descubrieron los alemanes al empezar su invasión, el despliegue estratégico del Ejército Rojo era esencialmente defensivo; aun después del fracaso de las negociaciones de Noviembre del 40, Stalin mantuvo vivas las esperanzas de nuevos arreglos con Hitler, y —como afirmó el general Von Paulus durante el juicio de Nuremberg— los servicios de inteligencia alemanes no habían detectado antes de 1941 «ningún tipo de preparativos de ataque por parte de la Unión Soviética»⁶⁷. Guderian, luego de oír a Hitler exponer los propósitos del ataque la víspera de la invasión, opinó que: «su detallada exposición de las razones que le llevaban a hacer una "guerra preventiva" fue poco convincente»⁶⁸. Von Rundstedt dio un golpe decisivo al mito de la «guerra preventiva» cuando sostuvo, de acuerdo a su biógrafo, que «si los rusos hubiesen tenido la intención de atacar Alemania, lo habrían hecho cuando la totalidad del ejército alemán se hallaba enfrascado en la campaña en Occidente»⁶⁹. Von Manstein, por su parte, si bien admite que las disposiciones estratégicas soviéticas no indicaban intenciones ofensivas inmediatas, dice que éstas constituían una «amenaza latente»: «El despliegue soviético en las fronteras con Alemania, Hungría y Rumania ciertamente parecían lo suficientemente amenazantes»⁷⁰. En este pasaje, como en otros de su libro, Von Manstein no llega a justificar abiertamente las decisiones de Hitler, pero, sin embargo, les da un crédito que no queda establecido por los hechos. Lo cierto es que no es lo mismo hacer una «guerra preventiva» que remover una «amenaza latente»; si todos los Estados buscasen eliminar las «amenazas latentes» que sobre ellos se ciernen por medio de la guerra, jamás estarían en paz. La guerra de Hitler contra la URSS fue pura y simplemente una guerra de agresión, ejecutada ferozmente para subyugar a todo un pueblo.

En un extraordinario pasaje de su ensayo sobre la campaña de Napoleón contra Rusia, Clausewitz había dicho que «Los inmensos espacios rusos hacen imposible al atacante cubrir y ocupar estratégicamente, por el sólo hecho de su movimiento hacia adelante, el país que deja tras de él. Al profundizar esta idea, el autor ha llegado a convencerse de que un gran país de civilización europea no puede ser conquistado sin la ayuda de discordias interiores»⁷¹

66. Citado por B. A. Leach: ob. cit., p. 78.

67. Citado por R. Cecil: ob. cit., p. 171.

68. Ibid.

69. G. Blumentritt: ob. cit., p. 98.

70. Eric Von Manstein: ob. cit., p. 174.

71. Citado por Raymond Aron: *Penser la Guerre*: Clausewitz, Gallimard, París, 1976, Vol. I, p. 59.

En *De la Guerra*, Clausewitz fue más allá, llegando a afirmar que: «Rusia, con la campaña de 1812, nos ha enseñado... que un país de tal tamaño no puede ser conquistado»⁷². Hitler y sus generales habrían hecho bien en tomar muy en cuenta esas opiniones de Clausewitz. El plan alemán para la conquista de la Unión Soviética no fue el resultado de un análisis cuidadoso de todos los factores relevantes para una empresa de tal envergadura; estaba basado en una irresponsable subestimación del poderío de la URSS y de los problemas que presentaban las condiciones del terreno, del clima y la vastedad de los espacios, así como en un exagerado optimismo en cuanto a la «invencibilidad» de las fuerzas armadas alemanas: «Los objetivos fueron definidos no sobre la base de lo que era posible, sino de lo que era deseable»; sobre todo, «los factores económicos y logísticos fueron casi completamente ignorados hasta tanto el plan operacional estuvo listo»⁷³. No obstante, el éxito de los planes militares dependía de manera crucial del funcionamiento efectivo de los planes logísticos, para mantener avanzando a las unidades mecanizadas y a las tropas en el inmenso territorio soviético.

Hitler seguía a Clausewitz al menos en un punto: en la esperanza de que la debilidad interna del Estado ruso se uniría a los golpes lanzados desde el exterior para producir un colapso político. El líder nazi afirmaba que por motivos que tenían que ver con lo «racial» y con la ideología comunista, el Estado soviético se encontraba «podrido internamente» y sucumbiría a la mera aplicación de la fuerza. Este fue, junto a su subestimación de la voluntad británica de resistirle, el más grave error de apreciación política cometido por Hitler.

(ii) *Evolución de los Planes Operacionales:*

Fin Político y Objetivos Militares

En el libro VIII de *De la Guerra*, Clausewitz analiza dos conceptos de fundamental importancia para la determinación de un plan de guerra; se trata de las nociones de fin político y objetivo militar de la guerra, cuya clarificación —insiste Clausewitz— debe preceder al inicio de toda empresa bélica: «Nadie comienza una guerra —o, mejor dicho, nadie debería atreverse a hacerlo— sin antes tener claro qué es lo que pretende lograr con esa guerra y en esa guerra. Lo primero es el fin político; lo segundo es el objetivo militar. Esta consideración esencial prescribe todo el curso de la guerra y establece la escala de los medios y del esfuerzo que se requiere, haciendo sentir su influencia hasta en los detalles Operacionales»⁷⁴. El fin político de la guerra es la guía que indica cuáles deben ser los objetivos operacionales de la acción bélica.

72. Karl Von Clausewitz: *On War*. Princeton University Press, 1976, p. 220.

73. B. A. Leach: ob. cit., p. 88.

74. Clausewitz: ob. cit., p. 579.

Si el fin político es ilimitado, es decir, si se busca la aniquilación total del Estado adversario, su destrucción como entidad política autónoma, o la imposición de los términos de paz sobre el mismo, los objetivos militares tendrán igualmente gran amplitud y se dirigirán a eliminar por completo la capacidad de resistencia organizada del oponente. De otra parte, si el fin político es limitado, si éste no incluye la eliminación total del adversario y la completa supresión de su capacidad de resistencia, los objetivos militares serán también limitados, y exigirán un esfuerzo menor de parte del atacante.

La diferencia entre fin político y objetivo militar está estrechamente conectada con la distinción que Clausewitz establece entre dos tipos de guerra: en primer lugar las guerras de aniquilación, que persiguen hacer política y militarmente impotente al adversario; en segundo lugar, las guerras limitadas, cuyo fin está en obtener ciertas ventajas que luego pueden ser utilizadas en la mesa de negociaciones a la hora de concluir un arreglo. Lo primero que deben hacer los dirigentes de un Estado que se plantean la guerra como instrumento de acción ante una situación determinada, es aclarar en forma lo más precisa posible qué es lo que intentarán lograr con la guerra, ya que del fin político que se acuerde dependerán los objetivos militares: «Para descubrir qué cantidad de recursos deben ser movilizados para la guerra, debemos primeramente examinar nuestro propio fin político, así como el del enemigo, evaluar las fortalezas del otro Estado, el carácter y las habilidades de su gobierno y de su pueblo, y hacer todo esto también con respecto a nuestras propias condiciones. Finalmente, debemos considerar las simpatías políticas de otros Estados y los efectos que la guerra puede tener en ellos»⁷⁵. Al tomar su decisión de invadir la Unión Soviética, Hitler tenía una idea general bastante clara de lo que pretendía lograr con la guerra, aun cuando no hubiese desarrollado en detalle todas sus implicaciones operacionales. La mayoría de sus jefes militares, por el contrario, o bien no tenían una idea precisa en cuanto a cuál debía ser el fin político de la guerra contra la URSS, o bien sus ideas al respecto no coincidían plenamente con las de Hitler. Las dificultades para definir con exactitud el fin político de la invasión a Rusia se hicieron sentir con efectos devastadores, tanto en la formulación de los objetivos militares como en la planificación de las operaciones, todo lo cual tuvo consecuencias catastróficas para las fuerzas armadas alemanas y el Estado nazi. Hitler y sus militares no lograron ponerse de acuerdo ni en cuanto al fin político ni en cuanto a los objetivos operacionales de «Barbarroja», abandonando así el principio cuya clarificación Clausewitz consideraba condición indispensable para el éxito de una guerra.

Ciertamente, como se dice en *De la Guerra*: «Si el crítico [comentarista de eventos militares] quiere distribuir elogios o hacer recriminaciones, debe tratar de colocarse exactamente en la posición del comandante, recolectar todo lo que el comandante sabía y todos los motivos que influyeron en su decisión, e ignorar todo lo que podía saber, en especial el resultado final de la lucha»⁷⁶

75. Ibid., pp. 585-586

76. Ibid., p. 164

Hitler y sus generales no podían saber que «Barbarroja» les conduciría a una atroz derrota; mas el análisis del proceso de planificación de la operación, de las apreciaciones que se hicieron sobre las capacidades económicas y militares de la URSS, de los preparativos logísticos realizados para sostener el ataque, y, por último, de las decisiones en cuanto al fin político y los objetivos militares de la invasión, demuestra sin lugar a dudas el carácter improvisado de la acción hitleriana, y permite sostener que «Barbarroja», antes que un acto político racionalmente calculado, constituyó más bien una gran aventura.

El primer esquema de un plan para la invasión de Rusia fue discutido por Hitler y el Mariscal Von Brauchistch en su reunión del 21 de Julio de 1940. No existen indicaciones precisas acerca de la proveniencia de ese primer esbozo del plan de ataque, en el cual se establecía que las fuerzas para la invasión (entre ochenta y ciento veinte divisiones) se concentrarían en un período de cuatro a seis semanas. La estimación del potencial militar soviético se reducía a la frase: «Rusia tiene entre cincuenta y setenta y cinco buenas divisiones»⁷⁷. Dos días más tarde, por órdenes del general Halder, los servicios de inteligencia alemanes produjeron un nuevo estimado de las fuerzas soviéticas capaces de defender las fronteras occidentales del país: 90 divisiones de infantería, 23 de caballería y 28 brigadas mecanizadas.

El 29 de Julio de 1940, Halder instruyó al general Marks para que elaborase un estudio independiente sobre las posibilidades de una invasión a la URSS. El «Plan Marcks» fue concluido el 1.º de Agosto, mas un día antes, el 31 de Julio, Hitler había presentado un conjunto de ideas sobre la futura invasión a Rusia ante sus jefes militares. En esta oportunidad, Hitler trató de conectar estrechamente las operaciones en el Este con la guerra que aún se realizaba contra Gran Bretaña en el frente occidental, y no quiso manifestar explícitamente que el verdadero propósito de la campaña era la conquista de «espacio vital» y la destrucción definitiva del Estado soviético. Hitler, no obstante, dijo que desde el punto de vista militar «la captura de una cierta área no sería suficiente»; el objetivo militar-estratégico debería ser «la destrucción del poder vital de Rusia»⁷⁸. El sentido de esta frase era bastante ambiguo, ya que la «destrucción del poder vital» del contrario podía interpretarse como un objetivo militar (en caso de referirse a la eliminación de sus fuerzas armadas como un medio para otro fin), o como un fin político (si se refería a la supresión de su existencia política independiente). En ocasiones posteriores, Hitler aclaró el significado de sus palabras. También en esa reunión, el líder nazi estipuló que esas metas tendrían que lograrse en una sola campaña con una duración de cinco meses. El ataque procedería en dos direcciones: un grupo de ejércitos avanzaría hacia Kiev y seguiría el rumbo del río Dniéper; un segundo golpe iría a través de los Estados Bálticos hacia Moscú.

77.Véase R. Cecil, ob. cit., p. 73.

78.Citado por B. A. Leach: ob. cit., p. 100.

Ambas ofensivas alcanzarían un punto de unión en el interior de Rusia a manera de tenazas que se cierran. Finalmente, una operación subsidiaria procedería hacia el sur para capturar los campos petroleros de Bakú.

En su plan, el general Marcks aumentó levemente los cálculos hasta entonces hechos por la inteligencia alemana en relación con el potencial militar soviético. Marcks asumió que un número equivalente de divisiones sería desplegado por los alemanes; no obstante, las 24 divisiones Panzer les darían gran superioridad, ya que buena parte de las fuerzas móviles soviéticas estaban compuestas de caballería (25 divisiones). El defecto de los cálculos de Marcks se encontraba en que los mismos se fundamentaban en supuestos que no llegaron a materializarse. El primero era que debido a la amenaza japonesa, Stalin se vería obligado a mantener gran número de tropas y equipos en el lejano oriente, los cuales no podrían incorporarse a la defensa de las fronteras occidentales de Rusia. Sin embargo, la decisión japonesa de no atacar la URSS permitió a los soviéticos trasladar importantes contingentes al frente occidental, que proporcionaron ayuda crucial en momentos críticos. En segundo lugar, Marcks pensó que las únicas fuerzas alemanas que no participarían en la invasión serían las tropas de ocupación en Europa occidental y central; Marcks no podía prever, en Agosto de 1940, que la operación «Marita» contra Yugoslavia y Grecia y el envío del Africakorps para prestar auxilio al ejército italiano en África del Norte extraerían significativos recursos a las fuerzas alemanas destinadas contra la URSS.

Por otra parte, Marcks asumió, sin tener evidencia suficiente para ello, que el Ejército Rojo enfrentaría el ataque alemán con base en un bien concebido y organizado plan de defensa, el cual en realidad no existía. Finalmente, Marcks afirmó que los soviéticos se encontraban en situación de inferioridad frente a las fuerzas armadas alemanas, tanto en términos de entrenamiento como de doctrina táctica, así como también en lo referente a la calidad de su material de guerra. En esto Marcks no se equivocaba del todo, mas los análisis en cuanto a las capacidades militares soviéticas dejaron pronto de fundamentarse en informaciones objetivas (las cuales, en todo caso, eran escasas) para caer en una excesiva subestimación del adversario. La influencia de la ideología nazi, con su desprecio por los eslavos, los así llamados «sub-hombres», distorsionó las apreciaciones de inteligencia sobre el potencial del enemigo, y condujo tanto a un exagerado optimismo acerca de las posibilidades de un rápido y decisivo triunfo alemán, así como también a un menosprecio suicida del oponente.

Los *objetivos militares* del «Plan Marcks» eran, en primer lugar, asestar abrumadores golpes al Ejército Rojo en la Rusia europea y avanzar hasta una línea definida por las ciudades de Arcángel, Rostov y Gorki, situadas lo suficientemente al Este para impedir ataques aéreos soviéticos contra Alemania. Estos objetivos militares perseguían de hecho un *fin político limitado*: infligir serias derrotas a las fuerzas armadas soviéticas «que hagan imposible para Rusia participar en una guerra contra Alemania en el futuro previsible»⁷⁹.

79. Citado por F. Halder: Hitler as War Lord, London, 1950, p. 40.

Marcks hizo explícita su opinión de que la ocupación de la URSS hasta la línea propuesta en su plan no daría fin necesariamente a las hostilidades, y advirtió que tal vez se requeriría extender la ofensiva hasta los Urales, ya que un gobierno soviético en la parte asiática de la URSS podría tratar de continuar la guerra indefinidamente.

Estas opiniones revelan que el general Marcks tenía cierta visión de las dificultades de conquistar un país tan vasto y de tantos recursos como la URSS. Las fuerzas armadas alemanas no podían contar con la superioridad cuantitativa que usualmente requiere el atacante; por otro lado, la masa territorial rusa presentaba características peculiares que agudizaban los problemas de un invasor. En primer lugar, el territorio ruso se amplía en dirección norte-sur a medida que se avanza dentro de él en dirección oeste-este, lo cual iba a extender las distancias que separarían a los diversos grupos de ejércitos en marcha, creando enormes problemas de suministro de todo tipo de materiales. En segundo lugar, el frente que atacarían los alemanes está dividido por la zona pantanosa de Pripet, que creaba un sector de unos trescientos kilómetros en los cuales se hacía muy difícil operar a los vehículos blindados, especialmente los tanques. El ancho del frente, su división por los pantanos de Pripet y la presencia de grandes contingentes soviéticos en la Ucrania llevaron a Marcks a proyectar dos ofensivas separadas, una dirigida hacia Moscú y otra hacia Kiev, con una fuerza especial encargada de atacar al norte en dirección a Leningrado. La captura de Moscú fue elevada a objetivo operacional clave de la campaña ya que Marcks sostenía que la pérdida de la capital, centro económico y político de la URSS, destruiría la coordinación del Estado soviético. Una aproximación directa a la ciudad era posible debido a la existencia de un buen sistema de carreteras que llegaba a Moscú desde Varsovia y Prusia oriental.

En otra parte muy importante de su trabajo, Marcks trató de superar el problema de la relación desigual entre el inmenso espacio que sería invadido y la cantidad de fuerzas alemanas disponibles, mediante la creación de una reserva estratégica encargada de proteger los flancos de las líneas de avance y de eliminar las fuerzas soviéticas que fuesen dejadas atrás por la rápida penetración de los blindados. Marcks había estimado que la URSS tenía un total de 221 unidades de combate (151 divisiones de infantería, 32 de caballería y 31 brigadas mecanizadas), de las cuales sólo 133 estarían en posición de enfrentar el ataque alemán, ya que el resto se encontraba comprometido en otras áreas (frente a Turquía, Japón y Finlandia). Alemania atacaría con un total de 147 unidades (110 divisiones de infantería, 1 de caballería, 12 divisiones motorizadas y 24 divisiones Panzer); un tercio de las unidades de infantería, 4 divisiones Panzer y cuatro motorizadas formarían parte de la reserva estratégica.

Después de estudiar el «Plan Marcks», el general Halder aceptó que deberían realizarse operaciones al norte y al sur de los pantanos de Pripet, e introdujo una innovación: la operación subsidiaria contra Leningrado a través de los Estados Bálticos procedería en forma independiente de los ataques principales a lo largo de Rusia occidental. El general Von Paulus, jefe delegado del Estado Mayor, recibió en Septiembre de 1940 el encargo de coordinar todos los planes operacionales para el ataque contra la URSS. Para dar mayor ímpetu a los ataques simultáneos contra

Leningrado, Moscú y Kiev, Paulus redujo el número de divisiones asignado por Marcks a las reservas, y dividió las fuerzas disponibles en tres grandes grupos de ejércitos: «Norte», «Central» y «Sur», cada uno de los cuales conduciría por separado batallas envolventes en la primera etapa de la invasión.

A pesar de lo dicho por Hitler en su conferencia del 31 de Julio acerca de la «destrucción del poder vital ruso», Halder y Paulus persistieron en la creencia de que el fin político de la invasión a la URSS era limitado. Después de la guerra, sin embargo, Paulus describió la tarea asignada a los que planificaron los aspectos operacionales de la campaña como «algo que estaba mucho más allá del poder de Alemania». Halder, por su parte, manifestó que él había pensado que los objetivos de Hitler eran limitados: «Ocupación de áreas importantes de la Rusia occidental, Ucrania y los Estados bálticos, lo cual proporcionaría elementos claves a ser utilizados en las negociaciones de paz». Los jefes del Estado Mayor de cada uno de los grupos de ejércitos esbozaron también planes operacionales de ataque antes de Diciembre de 1940. De éstos, el único que se diferenciaba del proyecto de Paulus fue el realizado por el general Von Sodenstern, del grupo de ejércitos «Norte». Es interesante citarlo, ya que Von Sodenstern fue el único alto miembro de Estado Mayor que expresó abiertamente su inconformidad con la decisión de invadir Rusia. Forzado a producir un plan para una campaña que consideraba excesivamente arriesgada y casi sin esperanzas de éxito, Sodenstern trató de enfrentar el problema desde un ángulo novedoso: en lugar de concentrarse en la destrucción de las fuerzas armadas rusas, los alemanes deberían apuntar a la rápida captura de Moscú, Leningrado y Karkov con objeto de diezmar al liderazgo político soviético y contribuir así a la desorganización de la resistencia enemiga. El «Plan Sodenstern» proponía sólo una gran batalla envolvente entre Kiev y Gomel; Sodenstern esperaba que los alemanes conquistaran una posición ventajosa para negociar una paz favorable al capturar las zonas industriales de las mencionadas ciudades. Sus objetivos militares y su fin político eran limitados, y el plan no pasó de ser un ejercicio intelectual.

Von Brauchitsch y Halder presentaron a Hitler el «Plan Paulus» el 5 de diciembre de 1940. De nuevo en esta reunión Halder recibió la impresión de que el objetivo operacional de la invasión era alcanzar un punto desde el cual se hiciese imposible para los rusos realizar ataques aéreos contra Alemania, lo cual de hecho implicaba —desde el punto de vista político— que un Estado soviético continuaría existiendo de una manera u otra más allá de ese punto. Halder persistió en esa creencia a pesar de que Hitler repitió sus ideas acerca de la necesidad de «destruir las fuerzas vivientes de Rusia», de «no dejar nada que pueda producir una regeneración». Evidentemente, tales propósitos tenían una dimensión política mayor a la de los objetivos operacionales que se estaban discutiendo, aunque la falta de armonía entre ambas concepciones no fue resuelta, y ni siquiera fue enfrentada en forma explícita. Es probable que Brauchitsch y Halder hayan subestimado, como muchos otros lo hicieron, la seriedad de las intenciones de Hitler.

En esa misma conferencia del 5 de Diciembre de 1940, surgió otra dificultad que tendría graves consecuencias durante la ejecución de la campaña en Rusia. El

«Plan Paulus», al igual que el «Plan Marcks», concedía una importancia fundamental a la captura de Moscú. Si bien Hitler se mostró en líneas generales de acuerdo con el proyecto de Paulus, manifestó su inconformidad con la idea de que la toma de la capital soviética era un objetivo clave. Según Hitler, «Moscú no era muy importante»; el objetivo principal era envolver y destruir a las fuerzas armadas rusas antes de que éstas pudiesen retirarse al interior del país. Por esta razón, Hitler sugirió que una sección del grupo de ejércitos «Centro», una vez que hubiese avanzado en territorio ruso, se desprendiese del cuerpo principal, dirigiéndose hacia el norte para asistir en cortar la retirada a las fuerzas soviéticas operando en los Estados bálticos y alrededor de Leningrado. Hitler dio igualmente mayor relevancia a las operaciones en el sur, en Ucrania, que la contemplada por Marcks y Paulus, de tal forma que el esfuerzo militar alemán que inicialmente iba a estar concentrado en el centro, en dirección a Moscú, se dispersaría ahora mucho más, con grandes operaciones conducidas hacia el mar Báltico al norte y el mar Negro al sur. Detrás de todo esto se encontraba la firme intención de Hitler de destruir primeramente las fuerzas armadas rusas y conquistar objetivos económicos, antes de proceder contra ciudades y objetivos de carácter simbólico.

El historiador Barry A. Leach sugiere que es posible que Hitler haya derivado sus ideas sobre aspectos operacionales de «Barbarroja» de un estudio preparado por el teniente-coronel Von Lossberg, de acuerdo a instrucciones del general Jodl. El estudio de Lossberg, fechado en Septiembre de 1940, con unas treinta páginas de extensión, apéndices y mapas, guarda gran semejanza con el plan de campaña final de la operación «Barbarroja». Los objetivos operacionales planteados por Lossberg eran: «... destruir la gran masa del ejército soviético en Rusia occidental; impedir la retirada de elementos combatientes al interior de Rusia, y luego, una vez cerradas las salidas hacia el mar en Rusia occidental, avanzar hasta una línea que coloque la parte más importante de Rusia en nuestras manos»⁸⁰. Un proyecto como el de Lossberg se adaptaba al objetivo hitleriano de proceder en primer lugar a la eliminación de las fuerzas rusas a través de grandes operaciones envolventes a lo largo de un frente extenso, en lugar de simplemente empujarlas hacia el interior con ataques frontales. El 17 de Diciembre, Hitler ordenó a Jodl corregir el borrador de la Directiva para el ataque a Rusia, e introducir una modificación según la cual el grupo de ejércitos «Centro» desprendería poderosas fuerzas motorizadas hacia el norte, y en conjunción con el grupo de ejércitos «Norte», operando en dirección a Leningrado, destruiría las fuerzas enemigas en las áreas situadas en torno al Báltico. El 18 de Diciembre, Hitler firmó la Directiva número 21, «Caso Barbarroja», en la cual se estipulaba que «Sólo después del cumplimiento de esta tarea esencial, que debe incluir la ocupación (de los puertos) de Leningrado y Kronstadt, el ataque continuará con la intención de ocupar Moscú, un importante centro de comunicaciones e industrias de armamentos»⁸¹.

80. Citado por Leach: ob. cit., p. 255.

81. Véase H. Trevor-Ropper (editor): Hitler's War Directives, 1939-1945. Pan Books, London, 1973, pp. 95-96.

El líder nazi volvió a insistir en «la rápida captura del área báltica» y «la necesidad de ocupar el área de Bakú» en una conferencia realizada en su residencia del Berghoff, el 9 de Enero de 1941. Como lo apunta Cecil: «Ese énfasis en las dos extremidades de un tan vasto frente debió, por lo menos, haber provocado alguna discusión, la cual Brauchitsch habría podido conectar con el hecho de que las fuerzas designadas para la operación "Manta" (Yugoslavia y Grecia) no iban a estar disponibles para el ataque contra Rusia. Igualmente, Brauchitsch podría haber señalado que tareas cada vez más amplias estaban siendo asignadas a fuerzas que se reducían, fortaleciendo en el proceso los extremos a expensas del centro (Moscú). En lugar de decir esto, los generales aparentemente escucharon en silencio a Hitler, quien concluyó su exposición diciendo: "Cuando esta operación se inicie, Europa contendrá su aliento»⁸². Una cierta falta de aliento por parte de los generales no habría estado fuera de lugar. Las ambiciones de Hitler y su tendencia a plantearse objetivos cada vez más grandiosos sobrepasaban con creces a las de sus generales, algunos de los cuales no comprendían con precisión la verdadera naturaleza de los fines políticos del «Führer» nazi.

Una intensa polémica ha tenido lugar en torno a las modificaciones introducidas por Hitler al plan «Barbarroja», polémica hecha más confusa por la ausencia en la mayoría de los casos de una clara diferenciación conceptual entre fines políticos y objetivos militares u operacionales. Ex-generales alemanes, así como diversos historiadores, han atacado a Hitler por la supuesta herejía de, en palabras del general Warlimont, «desviarse del primer e inmutable objetivo en la conducta de la guerra, eliminar la fuerza vital del enemigo (sus fuerzas armadas) para perseguir en su lugar metas secundarias»⁸³. Según esta interpretación, el fracaso del plan «Barbarroja» se debió a que Hitler optó por objetivos operacionales de orden político (como Leningrado) y económico (la agricultura de Ucrania y el petróleo del Cáucaso) en lugar de concentrarse primeramente en la destrucción del Ejército Rojo, a través de una operación central contra Moscú. De hecho, sin embargo, Hitler compartía el mismo objetivo operacional de sus generales: destruir a las fuerzas armadas rusas como primer paso; la diferencia estaba en que Hitler consideraba que ese objetivo se lograría más eficazmente mediante grandes operaciones envolventes en lugar de los ataques frontales contra centros poblados propuestos por sus asesores militares. Como lo reveló el Mariscal Timoshenko en un informe secreto de 1941, los soviéticos temían sobre todo la posibilidad de que los alemanes fuesen con toda su fuerza tras los objetivos inicialmente delineados por Hitler: «Si Alemania logra conquistar Moscú, ello será sin duda un rudo golpe para nosotros, pero de ninguna manera desmembrará nuestra estrategia... Alemania mejorará su posición, pero así no ganará la guerra. Lo único que interesa es el petróleo»⁸⁴.

82. R. Cecil: ob. cit., p. 126.

83. Citado por M. Howard: ob. cit., p. 119.

84. Citado por D. Irving: ob. cit., p. 348

Los generales alemanes, como Napoleón antes que ellos, estaban simplemente obsesionados con la captura de Moscú, porque suponían que la caída de la capital produciría un colapso político y psicológico en la URSS. El énfasis en la toma de Moscú (que se acentuó después de Agosto de 1941, una vez que la resistencia soviética ya había demostrado que los objetivos operacionales originales del plan «Barbarroja» no podrían alcanzarse antes del invierno), no provenía en lo fundamental de la firme creencia de que ésa sería la mejor manera de destruir al Ejército Rojo, sino de la esperanza de acabar con la URSS por medio de un solo golpe decisivo. Los enormes sacrificios humanos y materiales sobrellevados estoicamente por el pueblo soviético en 1941 y 1942 hacen pensar que la resistencia en la URSS no se habría derrumbado con la caída de Moscú a manos de una segunda «grande armée», esta vez comandada por Hitler en lugar de Napoleón. Las victorias obtenidas por las fuerzas alemanas en batallas envolventes como la de Kiev y otras operaciones del otoño de 1941, que permitieron la ocupación de Ucrania, gran parte de Crimea, y abrieron las puertas del Cáucaso a los nazis, sugieren que la estrategia establecida por Hitler *en relación con el objetivo de destruir las fuerzas soviéticas* era más eficaz que los ataques directos defendidos por sus principales generales. Con estos ataques, seguramente sólo habrían logrado empujar al Ejército Rojo hacia el interior de los inmensos espacios de la URSS, pero sin eliminarlo. El plan «Barbarroja» falló, en última instancia, porque los *fines políticos* de Hitler sobrepasaban con mucho las capacidades de Alemania para realizarlos.

Ya se ha indicado que al elaborar su plan el general Marcks, había definido como objetivo operacional final de la campaña la conquista de una línea que se extendía desde Rostov, al sur, hasta Arcángel, al norte. Marcks no esperaba que el logro de este objetivo diera fin a las hostilidades, y advirtió que posiblemente los soviéticos continuarían la guerra desde la parte asiática del país. Es sorprendente constatar que Hitler se mostró en ocasiones de acuerdo con ese punto de vista. Una fuerza de unas cuarenta o cincuenta divisiones alemanas debería permanecer a lo largo de la «línea Volga-Arcángel» (según la formulación de la Directiva número 21) como un «escudo frente a la Rusia asiática», mientras una flota aérea de la Luftwaffe proseguía los ataques contra los restantes centros industriales soviéticos en los Urales. Esta era la posición más específica manifestada por Hitler en referencia al problema de cómo concluir la guerra con Rusia, es decir, al problema de cómo hacer la paz. El Mariscal Von Bock planteó este asunto fundamental a Hitler el 2 de Febrero de 1941; Von Bock preguntó al líder nazi de qué manera se iba a forzar a los rusos a hacer la paz, y Hitler contestó que, de ser necesario, fuerzas motorizadas alemanas tendrían que avanzar hasta los Urales. Tal respuesta, que de hecho planteaba nuevos objetivos operacionales y campañas de duración indefinida, estaba en total contradicción con los frecuentes pronunciamientos de Hitler acerca de «derrotar decisivamente a la Unión Soviética con un solo golpe», e igualmente con las metas formuladas en la Directiva número 21 para el ataque contra Rusia.

La primera fase de esa Directiva llamaba a las fuerzas armadas alemanas a prepararse para «aplastar la Rusia Soviética en una rápida campaña ("Caso Barbarroja")»⁸⁵; sin embargo, la Directiva también establecía que: «... el enemigo será perseguido enérgicamente hasta alcanzar una línea desde la cual la fuerza aérea rusa no pueda atacar el territorio alemán. El objetivo final de la operación es erigir una barrera en contra de la Rusia Asiática a lo largo de la línea general Volga-Arcángel. Las áreas industriales sobrevivientes de Rusia en los Urales pueden entonces, si es necesario, ser eliminadas por la fuerza aérea alemana»⁸⁶. Todo esto implicaba que, aun si la operación «Barbarroja» alcanzaba *todos* sus objetivos operacionales, alrededor de un tercio (cuarenta o cincuenta divisiones) de las fuerzas terrestres alemanas y al menos una flota aérea se vería obligada a permanecer en la URSS en condiciones invernales. Esto dejaba sin resolver el problema de cómo llevar a su fin la guerra con Rusia, sobre el cual no había una respuesta clara, ya que la mayoría prefería dejarlo en manos de «la intuición del Führer». Dos oficiales del staff de Von Bock que conocían bien la URSS, asistieron en vísperas de la invasión a una reunión informativa con el jefe del staff, general Von Greiffenburg, en la cual se puso plenamente de manifiesto la ambigüedad de los proyectos alemanes. Von Greiffenburg profetizó que Moscú sería conquistada en un plazo de cinco a seis semanas, y cuando los dos oficiales preguntaron si ese triunfo terminaría la guerra, el jefe del staff de Von Bock respondió: «No vamos a partirnos el cerebro tratando de responder eso»⁸⁷. A todo lo largo de la planificación para «Barbarroja» persistió la tendencia, poco fundamentada, a asumir que la campaña obtendría resultados decisivos antes de la llegada del invierno; los escépticos que dudaban que los objetivos operacionales de «Barbarroja» producirían una firme decisión a nivel político estaban en minoría. Como lo dijo el mariscal soviético Eremenko, los alemanes se condujeron como si creyesen que sus triunfos serían todavía mayores que los ambiciosos objetivos establecidos en sus planes⁸⁸.

Las fallas en el proceso de planificación para el ataque contra la URSS no pueden achacarse exclusivamente a Hitler; aun antes de que el líder nazi hubiese hecho explícita su decisión de invadir Rusia en 1941, los jefes militares alemanes habían ordenado la realización de estudios para una campaña en el este, y sus proyectos operacionales diferían muy poco de las ideas de Hitler. Más tarde, los líderes del ejército aceptaron también las propuestas de Hitler en cuanto a la duración de la campaña y sus métodos de ejecución, ya que compartían los mismos prejuicios sobre la «debilidad» de la URSS y la «invencibilidad» de las fuerzas alemanas.

85. H. Trevor-Ropper (ed.): ob. cit., p. 93.

86. Ibid, p. 94

87. Véase R. Cecil: ob cit, p. 127

88. A. Eremenko: *The Arduous Beginning*. Moscow, 1966, p. 319.

Los generales encargados de conducir la operación «Barbarroja» aceptaron aparentemente los planes de Hitler que concedían una importancia secundaria a la toma de Moscú. Sin embargo el desarrollo de las acciones, una vez comenzada la invasión demostró que de hecho, los militares alemanes seguían con sus ojos fijos en la capital soviética y estaban dispuestos a circunvenir, así fuese subrepticamente, las órdenes del líder nazi para lanzarse en forma directa hacia la ciudad. De tal manera que a la falta de un acuerdo preciso acerca del fin político de la guerra se añadían profundas divergencias entre Hitler y sus generales en cuanto a la prioridad correspondiente a los diversos objetivos operacionales. Los eventos a partir del verano de 1941 sólo confirmaron lo peligroso que es emprender una guerra, en particular una acción bélica de tales dimensiones, sin un acuerdo claro respecto a sus fases de desarrollo y sus metas finales.

En el transcurso de su carrera, Hitler había insistido siempre en coordinar la política de las armas con las armas de la política, y en utilizar la propaganda como un instrumento para debilitar la voluntad del enemigo en el proceso de asestarle golpes decisivos. No obstante, «en la extraña historia de los planes de Hitler para invadir Rusia nada es más extraño que el abandono casi total de aquellos métodos de guerra política y psicológica acerca de los cuales tanto había escrito y hablado y que tan efectivamente había empleado en contra de otros enemigos»⁸⁹. Hitler tenía fines políticos ilimitados en su guerra contra la URSS; para el Führer nazi: «la próxima campaña es más que un mero choque de armas, se trata también de un conflicto entre dos ideologías»⁹⁰. Los alemanes esperaban, como lo expresaba Goering, que con su entrada en Rusia, «el Estado Bolchevique experimentaría un colapso», y para acelerarlo sería necesario «liquidar a todo el liderazgo bolchevique». Su desprecio por el enemigo llevó a los alemanes a abandonar su habilidoso uso de la propaganda y la subversión, que en el caso de Rusia podría haber acentuado el resentimiento que secciones de la población soviética sentían hacia el opresor régimen stalinista, y a confiar en que el Estado soviético sucumbiría bajo la mera aplicación de la fuerza militar. Es más, en lugar de contribuir a agudizar las tensiones políticas existentes en ese tiempo en la URSS los alemanes, y Hitler en especial, decidieron llevar a cabo la campaña en base a la más descarnada utilización del terror racial e ideológico como un medio para incrementar los efectos paralizadores de la «Blitzkrieg».

En Marzo de 1941 Hitler rechazó un proyecto de las fuerzas armadas que colocaba la futura administración de los territorios ocupados en manos militares, pues en su opinión el ejército sería incapaz de resolver los problemas políticos de la invasión. En su lugar, Hitler asignó esas tareas a Himmler y la S. S. en quienes recaería la responsabilidad de «liquidar a la intelligentsia judío-bolchevique», así como a los «jefes y comisarios bolcheviques»

89. R. Cecil: ob. cit., n. 152.

90. Citado por B. A. Leach: ob. cit., p. 152.

Hitler comunicó a Halder que «la intelligentsia designada por Stalin debe ser destruida. La maquinaria de comando del imperio ruso debe ser aplastada. En toda Rusia será indispensable utilizar la más desnuda fuerza bruta»⁹¹. El 30 de Marzo de 1941, ante más de 200 oficiales Hitler hizo pública la tristemente famosa «orden de los comisarios», con la cual colocaba fuera de las reglas normales de la guerra no solamente a los dirigentes comunistas soviéticos, que iban a ser sistemáticamente eliminados sin juicio previo, sino también a todos aquellos habitantes de la URSS que se opusiesen a los alemanes, los cuales serían fusilados sin contemplaciones. La próxima campaña, insistió Hitler, sería una batalla de aniquilación; los alemanes debían «impedir la reconstitución de una clase educada» en Rusia. Para las masas rusas, Hitler también guardaba, como manifestó en otra oportunidad, terribles designios: «Está en favor de nuestros intereses que los rusos aprendan tan sólo lo suficiente para reconocer las indicaciones en los caminos»⁹². La «orden de los comisarios» solo iba a resultar en una mayor oposición de la población soviética ante los alemanes: el pueblo iba a estar sometido a la más indiscriminada represión ante la cual la única salida era luchar. Las masas soviéticas pronto entendieron que se enfrentaban a un enemigo implacable que buscaba la subyugación total de los pobladores de la URSS y su conversión en poco menos que esclavos. La «orden de los comisarios», así como toda la guerra ideológica de Hitler en Rusia impedía cualquier «colaboracionismo» de los pobladores y estimulaba represalias contra los prisioneros alemanes; pero el líder nazi estaba decidido a llevar su cruzada ideológica hasta las últimas consecuencias, sin hacer caso a los costos militares de la misma. Los generales alemanes no levantaron su voz de protesta ante su Führer, tal vez con la esperanza de que el terror desplegado por la S. S. contribuiría al colapso de la URSS. Hitler y sus militares coincidieron al menos en ese error.

91. Citado por D. Irving: ob. cit., p. 212.

92. Ibid., p. 290.

(iii) La Subestimación del Enemigo

La «operación Barbarroja» fue planeada por los alemanes sobre la base de informaciones totalmente inadecuadas sobre las capacidades de su adversario. A la falta de un suministro apropiado de inteligencia sobre el enemigo se añadían la subestimación y el desprecio de tipo racial, la convicción en la «innata superioridad de los arios sobre los eslavos», y las exageradas concepciones respecto a la «invencibilidad de la Wehrmacht». Es esencialmente correcto afirmar que la falta de información adecuada sobre las potencialidades industriales y militares de la URSS fue la raíz del desastre que cayó sobre las fuerzas armadas alemanas. El error crucial fue la enorme e irresponsable subestimación de un enemigo que poseía unos recursos materiales y una voluntad política mucho mayor de los que habían previsto los cálculos más optimistas.

Los problemas en cuanto a inteligencia provenían en primer lugar de las grandes dificultades existentes para obtener informaciones confiables acerca de la URSS. Muy poco se sabía del Ejército Rojo. En una sociedad cerrada como la soviética, con unos servicios de seguridad tan eficientes, se hacía extremadamente difícil recabar suficientes datos para construir una panorámica realista de la situación del país. Al conquistar Polonia y Francia, los alemanes descubrieron en su estudio de los archivos que los servicios de inteligencia de esos países tampoco poseían información precisa sobre Rusia.

El problema de la escasez de información se agudizaba por la mala utilización de la que se tenía debido a la influencia de los prejuicios raciales nazis, y a la tradicional tendencia europeo-occidental de ver a Rusia como un país «semi-asiático y primitivo». Hitler aseguraba a Halder que «los rusos carecen por completo de habilidad técnica»⁹³. El líder nazi estaba convencido de que «en términos de armamentos el soldado ruso es tan inferior frente a nosotros como el francés. Tiene pocas baterías modernas, todo el resto del equipo es material viejo y reacondicionado... la mayor parte de la fuerza blindada rusa es anticuada. El material humano ruso es inferior y su ejército carece de líderes...» Los alemanes aún no sabían de la existencia del tanque soviético T-34, el más eficaz tanque de la Segunda Guerra Mundial, superior a todos los modelos de Hitler, quien llegó a exclamar exasperado: «¡Cómo puede este pueblo primitivo alcanzar tales éxitos tecnológicos en tan corto tiempo!»⁹⁴.

Marcks había estimado, en Agosto de 1940, que el Ejército Rojo dispondría de unas 133 unidades para defender la Rusia europea. En Enero de 1941 la inteligencia alemana calculó que el número de unidades rusas era de 177. Para Abril de ese año el estimado alcanzaba 247 unidades (171 divisiones de infantería, 36 de caballería y 40 brigadas mecanizadas).

93. Halder: ob. cit., p. 20.

94. Citado por Irving: ob. cit., p. 341

Cuatro meses más tarde, cuando ya no podía retirarse sin sufrir un grave colapso, el ejército alemán admitió que hasta ese momento se habían identificado alrededor de 360 divisiones soviéticas en combate. Hitler y sus generales habían contado con una relativa igualdad numérica, que en algunas áreas desfavorables se vería equilibrada por la superioridad cualitativa de los equipos alemanes. Esto era particularmente importante en el caso de la aviación. La Luftwaffe tenía 1.150 aviones comprometidos en el frente occidental contra Inglaterra, lo cual dejaba 2.770 para ser utilizados en la campaña en el este, una proporción desfavorable de 4 a 5 aviones soviéticos por cada avión alemán. Durante la campaña en Europa occidental en 1940, la Luftwaffe había empleado 3.530 aviones, operando la mayoría en un área de unos 350 kilómetros cuadrados. Contra la URSS, la Luftwaffe iba a utilizar menor número de aviones para un teatro mucho más extenso, de unos 1.600 kilómetros de ancho y de una inexhaustible profundidad, que convertía importantes centros industriales en objetivos inalcanzables para los bombarderos. El 4 de Julio de 1941, pocos días después de haber dado comienzo a la invasión, el oficial encargado del diario de las fuerzas armadas alemanas anotaba confiadamente lo siguiente: «Los rusos han perdido miles de aviones y cuatro mil seiscientos tanques; no pueden quedar muchos»⁹⁵. A mediados de Julio, los alemanes calculaban haber destruido alrededor de 8.000 tanques rusos, pero éstos todavía se desplazaban en los frentes de batalla. Para fines de Julio, eran 12.000 los tanques rusos destruidos o capturados, pero aún venían. Al visitar el grupo de ejércitos «Centro» el 4 de Agosto, Hitler admitió ante Guderian: «Si hubiese sabido que los rusos tenían tantos tanques, lo habría pensado dos veces antes de invadir»⁹⁶.

Los alemanes descontaron en forma verdaderamente irresponsable las informaciones acerca del potencial industrial soviético situado más allá de la estrecha franja de territorio conformada por la Rusia europea, donde se suponía tendrían lugar las batallas decisivas. Se asumió que la «Blitzkrieg» produciría de nuevo la rápida derrota del enemigo y la captura de sus principales centros industriales; el resto del potencial económico soviético localizado más allá de los Urales sería destruido mediante bombardeos. Hitler y la mayoría de sus asesores no se plantearon la posibilidad de que los soviéticos, con sus enormes reservas humanas y recursos económicos de todo tipo, fuesen capaces de levantar nuevos ejércitos, aún después de sufrir las más terribles derrotas. Como lo expresa Leach: «En este sentido, las suposiciones de los alemanes parecen haber sido influidas por su propia economía de "Blitzkrieg", que concentraba los armamentos y municiones requeridos para cada campaña mediante cortos pero intensos esfuerzos productivos. Los alemanes sabían que buena parte de la industria de guerra soviética se encontraría más allá del alcance de sus fuerzas terrestres durante las fases tempranas de la campaña, y que la Luftwaffe carecía de las fuerzas para atacarla.

95. Ibid., p. 285.

96. Ibid., p. 286.

Sin embargo, los líderes alemanes parecen haber creído que desde el comienzo de su ataque las autoridades políticas y militares, la industria y las comunicaciones de la URSS se verían contagiados por una especie de parálisis»⁹⁷.

A mediados de Diciembre de 1940 el general Halder y el jefe de su división de operaciones discutieron el problema del potencial industrial soviético, y llegaron a la conclusión de que el 32 por 100 de capacidad productiva de guerra de la URSS se encontraba en la Ucrania, 44 por 100 en las áreas de Moscú y Leningrado, y el 24 por 100 restante más hacia el este. Como tantos otros datos estadísticos acerca de la Unión Soviética en poder de los alemanes, éstos eran poco confiables y en gran parte el producto de la imaginación. Otro problema que quedaba sin resolver era el siguiente: de acuerdo a los términos del «pacto de no-agresión» germano-soviético de 1939, la URSS se comprometía a exportar a Alemania grandes cantidades de vitales recursos económicos, en especial materias primas y productos agrícolas. La pregunta que preocupaba a algunos planificadores alemanes a partir del otoño de 1940 era: ¿cómo iba Alemania a conquistar Rusia sin las materias primas que la URSS le suministraba sobre la base de los tratados existentes? Para dar una respuesta favorable había que asumir no sólo que la guerra contra la URSS sería muy corta, sino también que las fuerzas alemanas tendrían extraordinarios éxitos al capturar intactos grandes sectores de la industria soviética, asegurando también la cooperación de la población trabajadora.

En Febrero de 1941 el general Thomas calculó que las reservas de combustible de la Luftwaffe durarían hasta el otoño, pero el combustible de vehículos sólo alcanzaría hasta mediados de Agosto. El triunfo en una guerra corta se lograría dadas las siguientes condiciones: evitar la destrucción de las reservas económicas, depósitos, etc., del enemigo; Captura de los campos petroleros en el Cáucaso; por último, resolución del problema de transporte. Para una guerra larga sería igualmente indispensable obtener la cooperación de los trabajadores industriales y agrícolas. Aun así, a menos que los lazos de comunicación con el lejano oriente soviético fuesen prontamente restablecidos, no podrían obtenerse suficientes suministros de caucho, cobre, platino, estaño, y otros renglones vitales para la economía alemana. Ninguno de estos planteamientos económicos, que de hecho tenían una importancia decisiva para el éxito de la invasión, recibió una respuesta clara y precisa antes de iniciarse el ataque.

En los vastos espacios soviéticos, las cuestiones logísticas, el suministro de combustible para las unidades Panzer, de armamentos, municiones y comida para las tropas, el establecimiento de comunicaciones rápidas y seguras para el envío de refuerzos, la evacuación de heridos, etc., adquirirían una dimensión especial, que no había estado presente en los casos de Polonia y Francia.

97. B. A. Leach: ob. cit., p. 93.

No obstante, Hitler y los líderes militares alemanes concibieron la invasión a la URSS como una campaña «Blitzkrieg» similar a las de 1939 y 1940. Más aún, en las etapas de planeamiento, el proyecto «Barbarroja» careció de las características de las anteriores operaciones «Blitzkrieg». La dispersión de las fuerzas alemanas en tres teatros de guerra: occidental, en el Mediterráneo y en el este, y la magnitud de las fuerzas soviéticas, despojó a la Wehrmacht de la superioridad, o, como mínimo, paridad de fuerzas con las que había ejecutado otras campañas. Por otra parte, la decisión de avanzar a lo largo de tres sectores de un frente muy amplio impidió a los alemanes alcanzar el mismo grado de concentración de fuerzas que habían logrado en Polonia y Francia. La enormidad del teatro de operaciones redujo los efectos del ataque combinado de tanques y aviones, factor clave de la «Blitzkrieg», ya que las distancias imponían una mayor dispersión. Finalmente, los prejuicios raciales y la guerra ideológica hitleriana dificultaron aún más la de por sí difícil tarea de ganar simpatías en un pueblo que veía su territorio invadido por extranjeros. En Rusia, Hitler no podía contar con ningún tipo de «quinta columna» pro-nazi. El exceso de confianza de Hitler se puso también de manifiesto en su escaso interés de informar a sus aliados. Japón e Italia, sobre el ataque, y de implicarlos activamente y asegurar su efectiva colaboración.

Lo más sorprendente de todo lo relacionado con «Barbarroja» es la comprobación de que a medida que se acrecentaba la disparidad de fuerzas y aumentaba la complejidad de los planes para la campaña, los alemanes *reducían el tiempo* establecido para conquistar sus objetivos. El primer estimado, hecho en Julio de 1940, cuando todavía parecía que los objetivos eran limitados, fue de cinco meses. Marcks estimó una duración máxima para la campaña de *diecisiete semanas*. Paulus, al mismo tiempo que dispersaba las fuerzas, redujo el período a *diez semanas*. En Abril de 1941, Brauchitsch resumió así las perspectivas: «Masivas batallas fronterizas deben esperarse con duración de hasta *cuatro semanas*. Posteriormente, sólo habrá que afrontar ligera resistencia». Cecil no se equivoca al afirmar que ya en vísperas de la invasión a la URSS, una especie de «locura colectiva» parecía haber poseído a los líderes alemanes ⁹⁸. Quizá algunos intuían que los riesgos de «Barbarroja» la convertían en una aventura descabellada.

98. R. Cecil: ob. cit., p. 129.

(iv) *La Gran Aventura*

«La empresa de Hitler fue sobrehumana e inhumana.»

De Gaulle

El 22 de Junio de 1941 tres millones de soldados alemanes invadieron la URSS, dando comienzo así a la más grande operación militar de la historia. Los ejércitos nazis iban acompañados de 3.350 tanques, 7.184 piezas de artillería, tres flotas aéreas de combate con más de 2.000 aviones, y 600.000 vehículos de transporte y blindados. Unos 3.200.000 hombres, de un total de 3.800.000 que integraban las fuerzas armadas alemanas, fueron lanzados contra la URSS. Estas tropas hacían un total de 148 divisiones; entre ellas 10 «Panzer», 12 de infantería motorizada, y 9 de comunicaciones, todas reforzadas con grupos antiaéreos, anti-tanque, de ingenieros y de artillería pesada. Rumania, entonces aliada con los nazis, aportó 14 divisiones al esfuerzo bélico alemán, y Finlandia 21 divisiones. Después del 24 de Junio tropas italianas, húngaras, eslovacas y españolas entraron en guerra contra la Unión Soviética. Las fuerzas atacantes se dividían en tres grupos de ejércitos: «Norte», bajo el mariscal Von Leeb, con el Grupo Panzer 4 (comandante: Hoepner); «Centro», bajo el mariscal Von Bock, con el Grupo Panzer 3 (Hoth) y 2 (Guderian), y «Sur», bajo el mariscal Von Rundstedt, con cinco divisiones blindadas para actuar como «puntas de lanza».

La planificación del ataque se había basado en una perspectiva estratégica que aceptaba el riesgo de guerra en dos frentes, ante el cual Hitler se negó a retroceder deslumbrado e impulsado por sus sueños de conquista en el este. Las esperanzas de un nuevo y decisivo triunfo de la «Blitzkrieg» en Rusia descansaban en el entusiasmo generado por victorias anteriores, así como también en una seria subestimación de las capacidades del adversario. El ejército alemán invadió la Unión Soviética con cantidades limitadas de combustible para movilizarse y con muy escaso equipo de invierno, lo cual forzosamente les obligaba a producir una decisión en corto tiempo. El «plan Barbarroja» carecía de flexibilidad; si la fórmula «Blitzkrieg» fallaba, no quedaba otra alternativa que una defensa improvisada en territorio ruso y en condiciones invernales.

Las graves derrotas y enormes pérdidas sufridas por las fuerzas soviéticas en las batallas iniciales hicieron creer a los alemanes que la operación «Barbarroja» se encaminaba hacia un rotundo éxito. A principios de Julio, los servicios de inteligencia estimaban que de 164 divisiones soviéticas hasta ese momento localizadas, 89 habían sido entera o parcialmente destruidas, y sólo 9 de las 29 divisiones blindadas rusas estaban todavía en capacidad de combatir. A pesar de todo, se tenían informes de que grandes esfuerzos de movilización se estaban produciendo en el interior de la URSS; sin embargo, Halder descartó la posibilidad de que los soviéticos, debido a la escasez de personal técnico especializado y de oficiales competentes, pudiesen colocar rápidamente nuevas unidades sobre el terreno de

batalla. Un mes más tarde, Halder se vería obligado a reconocer que el verdadero potencial del «coloso ruso» había sido gravemente menospreciado: «Al comenzar la guerra pensábamos que enfrentaríamos unas 200 divisiones rusas. Ya hemos contado 360. Desde luego, en términos de equipos esas unidades son inferiores a las nuestras, y su liderazgo táctico es frecuentemente inadecuado. Pero están allí, y cuando destruimos una docena de ellas, los rusos las reemplazan con otra docena»⁹⁹.

Las más desagradables sorpresas vinieron para los alemanes al constatar el tamaño y la calidad de las fuerzas blindadas y aéreas soviéticas. Se había calculado que los rusos tenían cerca de 15.000 tanques, pero el total se aproximaba realmente a 24.000, de los cuales 1.475 eran nuevos modelos T-34 y KV, cuyo poder de fuego, movilidad y espesor de blindaje superaban al de los mejores modelos alemanes. Se subestimó igualmente el potencial de la fuerza aérea soviética y la calidad de sus nuevos equipos. Después de un mes de lucha, la Luftwaffe aseguraba haber destruido un total de 7.564 aviones de combate rusos, no obstante, la fuerza aérea roja continuaba en batalla.

Ya a principios de Agosto de 1941 la dura realidad de las cosas comenzó a penetrar en los puestos de mando alemanes, y empezaron a nacer dudas sobre la posibilidad de victoria. Los alemanes continuarían su avance por otros tres meses, pero en condiciones muy distintas a las del pasado, batallando en un espacio sin fin y enfrentando una resistencia feroz de parte de un pueblo totalmente movilizado para la guerra. A pesar de su inferioridad numérica, las tropas alemanas lograron magníficas victorias militares, gracias a su mayor experiencia de combate, a la alta calidad de su liderazgo profesional, a su nivel de entrenamiento y a la falta de preparación inicial del Ejército Rojo. Las tropas de Hitler fueron detenidas ante las puertas de Moscú en el invierno de 1941. La contraofensiva soviética comandada por Zhukov selló el fracaso de la «Blitzkrieg» en la URSS. Aún quedaban varios años de guerra, pero el mito de la invencibilidad de la Wehrmacht alemana yacía definitivamente roto en las nieves que cubren la estepa rusa.

Tal y como se dijo previamente, en el libro VII de *De la Guerra* se encuentra un capítulo titulado «El Punto Culminante de la Victoria», que es probablemente uno de los más interesantes, profundos y plenos de derivaciones de toda la obra de Clausewitz. El «punto culminante de la victoria» es inicialmente definido por Clausewitz en términos operacionales: se trata del momento en que una ofensiva exitosa se desgasta y pierde su ímpetu hasta detenerse y asumir una postura defensiva. Pero el concepto tiene implicaciones más hondas, que van más allá de lo meramente operacional e invaden el terreno de lo político, de la apreciación política del instrumento bélico.

99. Citado por B. A. Leach: ob. cit., p. 202.

En este sentido, el «punto culminante de la victoria» consiste en saber *dónde detenerse* en la guerra, en apreciar *hasta qué punto* es posible llegar con éxito en una ofensiva, pues más allá de ese punto los costos comienzan a ascender y los riesgos a acrecentarse, poniendo en peligro todo lo que antes se había ganado ¹⁰⁰. En otras palabras, traspasar el «punto culminante de la victoria» significa sobre extenderse en el uso político de la guerra, exigir de lo militar algo que no puede dar, desbordar las propias capacidades y apostar todo en una jugada suicida.

La invasión napoleónica a Rusia en 1812 fue tal vez el ejemplo que Clausewitz tenía en mente al redactar sus ideas sobre el «punto culminante de la victoria». En 1941, Hitler repitió el error de su predecesor en aras de una meta muy semejante: crear un sólo imperio en todo el continente europeo. Hitler intentó conquistar la Unión Soviética con el instrumento con que había subyugado Europa: la guerra relámpago. El líder nazi «rechazó el concepto de una guerra larga en el este porque no tenía el tiempo necesario, porque estaba convencido de que era capaz de compensar las deficiencias materiales a través de un esfuerzo de la voluntad, y porque fue víctima de sus propios mitos propagandísticos sobre el poder de la "Blitzkrieg" y su propia infalibilidad como estratega» ¹⁰¹. Hitler se jugó el todo por el todo; el aventurero avanzó más allá del punto culminante de la victoria, abandonando la prudencia que debe siempre acompañar el juicio político y a favor de la cual argumenta Clausewitz con tanta lucidez: «Es importante calcular este punto correctamente cuando se planea una campaña. De lo contrario, el atacante puede tratar de abarcar más de lo que es capaz, y, por así decirlo, incurrir en una deuda. El defensor debe estar preparado para reconocer prontamente el error de su enemigo, y explotarlo hasta el fin» ¹⁰². Los soviéticos así lo hicieron.

100. Véase Clausewitz: ob. cit., pp. 566-573.

101. B. A. Leach: ob. cit., p. 241.

102. Clausewitz: ob. cit., p. 572.

CAPITULO II

STALIN

1. EL HOMBRE DE ACERO

«Todo el mundo quiere algo, sin tener idea alguna de cómo obtenerlo, y el aspecto realmente intrigante de la situación es que nadie sabe exactamente cómo obtener lo que desea. Pero en virtud de que yo sé lo que quiero y de lo que son capaces los otros, estoy completamente preparado.»

Metternich

A lo largo de su carrera revolucionaria en la clandestinidad, José Djughashvili utilizó no menos de diecisiete seudónimos, de los cuales el que sin duda mejor definía su personalidad —el rostro que mostraba hacia afuera— y que adoptó en forma definitiva, fue Stalin: «hombre de acero». Las palabras de Metternich previamente transcritas bien podrían haber sido pronunciadas por el hombre que «sacó a Rusia de la barbarie con métodos bárbaros». Stalin sabía lo que quería: poder; pero no cualquier clase de poder, sino un poder absoluto, total, incuestionable. Sabía también cómo obtener lo que deseaba: mediante la astucia, la manipulación, el engaño, la callada eficiencia; todo ello controlado por un talento político poco común, cuya aparente sordidez y primitivismo suscitaban el menosprecio inicial de sus adversarios. Stalin conocía el arte de esperar en las sombras hasta que se presentaba el momento oportuno. Su estilo era simple y carente de brillo intelectual. Sus habilidades no se ejercían en campo abierto, sino dentro del engranaje de las maquinarias políticas. Hombres de la talla de Trotsky fueron incapaces de medir la verdadera fuerza y destreza de Stalin por mucho tiempo, y lo mismo ocurrió con otras de sus grandes víctimas, como Zinoviev, Bujarin y Kamenev. Stalin se dejaba subestimar, permitía que sus enemigos le menospreciasen; entretanto, preparaba ventajosamente la hora del desquite.

Trotsky cayó asesinado en Agosto de 1940 a manos de un agente stalinista. Ello le impidió, entre otras cosas, culminar la biografía de Stalin que para entonces escribía. En la introducción a esta obra inconclusa Trotsky decía que «Stalin representa un fenómeno sumamente excepcional. No es un pensador, ni un escritor, ni un orador. Tomó posesión del poder antes que las masas aprendiesen a distinguir su figura de otras durante las triunfales procesiones a través de la Plaza Roja; Stalin tomó posesión del poder no valiéndose de sus cualidades personales, sino con ayuda de una máquina impersonal. Y no fue él quien creó la máquina, sino la

máquina quien lo creó»¹. La interpretación que hizo Trotsky sobre la personalidad de Stalin formaba parte de una teoría más amplia acerca de la distorsión y traición de los ideales de la Revolución Bolchevique por parte de una casta burocrática que colocó a Stalin a la cabeza. Para Trotsky, Stalin representaba la quintaesencia del burócrata y hombre de aparato; sus cualidades: sentido práctico, perseverancia, fuerza de voluntad, falta de imaginación, y simplismo teórico eran típicas del burócrata y en ellas residía su éxito.

En 1925, uno de los ayudantes de Trotsky, Skiyansky, le preguntó su opinión sobre Stalin. Trotsky respondió: «Stalin es la más grande mediocridad del Partido.» Según Trotsky, «lo que importa no es Stalin, sino las fuerzas que él expresa sin ni siquiera darse cuenta»². Más tarde, en obra *La Revolución Traicionada*, Trotsky sintetizó sus puntos de vista así: «Stalin es la personificación de la burocracia; ésa es la sustancia de su personalidad política»³. Con estas frases, Trotsky reveló que le era imposible reconocer plenamente la potencialidad política de Stalin. Para el fundador del Ejército Rojo, el más grande jefe revolucionario en Rusia después de Lenin, se hacía extremadamente difícil apreciar en su justa dimensión todos los componentes de la situación que le llevó a perder la batalla política frente a un hombre —Stalin— al cual consideraba una mediocridad. Como lo expresa Deutscher, «Para Trotsky era casi una mala broma el hecho de que Stalin, el personaje voluntarioso y taimado, pero desgarrado y mediocre, fuera su rival; él no habría de concederle importancia, no habría de rebajarse a su nivel»⁴. Fuesen cuales fuesen los orígenes de las tesis de Trotsky, no cabe duda que se equivocó gravemente. Lenin tuvo una percepción más acertada de la personalidad de Stalin cuando escribió el documento de 1922 que luego se conoció como su «testamento» que Trotsky y Stalin eran «los dos jefes más capacitados del Comité Central Bolchevique»⁵. Todavía en 1940, en las páginas finales de la biografía sobre su archienemigo, Trotsky decía que «Seleccionar a hombres para puestos privilegiados, unirlos en el espíritu de casta, debilitar y disciplinar a las masas, son... tareas para las cuales los atributos de Stalin no tienen precio y le convierten por derecho propio en caudillo de la reacción burocrática. Sin embargo, Stalin sigue siendo una mediocridad. No sólo carece de vuelo su entendimiento, sino que es incapaz de discurrir con lógica»⁶

1. León Trotsky: Stalin, Industrial Gráfica, Barcelona, 1950, p. XV.

2. León Trotsky: My Life, Grosset & Dunlap, N. Y., 1960, pp. 481, 506.

3. Citado por R. C. Tucker: «Several Stalins», Survey, vol. 17, núm. 4, 1971, p.

4. Isaac Deutscher: Trotsky, el Profeta Desarmado, Ediciones ERA, México, • p. 96.

5. Véase L. Trotsky; El Testamento de Lenin, Merit Publishers, N. Y. 1965 p

6. L. Trotsky: Stalin, ob. cit, p. 433.

En realidad, como entendieron muchos a veces a su pesar, Stalin no era una mediocridad como político. Las razones que le permitieron derrotar a Trotsky en la lucha por la sucesión de Lenin no se derivaban de artimañas que le acercaban a los burócratas, ni de su poder para nombrar y remover individuos en diferentes cargos, sino fundamentalmente de su capacidad para hacer uso de temas que encontraban una amplia y positiva respuesta de parte de vastos sectores del Partido Bolchevique. Entre esos temas, sin lugar a dudas el más importante fue el de la posibilidad de construir el «socialismo es un solo país», aun cuando ese país fuese una Unión Soviética atrasada, predominantemente campesina, y aislada políticamente en el mundo: «En la medida en que existía, la afinidad peculiar que Trotsky percibió entre Stalin y el surgimiento de la casta burocrática soviética fue en buena parte el resultado de la habilidad de Stalin para convertirse en principal vocero de una posición política que los nuevos hombres de poder hallaban convincente. El surgimiento de esa afinidad constituyó un tributo a la formidable capacidad política de Stalin»⁷. Para Trotsky, no fue Stalin quien creó la maquinaria sino ésta la que le creó a él; mas como observa E. H. Carr: «se requería algo más que una maquinaria para "crear" a Stalin y colocarlo en la cima del poder». Ese «algo más» pertenecía a Stalin mismo y no provenía de la maquinaria. Ciertamente, sus discursos, artículos y ensayos parecen hoy sorprendentemente pobres. Trotsky desbordaba en imaginación y brillantez; Stalin se veía eclipsado y se movía en los entretelones, refugiándose en frases estereotipadas y concentrando su atención en unos pocos temas. No obstante, numerosos testigos, desde Lenin a Churchill, han reconocido que en las situaciones confidenciales, lejos de la luz pública y de la mirada escudriñadora de los auditorios, el pensamiento de Stalin se formulaba con fuerza y precisión para traducirse en actos: Stalin era eso, un político práctico, que usaba la teoría para lograr fines concretos.

A pesar de las deficiencias en su razonamiento sobre «el socialismo en un solo país», su fórmula fue políticamente efectiva y logró capturar el entusiasmo y el apoyo de los cuadros medios del Partido Bolchevique en momentos cruciales. Trotsky esperaba que la revolución europea viniese a la ayuda de la revolución rusa; esa era la única vía para avanzar sólidamente hacia la construcción del socialismo en la URSS. La consigna de Stalin era mucho más simple, y si bien sus deficiencias teóricas eran obvias para los sectores ideológicamente maduros del Partido, contenía una proposición clara y positiva: es posible completar la construcción del socialismo en la URSS aun sin la revolución europea y hay que hacerlo. Para Trotsky, la «revolución permanente» implicaba, entre otras cosas, que Rusia por sí misma no sería capaz de avanzar lejos en la edificación del socialismo; la revolución tendría que atravesar las fronteras nacionales y alcanzar la fase internacional como único camino para sobrevivir y preservar su carácter socialista. Stalin decía: Rusia puede sostenerse por sí misma, y puede construir el socialismo en forma autosuficiente.

7. R. C. Tucker: ob. cit., loc. cit.

Como lo expresa Deutscher, las doctrinas políticas pueden clasificarse en dos grandes categorías: «aquellas que, proviniendo de una larga cadena de ideas, se dirigen audazmente hacia un futuro remoto; y aquellas que, no siendo ni profundas ni originales en sus anticipaciones, son capaces de sintetizar grandes y poderosas emociones y tendencias de opinión que hasta entonces permanecían desarticuladas. La tesis de Stalin pertenecía obviamente a la segunda categoría»⁸. La habilidad manipulativa de Stalin excedió la brillantez teórica de Trotsky; no ha sido éste el único caso en la historia, pero tal vez ninguno haya tenido tan hondas consecuencias.

Es verdaderamente sorprendente constatar hasta qué punto Stalin fue subestimado por todos los que en algún momento se convirtieron en sus adversarios. Esta sistemática subestimación de la fuerza y de las ambiciones de Stalin se prolongó hasta que ya no quedaban enemigos de talla que pudieran oponerse al «hombre de acero». «Escasos desarrollos históricos de importancia han sido tan poco conspicuos y han parecido tan irrelevantes a sus contemporáneos como la enorme acumulación de poder en manos de Stalin, que tuvo lugar en vida de Lenin. Dos años después de finalizada la guerra civil, ya la sociedad rusa vivía virtualmente bajo el mando de Stalin, sin que ni siquiera conociese el nombre de su jefe. Más extraño aún, Stalin fue llevado a esas posiciones de poder por sus propios rivales. Hubo numerosas situaciones dramáticas en su lucha posterior contra esos adversarios, pero la pelea comenzó sólo después de que Stalin había sujetado firmemente las palancas del poder, y luego de que sus oponentes, dándose cuenta del error cometido, habían tratado de apartarle de su posición dominante. Pero ya para entonces Stalin se había hecho inamovible»⁹.

¿En qué creía Stalin?, ¿que buscaba? No cabe duda que deseaba el poder, pero ¿para qué? Según Milovan Djilas: «Cualesquiera sean los standards que utilicemos para juzgarle, Stalin tiene a su haber la gloria de ser el más grande criminal de la historia... En él se combinaban la crueldad de Calígula con el refinamiento de Borgia y la brutalidad de Iván el Terrible»¹⁰. Pero todo ese poder, las purgas, la enorme convulsión histórica del proceso de colectivización, ¿qué significaban para Stalin? En sus Memorias, Malraux relata que «En una ocasión pregunté a Gorki si Stalin pensaba algo sobre el sentido de la vida. Gorki me respondió con cierta ironía: "El piensa que los hombres están sobre la tierra para convertirse en comunistas, y que los comunistas existen para hacer reinar la justicia". No está mal —dijo entonces Malraux— dentro del género monolítico. Y Gorki: "Stalin lo ha inventado"¹¹. Las motivaciones más profundas de Stalin, sus convicciones e ideas básicas acerca de su propio papel en medio de los trascendentales acontecimientos que tuvieron lugar durante su mandato son apenas borrosas imágenes de una personalidad fría, sinuosa, calculadora: « Como resultado de su

8. Isaac Deutscher Stalin, Penguin, Harmondsworth, 1972, p. 292

9. Ibid., p. 232.

10. Milovan Djilas: Conversations with Stalin, Penguin, Harmondsworth, 1969, p. 145

11. André Malraux: . La Corde ét les Souris, Gallimard, Paris, 1976, p. 28.

ideología, sus métodos, su experiencia personal y herencia histórica, Stalin sólo confiaba en aquello que pudiese sujetar y dominar firmemente...»¹². La figura de Stalin encarna el poder absoluto, su soledad y su aterradora grandeza; quizá por ello sea tan enigmática e inescrutable.

Carr se ha referido a Stalin como «la más impersonal de las grandes figuras históricas». Tal afirmación no deja de estar influida por la tesis de Trotsky sobre Stalin: el hombre creado por la maquinaria para servir sus intereses burocráticos, y el problema con esa tesis es su carácter limitado. Stalin no era un brillante intelectual, pero tenía puntos de vista propios sobre el marxismo y el desarrollo del socialismo; sus apreciaciones eran dogmáticas, pero poderosas en sus efectos inmediatos. Lo que impresiona negativamente de la figura de Stalin no es la ausencia de una personalidad definida sino la naturaleza monolítica de su personalidad. En Stalin, todo estaba centrado en el poder. Su historia como revolucionario y como político es una larga lucha por el poder personal, y su historia como jefe de Estado es un combate colosal para acrecentar no ya el poder del comunismo sino el poder de Rusia, lo cual de hecho era para Stalin una y la misma cosa. De todos los retratos de Stalin realizados por quienes le conocieron, quizás el más lúcido y penetrante proviene de la pluma de De Gaulle: «Stalin estaba dominado por la voluntad de poder. Acostumbrado por una vida de complots a enmascarar su personalidad, su alma, a descontar las ilusiones, la piedad, la sinceridad, a ver en cada hombre un obstáculo o un peligro, todo en él era maniobra, desconfianza y obstinación. La revolución, el Partido, el Estado, la guerra, le habían ofrecido las ocasiones y los medios de dominar; y lo había logrado, utilizando a fondo las palancas de la exégesis marxista y el rigor totalitario, empleando una audacia y una astucia sobrehumanas, y subyugando o liquidando a los otros... Desde entonces, sólo frente a Rusia, Stalin la vio misteriosa, más fuerte y más durable que todas las teorías y que todos los regímenes. El la ama a su manera. Ella le acepta como el zar para un período terrible, y soporta el bolchevismo para servirse del mismo como instrumento. Reunir a los eslavos, aplastar a los germanos, extenderse a Asia, acceder a los mares libres, esos eran los sueños de la patria y el déspota los hizo sus metas. Dos condiciones se requerían para triunfar: hacer del país una gran potencia moderna, es decir una potencia industrial, y llegado el momento, ir a una guerra mundial. Lo primero había sido logrado a un costo casi inconcebible en sufrimientos y pérdidas humanas. Cuando yo lo vi. Stalin acababa de lograr lo segundo en medio de tumbas y de ruinas. Su suerte fue haber encontrado un pueblo hasta tal punto paciente que la peor servidumbre no le paralizaba; una tierra repleta de recursos tales que los más voraces saqueos no podían hacerla estéril, y aliados sin los cuales él no habría podido derrotar al adversario, pero que sin él tampoco podían abatirlo... Durante las quince horas que duraron, en total, mis conversaciones con Stalin, yo percibí su política, grandiosa y disimulada.

12. M. Djilas: ob. cit., p. 68.

Comunista vestido de mariscal, dictador envuelto en su treta, conquistador con aire bondadoso, Stalin cambiaba sus rostros, y a pesar de la pasión áspera que transparentaba en ocasiones, lo hacía con cierto encanto tenebroso»¹³. La calidad literaria de esta página de De Gaulle supera a muchas otras escritas sobre Stalin; sin embargo, el enigma permanece. ¿Que había detrás del rostro inescrutable, de la mirada fija en atenta y tensa observación de la figura imperturbable del todopoderoso dictador cuyas órdenes movilizaban a una vasta masa humana en una avasallante empresa histórica?

Lenin y Trotsky eran políticos revolucionarios como Stalin, pero eran más que eso: eran hombres de una amplia cultura, con una personalidad humana e intelectual polifacética. De Lenin sabemos que escuchaba con deleite la *Appassionata* de Beethoven, que leía a Tolstoi y valoraba su amistad con Gorki. Su ascendiente sobre los demás era espontáneo y se basaba en el reconocimiento de una superioridad intelectual y del impacto de su fe revolucionaria. Trotsky poseía, de los tres, la personalidad humana más rica y compleja. La amplitud de sus intereses intelectuales se manifestaba en múltiples terrenos que iban desde la crítica literaria hasta la teoría militar. En Stalin sólo encontramos, aparentemente, un monótono acrecentamiento y un implacable ejercicio del poder. Mas el retrato que dibuja De Gaulle contiene un trazo que revela otros rasgos: Stalin era un «comunista vestido de mariscal», un «dictador envuelto en su treta» un «conquistador con aire bondadoso»; en otras palabras, Stalin era un actor de la política y no sólo un actor político, y ¿quién sabe si quizás jugaba con fruición sus papeles en el inmenso escenario histórico que le tocó vivir? George Kennan, y también Djilas, que tuvieron la oportunidad de observar a Stalin desde cerca, coinciden en hablar de él como «un actor consumado»¹⁴ Tal vez esa misma habilidad histriónica, esa capacidad para representar un papel, explique en parte la apariencia de impersonalidad que trasmite Stalin.

En el verano de 1941 Roosevelt envió a uno de sus más íntimos colaboradores a Moscú a ver a Stalin. Así describió Hopkins su visita: «Ni una sola vez se repitió. Stalin hablaba con fuerza... Me recibió con unas breves palabras en lengua rusa, sin frases vanas ni gestos inútiles, sin ningún tipo de afectación. Uno hubiese creído que le estaba hablando a una maquina perfectamente coordinada, a una máquina inteligente. José Stalin sabía lo que quería, y lo que Rusia quería, y suponía que usted también lo sabía... Sus respuestas eran rápidas y precisas, como si las hubiese tenido listas desde hacía años... Nadie hubiese podido olvidar la imagen de dictador de Rusia mientras me miraba partir: silueta austera, ruda, resuelta, con botas que brillaban como espejos, un pantalón ancho y grueso y camisa bien ajustada. No portaba ninguna insignia, ni militar ni civil....Stalin no parecía tener ninguna inquietud»¹⁵

13. Charles De Gaulle: *Mémoires de Guerre, Le Salut*, Plon, París 1959, pp.73,74

14. George Kennan: *Russia and the West under Lenin and Stalin* Little Brown, NY, 1960, p.248

15. Citado por Emmanuel D'Astier: *Sur Staline* La Guilde du Livre, Lausanne, 1967, pp. 91,92

¡Qué imagen tan adecuada para un dictador! ¿Es acaso grotesco, casi impúdico, imaginar que Stalin, en la soledad de sus habitaciones del Kremlin, haya leído alguna vez de sí mismo, del papel que representaba? Alguien ha relatado cómo en una ocasión, en un almuerzo ofrecido por el ex-ministro de Franco, Arias Salgado, este último afirmó que «Stalin viaja con frecuencia y no se dan explicaciones de dónde va. Pero nosotros lo sabemos. Se va a la República de Azerbaiján, y allí, en un pozo abandonado de las exploraciones petrolíferas, se le aparece el diablo, que surge de las profundidades de la tierra. Stalin recibe las instrucciones diabólicas sobre lo que debe hacer en política. Las sigue al pie de la letra y esto explica sus éxitos pasajeros»¹⁶. Una explicación poco científica de la historia, desde luego, pero ilustrativa de un punto: la magia que irradia una figura aparentemente inasible tras su poder total. Quizás Stalin quiso lograr, y de hecho lo hizo, que la mayoría de los que se acercan a su personalidad histórica para tratar de interpretarla, terminen convencidos de que el seudónimo «hombre de acero» la sintetiza por completo. Stalin, al contrario de Trotsky, nunca habría escrito una autobiografía; su temperamento no se lo permitía. Además, habría tenido que explicar por qué escogió el seudónimo «hombre de acero», y eso hubiese sido ir demasiado lejos. Stalin lo comprendía: la voluntad de poder no debe manifestarse tan explícitamente, a riesgo de cerrarle el camino en forma prematura. Stalin supo actuar su papel hasta convertirlo en enigma.

2. LA TRANSFORMACIÓN DE LA URSS

(i) Colectivización y Purgas

En Abril de 1929 la decimosexta Conferencia del Partido Comunista Soviético, bajo la égida de Stalin, aprobó la versión máxima del primer plan quinquenal, destinado a convertir a la URSS en una nación industrial en tiempo récord. Las metas incluían acrecentar la producción industrial en 18 por ciento, las inversiones en 228 por ciento, el consumo en 70 por ciento y la producción agrícola en 55 por ciento. Los señalamientos acerca del carácter exageradamente ambicioso y hasta utópico de tales cifras fueron prontamente calificados de desviacionistas, productos de la traición y la herejía. Stalin se había lanzado a la ofensiva y nada iba a detenerlo; el plan quinquenal era el instrumento que le permitiría movilizar bajo su liderazgo a decenas de miles de militantes bolcheviques y a millones de hombres y mujeres soviéticos en una empresa económica sin precedentes en la historia. Stalin alcanzaría el poder supremo dirigiendo la maquinaria política del partido hacia la transformación radical de la sociedad soviética.

16. Véase Víctor Vidal: «Demonio y Política», El Nacional, Caracas, 7 de abril de 1978.

Las exigencias de inversión del plan quinquenal tenían que ser cubiertas mediante la extracción del excedente económico producido por vastos sectores sociales. El plan exigía un esfuerzo supremo, y precipitaba el conflicto que venía gestándose con el campesinado. El objetivo era convertir a Rusia en una nación industrializada, y ello conducía al aplastamiento del sector social más atrasado del país: los campesinos, la inmensa masa humana que poblaba Rusia y sobre la cual se descargaría el peso implacable del stalinismo en la forma de un violento proceso de colectivización. La «revolución desde arriba» de Stalin reclamaba el más férreo control estatal de la producción y el abastecimiento; la colectivización masiva de la agricultura estaba implícita en la lógica misma del plan quinquenal, y Stalin ordenó su ejecución —sin ningún aviso o preparación previa— en una declaración hecha en Noviembre de 1929. Ningún congreso o conferencia del partido se había reunido para considerar la nueva política; Lenin, antes de morir, había advertido sobre los peligros de emplear la violencia contra las masas campesinas. Stalin no hizo caso y asumió todos los riesgos, quizá impulsado por un designio plenamente consciente, quizá obligado por las circunstancias, posiblemente ambas cosas. La colectivización sería llevada a cabo por una maquinaria partidista predominantemente urbana, por hombres que en buena parte desconocían los problemas rurales y que no tenían un lenguaje común con los campesinos. La colectivización significaba tanto la eliminación de los «Kulaks», o campesinos «ricos», mediante el exilio o la destrucción física, y la concentración de los otros estratos del campesinado en granjas colectivas, profundamente odiadas por la mayoría. Sólo la fuerza, una violencia muy amplia y sistemática podía lograr tales propósitos sobre una población de millones de seres, pero Stalin no daría marcha atrás, y así lo hizo saber con típica crudeza: «Cuando se ha cortado una cabeza, no tiene sentido preocuparse por el cabello.»

Los horrores de la colectivización fueron muchos, enormes los padecimientos infligidos sobre un campesinado atrasado e imposibilitado de plantear una oposición organizada ante las políticas de Stalin. Hacia 1934, la lucha había concluido y la gran masa campesina rusa se hallaba doblegada. Entretanto, el primer plan quinquenal, si bien no había alcanzado las metas previstas en todos los renglones, arrojaba resultados verdaderamente impresionantes. En cinco años, la producción industrial había aumentado (100 millones de rublos) de 18,3 a 43,3; la producción de electricidad (100 millones de kilovatios), de 5,05 a 13,4; la de carbón (millones de toneladas), de 35,4 a 64,3; la de petróleo (millones de toneladas), de 5,7 a 12,1; la fuerza de trabajo empleada había crecido de 11,3 a 22,8 millones¹⁷. El costo había sido enorme y el país yacía exhausto, mas las bases de una moderna y poderosa estructura industrial habían sido echadas. El segundo plan quinquenal, que cubrió el período desde 1933 al 1937, cambió aún más la fisonomía del país. Stalin estaba «sacando a Rusia de la barbarie con métodos bárbaros».

17. Véase Alee Nove: *An Economic History of the U.S.S.R.*, Penguin, Harmondsworth, 1972, p. 191.

Los años de 1934 y 1935 habían dado pie a alguna dosis de optimismo y tranquilidad por parte del pueblo soviético, luego de los rigores del período anterior. Las condiciones económicas mejoraban y Stalin anunció una nueva constitución, que según los apologistas del régimen era «la más democrática del mundo». Pero el pueblo soviético no tenía tregua: en 1936, Stalin desató la maquinaria de terror que durante los dos años siguientes convulsionaría la sociedad soviética hasta sus cimientos, en una purga de enormes dimensiones. Aún hoy, a pesar de las montañas de evidencia acumuladas sobre la escala y consecuencias de las purgas stalinistas, cuesta trabajo creer en las cifras, captar en toda su atroz realidad el proceso a través del cual Stalin se erigió definitivamente en la fuente suprema de poder en la URSS.

El mundo se enteró de lo que ocurría primeramente por los «juicios» a que fue sometida la plana mayor de la dirigencia bolchevique, los compañeros de Lenin, los líderes de la Revolución de Octubre. A lo largo de tensas y teatrales sesiones, en las que la «justicia revolucionaria» se convertía en el instrumento de venganza de Stalin, los grandes hombres del bolchevismo, Zinoviev, Kámenev, Bujarin, Rykov, Pyatakov, Kakovsky y otros fueron sometidos a humillaciones y bombardeados con todo tipo de acusaciones, las cuales, según los «jueces», les hacían merecedores del más serio castigo. Trotsky se había salvado provisionalmente de la retribución stalinista, pero ésta le alcanzaría poco tiempo después en su exilio mexicano. La condena de los más destacados bolcheviques fue sólo una mínima parte de un vasto ciclo de represión y muerte. La mayoría de las víctimas pereció en secreto, silenciada bajo los mecanismos de un aparato policial con poderes derivados directamente de la voluntad de Stalin.

¿A quiénes afectó la gran purga? En primer lugar, a los más altos dirigentes del partido comunista, incluyendo buen número de miembros de la facción stalinista que en determinado momento fueron considerados «poco confiables» por Stalin, bien sea porque hubiesen tratado de limitar de alguna forma su poder o porque hubiesen intentado detener la marea de terror. Este primer grupo incluyó a la gran mayoría de los miembros del Comité Central, unos cien de los ciento treinta participantes, y la mayor parte de los delegados al Congreso del partido, hombres con rango ministerial, que hasta entonces habían servido a Stalin. Esto significó un golpe tremendo al partido creado por Lenin; los mejores cuadros dirigentes que habían sobrevivido el «Octubre Rojo» y la guerra civil, sucumbieron ante la feroz ambición del «hombre de acero». En segundo lugar, la gran purga fue desatada contra el Ejército Rojo, afectando a gran número de altos jefes militares. El mariscal Tukhachevsky, uno de los hombres más brillantes en las fuerzas armadas soviéticas, fue de los primeros en ser acusado. De los ochenta miembros del Soviet Militar en 1934, solamente quedaban cinco en 1938. Los once Comisarios Delegados para la Defensa fueron eliminados. Todos los comandantes de los distritos militares habían sido ejecutados para el verano del año 1938. Trece de quince comandantes de ejércitos, cincuenta y siete de los ochenta y cinco comandantes de cuerpos, ciento diez de los ciento noventa y cinco comandantes de división y doscientos veinte de

los cuatrocientos seis comandantes de brigada fueron ejecutados. El mayor número de pérdidas en la oficialidad soviética se produjo entre aquellos con rango de coronel hacia abajo, hasta alcanzar el nivel de comandante de compañía ¹⁸. Todos los almirantes en las distintas flotas soviéticas y sus suplentes fueron eliminados, y miles de oficiales de todos los rangos fueron enviados a los campos de prisioneros. La acusación era: «traición». De los mariscales sólo sobrevivieron Budenny y Voroshilov, ambos cómplices incondicionales de Stalin. El Ejército Rojo como instrumento militar quedó casi absolutamente en ruinas, sin conductores de talla y sin superiores capaces de afrontar inteligentemente las nuevas condiciones de la guerra moderna. Esto se haría patente poco más tarde en la guerra contra Finlandia y durante las primeras etapas de la guerra contra la Alemania nazi.

En tercer lugar, la gran purga cobró un gran porcentaje de víctimas entre los científicos, dirigentes de empresas estatales, ingenieros e investigadores en ramas diversas. Las consecuencias fueron muy graves y explican la paralización virtual del crecimiento económico en la URSS en 1937. La cuarta categoría incluyó a casi todos los jefes del partido y dirigentes estatales en las distintas repúblicas nacionales dentro de la URSS, basándose en cargos de «traición», «nacionalismo burgués» y otros. En quinto lugar, los jefes de la policía secreta (NKVD) en 1936, los mismos hombres que, como Yagoda, habían llevado a cabo al pie de la letra las órdenes de Stalin, instrumentado con temible perfección el terror masivo, fueron a su vez destruidos junto a la mayoría de los altos oficiales de los organismos represivos. La sexta categoría de víctimas fue quizás más amplia y genérica que las anteriores, pues incluyó aquellos que tenían contactos en el extranjero, aun cuando fuesen relaciones «legítimas»; los diplomáticos, representantes comerciales, agentes de inteligencia y muchos líderes comunistas residentes en Rusia, que habían llegado allí en busca de refugio o en cumplimiento de alguna misión política. Finalmente, la purga se extendió entre aquellos que de una u otra manera estaban relacionados con las otras categorías de víctimas: subordinados, colegas, amigos, asociados y familiares que llenaban los siempre crecientes campos de concentración. Después de dos años de esta casi inconcebible e inhumana experiencia histórica, la Unión Soviética yacía postrada ante Stalin, débil pero nunca acabada del todo. ¿Cuántos perecieron en las purgas? Los cálculos realizados por diversos historiadores son variables, pero nunca bajan de millones. Algunos calculan un total de víctimas de la represión stalinista que asciende a los doce o quince millones de seres humanos, cifra extraordinariamente alta y sin embargo creíble ¹⁹. ¿Qué otras naciones en la historia han logrado recuperarse de convulsiones como ésta? Y todavía faltaba a la URSS atravesar por la experiencia de la Segunda Guerra Mundial y su estela de veinte millones de muertos...

18. Véase Alan Clark: *Barbarossa*, Penguin, Harmondsworth, 1966, pp. 60, 61.

19. Véase Alee Nove: *Stalinism and After*, Alien & Unwin, London, 1973, pp. 54, 54.

Luego de constatar estos hechos, tan atroces que bordean los límites de lo fantástico, restan por formularse dos preguntas: ¿qué se propuso Stalin con las purgas, cuáles eran sus objetivos?, y ¿cómo pudo hacerlo?; ¿cómo logró desatar tal grado de represión sin que se tambalease su autoridad? Stalin quería y buscaba el poder supremo, y la gran purga eliminó todas las alternativas a su propio poder personal. Al destruir a sus enemigos, actuales y potenciales, reales e imaginarios, Stalin creó un vacío de poder que sólo él estaba en capacidad de llenar. La «revolución desde arriba» había afectado a muchos y generado odios intensos; Stalin y sus asociados seguramente percibían los signos de ese torrente opositor contenido, que podía de pronto salirse de los cauces en que le mantenía la represión y arrollarlo todo a su paso. El peligro de guerra con la Alemania de Hitler aumentaba día tras día; en esa confrontación, en caso de producirse, un fracaso soviético podía abrir las compuertas para la suplantación del gobierno de turno. Pero Stalin no iba a concederle esa oportunidad a sus opositores; Stalin tomaría las medidas necesarias para cerrarles el paso antes de que tuviesen lugar acontecimientos que pudiesen abrir canales de poder efectivo a una oposición organizada, destruyendo a sus enemigos y manchando sus reputaciones: «El verdadero motivo de Stalin era destruir a los hombres que representaban la posibilidad de un gobierno alternativo, o quizás de varios gobiernos alternativos... La eliminación de todos los centros políticos desde los cuales, en ciertas circunstancias, podía emanar ese intento de crear otra fuente de poder fue la consecuencia directa e innegable de las purgas»²⁰. Stalin temía una guerra prematura con Hitler, y sin embargo liquidó a los más brillantes y capaces oficiales de su ejército, ¿por qué? Estos hombres tenían magníficas reputaciones, y gozaban del respeto y la lealtad de sus subordinados; ello les convertía, a ojos de Stalin, en conspiradores potenciales, en extremadamente peligrosos rivales, y por esa razón debían ser liquidados. Cuando Hitler invadió Rusia en Junio de 1941 se produjeron desastres militares más graves de los que nadie había previsto; el Ejército Rojo sufrió derrotas catastróficas, y por momentos, muchos llegaron a pensar que la Unión Soviética sería irremediabilmente derrotada. Pero el poder de Stalin no sucumbió: a pesar de los fracasos, en buena parte el resultado de sus propios errores, nadie se atrevió a cuestionar al jefe supremo. Stalin estaba solo con todo el poder.

Lo que más sorprende en todo esto no es la desmedida ambición de Stalin, otros muchos la han tenido; lo asombroso se encuentra en el grado de crueldad utilizado, en la voluntad implacable de llegar hasta el fin para liquidar físicamente a los adversarios. El historiador británico Alec Nove relata que un viejo militante comunista, que había estado a favor de Stalin en el período de la purga con Bujarin, le dijo en una ocasión: «No obstante, no había razón para no haber enviado a Bujarin como profesor de una escuela primaria en Omsk»²¹.

20. I. Deutscher: *Stalin*, ob. cit., p. 372.

21. A. Nove: *Stalinism...*, ob. cit., p. 57.

Es decir, no era necesario matar a Bujarin, bastaba con neutralizarlo políticamente, con enviarlo a un lejano pueblo del interior de Rusia a enseñar a leer a los hijos de campesinos siberianos. Mas Stalin no creía en la piedad; para él, la lucha por el poder era algo que exigía medidas radicales, con un inevitable ingrediente de crueldad. Durante las purgas, Stalin llegó a consentir en la ejecución de Abel lenoukidze, uno de sus allegados más íntimos y padrino de su esposa Nadia, la cual había cometido suicidio debido, según muchos, a los maltratos a que era frecuentemente sometida. Ante la muerte de lenoukidze, Trotsky, del otro lado de los mares, escribió; «Caín, ¿qué has hecho con tu hermano Abel?» El terror stalinista no conocía límites.

Stalin tuvo el cuidado de producir una justificación teórica para sus medidas represivas. Marx y Lenin habían afirmado que el Estado tendería a desaparecer a medida que avanzaba el proceso de edificación del socialismo. Stalin, por el contrario —y todos aquellos que desde entonces, consciente o inconscientemente, le han seguido— afirmaba que en un ambiente hostil, rodeado de países capitalistas, el Estado socialista no podía desaparecer. Es más, a medida que el socialismo avanza, la lucha de clases se hace más intensa y se acentúan las conspiraciones de los adversarios del sistema soviético, acrecentando asimismo la necesidad de una mayor severidad contra los enemigos del comunismo. Stalin creó el mito de que el poder del Estado dentro del socialismo antes de desaparecer tiene que ser maximizado.

Las motivaciones de la purga se enraizan en la sed de poder de Stalin, en su convicción de que sólo él podía conducir a la URSS a un destino más alto y salvaguardar el socialismo. Ahora bien, ¿cómo pudo Stalin mantener la marcha a toda máquina y por tanto tiempo de los mecanismos de terror sin que ello suscitase una vasta oposición organizada? La respuesta es que las purgas, al mismo tiempo que destruían y marginaban decenas de miles de personas, daban a otras muchas oportunidades que antes no habían tenido, abriendo para ellos nuevas posiciones y canales de progreso social. Estas «generaciones de relevo» hallaban el vacío creado por la represión stalinista y lo ocupaban con avidez. El enorme esfuerzo de crecimiento económico que se desarrollaba al mismo tiempo que las purgas y que estaba encauzado en los planes quinquenales, les brindaba nuevas vías de realización individual unidas a las de toda la nación. Como lo expresa Deutscher: «La razón más profunda para el triunfo de Stalin se encontró en que... ofreció a su nación un programa positivo y novedoso de organización social, que si bien significaba sufrimiento y privaciones para muchos, también creaba oportunidades insospechadas para muchos otros. Estos últimos tenían interés en la continuación del mando de Stalin, lo cual, en última instancia, explica por qué Stalin no quedó suspendido en el vacío luego de la liquidación de la vieja guardia bolchevique. Por casi tres años su puño de hierro había barrido con todas las posiciones de poder en el Estado y el partido. Sólo un pequeño grupo de toda la masa de administradores que ocupaban cargos en 1956 se encontraban aún en sus posiciones en 1938. Las

purgas produjeron innumerables ausencias en todos los campos de la autoridad pública. En los cinco años desde 1933 a 1938, alrededor de medio millón de administradores, técnicos, economistas y otros profesionales se habían graduado en la URSS, un número muy elevado para un país cuyas clases educadas habían previamente constituido sólo un minúsculo segmento de la sociedad. Estos eran los hombres que sustituyeron a quienes habían perecido en las purgas; sus miembros, sometidos por años a la propaganda stalinista, eran hostiles hacia la vieja guardia bolchevique o indiferentes respecto a su destino. Los nuevos grupos dirigentes se lanzaron a su trabajo con un celo y un entusiasmo a los que no opacaban los terribles eventos que tenían lugar en el país. Sus credenciales eran ciertamente modestas; no tenían casi ninguna experiencia práctica. La URSS tendría aún que pagar un precio exorbitante por el aprendizaje práctico de sus funcionarios públicos, gerentes industriales y comandantes militares, y ese aprendizaje duraría hasta las etapas finales de la Segunda Guerra Mundial»²². La gran purga eliminó toda una élite burocrática que había contribuido a elevar a Stalin al poder pero en la cual sobrevivían demasiados elementos críticos y un potencial de independencia mal visto por un hombre ansioso de mando total. A su vez, las purgas y los planes quinquenales crearon una nueva élite burocrática, que reemplazó a la anterior, y de cuya mentalidad domesticada Stalin tenía poco que temer. Él sería el árbitro supremo e incuestionable en todos los asuntos del Estado. Él, sin escuchar críticas y consejos de nadie, protegería las conquistas de la Revolución.

(ii) Fascismo y Política Exterior

Al igual que en el caso de otras grandes figuras históricas, Stalin se destaca tanto por la magnitud de sus realizaciones así como también por la trascendencia y gravedad de sus errores. El período de la historia europea que va desde 1928 a 1933 presenció el ascenso y consolidación del nazismo en Alemania; esta enorme tragedia, que desembocaría en el cataclismo de la Segunda Guerra Mundial, no fue el producto de una fuerza social incontenible ni de la acción de un talento político predestinado. El triunfo de Hitler fue en buena parte el resultado de la incapacidad de sus enemigos, muy principalmente del Partido Comunista alemán y de la dirigencia stalinista del Partido Comunista soviético para comprender el verdadero carácter del movimiento nazi, sus orígenes sociales y objetivos políticos. Los nazis, que consideraban a los comunistas como sus más tenaces e implacables enemigos, no encontraron en éstos la férrea oposición, la claridad y constancia políticas que podrían haberles cerrado el paso hacia el poder. Por el contrario, el partido alemán, controlado desde Moscú por una Internacional Comunista sujeta a los vaivenes de la lucha interna entre stalinistas y anti-stalinistas sólo fue capaz de reaccionar con vigor ante la amenaza hitleriana cuando ya era demasiado tarde, y los nazis habían dado inicio desde el poder al desmantelamiento total de las organizaciones obreras y progresistas.

22. I. Deutscher: Stalin, ob. cit., pp. 380, 381.

En 1928, la Internacional Comunista (Comintern) dio un «viraje a la izquierda» en su línea política que forzó a los partidos comunistas europeos, en especial al alemán, a adoptar una posición rígida y sectaria ante cualquier idea de «alianzas» o «frente unido» con otros partidos de centro-izquierda (como los social-demócratas) para enfrentar conjuntamente la amenaza fascista. De hecho, esta seria amenaza fue casi completamente ignorada y se estipuló que el «enemigo número 1» de los partidos comunistas, el adversario sobre el cual debían concentrar en primer lugar todas sus energías políticas, era precisamente la izquierda no-comunista, y a los social-demócratas se les calificó de «social-fascistas». Es decir, que la Internacional Comunista no sólo no reconoció al fascismo como el enemigo principal de la clase obrera alemana y europea, como un enemigo mortal e implacable ante el cual sólo cabía un enfrentamiento radical, sino que a la vez estableció una línea política que exacerbaba las diferencias en el propio seno de los movimientos obreros, dividiendo las fuerzas en momentos en que la unidad y la solidaridad se hacían cuestiones de vida o muerte.

¿Cómo fue posible todo esto? Este grave error político, que tanto contribuyó a erosionar las capacidades defensivas de la izquierda y de la clase obrera alemana en un momento decisivo de su historia, no fue el producto de una «ceguera» temporal de sus dirigentes, sino en buena parte el resultado de la disputa dentro de la Internacional Comunista entre Stalin y Bujarin, para entonces jefe de la facción «moderada». Ya Trotsky había perdido la batalla contra Stalin y se encontraba en el exilio. Bujarin permanecía como el único líder que aún planteaba un reto a Stalin, y la Internacional se convirtió en la arena de esa confrontación interna, lo cual tuvo a su vez enormes consecuencias en el exterior de la URSS. La línea «ultraizquierdista» y sectaria fue utilizada por Stalin para atacar a Bujarin y asegurar a los suyos el control de la Internacional, lo cual significaba también el control de otros partidos comunistas en Europa y el resto del mundo: «Es difícil leer la mente de los hombres, en especial una mente tan enigmática como la de Stalin, pero es muy posible que haya usado la Internacional no como un instrumento de acción exterior sino como otra arma en su lucha por el poder dentro de la URSS»²³. En realidad, la evidencia sugiere que Stalin y sus «leales» no solamente utilizaron la polémica en el seno de la Internacional para servir sus intereses de poder en la Unión Soviética, sino que efectivamente subestimaron en forma que bien puede calificarse de suicida la amenaza nazi.

Trotsky sí percibió el peligro. Exiliado en una isla del Mar Negro, expulsado del partido comunista soviético, calumniado y vilipendiado, sujeto a amenazas contra su vida y la de su familia, este gran líder y teórico revolucionario realizó en esos años el que fue quizás su más importante acto político luego de su salida de la URSS, un verdadero «tour de forcé» teórico que constituye, hoy por hoy, el más completo y profundo análisis de las raíces sociales y significado político del fascismo.

23. A. Nove: Stalinism..., ob. cit., p. 39

En palabras de Deutscher: «Ningún estudioso de estos asuntos puede pasar por alto el enorme contraste entre la falta de entendimiento e imaginación que Stalin, teniendo bajo su mando todos los recursos de información e inteligencia de un gran poder y una vasta organización internacional, desplegó en este momento crucial y la agudeza y sentido de responsabilidad con los cuales Trotsky, desde su solitario exilio en la isla de Prinkipo, reaccionó ante la crisis alemana. ... Trotsky siguió paso a paso el desarrollo del movimiento nazi, predijo anticipadamente cada una de sus fases y trató en vano de alentar a la izquierda alemana, a la Internacional y al gobierno soviético sobre la furia destructiva que estaba a punto de caer sobre sus cabezas»²⁴.

No cabe duda de que Trotsky cometió serios errores políticos en su confrontación con Stalin, y en este capítulo se han tratado de señalar algunas de las causas de su fracaso; pero en lo que respecta al análisis del fascismo, a la responsabilidad con que Trotsky asumió la tarea de advertir a la clase obrera y los sectores progresistas europeos sobre la amenaza que se perfilaba en el horizonte, Trotsky logró elevarse por encima de todos sus adversarios, en un acto pleno de coraje personal. Trotsky no tenía dudas de que Hitler y los nazis en el poder significaban la destrucción total de la izquierda y el movimiento obrero alemán, tanto del «reformista» (social-demócrata) como del comunista. Por lo tanto, argumentaba, era necesario unir esfuerzos para cerrarle el camino y eliminarlo antes de que fuese demasiado tarde. Para Trotsky era simplemente una locura negar la diferencia entre la «democracia burguesa» y el fascismo, calificándolos a ambos como simples «formas diferentes de la opresión capitalista». Decir que «en última instancia no hay diferencia entre los social-demócratas y los fascistas» era, afirmaba Trotsky, lo mismo que decir que «no hay diferencia entre un enemigo que engaña y traiciona a los trabajadores y un enemigo que simplemente quiere matarlos»²⁵. En una democracia parlamentaria era posible la transacción y negociación social, así como el mantenimiento de organizaciones autónomas de la clase obrera, sindicatos, asociaciones, partidos políticos con una prensa libre y con amplia libertad de acción. El fascismo significaba el fin de todo esto, el cese de la negociación entre las clases y grupos sociales, y la liquidación de cualquier forma de poder autónomo de la clase obrera. El enemigo número uno eran Hitler y los nazis, y era criminal por parte de los dirigentes de la Internacional y el partido alemán seguir la línea stalinista que dividía a comunistas de social-demócratas, debilitando así el movimiento obrero y abriendo al fascismo la vía de la victoria: «Uno de los momentos decisivos de la historia se avecina —escribía Trotsky en 1931—... Que los ciegos y los cobardes se nieguen a reconocer esto. Que los calumniadores y periodistas a sueldo nos acusen de estar aliados con la contrarrevolución... Nada debe ocultarse, nada debe empequeñecerse... ¡Obreros comunistas! Vosotros sois centenares de miles, vosotros sois millones... Si el fascismo llega al poder pasará como un tanque terrorífico sobre vuestros cráneos...

24. I. Deutscher: Stalin, ob. cit., p. 402.

25. León Trotsky: The Struggle against Fascism in Germany, Penguin, Harmondsworth, 1975, p. 56.

Vuestra salvación reside en la lucha despiadada. Sólo una unidad combativa con los obreros socialdemócratas puede traer la victoria. Apresuraos... tenéis muy poco tiempo que perder»²⁶. Trotsky pedía la preparación para la guerra civil contra los nazis porque consideraba que ese duro camino era sin embargo el único que podía impedir a Hitler tomar el poder y el único que podía ahorrarle a Alemania y el mundo la catástrofe que se dibujaba en el horizonte.

Trotsky, con mayor lucidez que nadie y mucho antes que nadie, percibió las características irracionales y totalitarias del nazismo, su sed destructiva y su radical voluntad de llevar hasta el fin los principios de odio que proclamaba. Sus escritos de los años 30 a 33 son como clarines de alarma cuya reverberación impresiona aún hoy día. Ya en 1931 Trotsky decía que: «Una victoria del fascismo en Alemania significa inevitablemente una guerra contra la URSS»²⁷. Esa guerra tendría lugar, como predijo Trotsky, una década más tarde. En Noviembre de 1933, con Hitler instalado en el poder, Trotsky escribía que «La fecha de la nueva catástrofe europea será determinada por el tiempo necesario para el rearme alemán. No es una cuestión de meses, pero tampoco es una cuestión de décadas. Sólo pasarán unos años antes de que Europa sea de nuevo arrastrada a la guerra, a menos que Hitler sea detenido a tiempo por fuerzas internas de Alemania»²⁸. Pero Stalin y la dirigencia comunista de la época tardaron mucho en reaccionar y darse cuenta de cuan peligroso era Hitler realmente. Sólo en Julio de 1935, en el 7.º Congreso de la Internacional celebrado en Moscú, cambió la línea «ultraizquierdista» de manera radical, hacia la constitución de amplios «frentes populares» con participación de socialdemócratas y hasta de liberales. Esta nueva posición reflejaba un cambio de táctica en la política exterior soviética; ahora Stalin esperaba contener la amenaza nazi a través de una alianza con los poderes occidentales. Una vez comprendido el peligro, a Stalin no le quedaba otro remedio que buscar alianzas tácticas que impidiesen un enfrentamiento de la URSS, por sí sola, contra Alemania, contra el Japón, o contra ambos países al mismo tiempo. Los errores estratégicos del pasado comenzaban a ser apreciados en toda su gravedad, y había que tratar de superarlos con manipulaciones tácticas. En esta materia, y a pesar de su relativamente escaso conocimiento del mundo exterior, Stalin era un maestro.

El problema para el «hombre de acero» era que los poderes occidentales, en particular Gran Bretaña y Francia, no parecían estar dispuestos a enfrentarse a Hitler y preferían «apaciguarlo». A medida que crecía la amenaza nazi, Francia se paralizaba más y más, y Gran Bretaña, bajo el liderazgo de Chamberlain, se mostraba reticente a adoptar posiciones firmes contra una Alemania que se preparaba abiertamente para la guerra mientras proclamaba una política de expansión en Europa.

26. Ibid., pp. 87, 88.

27. Ibid., p. 90.

28. Ibid., p. 425.

La situación había evolucionado de tal forma que de pronto dejó de parecer irracional para Stalin contemplar un pacto con Hitler, ante el riesgo de que la URSS pudiese quedarse sola frente al poderío nazi, apoyada solamente por el temor y la indiferencia de los occidentales. No dejaba de tener cierto sentido para el ala dominante del conservatismo británico imaginar una guerra entre la Alemania nazi y la URSS que desgastase ambos poderes e hiciese desaparecer del horizonte y como por encanto los nubarrones que oscurecían el panorama del Imperio. Sin duda, un pacto con Hitler iba a significar una enorme crisis dentro del movimiento comunista mundial; ello contradecía los principios básicos de la ideología marxista y echaba por tierra, reduciéndola a añicos, una política de enfrentamiento antifascista elocuentemente sostenida por toda la maquinaria propagandística de la Internacional y los partidos comunistas alrededor de Europa. No obstante, un alto oficial de inteligencia soviético que desertó a occidente en 1937 afirmó que ya para ese entonces, Stalin delineaba la posibilidad de pactar con los nazis.

Lo cierto es que los poderes occidentales, críticamente carentes de preparación militar para detener a Hitler, y lo que es más importante, sin la voluntad política de hacerlo, cerraron para Stalin las vías de una colaboración eficaz. Durante la crisis checa en 1938, el gobierno soviético hizo renovados esfuerzos para cerrar filas con los poderes occidentales y plantear a Hitler una contra-amenaza lo suficientemente creíble; sin embargo, Francia y Gran Bretaña optaron por acceder a las demandas nazis y entregar Checoslovaquia sin ni siquiera tomar en cuenta a la URSS. El vergonzoso «Pacto de Munich» fue negociado a espaldas de la Unión Soviética, lo cual seguramente acrecentó las dudas de Stalin sobre la confiabilidad de una alianza con Gran Bretaña y Francia. Más tarde, luego de la ocupación de Praga por los nazis y de que Gran Bretaña extendiese su «garantía» de defensa a Polonia, se iniciaron conversaciones entre soviéticos, británicos y franceses con miras a establecer mecanismos de cooperación militar. La lentitud de las negociaciones y la actitud siempre recelosa de los occidentales acentuaron las sospechas soviéticas acerca de sus verdaderas intenciones, sospechas que, como se conoce hoy en día, estaban plenamente justificadas. Chamberlain aún confiaba en detener «diplomáticamente» a Hitler, y prefería no profundizar demasiado los acercamientos con la potencia «comunista». Cuando Hitler atacó Polonia en 1939 los poderes occidentales nada hicieron, aparte de declarar la guerra, pues de hecho, militarmente, no podían hacer nada. La única forma en que la «garantía» a Polonia podía funcionar era a través de la participación efectiva del Ejército Rojo, que sí tenía la capacidad de enfrentar las tropas de Hitler en el este. Pero esto era algo que ni siquiera el propio gobierno polaco de la época, conservador y profundamente antisoviético, quería aceptar.

En Agosto de 1939 los gobiernos de la URSS y la Alemania nazi firmaron un «pacto de no agresión» y un «protocolo secreto adicional». En el pacto, ambas naciones se comprometían a permanecer estrictamente neutrales entre sí en caso de que alguna de ellas se viese envuelta en una guerra, y se establecerían un conjunto de mecanismos de intercambio comercial de gran envergadura. El pacto nazi-soviético era la culminación de una década de errores políticos para la dirigencia

stalinista, el punto final de un proceso que había llevado a la URSS, el único país «socialista» del mundo y el motor de un movimiento revolucionario mundial, a negociar y llegar a acuerdos con un régimen que representaba la más cruel amenaza al socialismo y la clase trabajadora europea, así como a todos los valores de libertad, dignidad y convivencia entre hombres y naciones. En el momento en que se produjo, el Pacto nazi-soviético podía ser defendido, y de hecho lo fue, en términos de política de gran poder, de «realpolitik»; para Stalin, se «trataba de ganar tiempo», evitando provisionalmente una confrontación con Alemania. Por otra parte, ni a Stalin ni a nadie podía pasarle por alto que al concluir el Pacto, también a Hitler se le quitaba un gran peso de encima: la pesadilla de una guerra en dos frentes contra occidente y la URSS. En consecuencia, el pacto con la Unión Soviética dejaba el camino libre a Hitler para dar inicio a la guerra en occidente. Como «gran poder», la URSS, gobernada por Stalin, intentaba «ganar tiempo» a costa del sacrificio del proletariado europeo-occidental, que ahora quedaba solo a merced del poderío de la Wehrmacht. Así vieron las cosas miles de sinceros militantes comunistas que rompieron con sus partidos a lo largo de toda Europa, en Francia, Gran Bretaña, Bélgica, decepcionados ante la decisión del Kremlin.

El «protocolo secreto adicional» contenía aspectos igualmente graves y cuestionables en un poder supuestamente «revolucionario», pues representaba todo un programa expansionista soviético que cubría no sólo la parte oriental de Polonia, sino también los Estados bálticos, la Besarabia rumana y partes de Finlandia. Esto se trataba de justificar como una medida destinada a fortalecer a la URSS en tiempos de peligro, pero significaba arrojar al «basurero de la historia» el hasta entonces principio favorito de la política exterior de Stalin: «no queremos ni un solo metro de la tierra de otros». Otra de las graves consecuencias del Pacto con los nazis fue el abandono por parte de la URSS de la política antifascista previamente sostenida. Ello, como es lógico, produjo enorme confusión y desengaño dentro del movimiento comunista europeo. Una vez comenzada la guerra en el frente occidental, la gran maquinaria propagandística soviética instaba a los comunistas a oponerse a la «guerra imperialista» (tal como Lenin lo había hecho, en condiciones diferentes, durante la Primera Guerra Mundial), sugiriendo muchas veces que de cierta manera Gran Bretaña y Francia eran aún más culpables que la Alemania de Hitler de haber iniciado el conflicto.

Una vez adoptada la política de pactar con los nazis, Stalin se aferró a ella inflexiblemente, en el intento de alargar al máximo el «respiro» que esa paz precaria, comprada a costa del abandono de tantos principios, le podía brindar a la URSS. El propósito de Stalin era ganar tiempo, proseguir sus planes económicos y acrecentar el poderío soviético para ponerlo a funcionar en el momento más oportuno. Todos los indicios sugieren que Stalin esperaba que los poderes occidentales detuviesen a Hitler, o en todo caso que Gran Bretaña y Francia serían capaces de resistir decorosamente y por un período de tiempo prolongado la ofensiva alemana. La rapidez de los triunfos de Hitler tomó por sorpresa a Stalin y descalabró todos sus cálculos. No obstante, luego del ataque alemán a la URSS en Junio de 1941, Stalin continuó defendiendo públicamente la decisión de haber firmado el Pacto con los

nazis en el momento que se hizo. En su discurso del 3 de Julio de 1941 Stalin dijo: «Algunos se preguntarán: ¿cómo es posible que el gobierno soviético haya consentido concluir un acuerdo de no-agresión con gente tan pérfida como Hitler y Ribbentrop?; ¿no fue éste un grave error de parte del gobierno soviético?» Stalin negó que el Pacto con los nazis hubiese sido un error, ya que «Aseguramos la paz para nuestro país por año y medio y tuvimos la oportunidad de preparar nuestras fuerzas». La URSS no sólo había ganado tiempo sino también territorio, que significaba mayor espacio para la defensa, y la ventaja moral de estar convencidos de que el adversario era el verdadero agresor en tanto que el gobierno soviético había mantenido una política de paz hasta el final.

La auto-justificación de Stalin tendría mayor solidez si durante el tiempo que duró el Pacto con Hitler se hubiesen realizado con todo el vigor necesario los preparativos para una guerra que supuestamente se consideraba inevitable, pero esto no fue así. El Pacto con los nazis fue una maniobra que pareció arrojar buenos dividendos a través de los veintidós meses de su duración, pero que finalmente dejó a Stalin y la URSS solos en el continente europeo ante una amenaza alemana que se había acrecentado y agravado gracias en parte a los suministros de materiales estratégicos escrupulosamente realizados por la URSS según los términos del acuerdo con Hitler. El intento de justificación de Stalin en Julio de 1941 fue engañoso en dos sentidos: en primer lugar implicaba que Hitler había estado en una situación de relativa pasividad durante el período de vigencia del Pacto, pero la realidad era totalmente contraria. Liberado de la pesadilla de una guerra en dos frentes, los nazis subyugaron Europa, añadiendo los recursos de una docena de países a la base logística del aparato bélico alemán. Hitler había extraído el máximo de provecho a su tiempo, y en 1941 era inmensamente más fuerte que en 1939, gracias en parte al apoyo económico soviético. En segundo lugar, era muy discutible la implicación que hacía Stalin respecto al buen uso que él había dado al tiempo que le concedió el Pacto. Es cierto que Stalin ha servido de «chivo expiatorio» después de la guerra y ha sido puesto a jugar el papel de único culpable de los desastres acaecidos a la URSS en 1941 y 1942; sin embargo, no cabe duda que una gran parte de la culpa recae sobre el que para entonces concentraba en sus manos gran parte del poder y la capacidad de tomar medidas que hubiesen impedido derrotas de tal magnitud. Aferrado hasta el último minuto a la esperanza de evitar el ataque, Stalin no hizo ningún caso a los múltiples signos de la inminente ofensiva alemana y se abstuvo de movilizar fuerzas suficientes para enfrentarla. Su timidez parece haberse basado en la idea de que la movilización rusa de 1914 había precipitado la Primera Guerra Mundial, pero aparte de que las circunstancias no eran las mismas, la falta de movilización soviética se agravó por la inexistencia de un plan de retirada coherente y por la concentración de tropas, equipos y depósitos en las fronteras, lo cual les hacía presas fáciles de los ataques de las «puntas de lanza» blindadas que luego procedían a rodearles: «el cargo más serio contra Stalin se refiere a su desconsideración de las opiniones de expertos militares... que insistían en la importancia de dispersar estratégicamente tropas e industrias hacia el este del país. Se hizo de hecho todo lo contrario, sin que tampoco se estableciesen planes para

afrentar ataques, interrupción o captura de áreas en la parte occidental. Una vez tomada la decisión de adoptar una "estrategia adelantada" (defenderse en la propia línea de fronteras), aun a pesar de las graves deficiencias existentes en esas zonas en materia de transporte, comunicaciones y facilidades militares, y de mover allí al Ejército Rojo que carecía de una eficiente organización de apoyo desde la retaguardia, la seguridad de la Unión Soviética fue puesta en enorme peligro»²⁹.

Como lo afirma Erickson en su excelente libro sobre el Alto Mando Soviético, una vez que los alemanes atacaron penetrando profundamente a través de las defensas soviéticas y rodeando grandes contingentes en rápidas maniobras, encontraron también que «no había evidencia de que existiese un plan de retirada estratégica».³⁰ La industria soviética no había sido dispersada hacia el este, en consecuencia las grandes regiones industriales de Moscú, Leningrado y la Ucrania, que encerraban la columna vertebral del poderío industrial soviético se vieron sometidas al riesgo de extinción por los nazis. La conversión de la economía para la guerra no comenzó sino hasta Julio de 1941, y el primer «plan de movilización económica» fue adoptado sólo una semana después del comienzo de la invasión alemana. A pesar de los esfuerzos que habían sido hechos para acumular material de guerra y preparar reservas de armamentos entre 1939 y 1941, los resultados no podían compararse al crecimiento del poder militar y económico alemán durante esa misma etapa: «Por tres largos años, el Ejército Rojo iba a confrontar casi por sí solo a las fuerzas de Hitler, a ceder amplios y valiosos territorios, a desangrarse más profusamente que cualquier otro ejército en la historia, y a esperar ansiosamente la apertura de otro frente en Occidente. No obstante ese frente había estado allí en 1939 y 1940, y podía haber seguido allí más tarde si Stalin hubiese lanzado a Rusia al combate en sus fases tempranas»³¹. Pero una vez comprometido con el Pacto en 1939, Stalin se sujetó obsesivamente a esa decisión, combinando la falta de visión política con la insuficiencia y el carácter errático de las medidas económicas y militares tomadas para defender a la URSS. En palabras del general soviético Kurochkin en 1965: «Stalin cometió graves errores antes de la guerra... en la evaluación de la situación militar y sus aspectos políticos... Este error de cálculo fue el responsable principal de la falta de preparación de las fuerzas armadas soviéticas»³².

Después de las victorias de la «Blitzkrieg» hitleriana en Polonia y Francia, Stalin debió haber adoptado medidas para hacer frente a esta nueva forma de guerra. Era evidente que las líneas estáticas de defensa no eran apropiadas antes las embestidas de los Panzer. Por otra parte, las grandes concentraciones de tropas en posiciones avanzadas eran tremendamente vulnerables a la estrategia de penetración a través de los puntos débiles empleada por los nazis.

29. John Erickson: *The Road to Stalingrad*, Weidenfeld & Nicolson, London, 1975, pp. 61, 62.

30. John Erickson: *The Soviet High Command*, London, 1962, p. 599.

31. I. Deutscher: *Stalin*, ob. Cit., p. 447

32. Citado por R. Cecil: *Hitler's Decisión to Invade Russia*, ob.cit., p. 172

No obstante, el Ejército Rojo, diezmado cuantitativa y sobre todo cualitativamente por las purgas stalinistas, había hecho de la ofensiva a ultranza un verdadero artículo de fe. En caso de ataque enemigo, el Ejército Rojo tomaría de inmediato la ofensiva para llevar la guerra al territorio del adversario, hasta obtener una «victoria decisiva a bajo costo». La confianza en estas fórmulas dogmáticas había llevado a Stalin en 1957 a suspender los preparativos para la «guerra de partisanos» o «guerra de guerrillas» realizada por la población en territorios ocupados por el enemigo. Todo esto implicaba necesariamente mover la masa de las tropas hacia adelante, para esperar la ofensiva enemiga y recibirla de frente y en forma directa, lo cual brindaba al contrincante la oportunidad de repetir a mayor escala las exitosas tácticas de la «Blitzkrieg».

«Ganar tiempo» había sido el objetivo de Stalin, quien llegó a decir a un diplomático norteamericano en 1941 que «Si Hitler me hubiese dejado un año más, los alemanes no hubiesen nunca profanado el suelo ruso.» Pero este pronunciamiento apologético tiene poco peso cuando se le compara a la lentitud, dogmatismo y desidia con las cuales el régimen de Stalin enfrentó la situación. El Pacto con Hitler fue una de las cartas más arriesgadas que jamás jugó Stalin. El acuerdo con los nazis llegó a mostrarse en determinado momento como una alternativa de «seguridad» para la URSS, a pesar de lo que significaba en términos de sacrificio de principios políticos. Esto llegó a ser así en buena parte como resultado de la desastrosa política stalinista frente al fascismo, que tanto contribuyó al ascenso de Hitler. Mas como lo había profetizado Trotsky, la guerra entre los nazis y la URSS era inevitable, y ningún tipo de pacto podía impedirla. En 1941, Stalin tuvo que hacer frente a esa verdad, antes de lo que él había pensado y en desfavorables condiciones.

(iii) La Guerra contra Finlandia

El fantasma de la guerra con Alemania acentuó, como era de esperarse, las preocupaciones del gobierno soviético en torno a la seguridad de sus fronteras occidentales. Debido a esto, Finlandia, que hasta 1917 había formado parte del Imperio Ruso, volvió a adquirir una enorme importancia estratégica para los soviéticos. La costa sur de Finlandia y las islas finlandesas del Golfo dominaban los canales de navegación hacia Leningrado; en teoría, aquel que controlase esta costa estaría en capacidad de bloquear todas las vías marítimas de acceso a Leningrado, la segunda ciudad soviética y el principal puerto de la URSS en el Báltico. Era bastante claro que el uso o posesión de esa costa por un enemigo de la Unión Soviética significaba un grave peligro para la seguridad de Leningrado; de allí el interés de los líderes soviéticos en el área. A pesar de ser una nación con tan sólo

tres millones y medio de habitantes, que por sí misma no amenazaba a nadie, la posición geográfica de Finlandia y su potencial estratégico podían ser explotados por otro gran poder, y era esto lo que preocupaba al gobierno soviético en sus negociaciones con los representantes finlandeses, particularmente entre 1938 y 1939.

El estudio de la guerra entre Finlandia y la URSS tiene interés ante todo como ejemplo de las dificultades y dilemas especiales que afronta un «pequeño Estado» en el esfuerzo de garantizar su seguridad y defensa nacional. Cuando a mediados de 1939 los soviéticos comenzaron a ejercer presión diplomática para que Finlandia hiciese una serie de concesiones que permitiesen a la URSS mejorar las defensas de Leningrado y de sus vías de acceso, el gobierno finlandés tenía dos opciones: o acceder a las proposiciones soviéticas —que, como veremos, ofrecían compensación a Finlandia—, lo cual significaba romper la neutralidad del país, o rechazar esas demandas, lo cual implicaba el riesgo de guerra con un poder enormemente superior. Los dirigentes políticos finlandeses escogieron este último camino a pesar de la oposición de sus consejeros militares. Las razones para ello fueron: en primer lugar, la subestimación de la capacidad militar del Ejército Rojo y de la voluntad política soviética de lograr sus objetivos en Finlandia, y en segundo lugar, la idea equivocada de que Finlandia contaría con la pronta ayuda de otros poderes, bien fuese éste Alemania o Francia y Gran Bretaña, en un enfrentamiento bélico contra la URSS.

Las apreciaciones del gobierno finlandés eran erróneas, y correspondió a un militar, el mariscal C. G. Mannerheim, cuestionar la posición de los dirigentes políticos de su país. En Febrero-Marzo de 1939 los soviéticos realizaron un nuevo esfuerzo de negociación directa a través de un emisario que fue enviado a Helsinki con la siguiente proposición: en lugar de pedir una base militar en la isla de Suursaari, lo cual podía interpretarse como una ruptura de la neutralidad finlandesa, la Unión Soviética «alquilaría», o cambiaría por otros territorios, el grupo de pequeñas islas en el Golfo de Finlandia que cubren las vías marítimas hacia Leningrado. Al ser consultado al respecto, el mariscal Mannerheim, quien pocos meses después conduciría gallardamente a sus tropas ante la invasión soviética, aconsejó a su gobierno que abriese urgentemente las negociaciones y que no dejase al emisario de Stalin con las manos vacías, ya que un pequeño Estado como Finlandia no podía darse el lujo de rechazar de plano las propuestas de una gran potencia en búsqueda de mayor seguridad para sus áreas vitales. En esto Mannerheim fue «más político» que los propios dirigentes políticos de su país, los cuales rehusaron seguir sus consejos, adoptando una postura totalmente rígida de «no concesiones» frente a la URSS.

Las apreciaciones en que los gobernantes finlandeses basaban su actitud inflexible eran erróneas, sobre todo en lo referente a la posibilidad de recibir ayuda concreta (militar) de otros poderes. Alemania, al firmar el Pacto de no-agresión con la URSS, había definido una posición que era muy clara: Hitler había logrado conjurar la amenaza de guerra en dos frentes, y dirigiría sus tanques primeramente contra el frente occidental. Los nazis no iban a echar por tierra esa conquista diplomática para

prestar ayuda a Finlandia en su hora de suprema emergencia nacional. Británicos y franceses, por su parte, no podían dar ayuda efectiva a Finlandia pues carecían de la capacidad militar para ello. Además, la diplomacia británica ya había comenzado a acercarse a la URSS en los meses finales de 1939, con el propósito de apartar paulatinamente a los soviéticos de su política de colaboración con Hitler.

En Octubre de 1939 se inició un nuevo ciclo de negociaciones entre soviéticos y finlandeses. Esta vez, las demandas rusas fueron mayores. Los soviéticos pedían el «alquiler» por treinta años del puerto de Hanko en la entrada al Golfo de Finlandia, la cesión de las islas finlandesas del Golfo, incluyendo Suursaari, que se moviese la frontera en el istmo de Karelia a una distancia de setenta kilómetros más allá de Leningrado, y por último que se destruyesen las fortificaciones en el istmo. En compensación por estas concesiones finlandesas, los soviéticos ofrecían entregar territorios de la Karelia rusa *casi dos veces más extensos* de los que iba a ceder Finlandia; además, la URSS permitiría que las islas Aland fuesen fortificadas siempre que los finlandeses lo hiciesen por sí solos.

Las propuestas soviéticas estaban diseñadas para hacer frente a contingencias que en 1939 no eran de ninguna manera improbables o utópicas. y constituían intentos de dar respuesta a una situación de peligro real. En este sentido, las proposiciones soviéticas podían ser vistas como «legítimas» y no como la cobertura de propósitos secretos a ser llevados a cabo ulteriormente. Por esta razón, el rechazo radical de estas propuestas por parte de los finlandeses lució siniestro a los soviéticos y acentuó su tendencia a creer que Finlandia estaba dispuesta a convertirse en trampolín para un ataque contra la URSS por parte de otro gran poder europeo.

Stalin participó personalmente en las conversaciones sostenidas el 4 de Noviembre con representantes finlandeses. En esta ocasión, Stalin les sugirió lo siguiente: «Vendan Hanko si no quieren alquilarla. De esta forma, el área pertenecerá a la Unión Soviética y estará bajo su soberanía.» Los delegados finlandeses respondieron que no podían discutir esa oferta, y Stalin repitió que la URSS debía tener una base en la zona, ya que Finlandia era demasiado débil para defender su neutralidad contra un gran poder. Stalin entonces sugirió que dejaran de lado Hanko y considerasen en su lugar un grupo de islas cercanas. Esto convenció a los delegados finlandeses de que los soviéticos estaban genuinamente buscando un compromiso y pidieron tiempo para consultar a su gobierno. No obstante, el resultado de su oferta fue completamente contrario al que Stalin esperaba: el gobierno finlandés la interpretó como un signo de debilidad soviética, y ordenó a su delegación que rehusase el otorgamiento de cualquier base militar a la URSS. La reunión final con Stalin tuvo lugar el 9 de Noviembre. Cuando el líder soviético fue informado de que su nueva propuesta había sido también rechazada murmuró: «Nada bueno saldrá de esto»; sin embargo, hizo un intento más, indicando una isla sobre el mapa al mismo tiempo que preguntaba: «¿Es esta isla vital para ustedes?»

Mas los finlandeses sólo pudieron repetir que carecían de autorización para discutir sobre cualquier isla³³. Con esto, las posibilidades de un arreglo pacífico sufrieron un golpe mortal.

El 27 de Noviembre el mariscal Mannerheim presento su renuncia como miembro del Consejo de Defensa de su país y Comandante en Jefe designado sobre la base de que no podía hacerse responsable de una situación ante la cual el gobierno mostraba una total incapacidad para apreciar las realidades. El 30 de Noviembre comenzó la invasión soviética y con ella la guerra. Ante la emergencia, Mannerheim retiró su renuncia. Ese mismo día Paasikivi, uno de los representantes finlandeses en las negociaciones con los soviéticos, escribió en su diario: «A esto hemos llegado. Hemos permitido que nuestro país vaya a una guerra contra el gigante soviético a pesar de que los siguientes hechos son evidentes: 1) Nadie nos ha prometido ayuda. 2) La Unión Soviética tiene plena libertad de acción contra nosotros 3) Nuestras fuerzas de defensa presentan serias deficiencias. A esto no se le puede llamar una política exterior coherente. Nuestro Estado ha carecido de liderazgo. Hemos resbalado irreflexivamente hacia la guerra y la desgracia»³⁴.

El juicio de Paasikivi era acertado, excepto en lo referente a la capacidad militar del ejército finlandés. Sin duda, la enorme desigualdad numérica y de recursos materiales era sobre el papel impresionantemente desfavorable para Finlandia, pero había varios factores de naturaleza cualitativa que podían hasta cierto punto compensar esas deficiencias. El primero era la existencia de excelentes fortificaciones y líneas de defensa en el istmo de Karelia, el principal y más vulnerable teatro de la guerra. El segundo y aún más relevante factor, era la calidad del recurso humano finlandés, la superioridad en el entrenamiento y la moral de soldados que luchaban en su propio territorio. El tercer factor tenía que ver con las tácticas militares. En este renglón, Finlandia dio un ejemplo digno de ser tomado en cuenta por otros «pequeños Estados» enfrentados a la necesidad de velar por su propia seguridad y defensa. El ejército finlandés había tenido la visión y el coraje de no imitar y copiarse las doctrinas militares de otras naciones más poderosas, sino de producir sus propias tácticas de defensa adaptadas a las condiciones peculiares del país, a las características del terreno, del clima y de las disponibilidades materiales y humanas. Estos factores, unidos a la incompetencia de la oficialidad y las tropas soviéticas, hicieron que durante la primera fase de la guerra, más de un millón de soldados soviéticos, con gran apoyo logístico, de artillería, formaciones blindadas y una poderosa fuerza aérea sufriesen humillantes derrotas a manos de unas fuerzas armadas finlandesas que nunca sumaron más de 200.000 hombres.

Las fuerzas soviéticas no lograron sacar partido a su extraordinaria superioridad numérica y de apoyo material, y fueron tomadas de sorpresa por la habilidad militar de los finlandeses.

33. véase Anthony F. Upton: *Finland 1939-40*, Davis-Poynter, London. 1974, pp. 40,41.

34. *Ibid.*, p. 50.

El fracaso inicial del Ejército Rojo se debió fundamentalmente a una conducción incapaz de la guerra por parte del Alto Mando, a la adopción de tácticas inadecuadas y a la falta de entrenamiento y preparación de las tropas: «El clima no debió haber sido una sorpresa para los rusos, sin embargo, los records muestran que carecían de ropa blanca de camuflaje, que tenían muy pocas unidades de esquiadores... y que sus armas y equipos no tenían protección apropiada contra bajas temperaturas. Esta última falla luce inexplicable excepto como resultado de una gran negligencia e incompetencia»³⁵. Negligencia e incompetencia predominaron del lado soviético en las primeras etapas de la guerra. Esos reveses, que en otras circunstancias habrían sido motivo de graves cuestionamientos a la capacidad y eficiencia del gobierno y que habrían generado amplias críticas al mismo, no erosionaron la férrea dominación de Stalin, quien pronto tomó medidas para restaurar la situación.

Stalin no tenía la más mínima intención de aceptar la derrota, y su primera reacción al comprobar los desastrosos resultados de la ofensiva inicial fue preparar una segunda fase de la guerra. Nuevas órdenes operacionales, que implicaban un cambio completo en las tácticas, fueron dictadas el 28 de Diciembre de 1939. Nuevas unidades fueron llevadas al frente y sometidas a intenso entrenamiento; nuevos equipos como el tanque KV, tanques lanza-llamas y grandes masas de artillería fueron también transportados a la zona de combate. Este revitalizado Ejército Rojo dio comienzo a una hueva ofensiva que obligó al gobierno finlandés a pedir la paz en Marzo de 1940. A pesar de la heroica resistencia finlandesa, la dura realidad era muy simple: las fuerzas finlandesas carecían de recursos humanos y materiales de reserva con los cuales reponer sus pérdidas; los soviéticos, en cambio, contaban con una fuente casi inagotable de recursos para reponer sus bajas.

La guerra contra Finlandia estimuló un movimiento de reforma dentro del Ejército Rojo, que si bien no había madurado aún lo suficiente para Junio de 1941, produjo cambios que tuvieron un peso importante en etapas posteriores del conflicto con Alemania. El Soviet Supremo Militar se reunió en Abril de 1940 para evaluar los resultados y lecciones de la campaña finlandesa. Estas deliberaciones resultaron en la sustitución de Voroshilov por Timoshenko (vencedor en Finlandia) como Comisario de Defensa. El 16 de Mayo fue dictada una nueva instrucción para el Ejército Rojo, la Orden número 120, en la cual se describían los resultados de la guerra, se hacía una lista de los errores cometidos y de las fallas que se habían puesto de manifiesto durante la campaña, y se establecía un programa masivo de entrenamiento y reorganización dirigido a superarlas. La guerra entre la URSS y Finlandia contribuyó a acentuar las dudas que tanto los aliados occidentales como Hitler y los nazis tenían sobre las capacidades combativas del Ejército Rojo. Es, por supuesto, casi imposible determinar hasta qué punto las serias derrotas infligidas por los finlandeses sobre los soviéticos influyeron en el ánimo de Hitler y en sus cálculos sobre el tiempo y los costos requeridos para someter a la URSS.

35. Ibid., p. 57.

No se puede tampoco afirmar que Hitler no habría invadido la URSS si no hubiese estado cegado por las experiencias de la guerra finlandesa y lo que ésta parecía indicar sobre la ineficiencia del Ejército Rojo. El líder nazi tenía otras motivaciones y prejuicios que le impulsaban a invadir la Unión Soviética. Sin embargo, no es aventurado sostener que la guerra soviético-finlandesa mostró a los alemanes que era realmente factible planificar con toda seriedad la destrucción del Ejército Rojo y la conquista de la URSS en una sola campaña decisiva. En este sentido, la guerra entre Finlandia y la Unión Soviética tuvo una consecuencia «que afectaría la historia de todo el mundo occidental, pues los desastres iniciales experimentados por los rusos crearon el mito de que el Ejército Rojo no debía ser tomado en serio como fuerza combatiente... [Ese mito] estuvo presente en los errores de cálculo que condenaron al fracaso la campaña hitleriana contra Rusia en 1941»³⁶.

En relación con los resultados concretos de la guerra para Finlandia, es necesario tener presente que en un primer momento de la contienda armada el objetivo soviético no fue meramente obtener ciertos territorios, sino la conquista *total* de Finlandia y la instalación de un «gobierno títere» controlado desde el Kremlin. La valerosa defensa de su país realizada por el ejército finlandés impidió que esto ocurriese. En última instancia, sin embargo, Finlandia tuvo que aceptar amplias demandas territoriales soviéticas que fueron especificadas en un Tratado formalizado en Marzo de 1940.

Los finlandeses perdieron la guerra pero preservaron la independencia de su nación. Ahora bien, ¿no habrían logrado lo mismo, sin incurrir en tales costos humanos y materiales, de haber aceptado el compromiso diplomático propuesto por Stalin en Octubre y Noviembre de 1939? El gobierno finlandés fue a la guerra en basado en una evaluación muy deficiente de la situación política imperante. En primer lugar, si bien las apreciaciones que se tenían sobre la poca eficiencia del Ejército Rojo eran hasta cierto punto acertadas, *la voluntad política* del gobierno soviético de hacer valer sus demandas sobre Finlandia era muy firme, y Stalin contaba con enormes recursos para lograr sus propósitos. Esto quedó demostrado cuando los soviéticos, luego de pagar altos costos en la primera fase de la guerra, volvieron a la ofensiva con renovados bríos y empeñando mayores recursos que en la etapa anterior. En segundo lugar, los dirigentes políticos finlandeses no percibieron el carácter interesado y la impracticabilidad de las ofertas de ayuda franco-británicas. Ni los aliados occidentales ni Hitler estaban preparados o dispuestos a socorrer a Finlandia frente a la URSS en ese momento. Por último, el gobierno finlandés no hizo caso de, entre otras, las recomendaciones de su principal asesor militar, quien con una muy sensata visión política aconsejó un compromiso con la URSS, basado en que un «pequeño Estado» no debe ser inflexible ante un gran poder que teme por su seguridad y busca arreglos para acrecentarla.

36. Ibid., p. 91.

La guerra soviético-finlandesa demostró, en palabras de Upton, que: «No puede haber seguridad para los pequeños y los débiles, no importa cuan heroicos sean, en tanto las relaciones entre Estados estén basadas sobre la sanción final de la guerra»³⁷. Esto es sólo en parte cierto. Los «pequeños Estados» cuentan a veces con un margen de maniobra diplomático o militar que puede permitirles sacar partido a las situaciones o impedir que les afecten demasiado negativamente. Este «margen de maniobra» no elimina los dilemas sino que tan sólo permite definirlos en forma más clara. En relación con Finlandia, Stalin buscó primeramente un compromiso. Al no obtenerlo, quiso hacer con ese país lo mismo que hizo con los Estados Bálticos y Polonia Oriental: someterlo por completo. La resistencia finlandesa lo impidió; los soviéticos quedaron lo suficientemente impresionados como para reducir la amplitud de sus objetivos de conquista y retornar a las concesiones limitadas. Los finlandeses dieron un magnífico ejemplo de lo que pueden lograr la inteligencia y el coraje de un pueblo, por pequeño que éste sea, con suficiente amor por su libertad e independencia.

3. STALIN COMO JEFE MILITAR

(i) *Stalin y el 22 de Junio de 1941*

Las tropas hitlerianas que invadieron la URSS en Junio de 1941 tomaron al Ejército Rojo, al pueblo y al liderazgo soviético por sorpresa, lo cual constituyó un factor de gran importancia en la magnitud de las victorias iniciales nazis. ¿Cómo fue esto posible? Ciertamente, para ese momento el Pacto de no-agresión germano-soviético aún estaba vigente. Pero incluso aquellos que apoyaban la política de Stalin hacia Hitler asumían que el líder soviético, el cauteloso, astuto e incrédulo Stalin, desconfiaba de la palabra de Hitler tanto como de la de los dirigentes occidentales, y que el Pacto era tan sólo un instrumento para ganar tiempo, golpear a Alemania en el momento oportuno y así llevar la guerra —como lo postulaban las regulaciones del Ejército Rojo— «al territorio del enemigo». Sin embargo, el ataque alemán tomó a Stalin por sorpresa, y existe un incontrovertible caudal de evidencia que demuestra que Stalin *no quiso creer* en las numerosas advertencias e informaciones que revelaban la inminencia de la ofensiva alemana y demostraban el carácter irrevocable de la decisión del Führer nazi. ¿Qué ocurrió?

En el Volumen I de la Historia Oficial soviética sobre la guerra entre Alemania y la URSS puede leerse el siguiente párrafo: «El pueblo y el gobierno soviéticos

37. Ibid., p. 163.

tenían buenas bases para pensar que aún después de haber firmado un pacto de no-agresión, Alemania no había abandonado la idea de expandirse hacia el este. En vista de la prevaleciente situación internacional, cuando círculos reaccionarios en países del occidente europeo hacían esfuerzos para estimular un choque armado entre la URSS y Alemania, la política exterior soviética tenía que ser flexible y previsiva. Los líderes del Estado soviético hicieron todo lo que estaba en su poder para no darle a los nazis el menor pretexto de atacar a la URSS. La implementación leal de todas las obligaciones contraídas al firmar el pacto era prueba convincente de la actitud del gobierno soviético. Pero para los imperialistas alemanes el tratado con la URSS era sólo una cortina de humo tras la cual los militaristas nazis preparaban su gran aventura: la guerra contra la Unión Soviética»³⁸ Este argumento —la admisión de que el gobierno soviético sabía que no podía confiar en Hitler a pesar del Pacto de no-agresión, y que por lo tanto tenía que intentar detenerlo *no haciendo caso y pretendiendo no percibir sus preparativos de guerra*— es muy poco convincente y manifiesta escaso interés de llegar hasta las raíces del problema.

Stalin había querido ganar tiempo, pero Hitler no estaba dispuesto a concederle todo el tiempo que buscaba. El líder soviético había basado sus cálculos en la convicción de que —como lo dijo en Marzo de 1939— las democracias occidentales eran «sin duda más poderosas, económica y militarmente, que los estados fascistas»³⁹. La aplastante derrota de Francia y la expulsión de los británicos en Dunquerque asombraron al mundo, y seguramente también a Stalin. La rapidez de los acontecimientos bélicos motorizados por la «Blitzkrieg» había transformado la faz de Europa en un tiempo muy breve. Stalin se había comprometido con una política que brindó una ayuda significativa al logro de los propósitos de Hitler. Para Stalin, conceder que los nazis atacarían masivamente a la URSS en 1941 implicaba aceptar que su política de pactar con Hitler y alimentar su maquinaria de guerra había sido un error. Era preferible creer que Hitler acabaría primero con Inglaterra, que los movimientos de tropas hacia el este no eran más que una treta destinada a engañar a los británicos e infundirles una falsa sensación de seguridad, y que los avisos sobre el ataque que se avecinaba contra la URSS no eran sino «provocaciones» elaboradas por «círculos reaccionarios» deseosos de fomentar una guerra entre nazis y soviéticos. Como lo expresa el almirante soviético Kuznetsov: «Stalin veía el tratado de 1939 como un medio de ganar tiempo, pero el respiro fue considerablemente más corto de lo que había estimado. Su error estuvo en una apreciación incorrecta de *cuándo* tendría lugar el conflicto»⁴⁰.

Pocos jefes de Estado han tenido el privilegio de recibir una información tan acertada y completa sobre un riesgo que les amenaza como lo tuvo Stalin en los primeros meses de 1941. Las advertencias provenientes de muy diversas fuentes,

38. R. Ainsztein: «Stalin and June 22, 1941», *International Affairs*. vol. 42, 1966, p. 663. .

39. *Documents on British Foreign Policy*, Third Series, London, 1950-53, vol. IV, p. 412

40. Citado por Ainsztein: ob. cit., p. 670

fueron numerosas y detalladas. La información estaba allí, pero no había la voluntad de creer en ella. Stalin contaba con los servicios de dos eficientes agencias de inteligencia: el departamento exterior del aparato de seguridad interna (NKVD) y el departamento de operaciones extranjeras del Estado Mayor (GRU), es decir, la inteligencia militar. La información obtenida por estas agencias pasaba a manos del poderoso Departamento Central de Información, bajo el control directo del Buró Político, y más específicamente al secretariado secreto directamente sometido a Stalin. La vertiente de información suministrada por estas fuentes era presentada a Stalin por hombres como Beria y Golikov, jefe del GRU. Hoy en día, ya no quedan dudas acerca de la abundancia de los avisos recogidos por las agencias de inteligencia soviéticas sobre el inminente ataque alemán. El problema estuvo en que ni Stalin quería creer en las advertencias ni los hombres encargados de transmitírselas querían decirle lo que no deseaba oír. El terror stalinista funcionó para cerrar los canales de información o para distorsionarla.

En sus *Memorias*, el almirante Kuznetsov relata una conversación sostenida en Febrero de 1941 con Zhdanov, miembro del Buró Político y uno de los dirigentes más cercanos a Stalin. Es interesante reproducirla, ya que muy probablemente las opiniones manifestadas en esa ocasión por Zhdanov constituían el reflejo de lo que Stalin mismo pensaba. Kuznetsov preguntó a Zhdanov si éste consideraba las actividades alemanas en la frontera soviética como preparativos de guerra, y Zhdanov «sostuvo que Alemania no estaba en posición de hacer una guerra en dos frentes. El interpretaba las violaciones del espacio aéreo soviético por parte de los alemanes y la concentración de fuerzas en la frontera como medidas de precaución tomadas por Hitler con el objetivo de ejercer presión psicológica sobre el liderazgo soviético, nada más»⁴¹. Para Zhdanov, las lecciones de la Primera Guerra Mundial mostraban que Alemania no podía ganar una guerra en dos frentes, y también que Hitler no cometería el error de lanzarse contra la URSS sin haber sometido a Gran Bretaña.

Fueron muchos los mensajes transmitidos a los servicios de inteligencia soviéticos sobre la inminencia de la ofensiva alemana. Barton Whaley, en su libro *Código: Barbarroja*, enumera decenas de reportes enviados por muy diversos canales y recogidos por agentes en varias partes del mundo ⁴². Stalin tenía sus razones para descartar los mensajes provenientes de los servicios de inteligencia británicos y norteamericanos, ya que opinaba que los occidentales sólo buscaban mezclarlo en una guerra con los nazis. Pero hubo otras advertencias, de fuentes insospechables. Valentín Berezhkov, Primer Secretario de la embajada soviética en Berlín a principios de 1941 relata en sus *Memorias* que en Marzo de ese año habían comenzado a intensificarse los rumores sobre un próximo ataque alemán contra la URSS.

41. Ibid., p. 668.

42. Véase Barton Whaley: *Codeword Barbarossa*, M.I.T. Press, Cambridge, 1973.

A principios de Mayo, sobre la base de informaciones que hasta detallaban la fecha probable de la invasión, el personal especializado de la misión diplomática preparó un informe en el que se concluía que la ofensiva alemana era inminente. Ese informe fue, desde luego, enviado de inmediato a Moscú ⁴³. Las tres más famosas redes de espionaje soviéticas en la Segunda Guerra Mundial; la «orquesta roja», dirigida por Leopold Trepper y activa en Alemania, Francia y Bélgica; el grupo dirigido por el geógrafo húngaro Sandor Radó (conocido por el nombre código: «Dora» y que contaba con los servicios del super-espía «Lucy») con sede en Suiza, y por último el enigmático Richard Sorge, agente soviético en Tokio, conocieron con anticipación detalles precisos sobre los planes de guerra alemanes y los transmitieron a Moscú, sin que ello surtiese el efecto deseado. Tanto Trepper como Radó sobrevivieron la guerra y publicaron *Memorias* que contienen revelaciones verdaderamente fascinantes sobre sus labores de espionaje en favor de la Unión Soviética y los éxitos logrados.

Trepper afirma que: «En Febrero [1941] envié un reporte detallado a Moscú, indicando el número exacto de divisiones alemanas que estaban siendo transportadas desde Francia y Bélgica hacia el este. En Mayo, a través del agregado militar soviético de Vichy [sector no-ocupado de Francia], general Susloparov, envié el plan de ataque alemán e indiqué su fecha original [15 de Mayo], luego la fecha revisada y la fecha final» ⁴⁴. Por su parte, Radó reproduce los textos de varios mensajes transmitidos a Moscú entre Febrero y Junio de 1941, en los que se confirmaban no solamente la decisión alemana de atacar sino que también se daban detalles sobre la cantidad, características y distribución de las unidades de combate desplegadas ante la URSS ⁴⁵. Stalin, sin embargo, no recibía este material de inteligencia «en estado puro», es decir, tal y como era enviado por sus agentes desde el exterior. Antes de llegar a sus manos, las más valiosas informaciones eran procesadas por Golikov, jefe del GRU (Servicio de Inteligencia del Ejército Rojo), quien rendía cuentas a Stalin personalmente. Los informes eran transmitidos a Stalin bajo dos clasificaciones: los provenientes de «fuentes confiables» y aquellos que se consideraban provenientes de «fuentes dudosas». De acuerdo al oficial que de hecho entregaba las carpetas de informes a Stalin, éste tomaba primeramente y con evidente interés lo que venía clasificado como «dudoso» y que podía reafirmar su política de inactividad ante los signos de una creciente amenaza nazi: «Todo lo que tendiese a confirmar que Hitler había marcado a Gran Bretaña como su verdadero objetivo, y que los movimientos de tropas hacia el este no eran más que una enorme y complicada treta, era clasificado por Golikov (consciente de lo que su jefe deseaba oír) como "confiable"».

43. Véase R. Ainsztein: ob. cit., p. 666.

44. Leopold Trepper: *The Great Game*, Michael Joseph, London, 1977, p. 126.

45. Véase Sándor Radó: *Codename Dora*, Abelard, London, 1977, pp. 55, 58.

Las vitales y cada vez más detalladas informaciones de Richard Sorge desembocaban inevitablemente en la carpeta de reportes "dudosos" y eran depositados en el limbo de los "archivos". «*La exposición completa del "Plan Barbarroja" fue ciertamente sometida por Golikov a Stalin, pero presentada (de acuerdo a un historiador soviético que leyó el documento) como la obra de "agentes provocadores" interesados en promover una guerra entre Alemania y la URSS*»⁴⁶. El mariscal Zhukov también ha sugerido en varias oportunidades que Golikov no transmitió a Stalin toda la evidencia existente sobre los preparativos bélicos de Alemania contra la Unión Soviética. El 20 de Marzo de 1941 Golikov había transmitido una nota a los miembros del aparato de inteligencia y espionaje indicándoles que «*todos los documentos que sugieran que la guerra es inminente deben ser vistos como falsificaciones emanadas de fuentes británicas o aun alemanas*»⁴⁷.

Podría pensarse que estos testimonios reducen la culpabilidad de Stalin en la debacle que sobrevino sobre su país en Junio de 1941, pero no hay que olvidar que Stalin quería creer que el ataque no se produciría, al menos no en ese momento, y que a pesar de los numerosos indicios (no todos ellos suprimidos por Golikov) de que los alemanes habían cambiado su actitud ante la URSS, de las múltiples violaciones del espacio aéreo soviético por parte de aviones de observación de la Luftwaffe, y de las advertencias provenientes de diversos agentes en varios lugares de Europa, Stalin cerró sus oídos ante el murmullo creciente de los preparativos nazis; de esta manera, los tanques y aviones de Hitler lograron abalanzarse sobre un Ejército Rojo desprevenido y vulnerablemente concentrado cerca de las fronteras. De los 3.800.000 hombres que componían las fuerzas armadas alemanas, Hitler lanzó 3.200.000 contra la URSS en la más ambiciosa de sus operaciones militares, la más grandiosa y cruel de las campañas de la Segunda Guerra Mundial. Como dice Alee Nove: «*No es posible culpar a Golikov por lo ocurrido. El sabía bien que "el jefe" pensaba que los alemanes no atacarían, al menos no ese año. Sabía igualmente que miles de oficiales habían sido fusilados por órdenes del jefe sólo pocos años antes. Era demasiado arriesgado decir la verdad. El terror a Stalin y su escogencia de hombres de segunda clase como sus colegas contribuyeron a acentuar su incapacidad para percibir la realidad*»⁴⁸. Algunos comandantes soviéticos, actuando por iniciativa propia, lograron poner a sus tropas en estado de alerta, pero en la mayoría de los frentes los alemanes lograron una sorpresa táctica total gracias a la obstinación y —aparentemente— falta de información de Stalin. El «hombre de acero» había cometido uno de los más serios errores de su carrera.

A las 3,15 de la mañana del 22 de junio de 1941, la línea gigantesca de la frontera occidental soviética se iluminó con el fuego de miles de baterías, tanques, aviones y tropas alemanas. El ataque había comenzado. A las 5,30 a.m., hora de

46. John Erickson: *The Road to Stalingrad*, ob. cit., pp. 88, 89.

47. L. Trepper: *The Great...*, ob. cit., p. 127

48. A. Nove: *Stalinism...*, ob. cit., p. 83.

Moscú, el embajador alemán Von Schulenburg entregó a Molotov la declaración de guerra de Hitler. Fue solamente cuando su Ministro de Relaciones Exteriores le hizo llegar el documento que Stalin se convenció de que definitivamente la URSS estaba en guerra con la Alemania nazi. El pacto con Hitler había sido su creación, sobre él descansaba su política, y mientras el pacto durase, también se mantenía su éxito. La guerra conmocionaba radicalmente los cimientos del régimen y ponía en cuestión su poder. Una nueva etapa comenzaba para Stalin, la más difícil de su trayectoria como jefe de Estado. De ella saldría airoso, proyectando una imagen plena de poder y prestigio; mas los costos de su victoria fueron enormes, y lo que los hace más terribles es que en parte hubiesen podido evitarse. Pero Stalin no sólo no creyó en el ataque alemán, sino que tampoco fue capaz de tomar medidas preventivas que le asegurasen contra sorpresas desagradables. Esta es la pregunta que se hace el almirante Kuznetsov: «¿Por qué Stalin no tomó ni siquiera medidas simples de precaución? Un hombre con su experiencia política debió haberse dado cuenta de que la única manera de hacer entrar en razón a un agresor potencial es demostrar la disposición de devolver golpe por golpe.» Stalin, no obstante, «al entender que sus cálculos habían estado equivocados, que las fuerzas armadas soviéticas y el país como un todo no estaban suficientemente preparados para la guerra... reaccionó con furia patológica contra las medidas preventivas de nuestras tropas. Llegamos así a una situación en la cual los aviones de reconocimiento alemanes fotografiaban nuestras bases y a nosotros se nos ordenaba no dispararles»⁴⁹. Los desastres que se iniciaron para la URSS el 22 de Junio de 1941 tuvieron sus raíces en la estructura misma del sistema stalinista, en las purgas de los años 30, en el terror generado por el aparato represivo que impuso sobre el pueblo soviético y sus élites políticas, científicas y militares una actitud de total sumisión a la voluntad de un solo hombre: Stalin. Ahora, con las divisiones de Hitler irrumpiendo ferozmente dentro de la URSS, el «hombre de acero» se veía obligado a enfrentar el peligro mortal que tanto había tratado de evitar.

49. Citado por Ainsztein: ob. cit., p. 670

(ii) Stalin, Comandante Supremo

Diversos analistas de la guerra germano-soviética han sostenido que dada la superioridad de la Wehrmacht y los efectos de la sorpresa, era extremadamente difícil que aún el más experto comandante militar hubiese podido impedir las grandes pérdidas humanas y territoriales que sufrió la URSS durante los primeros meses del conflicto. Pero a estas alturas ya no cabe duda de que la insistencia de Stalin en no ceder terreno bajo ninguna circunstancia, su preferencia por la defensa estática, su apoyo a la doctrina de la ofensiva a ultranza y su ceguera ante las intenciones de

Hitler acrecentaron los costos del conflicto y complicaron todavía más el panorama para el Ejército Rojo.

En términos estrictamente militares, las tropas hitlerianas fueron al ataque con varias ventajas sobre sus adversarios. En primer lugar, había una notoria discrepancia en la calidad de los armamentos de ambos contrincantes. Cuantitativamente, los soviéticos poseían mayor número de tanques y aviones de combate que la Wehrmacht, pero estos equipos soviéticos eran anticuados en comparación con los modelos alemanes. La URSS se había enfrascado desde antes de 1939 en un ambicioso programa de renovación de equipos bélicos, y a partir de finales de 1941 comenzaron a hacer su entrada en los frentes de batalla tanques y aviones que, como el famoso T-34, el mejor de los tanques de la Segunda Guerra Mundial, eventualmente inclinaron la balanza cualitativa a su favor. No obstante, en la primera etapa de la guerra, aviones como el I-16 o el bombardero TB-3 se hallaban ampliamente superados por los Messerschmitts alemanes, y lo mismo ocurría con el tanque T-26, menos blindado, versátil y potente que los Panzer nazis. En ese primer período de enfrentamientos, la mayoría de los aviones de combate soviéticos carecían de equipos de radio, lo cual deterioraba enormemente su desempeño táctico. Por otra parte, las unidades soviéticas eran muy inferiores a las alemanas en cuanto a medios de transporte. Los camiones eran escasos, así como los depósitos de combustible y los sistemas para movilizarlo de un sitio a otro. Esta falta de medios de transporte, así como las serias deficiencias en los medios de comunicación (particularmente inalámbrica) hacían que las respuestas soviéticas a las penetraciones alemanas experimentasen retrasos que les restaban su eficacia. En tercer lugar, el Mariscal Zhukov y otros prominentes actores del conflicto nazi-soviético sostienen enfáticamente que en el momento del ataque los alemanes contaban también con una sustancial superioridad numérica sobre el Ejército Rojo. No hay que olvidar que Stalin se había negado a ordenar la movilización general antes de que comenzase la ofensiva, por lo tanto, buen número de unidades soviéticas estaban reducidas y el proceso de crear nuevas divisiones marchaba con lentitud. De lo que sí no quedan dudas es que en los sectores escogidos para avanzar, los nazis tenían una aplastante superioridad en hombres y máquinas. En cuarto lugar, y quizás era ésta la diferencia más importante, durante la etapa de choques iniciales las tropas alemanas aventajaban a las soviéticas en espíritu de lucha, capacidad táctica y nivel general de entrenamiento. Las purgas de Stalin habían diezmando al cuerpo de oficiales del Ejército Rojo, deteriorando también la moral de las tropas y su confianza en sus líderes militares. Hitler sabía que la URSS era un gigante, pero estaba seguro de vencerlo, ya que estaba convencido de que Stalin lo había convertido en un coloso con pies de barro. El Führer nazi estaba equivocado, pero no del todo.

El lunes 23 de Junio de 1941, el segundo día de la guerra, el gobierno soviético se dio a sí mismo una estructura de comando con el establecimiento de un órgano de gran importancia: El «Stavka» o alto mando, presidido por Stalin como «comandante en jefe» de las fuerzas armadas soviéticas. Al «Stavka», que era de hecho el Estado Mayor de Stalin, correspondía la dirección estratégica de la guerra

en la cual los diferentes grupos de estado mayor basaban su actividad. Como institución, el «Stavka» incluía mariscales de la URSS, el Jefe del Estado Mayor General, los jefes de las fuerzas aéreas y navales y, más avanzado el conflicto, también comandantes de ejércitos y otros servicios. El «Stavka» era también un centro de comando dentro de los muros del Kremlin, un «cuarto de guerra» con su propia infraestructura y centro de comunicaciones, que pronto se convirtió en instrumento de gran centralización.

La dirección suprema del esfuerzo de guerra, es decir, el control político de la lucha estaba concentrado en un pequeño consejo de defensa, el «Comité de Defensa del Estado», que virtualmente reemplazó a los órganos de conducción del Estado y el Partido Comunista. El Comité estaba integrado por cinco miembros: Stalin, que lo presidía; Molotov, encargado de la diplomacia soviética; Beria, el temible jefe de la policía secreta y encargado de los asuntos domésticos; Voroshilov, quien tenía a su cargo las relaciones entre las fuerzas armadas y las autoridades civiles; y por último, Malenkov, en representación del Partido. Estos hombres eran incondicionales de Stalin, y en ellos se concentraba un poder de decisión que no era sino el reflejo del poder de su comandante supremo.

Al comenzar el ataque alemán, Stalin, seguramente lleno de preocupación y quizás asaltado de oscuros temores, se apartó por completo de actividades públicas, encerrándose en sus habitaciones y centros de mando del Kremlin. El pueblo soviético sólo pudo escucharle casi dos semanas más tarde, el 3 de Julio de 1941. Algunos comentaristas, con muy escasa evidencia para sostener tal tipo de aseveraciones, han afirmado que durante esos días Stalin cedió a la depresión y el descontrol, vagando en estado de ebriedad por el Kremlin, expresando sus temores de derrota a sus más íntimos colaboradores. Estos rumores carecen de credibilidad; el entonces general Voronov, quien se encontraba en esa época en el Kremlin en diario contacto con Stalin, reporta no una extraña «desaparición» hacia un lejano mundo de lamentaciones y torpor alcohólico, sino su nerviosismo y actitud errática en las discusiones del alto mando sobre las medidas a tomar para hacer frente al peligro mortal que se cernía sobre la URSS. En esos días iniciales de la gran batalla que duraría cuatro años, Stalin parecía no comprender plenamente la verdadera naturaleza y dimensiones de la guerra que Hitler había desencadenado, ni apreciar las enormes dificultades que habrían de superar el ejército y pueblo soviéticos para vencer al enemigo. El mismo día 22 de Junio en la noche, cuando ya las unidades Panzer alemanas habían penetrado el frente en varios puntos, aniquilando o capturando numerosos grupos de combate soviéticos, el mariscal Timoshenko, con aprobación de Stalin, enviaba una orden al frente, la Directiva número 3, según la cual el Ejército Rojo *debía tomar la ofensiva* de inmediato y expulsar al enemigo con un ataque masivo que diese fin a la guerra de un solo golpe. Era evidente que Stalin no tenía una idea clara de la magnitud y poder de la ofensiva nazi, y de los éxitos que estaba obteniendo. La ruptura en las comunicaciones entre el centro de comando en Moscú y los frentes de batalla fue un factor esencial en esto, pero había algo más: los triunfos alemanes se hacían tan amplios y devastadores que no era fácil para Stalin y sus colaboradores inmediatos asimilar su significado. Para sólo dar

un ejemplo, en la mañana del 22 de Junio la Luftwaffe había llevado a cabo una masacre contra la Fuerza Aérea Roja, bombardeando y destruyendo no menos de 1.200 aviones de combate soviéticos, la mayoría de ellos estacionados en sus bases.

La realidad pronto comenzó a hacerse evidente. Hay que imaginar a Stalin, solitario en su despacho del Kremlin, leyendo con estupor los informes de los frentes de batalla que hablaban de divisiones enteras aplastadas por los Panzer, de decenas de miles de prisioneros soviéticos, de la rápida penetración de las columnas blindadas de la Wehrmacht hacia las entrañas de la URSS. Stalin había luchado duramente por el poder; ahora un riesgo mortal se perfilaba en el horizonte, y su poder personal, los logros de la revolución y la existencia misma de Rusia estaban en juego. Es posible que Stalin haya flaqueado por un momento, pero por algo se llamaba a sí mismo «hombre de acero»: tenía que dominar la situación, que superar los errores cometidos y erguirse ante la debacle que amenazaba todo aquello por lo cual había vivido. Para lograrlo, sólo le restaba acudir a esa vasta reserva de voluntad de lucha y sacrificio contenida en el pueblo soviético. El 3 de Julio de 1941, Stalin se dirigió a esa gran masa humana, a los pobladores silenciosos de la «tierra del socialismo», a los millones de hombres y mujeres que con inusitada tenacidad habían levantado a la URSS. El discurso empezó así: «¡Camaradas, ciudadanos, hermanos y hermanas, luchadores de nuestro ejército y armada, a vosotros me dirijo amigos míos!» Stalin nunca se había expresado en esos términos; Stalin era una presencia lejana y casi intangible a ojos del pueblo; él nunca les había llamado «amigos», nunca les había hablado de esa manera. La situación era grave, la hora era decisiva, se trataba de una cuestión de vida o muerte: «El pueblo soviético debe abandonar toda complacencia, no puede existir compasión con el enemigo... No debe haber lugar en nuestras filas para los cobardes... En caso de retirada forzada... todo aquello que pueda ser evacuado debe transportarse. No hay que dejarle al enemigo ni un solo vehículo, ni un solo vagón, ni una sola libra de grano ni un solo galón de combustible... Todo lo que no pueda ser evacuado, incluyendo metales, grano y combustible, debe ser completamente destruido... En las áreas ocupadas por el enemigo deben formarse grupos de guerrilleros. Las condiciones deben hacerse insoportables para el enemigo y sus cómplices. Deben ser perseguidos y aniquilados a cada paso y todas sus medidas deben frustrarse.» Stalin estaba declarando una política de «tierra arrasada», de guerra a muerte contra un adversario implacable. La supervivencia misma de la nación corría peligro, y así como en 1812 el pueblo y el ejército unidos habían enfrentado a Napoleón, el gran conquistador de Europa, derrotándolo decisivamente, en 1941, ante un conquistador mucho más poderoso y fanatizado, el pueblo y el ejército soviéticos tenían que luchar una «guerra patriótica» y llevarla hasta un final victorioso. Stalin culminó su discurso, leído lentamente, con un estilo sobrio y sin altisonancias como era usual en este hombre de pocas palabras, haciendo un llamado al pueblo para «cerrar filas en torno al partido de Lenin y Stalin». El «hombre de acero» hacía referencia a sí mismo en tercera persona. El pueblo comprendió. Con su intervención radiada, relativamente corta, «Stalin no solamente creó la esperanza, casi la seguridad en la victoria, sino que

estableció, mediante cortas y significativas frases, todo el programa a seguir durante la contienda por el conjunto de la nación. Apeló asimismo al orgullo nacional, a los instintos patrióticos del pueblo ruso. Fue un gran discurso en el sentido de haber electrizado a la gente movilizando sus energías»⁵⁰. El pueblo soviético reconoció en ese discurso a la vez seco y férreo la voz de un jefe indomable. La URSS podía sacrificar espacio para ganar tiempo, y extraer un elevado costo al enemigo por cada kilómetro de su avance. No habría compasión, Stalin iba a enfrentar a Hitler con la más poderosa de las armas: una mayor fuerza de voluntad.

El avance alemán continuó, pero a un precio cada vez más alto. La Wehrmacht comprendió instintivamente que este nuevo enemigo no sería fácil de vencer. Los tanques de Guderian comenzaron a aproximarse a Moscú. Stalin ordenó a Zhukov, un militar joven, que había ascendido basado en su comprobada habilidad táctica y estratégica, que se encargase de preparar las defensas de la capital. Zhukov venía de Leningrado, donde había delineado los planes y establecido la organización que permitirían a la ciudad soportar el terrible sitio a que la someterían las tropas de Hitler. El 16 de Octubre, departamentos gubernamentales y embajadas extranjeras iniciaron su evacuación desde Moscú hacia la ciudad de Kuibyshev. Los tanques de Hitler se hallaban cerca, y nada parecía ser capaz de detener el ímpetu de la ofensiva alemana. La población civil conoció el pánico, pero Stalin no abandonó Moscú. Su presencia allí, en esa hora de peligro supremo, era importante. El 6 de Noviembre (según el viejo calendario ruso) se celebró el aniversario de la Revolución. Como de costumbre, el Soviet de Moscú celebró una sesión solemne, pero esta vez en una estación subterránea del metro, Stalin se dirigió a la asamblea. A la mañana siguiente, con los alemanes desplegándose para el ataque a pocas millas de distancia, Stalin presidió el tradicional desfile militar desde la terraza del mausoleo de Lenin en la Plaza Roja. Brigadas de voluntarios, unidades regulares del ejército, columnas de viejos tanques T-26 y unos cuantos T-34, se desplazaron bajo la luz invernal horadando la nieve que cubría las calles. Todos se dirigían desde la parada militar directamente al frente de batalla. La ocasión era a la vez hermosa y trágica, heroica y patética. Stalin habló a los soldados, recordó la época de la guerra civil, «cuando tres cuartas partes de nuestro país se hallaban en manos de intervencionistas extranjeros» y la nueva nación soviética carecía de ejército y de aliados. Ahora, la URSS poseía un poderoso ejército, y no estaba sola: «El enemigo no es tan fuerte como lo pintan... Alemania no podrá sostener este esfuerzo por mucho más tiempo. En unos cuantos meses, en medio año, quizás en otro año, la Alemania hitleriana reventará bajo la presión de sus crímenes... ¡que la bandera victoriosa del gran Lenin os guíe!» Con estas frases, Stalin despidió a los hombres que defenderían Moscú.

Zhukov preparó las defensas de la capital casi en los últimos minutos de tiempo. El invierno ruso había llegado; los alemanes, confiados en una victoria rápida, carecían de equipos adecuados para condiciones invernales y la situación comenzaba a complicárseles.

50. Alexander Werth: Rusia en la Guerra, 1941-1945, Grijalbo, México, 1968, vol. 1, pp. 170, 171.

Los informes del espía Sorge desde Tokio habían convencido a Stalin de que los japoneses no atacarían la URSS. Eso le permitió traer para la defensa de Moscú algunas de las mejores divisiones con que contaba el Ejército Rojo, las famosas «divisiones siberianas» del frente oriental. A pesar de las desesperadas peticiones de sus generales para que les suministrase refuerzos en diversos frentes, Stalin acumuló reservas para un contraataque desde las puertas de Moscú. Hitler no lo esperaba, el Führer nazi ya había declarado que el Ejército Rojo «estaba destruido». Los comandantes alemanes así lo creían. Pero los soldados soviéticos, como sus ancestros en 1812, estaban dispuestos a resistir sin tregua. Entre ellos repetían: «Rusia es vasta, pero no queda espacio para retirarse. Detrás de nosotros está Moscú.»

A las 3,00 de la mañana del viernes 5 de Diciembre de 1941, en temperaturas de menos 30° centígrados, comenzó la contraofensiva soviética. A pesar de que no pudieron lograrse plenamente los objetivos trazados por Stalin, los ataques soviéticos obligaron a los alemanes a retirarse más de ciento cincuenta kilómetros en algunos lugares del frente. Las pérdidas nazis fueron considerables y la Wehrmacht experimentó su primera gran derrota en toda la guerra. Sólo la intervención personal de Hitler evitó el desastre de una retirada general y en desorden, que hubiese podido llevar a las fuerzas armadas alemanas a un destino parecido al del «gran ejército» de Napoleón en Rusia. La batalla de Moscú no fue militarmente decisiva, pero su importancia psicológica fue muy grande; se había ganado un invaluable respiro, la «Blitzkrieg» había sido detenida, forzando así un profundo cambio en la estrategia de Hitler; además, la batalla de Moscú demostró al soldado ruso que la Wehrmacht no era invencible. Stalin, con su actitud confiada y decidida aumentó su ascendiente entre sus generales y su prestigio ante las tropas y el pueblo. Al permanecer en el Kremlin en esos momentos cruciales, Stalin demostró su voluntad de triunfo. El mariscal Zhukov, un gran jefe militar, quien de hecho tenía poca simpatía por Stalin, le rindió sin embargo el siguiente tributo: «Pueden decir lo que quieran, pero ese hombre tiene los nervios de acero»⁵¹.

¿Qué puede decirse de la actuación de Stalin como comandante militar? Hay que tener presente que Stalin no era tan sólo el supremo jefe militar, sino también el supremo jefe político; Stalin había logrado una absoluta unidad de mando en su propia persona, y su acción no puede juzgarse únicamente en términos de su competencia militar, debe también tomarse en cuenta el factor político, su habilidad en la utilización de la guerra como instrumento político.

Gran número de memorias publicadas después de la guerra por los más destacados comandantes militares soviéticos y por comentaristas extranjeros de la talla de Churchill, De Gaulle, Hopkins y otros que tuvieron la oportunidad de visitar a Stalin durante el conflicto y de apreciarle en su trabajo diario, permiten trazarse una muy clara idea de su actuación como comandante supremo.

51. Citado por A. Werth: ob. cit., p. 15.

Todos estos autores coinciden en señalar que Stalin poseía genuinamente el mando, que era capaz de oír sugerencias y recomendaciones y de estimular el pensamiento crítico en sus más importantes subordinados, pero era él quien siempre tomaba la decisión final: «Muchos visitantes del Kremlin quedaban asombrados de ver el gran número de asuntos, grandes y pequeños, militares, políticos o diplomáticos, acerca de los cuales Stalin personalmente tomaba las decisiones. El era de hecho su propio comandante en jefe, su propio ministro de defensa, su propio ministro de aprovisionamiento, su propio ministro de relaciones exteriores y hasta su propio jefe de protocolo... Desde su mesa de trabajo, en contacto constante y directo con sus comandantes en los diversos frentes, Stalin analizaba y dirigía las campañas en el terreno de batalla. Desde esa mesa de trabajo Stalin condujo otra estupenda operación: la evacuación de cientos de fábricas y plantas industriales desde la Rusia occidental y Ucrania hasta el Volga, los Urales y Siberia, una evacuación que englobó no sólo máquinas e instalaciones sino también millones de obreros y técnicos y sus familias. Entre una función y otra, Stalin negociaba (con sus aliados)... o recibía líderes guerrilleros provenientes de territorio ocupado por los alemanes, discutiendo con ellos operaciones que se ejecutarían cientos de millas tras las líneas enemigas»⁵².

En líneas generales, los diversos testimonios de los hombres que más cerca estuvieron de Stalin durante la guerra, revelan que el líder soviético fue un eficaz jefe militar, con apreciable dominio de los problemas estratégicos y un buen conocimiento de las cuestiones técnicas sobre armamentos, operaciones y organización militar. Sobre todo, Stalin se distinguió por su interés en los aspectos *logísticos* de la guerra; numerosos autores se han referido al cuidado que ponía Stalin en el control y transporte de las reservas y en la producción de todos los materiales necesarios para el esfuerzo bélico. Armado de un creyón azul (que ha sido mencionado por Milovan Djilas, Zhukov y Churchill, entre otros), Stalin anotaba en una libreta las cifras de producción de tanques y aviones de combate, y mantenía escrupulosamente una lista de las reservas disponibles para reforzar los frentes de batalla más críticos. A veces, sólo Stalin conocía la verdadera situación de suministros de hombres y materiales; el número, equipamiento y condición de las reservas del «Stavka» era un secreto bien guardado, cuyos detalles se reunían en la libreta de Stalin.

En 1942 el líder soviético produjo sus propios «principios de la guerra» distinguiendo dos categorías: factores que operan en forma permanente y factores transitorios y fortuitos. Los factores «permanentes» son: cantidad y calidad de las tropas y de los equipos, la habilidad organizativa de los comandantes, la «moral del ejército», y por último la «estabilidad de la retaguardia». Estos «factores permanentes» reflejan la tendencia de Stalin de enfatizar los aspectos materiales y de conceder prioridad a la existencia de una firme base económica. Tal como lo expresó en una conferencia dictada ante los miembros del «Politburó»; «la guerra se gana en las fábricas».

52. I. Deutscher: Stalin, ob. cit., p. 456.

Vasilevsky, Zhukov, Shtemenko y otros generales soviéticos se han referido a la gran capacidad organizativa de Stalin y a su intensa labor en el terreno logístico. Zhukov y Shtemenko han descrito su habilidad para captar los elementos esenciales de una situación compleja, su cuidado por el detalle, su retentiva memoria y sus dotes para intuir dónde yacían la fortaleza y las debilidades de otros hombres. Contrariamente a Hitler, Stalin aprendió a ser tolerante hacia los puntos de vista de sus generales y a estimular su pensamiento crítico. Las purgas habían contribuido a cercenar la iniciativa y voluntad de los comandantes soviéticos, lo cual tuvo mucho que ver en la magnitud de las derrotas iniciales sufridas por el Ejército Rojo. Mas la lección no pasó desapercibida para Stalin, y en el transcurso del conflicto supo rodearse de un grupo de altos oficiales enormemente competentes en los campos de la planificación estratégica y ejecución de operaciones militares: «Stalin no imponía a sus generales sus propios esquemas operacionales, sino que les indicaba sus ideas básicas, fundamentadas en un conocimiento excepcional de todos los aspectos de la situación: tanto económicos como políticos y militares. Stalin permitía a sus generales formular sus puntos de vista y elaborar sus planes en los cuales él posteriormente basaba sus propias decisiones. Su rol parece haber sido el de un árbitro frío, sereno y experimentado. En caso de controversia entre sus generales, Stalin recogía las principales opiniones, consideraba sus ventajas y desventajas y eventualmente expresaba su opinión personal... Su mente, al contrario de la de Hitler, no producía luminosos proyectos y aventuradas invenciones estratégicas, pero su método de trabajo dejaba mayor libertad para la acción colectiva de sus comandantes y favorecía una relación más sólida entre el comandante en jefe y sus subordinados que la existente en el cuartel general del Führer nazi»⁵³.

Hubo un punto acerca del cual Stalin y Hitler coincidían, y era éste el de no basar sus decisiones en cuanto a la promoción de oficiales a puestos de mando en consideraciones de antigüedad, prestigio o jerarquía. Para Stalin sólo contaba la eficiencia, en especial la eficiencia combativa. El líder soviético se caracterizaba por la severidad con la cual castigaba la incompetencia o falta de vigilancia de sus subordinados, así como también por la rapidez con la cual promovía a sus más capaces comandantes a posiciones destacadas. La selección fundamental de la élite militar que rodeó a Stalin a través de la guerra y que condujo al Ejército Rojo al triunfo tuvo lugar durante la batalla de Moscú, en el invierno de 1941, cuando Zhukov, Rokossovsky, Voronov y Vassilevsky entraron en escena en plenas facultades. Este proceso de selección continuó con la batalla de Stalingrado, en la cual Chuikov, Yeremenko, Vatutin, Rotmistrov y otros ganaron su bien merecida reputación de grandes jefes militares. Cherniakovsky, uno de los oficiales que más se distinguió en la batalla de Kursk, ascendió de mayor a general en muy corto tiempo, y estos «saltos» se hicieron frecuentes a todos los niveles. Casi todos estos hombres lograron sus victorias a los treinta o cuarenta años; eran jóvenes, pero capaces, tanto o más que sus enemigos.

53. Ibid., pp. 482, 483.

Vasilevsky, Samsonov y otros generales han rendido tributo a la habilidad de Stalin como estratega y esta opinión ha sido confirmada por comentaristas de la talla de Churchill. En una de sus reuniones con el líder soviético durante su primera visita a Moscú, en Agosto de 1942, Churchill comenzó a explicar a Stalin los objetivos y el significado de la operación «Antorcha» en el norte de África que los angloamericanos planificaban en ese entonces. Stalin se interesó enormemente en lo que decía Churchill, y tan pronto recibió los lineamientos fundamentales de la operación «Stalin pareció captar repentinamente todas las ventajas estratégicas de "Antorcha", y enumeró cuatro razones principales para realizarla: en primer lugar, golpearía a Rommel por la espalda; en segundo lugar, atemorizaría y cercaría a España; en tercer lugar, generaría conflicto entre franceses y alemanes en Francia, y en cuarto lugar, expondría Italia a todo el peso de la guerra.» Ante esto, Churchill comenta lo siguiente: «Quedé profundamente impresionado con esta reveladora afirmación que demostraba el completo dominio por parte del dictador ruso de un problema nuevo para él. Muy pocos hombres podrían haber comprendido en tan escasos minutos los objetivos con los cuales nosotros habíamos estado luchando a lo largo de varios meses. Stalin lo vio todo de un golpe»⁵⁴.

La centralización de las decisiones en manos del «Stavka» y de Stalin personalmente tuvo en ocasiones efectos negativos, debido a la falta de coordinación existente en ciertos casos entre lo que ocurría en el frente de batalla y las órdenes provenientes del Kremlin. No obstante, una mayoría de opiniones tiende a sostener que, dadas las condiciones de la guerra en la URSS, era necesario centralizar la toma de decisiones y que el nivel de conducción político-estratégico de la guerra en el «Stavka» era alto y de gran eficacia. Stalin mantenía contacto telefónico diario con los más importantes frentes de lucha, y cuando se requería, los comandantes eran trasladados por tierra o aire a Moscú para discutir a fondo los problemas. Todos los principales testigos coinciden en señalar que una vez superadas las crisis iniciales, Stalin llegó a estar muy bien informado acerca de lo que sucedía a lo largo del inmenso frente ruso-alemán. Un amplio estado mayor y los muy extendidos servicios de inteligencia le suministraban los datos con los cuales establecía una clara pintura de los acontecimientos y de la evolución de los combates. Stalin dirigió la guerra encerrado en el Kremlin, asesorado por un brillante cuerpo de oficiales y sin buscar, como lo hacían Hitler y Churchill, el contacto directo con sus tropas. Para éstas, Stalin era el jefe indiscutido, y la encarnación de la voluntad de resistencia soviética. La guerra elevó a Stalin a la posición de una especie de semi-dios en la URSS y a su conversión en una figura con visos legendarios.

54. Winston S. Churchill: The Second World War, vol. VIII: Victory in Africa. Cassell, London, 1962, p.65.

Ahora bien, Stalin no era solamente el principal jefe militar de la URSS, sino también el máximo jefe político. En él se concentraba todo el mando, y para juzgar adecuadamente su actuación de estratega hay que tomar en cuenta hasta qué punto supo conducir la guerra como un instrumento político. No cabe duda de que desde esta perspectiva Stalin ocupa el primer puesto como el estadista que logró los éxitos más rotundos en la Segunda Guerra Mundial. A pesar de que la URSS estaba realizando una lucha por su propia supervivencia, Stalin no perdió de vista las amplias dimensiones políticas del conflicto y las posibilidades de transformación en el balance de poder que abría la guerra. En el invierno de 1941, con los alemanes todavía cerca de Moscú, Stalin recibió la visita de Anthony Edén, el ministro del exterior británico. En esa ocasión, cuando aún estaba en duda que la Unión Soviética fuese capaz de detener el esfuerzo de conquista hitleriano, Stalin presentó a Edén todo un plan para la división de Europa en esferas de influencia. Este no era el tipo de proyectos que supuestamente un líder revolucionario debería diseñar; no obstante, como acto de «real-politik» era audaz y demostraba el interés y la capacidad de Stalin para mirar más allá del presente hacia el futuro y la posición que asumiría la URSS en la posguerra. En 1944 Stalin presentó ante Milovan Djilas su concepción acerca de la naturaleza política de la guerra mundial: «Esta guerra no es como otras en el pasado; ahora, aquel que ocupa un determinado territorio impone sobre el mismo su propio sistema social. Cada cual impone su sistema tan lejos como pueda llegar su ejército; no podría ser de otra manera»⁵⁵. Stalin sabía bien quiénes eran sus enemigos. Los nazis eran adversarios mortales; los angloamericanos eran aliados circunstanciales, pero en esencia eran también enemigos de la URSS y del socialismo que volverían a mostrar su verdadero rostro tan pronto Hitler fuese derrotado. En sus Memorias, Djilas relata una anécdota que revela lo que sentía Stalin. En el transcurso de una reunión en el Kremlin, Stalin se detuvo ante un mapa en el cual la Unión Soviética estaba coloreada de rojo. Moviendo su mano sobre esa gran área, Stalin exclamó (refiriéndose a los británicos y norteamericanos): «¡Ellos nunca aceptarán la idea de que este inmenso espacio sea rojo, nunca jamás!»⁵⁶.

Bajo Stalin, la Unión Soviética ganó la guerra y emergió como el segundo poder de la tierra, rompiendo definitivamente el aislamiento a que había estado sometida desde la revolución de 1917. Los costos de esta victoria, no sólo en términos humanos y materiales sino también políticos, fueron enormes. La URSS dejó de ser un «poder revolucionario» como de cierta manera lo había sido en los tiempos de Lenin, para convertirse en un «gran poder», guiada por un jefe implacable y tenaz.

55. M. Djilas: *Conversations...*, ob. cit., p. 90.

56. M. Djilas: *Wartime*, Secker & Warburgh, London, 1977, p. 389.

Como estratega, Stalin tuvo que aprender con la experiencia. En los primeros meses de la guerra, y sobre todo una vez que la amenaza inicial alemana había sido contenida a las puertas de Moscú, Stalin se mostró propenso a cometer dos tipos de errores: en primer lugar la subestimación del enemigo, y en segundo lugar la incapacidad de concentrar los golpes en áreas decisivas. Luego de la repulsa de la Wehrmacht frente a Moscú, el «Stavka» comenzó la preparación de la primera gran contraofensiva soviética. Gracias a las instrucciones de Stalin, el plan fue establecido basado en operaciones ofensivas de una escala completamente desproporcionada respecto a los verdaderos recursos militares con los que de hecho contaba el Ejército Rojo. Por otra parte, en lugar de dirigirse masivamente hacia la destrucción del Grupo de Ejércitos «Centro», precariamente sostenido por las órdenes de Hitler: «ni un paso atrás», el plan de contraofensiva proponía una expansión de los ataques hacia todos los frentes soviéticos, originando así una dispersión y debilitamiento del esfuerzo. Zhukov y Voznesenskii hicieron críticas al plan, pero Stalin no quedó convencido ya que en su opinión: «Los alemanes están totalmente desorganizados a raíz de su derrota en Moscú... Este es el momento más favorable para pasar a una ofensiva general»⁵⁷. De hecho, la ofensiva soviética no tuvo los resultados esperados, debilitándose progresivamente hasta llegar a un desgaste generalizado alrededor de Marzo de 1942. Durante esos meses se hizo difícil para los comandantes y miembros de su estado mayor convencer a Stalin sobre la realidad de la creciente resistencia alemana, aumento de las pérdidas soviéticas, sobre extensión de los frentes de batalla y peligrosa multiplicidad de objetivos. La «infallibilidad» stalinista se hacía sentir pesadamente en la toma de decisiones, y a pesar de que Stalin supo asimilar ciertas lecciones, la rigidez e incuestionabilidad de su mando fueron fuentes de muchos errores y fracasos. Hay aquí sin embargo una importante diferencia entre Stalin y Hitler. El líder nazi siempre se mostró psicológicamente incapaz para reconocer fallas o errores; en el caso de Stalin, como lo demuestran los testimonios de varios de los hombres que trabajaron cerca de él durante la guerra (Zhukov, Shtemenko, etc.) la situación era distinta, ya que el dictador soviético permitía en muchas ocasiones la crítica, y era capaz de reconocer equivocaciones y volver atrás en algunas de sus decisiones. En este aspecto, Stalin fue mucho más inteligente y sagaz que Hitler.

57. Citado por J. Erickson: *The Road...*, ob. cit., p. 297.

(iii) Pueblo y Ejército

En Europa, la Segunda Guerra Mundial fue esencialmente una guerra ruso-alemana. Las tropas de Hitler estaban en plena retirada hacia sus fronteras nacionales mucho antes de que los angloamericanos desembarcasen en Normandía en Julio de 1944. No es de extrañarse entonces que los soviéticos afirmen que fueron ellos los que llevaron el mayor peso de la batalla contra el nazismo, esto es simplemente cierto; ni tampoco cabe sorprenderse de las consecuencias de este triunfo en la transformación radical del balance del poder europeo y mundial. Los hechos tienden a demostrar que Stalin estaba probablemente más claro que Roosevelt y Churchill sobre el significado de los eventos militares que llevaron al Ejército Rojo desde las puertas de Moscú, los muros infranqueados de Leningrado y las ruinas de Stalingrado hasta Berlín y la propia Cancillería del Führer nazi. Stalin sabía que la victoria le daba el control de la mitad de Europa; el gobierno soviético buscaba esa «zona de seguridad» que también había inspirado en buena parte las negociaciones que condujeron a la firma del pacto con Hitler en 1939. Con la otrora orgullosa Wehrmacht aplastada por las ofensivas soviéticas, y con un Ejército Rojo poderosamente desplegado a todo lo largo de Europa Central, nada podía quitar a Stalin los frutos de la victoria excepto al precio de otra guerra, que nadie estaba dispuesto a pagar.

En las conferencias de Teherán y Yalta, Stalin se encontró en una posición bastante favorable con relación a Churchill y Roosevelt. Para ese momento, Churchill había comenzado a entender que la guerra no sólo había conducido a la destrucción del régimen nazi en Alemania, sino también a la subversión del «viejo orden» europeo y a la inevitable extensión de la influencia y el poder soviéticos. Churchill comprendía la situación pero tenía poco poder para hacer nada al respecto. Roosevelt, por su parte, tenía mucho poder pero poco realismo; su salud estaba quebrantada y sus aspiraciones idealistas sobre un mundo pleno de armonía en la post-guerra le impedían negociar con una clara perspectiva acerca del futuro. Stalin tenía poder, una salud de hierro, y una visión política moldeada a través de las más duras y difíciles experiencias personales que le habían conducido a imponerse sobre adversarios de la talla de Trotsky y Bujarin, y en última instancia, a vencer a Hitler. A Stalin, como a todo gran político, no le guiaba la piedad ni le perturbaban los remordimientos; quizás era él el único que realmente captaba en qué situación se encontraban cada uno de los líderes que participaron en esas famosas conferencias. Él, el «hombre de acero», había logrado mucho y sobrevivido aún más; su posición era por lo tanto la más favorable y supo sacarle provecho, promoviendo a toda costa los intereses de la URSS tal y como los interpretaba.

Mas esa victoria no fue exactamente la victoria de Stalin; estaba abierta, y aún lo está, la pregunta de hasta qué punto el triunfo se logró *gracias a él o a pesar de él*. Su nombre quedó asociado con la heroica lucha que sacó a la URSS del desastre y la llevó a la aniquilación del Tercer Reich; el endiosamiento de Stalin después de la guerra oscureció y colocó tras una cortina de secreto y falsificación muchos de sus errores, y, peor aún, colocó en lugar subordinado la inmensa historia del combate y

los sacrificios del pueblo soviético. Fue este pueblo y su ejército, los que ganaron la guerra. Sin duda, la mitología de Stalin y su energía como líder dieron al pueblo de la URSS elementos de inspiración y de confianza en la victoria, pero ésta jamás se habría obtenido sin la voluntad inconquistable de las masas soviéticas.

Los nazis cometieron el más grave de sus errores al subestimar a los soviéticos y tratarles como «una conglomeración de animales», como una «raza inferior» que sucumbiría fácilmente bajo el impacto de los Panzer y la «Blitzkrieg» hitleriana. Desde los comienzos de «Barbarroja» pudieron los nazis percibir los signos de la verdadera realidad. Esta realidad fue confirmada por el comandante del 6° Ejército soviético ante el alto mando alemán, luego de ser capturado por tropas nazis en los primeros días de combate: con el destino de su país en la balanza, el pueblo soviético pelearía hasta el fin; nada importaban las pérdidas territoriales y las limitaciones y defectos del régimen stalinista. Rusia jamás se rendiría ⁵⁸.

Al producirse el ataque alemán, la Unión Soviética estaba en desventaja en cuanto a preparativos militares y económicos y en relación con las capacidades industriales de ambos contendientes. El problema se agravó críticamente por la pérdida de valiosos territorios que contenían buena parte de la riqueza agrícola e importantes instalaciones industriales de la URSS. Muy pronto, sin embargo, el esfuerzo de producción soviético comenzó a equilibrar la situación. Este fue un logro que bien puede calificarse de sobrehumano. El primer «Plan de Movilización Económica» y el plan de producción de municiones quedaron listos una semana después de iniciarse la guerra. Elaborados por la «Comisión de Planificación del Estado» («Gosplan») bajo la dirección de N. A. Voznesenskii, el plan contemplaba un enorme esfuerzo de evacuación de plantas, fábricas, instalaciones de diversos tipos, obreros, técnicos, científicos y otros muchos elementos humanos y materiales hacia el este, hacia los Urales, Siberia y Asia Central, así como también la acelerada explotación de estos territorios que constituían una impresionante reserva de recursos de todo tipo. En estas áreas se construirían «bases de evacuación» en las cuales se levantarían nuevos y poderosos centros industriales.

Entre los meses de Agosto y Octubre de 1941, cerca de un 80 por 100 de la industria de guerra soviética estaba «sobre ruedas», siendo transportada desde sus ubicaciones iniciales hacia los Urales; lo que no podía ser transportado era destruido sin contemplaciones, incluyendo obras de tal envergadura como la represa en el río Dniéper, uno de los más espectaculares logros de los primeros planes quinquenales. Dentro de este enorme esfuerzo de movilización, el sistema ferrocarrilero soviético cumplió un papel relevante: en los primeros tres meses de la guerra los trenes habían transportado 2.500.000 soldados a los frentes de batalla, y transferido 1.523 plantas industriales, 455 a los Urales, 210 a la Siberia occidental, 200 a la zona del Volga y más de 250 a Kazajistán y Asia Central. Las tensiones y dificultades de todo tipo originadas en este proceso fueron inmensas, pero se impuso la férrea disciplina de una población entregada en su gran mayoría a una lucha sin cuartel contra el invasor. Las proezas individuales y de grupo se multiplicaron; para sólo

58. Citado por John Erickson: *The Road...*, ob. cit., p. 232.

citar dos casos, en Saratov, las maquinarias de una fábrica de aviones de combate, transferida allá poco antes, comenzaron a funcionar sin que aún se hubiesen levantado las paredes y el techo de la planta, y catorce días después de que se descargasen los últimos instrumentos de producción salió el primer caza-bombardero de las líneas de ensamblaje, listo para entrar en acción. El 8 de Diciembre de 1941, las plantas de ensamblaje de tanques de Kharkov, ahora situadas a cientos de kilómetros de su localización original, produjeron sus primeros tanques T-34, sólo diez semanas después de que los últimos ingenieros habían abandonado las instalaciones en Kharkov con los alemanes pisándoles los talones.

Esta extraordinaria hazaña sólo fue posible gracias al patriotismo y espíritu de sacrificio del pueblo soviético. Durante la guerra, la URSS experimentó una verdadera «revolución industrial», a pesar de toda la destrucción traída por los nazis. Las exigencias del conflicto, la lucha por la supervivencia, demandaron el máximo de las capacidades de hombres y mujeres soviéticos, los cuales respondieron con creces. La ayuda económica que a partir de fines de 1941 enviaron norteamericanos y británicos a la URSS alivió algunos problemas, en especial en lo referente a suministro de camiones, equipos de radio y comida enlatada, pero sería absurdo atribuir a esta ayuda los fantásticos logros de producción soviéticos durante el conflicto. Como dice Alee Nove: «El hecho de que, para fines de 1942, los rusos estuviesen produciendo más tanques y aviones que los alemanes... se debió ante todo al espíritu de sacrificio y al duro trabajo del pueblo. Que tan grandes fueron los sacrificios es algo que no se entiende aún en occidente. La comida era escasa, pues las principales zonas agrícolas habían sido capturadas, y los sistemas de transporte estaban sometidos a una incesante presión por las exigencias bélicas. En la retaguardia, mucha gente estaba hambrienta; vivían en alojamientos sobresaturados con varias familias ocupando una sola habitación. Las horas de trabajo extra eran muchas y la disciplina militar fue impuesta sobre la población civil. La producción de bienes de consumo se paralizó casi por completo; ropa y otras necesidades de ese tipo eran casi imposibles de obtener. En ningún otro país se dio tan alta prioridad a la realización de una guerra total. Para este propósito, el sistema político y los mecanismos de planificación stalinistas eran invaluable. Mas éstos jamás habrían tenido éxito si el pueblo no hubiese respondido»⁵⁹.

Los costos que pagó la URSS por su victoria fueron muy altos y han dejado una huella indeleble en ese país. Más personas perecieron en Leningrado *solamente* que el total de británicos y norteamericanos muertos por diversas causas a lo largo de toda la guerra. Se calcula que las pérdidas militares soviéticas alcanzaron la cifra de 10 millones de muertos, de los cuales alrededor de 3 millones fallecieron en los campos de prisioneros debido al absoluto descuido y al inhumano tratamiento de sus captores. Un «detalle» que faltaba cubrir en los planes de la operación «Barbarroja» se refería precisamente a los prisioneros de guerra. Se buscaba capturar grandes masas de prisioneros, pero los planificadores nazis no se preocuparon de responder a la pregunta de cómo mantenerlos una vez que cayesen en sus manos. A las

59. A. Nove: Stalinism..., ob. cit., pp. 90, 91

pérdidas militares hay que añadir las civiles, que ascendieron también a los 10 millones; parte de ellas pereció a manos del enemigo, las demás a causa del hambre y las enfermedades.

El Ejército Rojo, que en las primeras de cambio había sufrido severas derrotas, pronto se recuperó, llegando a convertirse en una maquinaria de gran calidad profesional y en la fuerza militar dominante en Europa. La batalla de Stalingrado en el invierno de 1942-43, ha quedado como una de las páginas más heroicas en la historia de la guerra. Stalingrado fue un golpe psicológico decisivo, pero el golpe más crucial desde el punto de vista militar fue asestado contra la Wehrmacht en Kursk, en el verano de 1943. Kursk ha sido la batalla de tanques más grande de la historia; en esa ocasión, las tropas de Hitler sucumbieron ante el nuevo poderío soviético, y vieron sellada definitivamente su derrota. A partir de ese momento, los ejércitos nazis empezaron la retirada que les llevaría, dos años más tarde, hasta las propias calles y derruidas edificaciones de Berlín, enfrentando a las tropas rusas que penetraban invenciblemente en el humeante «bunker» del Führer.

Algo que hay que tener claro es que el Ejército Rojo que combatió en Kursk, Kiev, Moscú, Leningrado, etc., era una fuerza eminentemente popular, una verdadera fuerza telúrica lanzada a la defensa de su país. El general alemán Manteuffel se refirió en los términos siguientes al Ejército Rojo, en una conversación con el estratega británico Basil Liddel Hart: «El avance de un ejército ruso es algo que los occidentales no pueden imaginar. Detrás de las columnas de tanques se abalanza una vasta horda, casi toda sobre caballos. El soldado lleva un pequeño saco a sus espaldas con pedazos de pan seco y vegetales crudos recogidos en su marcha a través de campos y villas. Los caballos comen la paja que cubre el techo de las casas abandonadas; ambos consumen poco aparte de eso. Los rusos están acostumbrados a avanzar por tres semanas o más de esa manera. No es posible detenerlos como se detiene a un ejército ordinario cortando sus comunicaciones, pues muy raras veces se consigue alguna columna de suministros a la cual atacar»⁶⁰. La guerra en la URSS se convirtió para los alemanes, como había ocurrido con Napoleón, en una pesadilla de la que sólo se quería salir lo antes posible.

Ya en Noviembre de 1942, para el momento en que se desencadenaba con plena intensidad la operación «Uranus» desatada por el Ejército Rojo en torno a Stalingrado, las fuerzas soviéticas sumaban 6.124.000 hombres apoyados por 77.734 cañones y morteros, 6.956 tanques y 3.254 aviones de combate. En los frentes de batalla, el Ejército Rojo desplegaba 391 divisiones, varias brigadas blindadas y mecanizadas independientes y 15 cuerpos de tanques. En su reserva, el «Stavka» mantenía 25 divisiones, 7 grupos de infantería y brigadas blindadas independientes, y 13 cuerpos de tanques y grupos mecanizados. Frente a este potencial, los planes de Hitler no podían materializarse, y Stalin, confiado en sí mismo y en las fuerzas a su disposición, así lo sabía.

60. B.H. Liddell Hart: *The German Generals Talk*, William Morow, N.Y. p. 116

4. LA REVOLUCIÓN TRAICIONADA

En 1936, en su exilio noruego, Trotsky redactó uno de sus más complejos e impactantes libros: *La Revolución Traicionada*. El título hizo creer a muchos que el libro representaba la ruptura definitiva de Trotsky con la Unión Soviética de Stalin y el stalinismo. En realidad, la argumentación de Trotsky era más sutil y a ratos difícil de seguir en sus complicados vaivenes dialécticos. El libro representaba la reacción de Trotsky ante el anuncio oficial del Kremlin de que la Unión Soviética «ya había alcanzado el socialismo», dándose a la vez a sí misma «la Constitución más democrática del mundo». Stalin fundamentaba sus fanfarrias sobre la «llegada del socialismo» a la URSS en los progresos experimentados por el proceso de industrialización, la relativa consolidación de la agricultura colectivizada y en el hecho de que la nación parecía estar dejando atrás el hambre y las persecuciones de los primeros años de la década del treinta.

Para Trotsky, esta pretensión stalinista era absurda y contradictoria. En primer lugar, Trotsky señaló que el predominio de los mecanismos sociales de propiedad no constituía de por sí todavía el socialismo, aun cuando éstos eran sus prerequisites esenciales; el socialismo tenía que basarse en una economía de la abundancia y no podía darse en las condiciones de atraso y escasez que seguían predominando en muchos sectores de la URSS. En segundo lugar, el socialismo era incompatible con las desigualdades de tipo económico y social aún presentes a diversos niveles en la sociedad soviética, y con los privilegios que poseía la «casta burocrática» en control del aparato del Estado. En tercer lugar, Trotsky indicó que el socialismo era inconcebible sin la gradual extinción del Estado; en la Unión Soviética stalinista, el Estado, en lugar de languidecer y apagarse, se había fortalecido en forma extraordinaria, acentuando particularmente sus poderes coercitivos y centralizando radicalmente el proceso de toma de decisiones de interés colectivo. Por último, Trotsky insistió en que la idea del socialismo no podía de ninguna manera armonizarse con las persecuciones, las purgas y el «culto a la personalidad» que eran parte inherente del régimen stalinista. Para Stalin, el «cerco» al cual estaba sometida la URSS por parte de las potencias capitalistas impedía el debilitamiento del Estado soviético; para Trotsky, esto constituía una admisión indirecta de que la tesis del «socialismo en un solo país» era una farsa, que distorsionaba la verdadera esencia de la idea socialista como proyecto de carácter internacional.⁶¹

Trotsky pensó que de continuar aumentando los poderes de control y los privilegios de la burocracia, la URSS corría el riesgo de una restauración del capitalismo; pero el poder de Stalin descansaba sobre una economía socializada y planificada, y él también comprendía que una restauración capitalista significaba su propio fin: «de ahí que se lanzara contra su propia burocracia, y... la diezmará en

61. Véase: I. Deutscher: *Trotsky, el Profeta Desterrado*, ERA, México, 1969, pp. 277, 278.

cada una de las purgas sucesivas. Uno de los efectos de las purgas fue impedir que los grupos de administradores se consolidaran como un estrato social. Stalin estimulaba sus instintos voraces y les retorció el pescuezo... Mientras por una parte el terror aniquilaba a los viejos cuadros bolcheviques e intimidaba a la clase obrera y el campesinado, por otra parte mantenía a la burocracia entera en un estado de flujo, renovando permanentemente su composición y no permitiéndole pasar de una condición de ameba o protoplasma a la de un organismo compacto y articulado con una identidad sociopolítica propia»⁶². En *La Revolución Traicionada*, Trotsky trató de analizar la situación de la URSS y las perspectivas del stalinismo; muchas de sus apreciaciones fueron acertadas, pero se equivocó en un punto muy importante: perdió nuevamente de vista la tenacidad y astucia de Stalin; el «hombre de acero» no era el representante de la nueva burocracia, era al mismo tiempo su expresión y su verdugo.

¿Traicionó Stalin a la revolución? Es extremadamente difícil dar una respuesta simple y clara a esta pregunta. No es difícil construir un argumento a favor de Stalin, pero es también fácil construir un devastador argumento en su contra. Stalin empezó a ascender hacia el poder en un país atrasado, pleno de campesinos pobres, exhausto luego de una formidable revolución y de una cruel guerra civil, rodeado de enemigos que buscaban su destrucción y con una economía casi totalmente en ruinas. Al morir, tres décadas más tarde, Stalin era el jefe supremo de uno de los dos superpoderes mundiales, con una industria y una tecnología sólo sobrepasadas por las de los Estados Unidos y capaces de producir la bomba de hidrógeno. Durante su período de mando, las fronteras del viejo imperio ruso fueron casi del todo restauradas, la influencia soviética se extendió a Europa oriental, China se hizo comunista, y en la URSS se expandieron la educación y los servicios sociales a todos los niveles. Los defensores de Stalin, que siguen siendo muchos, pueden apuntar a éstos, así como a otros logros para sostener la «necesidad» de los métodos empleados: la estrategia económica de Stalin, basada en la colectivización forzada, fue lo que salvó a la URSS de la amenaza nazi. Esto significa férrea disciplina, coerción, sacrificios; era indispensable avanzar rápidamente y sin contemplaciones. A fin de cuentas (argumentaría este hipotético personaje), Stalin fue una figura positiva, como revolucionario y como estadista, para la Unión Soviética y para la causa del socialismo.

Los adversarios de Stalin, y entre éstos los innumerables «marxistas» de una y otra especie, criticarían ante todo sus métodos, su cruel indiferencia hacia la vida humana, su oportunismo, sus serios errores de política interna y exterior, el dogmatismo que impuso sobre la actividad intelectual, científica y artística, en la URSS, la destrucción que hizo caer sobre el partido bolchevique como organismo capaz de pensar y discutir con relativa libertad diversos puntos de vista, el aliento que dio al culto de su persona y que desbordó los límites más inimaginables, el encono con el cual persiguió a sus opositores y que llegó en muchas ocasiones hasta los familiares y amigos de éstos y sobre muchas otras víctimas inocentes, el

62. Ibid., p. 282.

terror generalizado que desencadenó sobre la sociedad soviética, y quizá más que todo lo ya mencionado, la subordinación en que colocó los intereses de la revolución internacional con respecto a los intereses nacionales de la URSS como Estado. El caso contra Stalin es sólido y difícilmente refutable si se le sostiene en base a criterios de tipo ético o desde una perspectiva marxista «ortodoxa». Este fue el ángulo escogido por Trotsky, el cual le condujo a argumentar que en lo que tuvo de negativo, el stalinismo no fue un producto del socialismo, sino exclusivamente de su historia en Rusia y de condiciones históricas muy precisas.

Hoy en día no se puede aceptar sin críticas esa opinión de Trotsky, porque ya no es tan fácil separar la idea socialista de su historia, o en otras palabras, las ideas originales socialistas tienen que ser revisadas y están siendo revisadas a la luz de la historia del socialismo en este siglo. Sin duda, el ascenso de Stalin, su poder, sus métodos, sus éxitos y fracasos tienen que ser entendidos en el contexto de la historia de Rusia, del destino de la revolución comunista en un país mayoritariamente campesino, atrasado y aislado en el mundo. Pero esta «explicación» es todavía muy limitada, y por supuesto, «entender» a Stalin y el stalinismo como productos de un contexto determinado no puede servir nunca como justificativo de lo hecho por Stalin.

Trotsky y muchos otros marxistas «ortodoxos» han visto en el stalinismo una degeneración ideológica de serias consecuencias. Lo que ocurrió fue que la realidad se comportó en forma diferente a como lo postulaban las ideas. En lugar de producirse la revolución en países capitalistas avanzados, se dio en un país con un capitalismo incipiente. Posteriormente, el «segundo ciclo revolucionario» no fue el resultado de insurrecciones «desde abajo», como había sido la insurrección de Octubre de 1917, sino una revolución por la conquista trasladada en las bayonetas del Ejército Rojo por toda Europa oriental: «Los principales agentes de la revolución no fueron los obreros de esos países y sus partidos sino el Ejército Rojo. El éxito o el fracaso no dependieron del equilibrio de las fuerzas sociales dentro de ningún país, sino fundamentalmente del equilibrio internacional de poder, de los pactos diplomáticos, de las alianzas y las campañas militares. La lucha y la cooperación de las grandes potencias se impusieron sobre la lucha de clases, transformándola y deformándola... El pacto de Stalin con Hitler y la división de esferas de influencia entre ellos constituyeron el punto de partida para la transformación social en la Polonia oriental y en los Estados bálticos. Las revoluciones en Polonia propiamente dicha, en los países balcánicos y en Alemania oriental se realizaron sobre la base de la división de esferas de influencia que Stalin, Roosevelt y Churchill acordaron en Teherán y Yalta. En virtud de esta división, las potencias occidentales utilizaron su influencia para reprimir, con la connivencia de Stalin, la revolución en Europa occidental (y en Grecia), independientemente de todo equilibrio local de las fuerzas sociales. Es probable que de no haber existido los acuerdos de Teherán y Yalta, la Europa occidental más bien que la oriental se habría convertido en el teatro de la revolución...En ambos lados de la gran división, el equilibrio internacional del poder ahogó a la lucha de clases»⁶³.

63. Ibid., pp. 464, 465.

Los hechos no se amoldaron a la teoría y la vida se mostró mucho más compleja y sinuosa que los dogmas; en especial, las realidades demostraron que tanto el marxismo original, así como el propio análisis de Trotsky, subestimaron la importancia del elemento nacional en las luchas históricas contemporáneas. Stalin se impuso por una serie de razones, pero una de las principales fue su capacidad de adaptarse a una situación nueva, no prevista en los textos marxistas: la revolución en un solo país. Stalin fue en buena parte el producto del fracaso de la revolución en occidente y del aislamiento de la Unión Soviética.

En su importante libro *El Stalinismo*, el historiador «disidente» soviético Roy Medvedev se formula tres preguntas centrales: ¿fue el stalinismo un accidente histórico, el resultado del impacto de una personalidad peculiar?, ¿fue la ascensión de Stalin al poder supremo un acontecimiento ineluctable, anclado en el bolchevismo mismo, al cual de hecho expresaba?, ¿fue el stalinismo necesario para que la URSS alcanzase los impresionantes logros de este medio siglo de transformaciones? Como historiador no-determinista que es, Medvedev responde negativamente a esas preguntas.⁶⁴ La historia está siempre abierta, en el sentido de que son los hombres los que la hacen, aunque «no en condiciones escogidas por ellos». La historia es un campo en el que múltiples fuerzas se enfrentan y la victoria no implica que la causa de los triunfadores sea la más justa. La «fortuna» o azar de que habla Maquiavelo tiene su lugar en los acontecimientos históricos dentro de los cuales la voluntad humana juega un papel esencial. Este factor, que Trotsky no supo apreciar sobre su enemigo, tuvo un peso crucial en el éxito político de Stalin. Dos características resaltaban en su compleja personalidad: su ilimitada ambición de poder y su capacidad de simulación y manipulación de hombres e ideas. Para Medvedev, Stalin era absolutamente hipócrita con respecto a las ideas; su «marxismo» era un instrumento de poder y nada más. Sin embargo, hay hechos y testimonios que hacen pensar que esa opinión no es del todo justa. Nikita Khrushchev, uno de los más influyentes iniciadores del proceso de «desestalinización» en la URSS, al mismo tiempo que denunciaba las atrocidades y crueldades de Stalin declaraba que: «Stalin estaba convencido de que esto era necesario para la defensa de los intereses de la clase trabajadora contra las conspiraciones de sus enemigos y los ataques del campo imperialista. El veía todo esto desde la perspectiva de los intereses de los trabajadores y de la victoria del socialismo y el comunismo. No podemos decir que sus acciones eran las de un déspota al cual nada importaba sino su poder. El pensaba que esto debía hacerse en el interés del partido y de las masas, en nombre de la revolución y de la defensa de sus conquistas. ¡En esto precisamente descansaba toda la tragedia del asunto!»⁶⁵. Ciertamente, Stalin tenía una inmensa ambición de poder, pero su existencia cotidiana era ascética, solitaria, plenamente consagrada al servicio de su país.

64. Véase Roy Medvedev: *Le Stalinisme*, Le Seuil, París, 1972.

65. Citado por R. C. Tucker: *Several Stalins*, loc. cit., p. 174.

Stalin estaba convencido de que era él quien encarnaba la voluntad revolucionaria, él quien debía gobernar para guiar a la URSS a través de los peligros que por todas partes la acechaban. Seguramente Trotsky no se equivocaba al pensar que Stalin padecía de un cierto complejo de inferioridad con respecto a los «intelectuales» que con tanto rencor y fanatismo perseguía, pero es también probable que el «hombre de acero» haya despreciado en ellos su falta de tenacidad y realismo políticos. En el fondo, Stalin posiblemente se consideraba un «buen bolchevique», un legítimo sucesor de Lenin y el portavoz de los más puros anhelos revolucionarios. Allí, como lo dice Khrushchev, descansa la tragedia: Stalin expresaba la máxima bismarkiana de que «la política es el arte de lo posible», y lo posible, en las condiciones en que actuó, difícilmente podía satisfacer las aspiraciones de las que brotó la Revolución de Octubre.

Esta visión de Stalin no es fácil de aceptar. La figura de Stalin luce inhumana, no sólo por las acciones brutales que era capaz de conducir y ejecutar, sino también en un sentido más individual, referido a la «imagen» misma de la persona. Lenin y Trotsky eran políticos y revolucionarios, pero eran igualmente capaces de apreciar el arte, la música, la literatura. Lenin se sobrecogía al escuchar la *Appassionata* de Beethoven; Trotsky fue un amante de la literatura, su personalidad intelectual era multifacética, y así como podía escribir sobre áridos temas económicos era también capaz de descubrir el valor de una obra como *La Condición Humana* de Malraux, y de exaltarla en brillantes artículos de crítica literaria. En Stalin todo es tedio, uniformidad, rutina de estadista centrado en la política y el poder. Los así llamados «crímenes de Stalin», es decir, las atrocidades que se cometieron bajo sus órdenes, las purgas, deportaciones y persecuciones masivas fueron de una crueldad y de una magnitud tales que se hacen «abstractas» a los ojos de los que ahora leen y se documentan al respecto. Algunos han hablado de «sadismo» en relación con estos crímenes, pero este epíteto no es quizá el más adecuado, ya que como lo dice Simone de Beauvoir en su ensayo sobre Sade: «Hacer correr la sangre era un acto cuya significación podía, en ciertas circunstancias, exaltarlo. Pero lo que exigía esencialmente de la crueldad era que se le revelara como conciencia y libertad al mismo tiempo que como carne de individuos singulares y como la suya propia. Juzgar, condenar, ver morir desde lejos a seres anónimos, no lo tentaba»⁶⁶. En cambio, Stalin generaba o se unía a procesos que hacían perecer a miles de seres que a veces sólo quedaban como números en cómputos estadísticos. Stalin podría haber hecho suyas estas frases del célebre Marqués: «¿Qué deseamos en el gozo? Que todo lo que nos rodea no se ocupe más que de nosotros, no piense más que en nosotros, no cuide más que de nosotros... no existe hombre que no quiera ser un déspota»⁶⁷. Pocos lo consiguen de la manera de Stalin.

66. Simone de Beauvoir: *El Marqués de Sade*, Siglo Veinte, Buenos Aires, 1969, p. 34.

67. *Ibid.*, p. 18.

La época de la guerra fue terriblemente dura para la Unión Soviética; durante ese período y hasta su muerte, el nombre de Stalin quedó asociado a la gran victoria sobre el nazismo. Para muchos, esa victoria reivindicó a Stalin y sus políticas internas y externas. En relación con este razonamiento, bien puede aplicarse la frase de Djilas de que: «en política, todo lo que termina bien pronto se olvida»⁶⁸. Stalin había dicho en 1931: «Nos encontramos cincuenta o cien años detrás de los países avanzados. Tenemos que recorrer esa distancia en diez años. O lo hacemos así o nos liquidan.» Numerosos analistas de la historia soviética y del papel de Stalin, entre ellos Isaac Deutscher, han asegurado que «la guerra no habría sido ganada sin la intensiva industrialización de Rusia... y sin la colectivización de la agricultura»⁶⁹. Pero esto ha sido cuestionado. El famoso economista norteamericano Paúl Sweezy se ha preguntado lo siguiente: «¿Por qué... se sostiene tan firmemente que a no ser por la campaña de colectivización forzada e industrialización de los años 20 la URSS habría perdido la guerra? De seguro que aun si la Unión Soviética hubiese seguido una estrategia de desarrollo distinta, no habría sido fácil de conquistar en 1940, y si la alianza obrero-campesina hubiese sido cultivada y no destruida, la URSS se habría presentado ante Hitler en mejores condiciones de las que se encontraba. A pesar de sus éxitos iniciales y de su aplastante superioridad militar, el Japón no logró conquistar China en los años 30; ¿por qué debe asumirse que la Alemania nazi habría tenido mejor suerte contra la URSS?»⁷⁰. Hay que tener cuidado para no malinterpretar a Sweezy; no se trata de que la industrialización no haya sido importante para colocar a la URSS en condiciones de detener a Hitler; la pregunta es más bien: ¿era el camino escogido por Stalin el único posible, el más acertado? Una cosa es cierta: la URSS se industrializó, la URSS colectivizó la agricultura, la URSS ganó la guerra, pero /os costos de estos triunfos fueron excesivos. Con Stalin a la cabeza, el precio en vidas humanas y recursos materiales ascendía; ése era su estilo: cruel, despótico y en última instancia eficaz gracias a las características de un pueblo que como el soviético posee una gran capacidad de sacrificio y un espíritu que bien puede calificarse de estoico.

Stalin supo imponer la voluntad del Estado soviético en momentos en que una parte importante del territorio nacional se encontraba invadido y hasta se pensaba en la eventualidad de una derrota, pero esas perspectivas de fracaso ante el nazismo tenían mucho que ver con los errores políticos de Stalin. Un juicio balanceado sobre el «hombre de acero», como ocurre con otras figuras históricas, no debe perder de vista ninguna de esas dos realidades. Nove relata que en una ocasión escuchó a alguien decir que el triunfo de Stalingrado demostraba la certeza de las políticas de Stalin, y un crítico respondió que; «por lo que sabemos, de no haber sido por las políticas de Stalin, los alemanes ni siquiera se hubiesen acercado a Stalingrado»⁷¹.

68. M. Djilas: *Conversations...*, ob. cit., p. 30.

69. I. Deutscher: *Stalin*, ob. cit., p. 535.

70. Véase *Monthly Review*, January 1978, p. 63.

71. A. Nove: *Stalinism...*, ob. cit., p. 95.

Quizá sea lo más adecuado concluir este ensayo sobre Stalin con las siguientes palabras de Georges Sabine: «Tanto Hitler como Stalin fueron tiranos; en cuanto a maldad personal, no se podría escoger entre ambos. Pero, por lo que se refiere a los valores de la política civilizada, Hitler era un nihilista; no es posible relacionar con su carrera una sola idea o una política constructiva. Significó un enorme desastre para Alemania y para Europa. Stalin utilizó ampliamente los métodos de brutalidad y terrorismo y, sin embargo, no hay duda de que los historiadores describirán el cuarto de siglo de su gobierno como un período en el cual Rusia no sólo se convirtió en una gran potencia política, sino que se transformó económica y socialmente en una nación moderna»⁷².

72.G. Sabine, *Historia de la Teoría Política*, FCE, México, p. 658.

CAPITULO III

CHURCHILL

1. La Vocación Política

«Es un hermoso juego, el de la política.»
Churchill (Carta a su madre, 1895.)

En un excelente ensayo sobre Churchill, el historiador británico A. J. P. Taylor hace una afirmación que a primera vista puede lucir extraño o aun sorprendente. Según Taylor: «Desde un comienzo, Churchill fue un estadista y no propiamente un político»¹. ¿En qué se diferencia un «político» de un «estadista»?; las palabras de Taylor encierran una cierta desvalorización de lo que «ser político» significa, o para ponerlo de otra forma, otorgar a la acción del «estadista» una superioridad sobre las luchas del que es solamente un «político».

Max Weber escribió que: «Quien hace política aspira al poder; al poder como medio para la consecución de otros fines (idealistas o egoístas) o al poder "por el poder", para gozar del sentimiento de prestigio que él confiere»². Este planteamiento puede ser útil para entender lo que ha querido decir Taylor: un «político», en el sentido de Taylor, es aquél para el cual la lucha por el poder como fin en sí mismo predomina sobre la concepción del poder como medio para lograr otros fines.

1. A. J. P. Taylor: «Churchill: The Statesman», en *Churchill. Four Faces and the Man*, Penguin, Harmondsworth, 1973, p. 11.

2. Max Weber: *El Político y el Científico*, Alianza Editorial, Madrid, 1972, p. 84.

El estadista, por el contrario, es *un cierto tipo de político*, que gracias a su visión, a su superioridad intelectual, a su seguridad en sí mismo y su misión, a su poder persuasivo y a la fuerza y el impacto de sus convicciones, trasciende las pequeñeces de la lucha cotidiana por parcelas y gramos de poder, y aun cuando participe hasta cierto punto de ellas, se coloca por encima de esas limitaciones y amplía el horizonte de lo político hacia los problemas básicos de la organización, la convivencia y los conflictos entre comunidades y Estados. Un «político», de acuerdo a Taylor, es un hombre sujeto a los vaivenes de una pugna sin fin por posiciones de poder; un estadista, en cambio, es un político que, sin dejar de ser pugnaz y combativo, eleva constantemente la confrontación de ideas y posiciones a niveles más altos, y una vez llegado al poder, aun antes de haberlo conquistado, coloca la cuestión de los fines en lugar primordial y prioritario.

Aclarados así los términos, es esencialmente correcto decir que Churchill fue, ante todo, un estadista que entró a la política «desde arriba», pero no siempre, como se verá más adelante, se mantuvo en la cima, ni en cuanto a posiciones de poder ni con relación a la altura o nobleza de sus planteamientos ideológicos. Churchill fue, de hecho, un aristócrata de la política, un hombre que sentía que el poder le era debido por tradición heredada y por sus cualidades personales. Sir Winston era descendiente directo de John Churchill, el Duque de Marlborough, vencedor de los ejércitos franceses de Luis XIV. El padre de Churchill, Lord Randolph, había sido Ministro y figura prominente del partido Conservador. El propio Sir Winston no tardó mucho en ingresar a la sociedad de los ministros potenciales, y a los treinta y tres años ya era miembro del gabinete. Desde un principio, Churchill imprimió a su carrera política el ímpetu, la fogosidad y la elocuencia que siempre le caracterizaron. Los estudios, la vida militar, la investigación histórica, sus escritos, eran adyacentes a su acción política. Churchill era un aristócrata en medio de la democracia británica, que dedicó su vida a la defensa del imperio, de la estructura social y los valores que había conocido desde niño a través del prisma de una clase dominante segura de sí misma y de su misión «civilizadora» hacia otros pueblos, y «paternal» hacia las clases trabajadoras de su propia nación.

Churchill era esencialmente un conservador, un hombre que aceptaba sin el más mínimo cuestionamiento las creencias tradicionales de la clase gobernante británica, de los hombres que había liderizado la expansión del imperio alrededor del mundo y dirigido la revolución industrial y comercial que había hecho de Inglaterra por muchos años el poder dominante del globo, preservando en lo fundamental un sistema social rígido y sólidamente jerarquizado. Churchill, como escribió de él Charles Masterman, «deseaba para Gran Bretaña un estado de cosas en el cual una benigna clase alta dispensase beneficios a una industriosa y agradecida clase trabajadora»³.

3. R. Rhodes James: «Churchill: The Politician», en Churchill: Four Faces..., ob. cit., pp. 66, 67.

Churchill creía fervientemente en la bondad de las instituciones parlamentarias y el concepto de libertad británico, pero su idea al respecto era la de un parlamento constituido por hombres como él, aristócratas que discutían sobre todo aquello que pudiese interesar al pueblo, pero que éste no podía dilucidar por sí mismo. La «libertad» de que hablaba Churchill estaba reservada a algunos países y ciertas clases de hombres. Ante las aspiraciones de independencia de la India, Churchill se hizo el vocero del más recalcitrante imperialismo, enumerando en sus discursos todos los argumentos alarmistas siempre utilizados por los que piensan que hay países y hombres con derecho a determinar los destinos de otros: «Somos 45 millones de personas en esta isla, una gran proporción de las cuales existen gracias a nuestra posición en el mundo, económica, política e imperial. Si ustedes, guiados por locura y cobardía disfrazadas de benevolencia, se retiran de India, dejarán atrás un... caos horrible, y encontrarán hambre a su regreso.» (Discurso del 30 de Enero de 1931.) En Octubre de 1932, Churchill declaró en una carta pública que: «Las elecciones, aun en las democracias más avanzadas, son vistas como una desgracia y una perturbación del progreso social, moral y económico, y hasta como un peligro para la paz internacional. ¿Por qué debemos en este momento forzar sobre las razas atrasadas de India un sistema cuyos inconvenientes se hacen sentir hoy día aun en las naciones más desarrolladas, los Estados Unidos, Alemania, Francia y la misma Inglaterra?»

Churchill reservaba para usar contra Gandhi sus más virulentos ataques. Para el heredero de Marlborough, el líder hindú, era «un fanático maligno y subversivo»; a su modo de ver, resultaba «alarmante y también nauseabundo contemplar al Señor Gandhi, un abogado sedicioso, posando ahora como fakir de una especie bien conocida en el Oriente, ascendiendo medio desnudo las escaleras del palacio virreinal (del Viceroy británico en India), mientras organiza y conduce al mismo tiempo una desafiante campaña de desobediencia civil, para hablar en términos de igualdad con el representante del Rey-Emperador». (Alocución del 23 de febrero de 1931.) Winston Churchill era capaz de llegar a estos extremos de un no muy velado racismo, típico de un hombre que amaba contradictoriamente la libertad y el imperio, la democracia y la monarquía, la libre empresa y el colonialismo. Se trataba de un hombre apasionado, muchas veces impredecible, en el que convivían los impulsos más nobles con la más repulsiva crudeza ideológica.

Churchill quería el poder, pero no lo buscaba con la callada avidez de Stalin, o con la tumultuosa ambición de un Hitler. Para Churchill, el poder era producto de un contexto institucional, de una realidad parlamentaria y democrática, a la que consideraba inviolable dentro de su propio país. No obstante, Churchill estimaba que ese poder le venía como un traje hecho a la medida, como un instrumento indispensable para el despliegue de sus condiciones. Si bien Churchill perteneció tanto al partido Liberal como al Conservador, mantuvo siempre una gran independencia de las organizaciones y autoridades partidistas; Churchill era, ante

todo, él mismo, un estadista que combatía por sus convicciones con un radicalismo apto para generar las más férreas adhesiones y las más enconadas enemistades.

Quizá el rasgo más distintivo de Churchill, como hombre y como estadista, era su coraje. En su juventud, como miembro de varias fuerzas expedicionarias británicas en Sudáfrica y la India, Churchill participó en relevantes acciones de guerra, asumiendo en varias oportunidades serios riesgos que le labraron una merecida reputación de valentía. En ocasiones, esos riesgos estaban cuidadosamente calculados para generar el mayor impacto y publicidad posibles. Como reveló a su madre en una carta de 1897, en la que narra su participación en un combate contra tribus rebeldes en la parte noroeste de la India: «Cabalgué a todo lo largo de la línea de fuego mientras los demás se arrastraban en busca de protección. Una acción idiota e irracional tal vez, pero yo juego sólo por elevadas recompensas, y dada una audiencia no existen actos que sean excesivamente nobles o arriesgados. Sin la galería las cosas son distintas.» Churchill ansiaba despertar la admiración de «la galería»; su talento requería el alimento de la admiración de otros, y su estilo político, fogoso, elocuente, exagerado en la forma y el contenido, se dirigía a impactar, a producir en los demás una reacción, costase lo que costase. En 1907, Lloyd George escribía sobre Churchill lo siguiente: «El aplauso del Parlamento es como el aire para sus pulmones. El es como un actor; le fascina estar en el centro del escenario y recibir la aprobación de los espectadores»⁴. Churchill sabía cómo mantener sobre él la atención del público, de la prensa, de sus colegas en el Parlamento. Su apetito de lucha era insaciable, e incansable la fecundidad de su talento. Aun en los períodos en que estuvo fuera del gobierno, en particular durante la década 1929-39, Churchill evitó caer en el desierto político; con libros, conferencias y encendidos discursos sobre la evolución política europea, Sir Winston continuó demostrando sus dotes de estadista.

Churchill encerraba en su persona grandes virtudes, así como también inevitables pequeñeces. Le era difícil distinguir entre un adversario y un enemigo; la oposición a sus ideas y proyectos le enervaba, y le hacía combatir con una intensidad a veces desproporcionada a las situaciones, sin preocuparle los efectos que ello podía tener sobre los demás. Lord Beaverbrook, uno de sus amigos más cercanos, se expresó de él en estos términos: «Churchill... posee los ingredientes de los cuales están hechos los tiranos.» Tomando en cuenta que vivía en un ambiente político democrático, y que rendía sincero tributo al parlamentarismo y todo lo que éste representaba, Churchill era poco capaz de distinguir entre objetivos políticos limitados e ilimitados, muy poco amigo de los compromisos y con tendencia a convertir a los rivales en acérrimos oponentes. Para él, era todo o nada, de allí que caracterizase a sus adversarios políticos en tales términos que hacía imposible cualquier tipo de reconciliación. Esta actitud se ponía de manifiesto tanto en su actividad política interna como en sus posiciones en política exterior. Vale la pena reproducir algunas de sus ideas sobre el socialismo de los laboristas británicos,

4. Ibid., p. 57

expresadas con hábil cinismo y un humor distorsionante: «Traducida en términos concretos, la sociedad socialista es un conjunto de individuos desagradables que obtuvieron una mayoría de votos en alguna elección reciente, y cuyos dirigentes mirarán ahora a la humanidad a través de innumerables ventanillas y mostradores y preguntarán: "Sus tickets, por favor"... El Socialismo quiere acabar con la riqueza; el Liberalismo busca aliviar la pobreza. El Socialismo quiere destruir el interés privado de la única manera en que puede ser segura y justamente preservado, es decir, reconciliándolo con el derecho público. El Socialismo mata a la empresa, el Liberalismo la rescata de las redes del privilegio y la preferencia»⁵.

Churchill era implacable con sus adversarios, pero sabía también ser generoso con los vencidos. Sir Winston quiso dejar plasmados los principios que guiaban su acción en un epígrafe colocado al comienzo de cada uno de los volúmenes de su Historia de la Segunda Guerra Mundial: «En la guerra: resolución; en la derrota: rebeldía; en la victoria: magnanimidad; en la paz: buena voluntad.» Churchill fue un hombre multifacético: estadista, orador, historiador, estratega, y hasta un buen pintor aficionado; sus pasiones eran la Gran Bretaña y su Imperio, acerca de los cuales tenía una idea romántica y poco acorde con la convulsionada realidad del siglo. Su mayor contribución fue haber liderado la lucha de su país en una de las etapas más críticas de su historia, logrando al final la victoria contra el nazismo. Mas este triunfo no hizo a Inglaterra más poderosa; Gran Bretaña quedó extenuada y la guerra abrió las puertas para la desintegración definitiva del Imperio. Internamente, el fin de los combates en 1945 coincidió con la gran victoria electoral de los laboristas y la salida de Churchill del gobierno. Resultaba extremadamente paradójico, y hasta podía verse como una manifestación de ingratitud, que el pueblo británico votase abrumadoramente por el partido opuesto a Churchill. Sir Winston había sido el gran líder, la figura indomable que desafió a Hitler, infundiendo esperanzas en un pueblo que vivía uno de los momentos más difíciles de su existencia nacional. No obstante, los británicos decidieron entregar las riendas del poder a los laboristas, y no fue Churchill, sino Attlee quien representó a Gran Bretaña en las negociaciones de Potsdam con Stalin y Truman.

La Gran Bretaña había sobrevivido como nación independiente, pero no así el Imperio ni tampoco el tipo de sociedad que Churchill había pretendido defender. La guerra produjo grandes transformaciones en el panorama interno y exterior del país, y quizá fue Churchill uno de los más sorprendidos por el radicalismo de los cambios. Se había logrado la victoria con el liderazgo inspirador de Churchill, pero ni el Imperio ni la sociedad liberal de corte decimonónico de sus antepasados habían sobrevivido. Para Churchill, todo esto debe haber lucido extraño y paradójico; el juego de la política había tomado un derrotero imprevisto que no estaba en sus cálculos. ¿Qué había ocurrido? El caso de Churchill es extremadamente revelador de los dilemas a que se enfrenta un conservador, un hombre aferrado al pasado, dentro de una situación política altamente dinámica y cambiante como la que caracteriza esta época histórica.

5. Citado por Henry Pelling: Winston Churchill, Pan Books, London, 1977, p. 113.

Es interesante analizar a Churchill como estadista, no tanto en aras de constatar de nuevo lo que logró, sino de descubrir qué fue lo que realmente pretendió lograr sin que hubiese podido hacerlo. Con tal propósito, es necesario primeramente discutir los dilemas a que se enfrentaba Gran Bretaña con relación a su defensa y la del Imperio en el período entre las dos guerras mundiales.

2. LOS DILEMAS DEL PODER INSULAR

Gran Bretaña se encontró del lado de los poderes victoriosos en la Primera Guerra Mundial, pero pocas victorias habían parecido tan ambiguas al pueblo británico. Las dolorosas experiencias del conflicto, los largos años de privaciones y sacrificios, el millón de muertos que yacían en las trincheras —toda una generación— constituían un precio que a muchos lucía extremadamente alto sólo para mantener el «balance de poder» en Europa. La guerra había sido desastrosamente conducida política y militarmente; se habían derrumbado numerosos mitos y las reputaciones de muchos dirigentes civiles y militares habían sufrido un daño irreparable: El impacto de las tragedias de Passchendale, el Somme, Ypres y otras batallas en las que cientos de miles de británicos perecieron en medio del lodo y el alambre de púas, enceguecidos por el gas o acribillados por las ametralladoras, se grabó indeleblemente en la mentalidad popular. Los británicos vieron la «victoria» con escepticismo; ya no tenía interés preguntarse sobre los motivos de la guerra ni preocuparse por dilucidar a fondo sus objetivos políticos. Se trataba tan sólo de escribir un epitafio adecuado sobre las tumbas de una generación joven y voluntariosa que había sido aniquilada en espantosas condiciones, atrozmente guiada a su destino por jefes incompetentes e insensibles. El epitafio escogido fue: «¡Nunca más!»; nunca más el pueblo británico aceptaría sacrificar de esa manera sus generaciones de relevo, nunca más las enviaría masivamente a pelear al continente europeo, a participar en las turbias polémicas de esos poderes continentales cuya inestabilidad interna les hacía tan diferentes y esencialmente lejanos. El Canal de la Mancha, ese breve trozo de mar que separaba la masa terrestre de Europa de las islas británicas había permitido a este pueblo desarrollarse en forma peculiar, sin ser invadido, con el espíritu volcado hacia el océano y a construir un imperio alrededor del mundo. Gran Bretaña, así pensaban muchos, estaba en Europa, pero *no formaba parte de Europa*; antes de la Primera Guerra Mundial, los británicos habían intervenido muchas veces en los conflictos europeos, pero nunca —al menos así lo consideraba una mayoría— los costos fueron tan altos, y nunca debían serlo otra vez. A partir del fin de esa guerra, el aislacionismo se apoderó de los británicos; había que encerrarse en las islas, dar gracias a Dios o a los accidentes de la geografía, por la existencia de ese Canal, de esa brecha de aguas tumultuosas que les separaba de los incómodos vecinos continentales, y fijar la vista en el horizonte interminable del Imperio.

El sentimiento popular era comprensible, pero lo cierto es que los británicos, incluyendo hombres de la talla de Liddell Hart, el gran teórico militar, no distinguían

entre los diversos componentes del compromiso de su país durante la guerra. El «compromiso continental» de Gran Bretaña tenía un ingrediente político, otro estratégico y otro operacional; desde el punto de vista operacional estaban plenamente justificadas las críticas a las decisiones estratégicas y tácticas que tanto habían contribuido a acrecentar los costos humanos y materiales del conflicto; pero esto no implicaba necesariamente cuestionar el *fin político* de la participación británica en la guerra. Al fin y al cabo, ¿cuál había sido el propósito de la intervención británica en el conflicto?; para responder brevemente: el propósito fue impedir la hegemonía alemana en el continente. ¿Era válido ese objetivo desde el punto de vista de la seguridad de Gran Bretaña y de su imperio? Varios siglos de historia obligan a dar una respuesta afirmativa a esa pregunta. A pesar de ser un poder insular, el destino de las islas británicas ha estado y sigue estando inextricablemente ligado al del continente europeo como un todo, pues como lo explica Michael Howard: «la seguridad de Gran Bretaña está básicamente conectada a la de nuestros vecinos continentales ya que el dominio de la masa terrestre europea por parte de un poder hostil haría casi imposible la preservación de nuestra independencia nacional y de nuestra capacidad para mantener un sistema de defensa que nos permita proteger cualquier interés extra-europeo que aún retengamos»⁶. En las actuales condiciones políticas y tecnológicas resulta fácil constatar que el Canal de la Mancha no constituye una verdadera «barrera» defensiva, mas esto había sido muy claro para los líderes británicos en siglos anteriores; por algo fue Wellington, y no un oficial prusiano o austriaco, el jefe de los ejércitos que derrotaron a Napoleón en Waterloo. En ese tiempo. Gran Bretaña había combatido contra el predominio de Francia; durante la Primera Guerra Mundial luchó contra la hegemonía de Alemania. En ambos casos, el objetivo de ese «compromiso continental» había sido mantener el balance de poder en Europa. Después de la Primera Guerra, gran número de británicos condenó el compromiso sin diferenciar entre sus diversos componentes; no obstante, era posible rechazar la forma en que las operaciones habían sido conducidas y los elevados costos incurridos sin necesariamente condenar las razones políticas de la intervención.

«La memoria de los estados —ha escrito Henry Kissinger— es la prueba de la verdad de su política. Entre más elemental sea la experiencia, más profundo será su impacto sobre la interpretación que haga una nación del presente a la luz del pasado. Aun es posible que una nación sufra una experiencia tan demoledora que se convierta en prisionera de su pasado. No sucedió así con Gran Bretaña en 1812. Había tenido su crisis y había sobrevivido. Pero aunque su estructura moral permaneció incólume, salió de la ordalía de casi un decenio de aislamiento con la resolución de no volver a estar sola jamás»⁷. La empresa de conquista de Napoleón había conmocionado al gobierno británico, haciéndole entender que un continente controlado por una potencia hostil planteaba a Gran Bretaña y su imperio una

6. Michael Howard: *The Continental Commitment*. Penguin, Harmon 1974, pp. 9, 10.

7. H. A. Kissinger: *Un Mundo Restaurado*, F.C.E., México, 1973, p. 47.

amenaza mortal. El aislacionismo de etapas anteriores ya no podía sostenerse y el «compromiso continental» se imponía como un imperativo político-estratégico, el cual, de ser violado, acarrearía las más graves consecuencias. Pero este compromiso no fue asumido por Gran Bretaña como una doctrina del intervencionismo, sino más bien como una postura vigilante, una actitud de alerta ante las amenazas que se perfilasen en Europa y que pusiesen en peligro el balance de poder. Aquí se presentaba una profunda diferencia entre la posición de Gran Bretaña, el poder insular, y la de Austria, la potencia continental situada en el centro de Europa, mucho más cercana a la realidad de los riesgos. Como explica Kissinger, Metternich, el canciller austríaco, «no tenía un Canal de la Mancha para evaluar tras su protección los acontecimientos que estaban sucediendo y para interferir a través del mismo en el momento de máxima ventaja. Su seguridad dependía de la primera batalla, no de la última; la precaución era su *única política*»⁸. Para Gran Bretaña, *la espera* era posible; su posición insular le *daba tiempo* para medir calmadamente la intensidad de las amenazas, para evaluar los riesgos e intervenir en el momento oportuno, fraguando alianzas pasajeras, establecidas con objetivos limitados, uniones que desaparecían una vez extinguido el peligro que las había visto nacer. De allí que el gobierno británico, contrariamente al austríaco, no creyese conveniente ni necesario edificar luego de la derrota definitiva de Napoleón una alianza permanente sobre el continente, un «gobierno europeo» que era visto con temor y que no se correspondía con el ánimo férreamente independentista e «insular» del pueblo británico. La idea de ligarse en forma decisiva a Europa despertaba —y aún hoy día despierta en numerosos habitantes de esas islas, que votaron en contra de la incorporación de Gran Bretaña al Mercado Común Europeo— pruritos hondamente arraigados, afectando negativamente su orgullo de ser de alguna manera «diferentes» a lo poco ordenados o a veces excesivamente belicosos pueblos del continente. Meternich buscaba después de 1812 una alianza sólida entre los poderes del status, dirigida a proteger la estabilidad de un orden social que había sido gravemente amenazado por la Revolución Francesa y su secuela napoleónica. El gobierno británico, representado por su canciller Lord Castlereagh, también buscaba una Europa donde fuese imposible el dominio universal, pero sus tradiciones, la firme creencia de que sus instituciones políticas internas eran distintas y que su mezcla con las prácticas europeas sólo conduciría a su progresiva desintegración, le llevó a rechazar el proyecto austríaco, limitándose a reservarse la facultad de intervenir en circunstancias extremas. En palabras de Canning, el gran rival de Castlereagh, la aceptación de un compromiso de asistir regularmente a los congresos europeos propuestos por Meternich habría involucrado a Gran Bretaña

8. Ibid., p. 53.

«profundamente en toda la política del Continente, mientras que nuestra política auténtica ha sido siempre la de no interferir sino en grandes emergencias, y entonces con una fuerza aplastante»⁹. Lord Castlereagh compartía esta visión de las cosas, este rechazo de un compromiso continental definitivo: «Cuando se perturbe el equilibrio territorial de Europa (Gran Bretaña) puede interferir eficazmente, pero es el último gobierno de Europa del que puede esperarse que se aventure a comprometerse en alguna cuestión de carácter absoluto... Nos encontraremos en nuestro sitio cuando un *peligro real* amenace el sistema de Europa: *pero este país no puede actuar, y no actuará, de acuerdo con principios abstractos de precaución*»¹⁰. De esta forma respondió Castlereagh a una propuesta del Zar de Rusia, que pedía la intervención de los poderes europeos contra una revolución que había estallado en España. El Zar quería aplastar la revuelta en nombre de la legitimidad de un orden social; Castlereagh, convencido de la estabilidad de las instituciones británicas, preocupado tan sólo por el efecto *externo* de esas rebeliones sociales, y pesimista ante las pretensiones universalistas de las alianzas entre poderes cuyos intereses divergían en el fondo, se limitaba a defender el balance de poder, sin intentar la homogeneización de las instituciones de países sustancialmente diferentes.

Gran Bretaña actuaría ante un *peligro real*, ante *grandes emergencias*, en *circunstancias extremas*; su política sería *defensiva* y *no preventiva*. No se trataba de actuar «de acuerdo con principios abstractos de precaución», sino de reaccionar una vez que las crisis se hubiesen desarrollado, ante amenazas carentes de ambigüedad. Esta era la política de un poder insular, que no rompía la conexión con el continente en vista de la importancia que el balance de poder europeo tenía para su seguridad, pero que no daba a su compromiso el carácter de una alianza o de una siempre definida participación militar en los conflictos. Después de la Primera Guerra Mundial la idea misma de un compromiso continental se hizo impopular, contribuyendo a que se oscureciesen las motivaciones políticas que habían originado previamente las diversas intervenciones británicas, y a que no se prestase suficiente atención a los dilemas implícitos en una política de «compromisos limitados» en un tiempo de rápidos y convulsivos cambios sociales, políticos y tecnológicos.

En efecto, durante el período napoleónico, las condiciones de la tecnología militar hacían posible que el juego político, la trabazón de coaliciones y la manipulación de los arreglos aconteciesen parsimoniosamente, sin excesivos sobresaltos, permitiendo un mayor equilibrio entre la toma de decisiones políticas y el apresto de los aparatos militares. Pero ¿qué podía ocurrir dadas otras condiciones, en que la tecnología bélica y nuevas doctrinas estratégicas se combinaran para posibilitar victorias rápidas, decisivas y traumatizantes dentro de un contexto político mucho más complejo e imprevisible? Hasta el momento de la invasión a Polonia en 1939, Hitler confió en que sería capaz de evitar una guerra contra todos sus enemigos en forma simultánea.

9. Ibid., pp. 53, 54.

10. Ibid, p. 54

Entre 1933, año de su ascenso al poder, y 1939 el Führer nazi supo avanzar paso a paso hacia la conquista de sus objetivos hegemónicos: primero fue la reocupación de la zona del Rin, luego la anexión de Austria, después vino el Pacto de Munich y más tarde la toma del resto de Checoslovaquia. De esta manera, a través de golpes individuales y sucesivos, manipulando los temores y las falsas esperanzas de sus adversarios, Hitler evitó presentarse como ese «peligro real», en la «gran emergencia» o las «circunstancias extremas» de que habían hablado Castierneagh y Canning el siglo pasado. Hasta el final, el líder nazi mantuvo su confianza en llegar a un arreglo con Gran Bretaña, aparentemente convencido de que ese país bien podía tolerar la hegemonía alemana en el continente a cambio de la estabilidad de su imperio. La política de no actuar sobre la base de «principios abstractos de precaución», de no asumir un compromiso continental definido hasta tanto la amenaza se despojase de ambigüedades, contribuyó significativamente al crecimiento de esa amenaza —debido a la ausencia de controles que la limitasen— y, en última instancia, a Dunquerque.

Quizá Gran Bretaña hubiese asumido compromisos más claros en el período 1919-39 de no haber mediado el predominio de la atmósfera pacifista generada luego de los desastres de la Primera Guerra Mundial. El pueblo británico veía con horror la posibilidad de otra guerra, el electorado era abrumadoramente pacifista y los políticos no podían perder de vista esa realidad. En este marco de ideas y opiniones se propagaron las doctrinas militares sobre «el modo británico de hacer la guerra», elaboradas por teóricos de la importancia de Liddell Hart. Fue precisamente Liddell Hart quien acuñó la frase: «modo británico de hacer la guerra» en un libro de ese título publicado en 1932. De acuerdo a Liddell Hart, esta práctica distintivamente británica se basaba en un uso eficaz del poder marítimo, la movilidad y la sorpresa. Esta doctrina fue su respuesta a los dilemas de la política de defensa británica entre las dos Guerras Mundiales: Gran Bretaña no debía crear de nuevo un gran ejército para enviarlo al continente con una estrategia ofensiva dirigida a la «victoria total». La solución militar adecuada consistía en retornar a las prácticas tradicionales de dejar el peso de los combates terrestres a sus aliados, mientras Gran Bretaña se concentraba en el empleo de poder naval y aéreo a través del bloqueo y los bombardeos. El ejército de tierra británico debería concebirse tan sólo como una fuerza de policía imperial, y su aporte a la lucha en el continente debía limitarse a unas cuantas brigadas mecanizadas. Mas en todo caso, sería preferible no comprometer fuerzas terrestres a las batallas sobre el continente y limitar al mínimo posible el compromiso británico en ese sentido ¹¹.

Las ideas de Liddell Hart reflejaban los sufrimientos padecidos por su generación durante la Primera Guerra Mundial, pero no hay que olvidar que si bien era legítimo abogar por estrategias «más flexibles», era también necesario tener en cuenta que —en palabras de Howard—: «el éxito de tal flexibilidad dependía de la

11. Véase B. Bond: Liddell Hart: A Study of his Military Thought, Cassell, London, 1977, pp. 65, 88.

existencia de un aliado continental que estuviese dispuesto a aceptar los sacrificios que los británicos querían evitar, y que ni la fortaleza militar ni la paciencia política de esos aliados eran inextinguibles»¹². Ya el Mariscal francés Foch había advertido a Henry Wilson en Febrero de 1915 que: «Ustedes los ingleses no deben cortejar una guerra larga con acciones dilatorias. Nosotros los franceses no podemos seguir en esto eternamente así que envíen a todo el que puedan lo antes que puedan»¹³. Las tesis de Liddell Hart eran particularmente débiles al no tomar en cuenta el hecho de que Gran Bretaña y sus aliados podían ser decisivamente derrotados antes de que cualquier «estrategia de aproximación indirecta» o «modo británico de hacer la guerra» fuesen puestos en acción. Si Francia y Rusia hubiesen experimentado un colapso durante la Primera Guerra Mundial (cosa que lució probable en 1915), la flexibilidad del poder naval británico podría haber logrado tan poco contra una Europa bajo la hegemonía alemana como fue capaz de lograr entre 1940 y 1942 — período en que también contaba con el poder aéreo. Sin duda, durante las guerras contra Napoleón y también en la Primera Guerra Mundial, el bloqueo británico y el uso del poder marítimo en general cumplieron un papel de relevancia (mucho más en el segundo caso que en el primero); pero en lo que respecta a Hitler, de poco habrían valido el bloqueo y los bombardeos sin las batallas de Stalingrado, Kursk, el Alamein y la invasión anglo-norteamericana al continente en 1944. No se trata de hacer un fetiche de la «guerra terrestre», sino de ubicarse concretamente en las condiciones políticas y militares de la guerra entre 1918 y 1945.

Dada la situación existente a partir de 1918, el gobierno británico trató de responder a los dilemas de defensa nacional optando por una política de «disuasión». Con la aparición del poder aéreo y su capacidad de llevar la destrucción más allá de los frentes de batalla hasta las propias ciudades del enemigo, cambió radicalmente *la imagen de la guerra* que tenía el público británico. En 1923, Lord Trenchard, fundador de la Real Fuerza Aérea sostuvo que: «El poder aéreo hace posible la rápida terminación de una guerra europea»; no obstante, ni la fuerza aérea británica ni la de ningún otro país era capaz de impedir que los bombarderos enemigos atacasen, ya que no había (al menos eso se creía en ese tiempo) una defensa eficaz contra el ataque aéreo. Esta era, admitía Trenchard, «una situación de inestable equilibrio internacional de muy alarmantes características», ya que si no existían defensas, la única alternativa de impedir un devastador ataque del adversario consistía en destruir su fuerza aérea en tierra, antes de que ésta despegase, y todos los poderes rivales estarían tentados de dar el primer golpe. En tales condiciones Balfour, Primer Ministro británico, sacó la conclusión de que la garantía final de la paz era «la certidumbre por parte de cada hombre, mujer y niño civilizado de que todo el mundo será destruido si hay una guerra, todos y todo».

12. M. Howard: ob. cit., p. 58.

13. Ibid., pp. 58, 59

Balfour confiaba en que «si las energías de nuestros Departamentos de Investigación se concentran en ese objetivo con suficiente habilidad, desembocaremos en esa situación»¹⁴. Es interesante constatar la premonición que encierran estas palabras: efectivamente, tres décadas más tarde, las armas termonucleares darían mucho mayor realismo a la «certidumbre» de que hablaba Balfour.

La política de la disuasión descansaba en el poder aéreo y el terror generado por una nueva imagen de la guerra, de acuerdo a la cual una nueva conflagración comenzaría con la masacre de decenas de miles de civiles inocentes a través del bombardeo aéreo de ciudades en vasta escala. Para el público británico, la ciudad de Londres, que según Churchill era como «una tremenda vaca gorda, una valiosa vaca gorda amarrada para atraer las bestias de rapiña»¹⁵, sería la primera y más terrible víctima. Los londinenses estaban convencidos de que los resultados de un ataque aéreo masivo contra su ciudad serían catastróficos, con cientos de miles de bajas y millones de refugiados, que se verían obligados a huir a las zonas rurales. Estas imágenes, compartidas tanto por la gente común y corriente como por los círculos oficiales, *no se correspondían* a la realidad de lo que el poder aéreo podía hacer en aquel momento, en vista del atraso en las técnicas de bombardeo, del relativamente bajo poder de los explosivos y de la eficacia (aún no comprobada) de las defensas (todavía no se había experimentado con el uso del radar); sin embargo, eso era lo que la gente creía que iba a pasar, esas eran las expectativas que se tenían, y en materia de disuasión el factor psicológico es clave. Lo cierto es que — como ahora lo sabemos— la Fuerza Aérea Alemana no tenía ni los planes ni la capacidad para darle ese «golpe de nocaut» a Gran Bretaña con un bombardeo masivo y aplastante, pero el público británico creía que así sería la guerra, y esta opinión, que acentuaba aún más las tendencias pacifistas predominantes, contribuyó de manera significativa, a moldear la política de «apaciguamiento» de Chamberlain hacia Hitler. Esta actitud, esas imágenes de catástrofe, fueron también responsables por el pánico que cundió en Gran Bretaña durante la crisis de Munich, cuando las carreteras de salida de Londres se vieron congestionadas de automóviles y más de 150.000 personas huyeron a Gales en una evacuación no autorizada por el gobierno. Una vez enfrentados a la verdadera realidad de la guerra aérea, el comportamiento del pueblo británico fue muy diferente, pero antes de esa prueba se impusieron las imágenes de catástrofe y el temor a cualquier ruptura de la paz.

La protección de Gran Bretaña se basaría entonces en la disuasión y no en la defensa, y esa disuasión (tal y como ahora en la era nuclear) estaría a su vez fundamentada en la amenaza de infligir al enemigo un daño inaceptable si éste se atrevía a atacar. Como lo hacen hoy día Estados Unidos y la URSS, en los años 20 Gran Bretaña pretendió mantener la paz con la amenaza del terror.

14. Ibid., p. 84.

15. Citado por F. M. Sallagar: *The Road to Total War*, Van Nostrand Reinhold Company, N. Y., 1975, p. 13.

Esta política de disuasión se adaptaba no sólo a las actitudes dominantes del público, sino también a las dificultades financieras del gobierno británico. Se concentrarían recursos en la fuerza aérea, mientras se imponían ciertas restricciones a la marina y sobre todo a las fuerzas terrestres. Aunque pueda parecer extraño, fue el mismo Churchill quien durante su gestión como Ministro de Finanzas (Chancellor of the Exchequer) persuadió al Comité de Defensa Imperial en 1928 de que estableciese «como una presuposición política básica que no habría una gran guerra en los próximos diez años, y que tal regla debería seguir vigente hasta tanto se decidiese su alteración por iniciativa explícita del Ministerio del Interior o alguna de las ramas de las fuerzas armadas». Esta fue la notoria «Regla de los Diez Años», la cual se convirtió en otro de los factores que obstaculizaron el progreso de las defensas británicas entre las dos guerras mundiales. La «Regla de los Diez Años» fue establecida como una hipótesis de trabajo y no como un ensayo en profecía; sin embargo, el Ministerio de Finanzas británico la sostuvo en vista del difícil panorama económico del país en ese tiempo. Las deudas de Gran Bretaña eran enormes y se requería «un período de recuperación, de impuestos decrecientes, aumento en el comercio y el empleo» en razón de que «los riesgos económicos y financieros son los más urgentes que tiene que enfrentar el país»¹⁶. Ya en Febrero de 1932, poco después de la apertura de la Conferencia de Desarme en Ginebra, los jefes militares británicos estaban pidiendo la cancelación de la «Regla de los Diez Años» debido al deterioro de la situación política y militar, tanto en Europa como en el Lejano Oriente. El poder del Japón comenzaba a hacerse sentir con mayor peso que nunca, erosionando las posiciones británicas en Asia; entretanto, el imperio empezaba a estremecerse bajo el empuje de las rebeliones nacionalistas en la India. Las capacidades militares de Gran Bretaña comenzaban a revelarse patéticamente insuficientes para responder a las exigencias de la defensa de las propias islas ante la contingencia de una guerra europea o del imperio en caso de conflicto en Asia.

En 1934 un comité especial compuesto de varios ministros y el alto mando militar presentó al Gabinete un reporte en el cual se argumentaba (dentro de la más ortodoxa concepción del «balance de poder») que: «si los Países Bajos (Holanda y Bélgica) cayesen en manos de una potencia hostil, no sólo se acrecentarían la frecuencia e intensidad de los ataques aéreos contra Londres, sino que todas las áreas industriales del centro y norte de Inglaterra se encontrarían dentro del área de penetración de los ataques». Ante esto, el nuevo Ministro de Finanzas y hombre fuerte del Gabinete, Neville Chamberlain, respondió que: «nuestra experiencia en la última guerra indica que debemos concentrar nuestros recursos en la marina y la fuerza aérea... el ejército debe ser mantenido para ser usado en otras partes del mundo». Estas eran las ideas de Liddell Hart enarboladas ahora por un influyente ministro: se trataba de evitar el «compromiso continental» y de contribuir al esfuerzo de guerra con la armada y los escuadrones de bombarderos, utilizando las fuerzas terrestres fuera del contexto europeo.

16. Citado por M. Howard, ob. cit., p. 99.

Los jefes militares británicos respondieron a Chamberlain con un memorando que vale la pena citar extensamente, pues constituye una brillante exposición de los principios que habían fundamentado la política de defensa británica por más de un siglo, hasta quedar ensombrecidos por las experiencias de la Primera Guerra Mundial. En ese documento, el alto mando militar británico planteó que: «Nadie puede dudar que necesitamos una poderosa armada y una eficaz fuerza aérea; no obstante, a menos que tengamos fuerzas terrestres capaces de una temprana intervención en el continente europeo, nuestros potenciales enemigos, así como nuestros posibles aliados considerarán probablemente que... nuestro poder para influir sobre cualquier decisión a través de las armas es inadecuado... Apartando por ahora lo referente al cumplimiento de los compromisos que hemos adquirido en diversos tratados de defensa mutua que se han firmado, la seguridad de este país demanda que estemos preparados a luchar por la integridad de Holanda y Bélgica»¹⁷. A pesar de que este memorando surtió efecto sobre algunos ministros, que decidieron apoyar los aumentos de gastos militares que se pedían, no todos quedaron convencidos, y entre estos últimos se hallaba Chamberlain, quien indicó que el programa de defensa del gobierno debía consistir en medidas que el público pudiese entender y aprobar. Según Chamberlain: «nuestra mejor defensa está en la existencia de una fuerza de disuasión tan poderosa que elimine cualquier incentivo de ataque. A mi modo de ver, la mejor forma de lograrlo es mediante la creación de una fuerza aérea estacionada en el país y de un tamaño y una eficiencia calculadas para inspirar respeto en la mente de posibles enemigos»¹⁸.

En 1938, en momentos en que la amenaza nazi ya presentaba perfiles bastante definidos, el Ministro de Defensa británico Hore-Belisha llegó a declarar que: «no tenía dudas en colocar el compromiso continental en último lugar de prioridades... cuando los franceses se den cuenta de que no podemos comprometernos a enviar una fuerza expedicionaria al continente, estarán más inclinados a acelerar la extensión de la línea Maginot hasta el mar». En otras palabras, se trataba de mostrar a los aliados que en vista de la precaria situación de las fuerzas británicas, tocaba a ellos superar todas las deficiencias y comprender que a ellos correspondería cargar con el peso de la guerra. Esta no era propiamente una política diseñada para estimular o hacer más sólida una alianza, menos aún era esa una política apropiada para inspirar respeto o temor a un enemigo de la talla de Hitler. En esas condiciones llegó Gran Bretaña a las crisis políticas de 1938 y 1939 en Europa, a la captura de Checoslovaquia y la invasión de Polonia por los nazis. Sin un instrumento armado para intervenir en el continente, y con los nervios paralizados por la amenaza planteada por la Luftwaffe, la política británica de esos años sólo podía ser la del «apaciguamiento» ante Hitler.

17. Ibid., pp. 108, 109.

18. Ibid., 110.

La invasión de Polonia fue la gota que rebasó el vaso y llevó a Gran Bretaña a declarar la guerra y a que se transformase la actitud del pueblo británico, que ahora se preparaba a enfrentar a su adversario en condiciones muy desventajosas. «Los países —ha escrito Kissinger— sólo aprenden por la experiencia: "saben" sólo cuando ya es demasiado tarde para actuar»¹⁹. Los dirigentes británicos del período inmediatamente posterior a las guerras napoleónicas habían asimilado las lecciones de esa experiencia. Sin llegar a adoptar una política de alianzas permanentes como la propuesta por Metternich, sostuvieron sin embargo la necesidad de un «compromiso continental», que se mantuvo hasta 1918. El abandono de ese compromiso después de la Primera Guerra Mundial condujo a Gran Bretaña a la más grave crisis de su historia. A lo largo de esos años decisivos de la década del 30 Churchill estuvo sonando la alarma, intentando alertar a sus compatriotas sobre el peligro que se cernía en el horizonte. Fue ese un tiempo difícil, durante el cual los dilemas de Gran Bretaña en su posición insular se sumaron a los propios dilemas de Churchill como político conservador sumergido en el tumulto de una era revolucionaria.

19. H. A. Kissinger: ob. cit., p. 418.

3. LOS DILEMAS DE UN CONSERVADOR

En una época revolucionaria como la actual, los retos políticos más complejos se presentan a aquellos que quieren detener la revolución y no a los que pretenden realizarla. Para un político conservador los dilemas son claros y apremiantes: enfrentarse a la revolución en forma radical puede traer como consecuencia una total pérdida de perspectiva sobre el significado de los acontecimientos históricos del período; por otra parte, el intento de manipular los cambios, de levantar diques, de canalizar los procesos y maniobrar para restarles impacto, domesticando hechos y hombres en el camino, puede no ser más que una ilusión pasajera, un inútil gesto de la voluntad, un esfuerzo menguado en su propia naturaleza.

En los períodos históricos en que el orden político es firme y no se encuentra sometido a cuestionamientos profundos, el reto del estadista consiste en no aferrarse al presente, sino trascenderlo, en pensar hacia el futuro y prever los cambios que éste puede traer, con el propósito de orientar creativamente la sociedad hacia nuevos destinos sin experimentar traumas insuperables: «no corresponde a los conservadores —escribe Kissinger— derrotar a la revolución, sino impedirla... una sociedad que no puede prevenir una revolución, la desintegración de cuyos valores haya quedado en evidencia por el hecho de la revolución, no podrá derrotarla por medios conservadores... el orden una vez destruido no se puede restablecer sino por

la experiencia del caos»²⁰. En una época de crisis revolucionaria, el reto para el político conservador consiste, ante todo, en comprender acertadamente el significado de los acontecimientos y en aceptar que el simple ejercicio de la voluntad no es suficiente para detener los cambios, que hace falta desarrollar una política activa para apuntalar lo que pueda salvarse del pasado.

Como político conservador en una era revolucionaria, Churchill se enfrentó inicialmente a la revolución en forma radical, pero sin éxito; después trató de contenerla, de controlarla, de manipularla en función de la defensa de un orden que en lo fundamental yacía en ruinas. El único reto que Churchill no supo enfrentar adecuadamente fue el de la creatividad política. Este gran líder de nuestro tiempo podría haber hecho suyas las siguientes palabras de Mettemich: «Mi vida ha transcurrido en un período terrible. Nací demasiado pronto o demasiado tarde... Antes habría disfrutado de la vida, después podría haber ayudado en la reconstrucción. Ahora me paso el tiempo apuntalando edificios en ruinas»²¹. Churchill era heredero de un pasado glorioso, su vida estaba consagrada a la defensa de ese pasado y a combatir todo lo que se atreviera a desafiarlo; mas con el estadista británico ocurrió lo mismo que pasó a Mettemich en el siglo XIX, el cual: «Pudo haber tenido razón al asegurar que quienes nunca han tenido un pasado no pueden poseer el futuro, pero los que *han* tenido un pasado pueden condenarse a sí mismos buscándolo en el futuro»²².

Gran Bretaña había vencido en la Primera Guerra Mundial, pero este conflicto había contribuido decisivamente al estallido de la Revolución Rusa y al surgimiento de un nuevo adversario. Churchill reaccionó con furor ante el triunfo bolchevique y fue uno de los principales impulsores de la intervención extranjera contra la revolución. Los bolcheviques representaban para Churchill la negación de todos los valores cuyo sostenimiento propugnaba; Lenin y Trotsky abogaban por la guerra de clases, la eliminación de las jerarquías aristocráticas, el fin de las fronteras nacionales, la unidad de los obreros contra sus patronos y de los países oprimidos contra sus amos imperialistas. La revolución bolchevique era la antítesis de todo aquello que para Churchill daba sentido a la política y la vida civilizada, por ello actuó con violencia y radicalismo, promoviendo el envío de tropas para participar con las fuerzas anti-revolucionarias en la guerra civil y arengando a sus colegas en el Parlamento sobre el «peligro rojo». Churchill fracasó en su empresa, pero desde entonces quedó signado por un feroz anticomunismo, que en más de una oportunidad obnubiló su visión política, distorsionando también su análisis de los eventos del período.

Al igual que la mayoría de los políticos y el público británico en general, Churchill no creyó probable durante la década siguiente al fin de la Primera Guerra Mundial que Alemania presentase en el futuro una nueva amenaza de conflagración a gran escala.

20. Ibid, p. 268

21. Citado por Kissinger, ob. cit., p. 266.

22. Ibid., p. 266.

Entre 1918 y 1921, una etapa crucial para la reconstrucción de las fuerzas armadas, Churchill ocupó posiciones claves como Ministro del Aire y de Guerra. Su acción allí desilusionó hondamente a aquellos oficiales que confiaban en la destreza estratégica de Churchill y en su capacidad para comprender los nuevos avances de la tecnología militar. Fue Churchill quien en 1919 propuso la fórmula según la cual las estimaciones en los gastos de defensa debían llevarse a cabo en base al supuesto de que no habría guerra en los diez años siguientes, y en 1928 el gabinete británico dio su aprobación formal a esta «regla de los diez años». En la medida en que Churchill vislumbraba una amenaza contra Gran Bretaña, pensaba que ésta provenía de la Unión Soviética, pero no era fácil sostener que un país tan convulsionado internamente pudiese abrigar intenciones agresivas hacia una potencia imperial.

Al encargarse del Ministerio del Aire en 1919, Churchill se encontró con un plan elaborado por el Estado Mayor Aéreo para crear 154 escuadrones, de los cuales 40 serían utilizados para la defensa de las islas británicas. Con su visto bueno, este proyecto se redujo a la creación de tan sólo 22 escuadrones, dos de ellos para la defensa del país y el resto para actuar en misiones de bombardeo. Al cesar sus funciones en este ministerio en 1921 el diario «The Times» comentó que: («Churchill) abandona el cuerpo volador británico en su último estertor, cuando lo único que queda es hacerle un funeral militar». Como Ministro de Finanzas, entre 1924 y 29, Churchill permitió una progresiva reducción de los gastos de defensa, en particular en lo referente al ejército de tierra. Churchill, así como gran parte de sus compatriotas, se había convertido de nuevo al «aislacionismo» luego de la Primera Guerra Mundial. Una vez obtenida la victoria. Gran Bretaña debía separarse aún más del continente y descansar segura tras la barrera de protección que le proporcionaba su marina de guerra. Paradójicamente, Churchill tuvo mucho que ver con la reducción en las capacidades militares británicas en los años 20 que él mismo denunciaría con enorme fervor la década siguiente.

Lanzado a combatir la revolución y preservar el orden, Churchill no percibió sino hasta muy tarde el significado de los cambios sociales y políticos que se iniciaron con el triunfo de Mussolini en Italia en 1922. Desde 1919 Churchill había visto con mayor desdén que aprobación la creación de la «Liga de Naciones», el fallido intento de construir un pacto de seguridad colectiva en Europa. En el primer volumen de su historia de la Segunda Guerra Mundial, Churchill expresó que: «Era una política simple la de mantener a Alemania desarmada y a los poderes victoriosos adecuadamente armados por treinta años... y construir con mayor fuerza una verdadera Liga de Naciones capaz de garantizar el cumplimiento de los tratados»...²³, pero lo cierto es que el propio autor de esas líneas contribuyó poco al logro de los objetivos mencionados, reaccionando cuando ya los peligros eran plenamente evidentes. La victoria fascista en Italia no fue vista por Churchill como un hecho negativo para la paz en Europa. Churchill admiraba a Mussolini como el

23. W. S. Churchill: *The Gathering Storm*, Cassell, London, 1969, p. 14.

hombre que había salvado a Italia del bolchevismo, y en 1937 llegó a escribir que «sería peligroso y tonto que el pueblo británico subestimase la perdurable posición de Mussolini en la historia mundial y las asombrosas cualidades de coraje, autocontrol y perseverancia que él ejemplificaba»²⁴. Sus instintos de clase y su temor y odio al comunismo le impidieron entender la naturaleza del fascismo. En uno de sus libros Churchill declaró que: «en el conflicto entre el fascismo y el comunismo no había dudas acerca de qué lado se encontraban mis simpatías y convicciones. En las dos ocasiones en que me entrevisté con Mussolini en 1927 nuestras relaciones personales fueron cordiales y amistosas. Yo nunca habría estimulado a Gran Bretaña para que se interpusiese a Mussolini en torno al conflicto de Abisinia o para que le sancionase a través de la Liga de Naciones, a menos que estuviésemos preparados a ir a la guerra en último extremo»²⁵. Esta posición tolerante ante el fascismo condujo a Churchill a respaldar la intervención de la Italia fascista y la Alemania nazi en la guerra civil española en apoyo de Franco, perdiendo así de vista la amenaza que esa participación representaba para Gran Bretaña y el equilibrio político europeo. Churchill se alineó emocionalmente con Franco y el fascismo en contra de la República española, y apoyó la política de «no-intervención» del gobierno británico a pesar de que los poderes fascistas la violaban impunemente, suministrando a Franco el material de guerra y apoyo logístico que finalmente le permitieron ganar la guerra. Sólo en 1939, cuando ya todo estaba perdido en España y Mussolini y Hitler celebraban complacidos el triunfo de sus armas en ese conflicto, Churchill reconoció que a pesar de sus faltas, la causa republicana había sido la causa de la libertad.

Sus instintos conservadores hacían difícil para Churchill entender las raíces socioeconómicas del fascismo y su estrecha conexión con el deterioro del orden liberal-capitalista; de allí que Churchill manifestase pocas simpatías hacia la idea de que la guerra sería una cruzada general contra el fascismo y estuviese dispuesto por mucho tiempo a tolerar a Mussolini, así como había tolerado a Franco, y aun a aceptarlo como aliado. Por ello escribió después de concluido el conflicto que: «Aun en el momento en que la cuestión de la guerra se convirtió en certidumbre, Mussolini hubiese sido bienvenido por los aliados»²⁶. Churchill fue a la guerra desprovisto de la visión de una nueva Europa, menos aún de un mundo y un imperio organizados en forma diferente. Sus propósitos eran esencialmente negativos: restaurar las cosas tal y como eran antes, y mantener tal como estaban aquéllas que favorecían a Inglaterra. Una vez distorsionada su perspectiva sobre el fascismo, Churchill quedó envuelto en el dilema del conservador que en épocas de crisis pierde el sentido de los eventos. El hecho de que Churchill haya reaccionado, así fuese tardíamente y no sin ambigüedades, ante la amenaza hitleriana es sin duda prueba tanto de su perspicacia política así como de la ceguera de la mayoría de los dirigentes británicos de ese entonces.

24. Citado por R. Rhodes James: ob. cit., p. 105.

25. W. S. Churchill: *The Fall of France*, Cassell, London, 1972, pp. 107, 108.

26. Citado por A. J. P. Taylor: ob. cit., p. 43.

Su reacción se produjo ante la sobrecogedora evidencia del peligro representado por Hitler y los nazis, y no estuvo acompañada por una apropiada comprensión socio-política del nacionalsocialismo. Esto puede comprobarse al leer el capítulo 4 del primer volumen de su historia sobre la guerra, titulado «Adolfo Hitler», en el cual es muy poco lo que se encuentra acerca de las fuerzas sociales y económicas que motivaron el ascenso de los nazis al poder.

Sería mezquino permitir que la revelación del tortuoso y no siempre fecundo camino político de Churchill entre las dos guerras restase brillo a sus grandes logros posteriores como líder de su país en la lucha contra Hitler. No obstante, hay que señalar que las dudas y errores existieron y que en algunas oportunidades, como por ejemplo en relación con la guerra civil española, esos errores fueron graves. Sus orígenes estaban en los términos del dilema expuesto algunas páginas atrás. Todavía en Septiembre de 1957 Churchill llegó a escribir que: «uno puede rechazar el sistema de Hitler y sin embargo admirar sus éxitos patrióticos. Si nuestro país cae derrotado, yo espero que encontremos un jefe tan indomable que restaure nuestro coraje y nos lleve de nuevo a ocupar nuestro legítimo lugar en el conjunto de las naciones»; y en otro artículo de prensa manifestó que en tiempos recientes él había sido exageradamente alarmista, pero ahora consideraba que no habría guerra ²⁷. Todo esto viene a demostrar que la imagen de Churchill, dibujada por numerosos biógrafos y comentaristas después de la guerra, como el líder que no cesó de dar la alarma, que en todo momento midió con exactitud la magnitud de la amenaza y jamás estuvo dispuesto a transigir frente a los dictadores, no se corresponde a los hechos. Lo que quizá olvidan los autores que presentan a Churchill de esa forma es que tal uniformidad en la acción y la claridad ideológica que debe necesariamente acompañarla, no se corresponde con actores políticos que, como Churchill, están condicionados por la visión de un mundo tan rígido que la menor convulsión hace precaria su existencia. Por eso, para Churchill, Hitler y Mussolini eran «patriotas» antes que fascistas y «nacionalistas» antes que conquistadores.

El 13 de Mayo de 1940, una vez confirmado como Primer Ministro, Churchill se dirigió a la Cámara de los Comunes en estos términos: «Se preguntan: ¿cuál es nuestra política? Yo digo: hacer la guerra, por mar, tierra y aire con todo el poder y la fuerza que Dios pueda darnos; hacer la guerra contra una tiranía monstruosa, jamás sobrepasada en el oscuro y lamentable catálogo del crimen humano. Esta es nuestra política. Se preguntan: ¿cuál es nuestro objetivo? Puedo responder con una palabra: Victoria, victoria a toda costa, victoria a pesar de todo el terror, victoria no importa cuan largo y difícil sea el camino, pues sin la victoria no sobreviviremos» ²⁸.

Estas eran palabras muy firmes que buscaban un efecto político y propagandístico; el momento era crítico, y la elocuencia, la reducción de problemas complicados a frases simples e impactantes servían como armas en la lucha que se iniciaba. Unos días más tarde, a finales de Mayo, el ejército francés sufría un colapso total, y con él se hundían también los fundamentos de la política de defensa

27. Citado por R. Rhodes James: ob. cit., p. 105.

28. W. S. Churchill: The Fall..., ob. cit., p. 22.

británica. El Gabinete, presidido por Churchill, consideró una petición francesa que buscaba tender puentes hacia Mussolini y «comprarlo». Lord Halifax, en ese momento Ministro de Asuntos Exteriores, planteó a Churchill la siguiente pregunta: si el Primer Ministro estuviese satisfecho de que «los asuntos vitales para la independencia del país», no se verían negativamente afectados, ¿discutiría entonces términos de paz? Churchill respondió que «estaría agradecido de superar nuestras presentes dificultades a través de esos términos, siempre que retuviésemos los elementos esenciales de nuestra fuerza vital, aun al costo de alguna concesión territorial». Y posteriormente Churchill dijo que: «Si Hitler estuviese dispuesto a hacer la paz en términos de la restauración de colonias alemanas y el control de Europa Central, eso es una cosa. Mas es poco probable que llegue a hacer tal oferta»²⁹. ¿Un instante de debilidad?, ¿frases dichas a la ligera y con escasa convicción? Lo cierto es que Churchill añadió que aun cuando no estaba dispuesto a unirse a Francia en pedir términos para un armisticio, se hallaba preparado a considerarlos si se le hacían saber. Puede lucir extraño, pero era Churchill el que con estas intervenciones se mostraba listo a pensar en una «paz» que inevitablemente habría dejado a Hitler como dueño de la mitad de Europa y habría implicado también la pérdida de territorio británico. La idea corriente de que una vez nombrado Primer Ministro Churchill estuvo plenamente decidido a luchar sin vacilaciones hasta que toda Europa fuese liberada, no puede sostenerse en forma pura y definitiva. Hubo dudas, pero duraron poco gracias a la ilimitada ambición de conquista de Hitler.

Una vez envuelto en el torbellino de la guerra, Churchill retomó a su concepción de «victoria a toda costa», que más tarde se tradujo en una política de «rendición incondicional» cuya expresión militar era el bombardeo estratégico contra Alemania. Esta política, que recibió el más total respaldo de una abrumadora mayoría del pueblo británico, fue criticada aun durante la guerra por hombres de la talla de Liddell Hart, quien consideraba que no tenía sentido combinar el bombardeo estratégico —que afectaba gravemente a la población civil— con una política de «rendición incondicional». Esa combinación sólo iba a traer como consecuencia un endurecimiento de la resistencia alemana, y conduciría al pueblo de ese país a plegarse todavía más estrechamente a Hitler y a su régimen como únicas vías para la supervivencia nacional. Liddell Hart pensó enviar a Churchill un memorando sobre el asunto, pero después cambió de idea ya que «su mente (la de Churchill) tiene una estructura tan destructiva que muy difícilmente puede ser penetrada por una visión tan diferente de las cosas»³⁰.

Liddell Hart no tenía una perspectiva clara acerca de la naturaleza del régimen nazi, el carácter ilimitado de los objetivos de Hitler, y el estado de ánimo del pueblo británico que estaba decidido a acabar con todo lo que el «tercer Reich» representaba, y esperaba lo mismo de sus líderes. «Victoria a toda costa» era de hecho la política de las masas británicas, y si ese pueblo pagó un precio muy alto por

29. Citado por D. Dilks: «Allied Leadership in the Second World War: Churchill)», Survey, vol. 21, núm. 1, 2, 1975, pp. 20, 21.

30. Véase B. Bond: Liddell Hart..., ob. cit., p. 146.

la victoria, lo hizo sin duda con los ojos abiertos. Churchill supo expresar esa resolución; no obstante, las críticas de un Liddell Hart se basaban en una consideración de gran importancia política. En un memorando profético titulado «El Futuro Balance Europeo», fechado el 1 de Octubre de 1943, Liddell Hart vio con gran claridad que la Unión Soviética reemplazaría a Alemania como el poder dominante sobre el continente; según el estratega británico, a largo plazo ese predominio soviético podría ser aún más peligroso que la hegemonía alemana: «Las consecuencias inmediatas de la victoria serán probablemente la ocupación por parte del Ejército Rojo de la totalidad de Europa Central y una gran parte de Alemania. Sólo Rusia tendrá la fuerza para colocar un ejército de ocupación efectivo en esos países. Al mismo tiempo las fuerzas anglo-americanas ocuparán los países del sur de Europa y algunas secciones de Alemania.» Gran Bretaña se hallaría entonces en una difícil posición entre los dos grandes poderes, pero del lado opuesto del Atlántico y demasiado cerca de los soviéticos. El único otro Estado que podía servir de barrera estaba siendo aplastado bajo la política de «rendición incondicional»: «La ironía de la situación —escribió Liddell Hart en el mencionado memorando— se encuentra en que el logro de nuestra meta de victoria total conducirá a la destrucción de la única otra fuente de fuerza real»³¹.

El análisis de Liddell Hart pasaba por alto el hecho de que la política de «rendición incondicional» no había sido simplemente «elegida» por los aliados, sino que era en buena parte el resultado de las políticas hitlerianas de conquista y subyugación. Sin embargo, Liddell Hart apuntó tempranamente hacia un problema acerca del cual Churchill tomó conciencia relativamente tarde, tratando entonces de manipularlo y controlarlo a través de angustiosas maniobras diplomáticas. Ese problema, ese nuevo reto, estaba representado por el triunfo de las armas soviéticas sobre los ejércitos de Hitler. Churchill veía la guerra esencialmente como un conflicto entre Estados, y su mentalidad conservadora no le ayudaba a percibir las profundas conmociones sociales y políticas que el conflicto llevaba aparejadas. La guerra mundial estaba desatando una revolución en Europa y en otros continentes y estaba transformando radicalmente el balance de poder. La definición de victoria que había dado Churchill en sus primeras actuaciones como Primer Ministro, una definición militar y no política, pronto se mostró insuficiente. Churchill había dicho el 21 de Junio de 1941: «Tengo sólo un propósito: la destrucción de Hitler; de esa manera mi vida se simplifica. Si Hitler invadiese el infierno yo haría al menos una referencia favorable al diablo en la Cámara de los Comunes»³². Al día siguiente, Hitler invadió la Unión Soviética, y Churchill de inmediato ofreció toda ayuda posible a Stalin. La alianza anti-nazi comenzaba a fraguarse, pero sus protagonistas eran muy diferentes, y las consecuencias del combate mortal que acabaría en el «bunker» de Hitler sólo se revelaron con toda intensidad a Churchill en las etapas finales de la guerra.

31. Ibid., pp. 151. 152.

32. W. S. Churchill: *Germany drives East*, Cassell, London, 1972, p. 336.

«Una potencia insular en la periferia de los acontecimientos —escribe Kissinger en *Un mundo Restaurado*—, encuentra difícil admitir que las guerras pueden producirse por causas intrínsecas. Dado que su participación suele ser defensiva, para evitar el dominio universal, considerará la necesidad de la paz una legitimación suficiente del equilibrio. En un mundo donde las ventajas de la paz parecen tan patentes... las guerras sólo pueden causarlas la malicia de los hombres malvados. Dado que no se entenderá que el equilibrio de poder puede ser inherentemente inestable, las guerras tienden a convertirse en cruzadas para eliminar la "causa" del levantamiento»³³. Para Churchill, la guerra se convirtió en una cruzada contra *Hitler*, el «hombre malvado» de que habla Kissinger, y no contra el *fascismo*; según sus propias palabras, la meta era «la derrota, ruina y destrucción de Hitler con la exclusión de cualquier otro propósito». Mas para los pueblos de Europa, en Francia, Italia, Yugoslavia, Hungría, Grecia, etc.. la lucha contra Hitler y el nazismo se convirtió también en el combate por un orden social diferente, que no estaba en los planes de Churchill. El líder británico no tenía conciencia de la magnitud de los cambios sociales impulsados por la guerra y del crecimiento del espíritu democrático suscitado por la resistencia, aun dentro de la propia Gran Bretaña. Una de las más grandes sorpresas en la vida de Churchill debe haber sido la derrota electoral sufrida a manos del partido laborista en 1945, aun antes de finalizada la guerra mundial. A pesar de su enorme prestigio personal, labrado a través de un valiente e inspirador liderazgo durante la guerra, Churchill —y con él el partido conservador, al cual representaba—, recibieron un rechazo masivo en las urnas electorales. El objetivo de Churchill era fundamentalmente negativo: la derrota de Hitler, y aspiraba que una vez conquistada esa meta todo volvería con ligeras alteraciones a su lugar de antes. Pero el pueblo británico no iba a conformarse con una simple restauración del orden y de las políticas del pasado; la guerra había creado una nueva situación, y para evitar conflagraciones semejantes en el futuro era necesario transformar *desde dentro* la sociedad.

Así como Churchill carecía de una política positiva para llevar a cabo los cambios que reclamaba la población de su propio país, no tenía tampoco una política constructiva hacia la Europa de la post-guerra. Enfrentado al poder soviético, y a la posibilidad de que Estados Unidos se retirase nuevamente de Europa una vez terminado el conflicto, Churchill pensó en una partición del continente en esferas de influencia controladas respectivamente por Gran Bretaña y la URSS. Uno de los más interesantes episodios políticos de la guerra tuvo lugar durante la visita que Churchill hizo a Stalin en Moscú en Octubre de 1944. En el transcurso de una de sus entrevistas, Churchill propuso al líder soviético lo siguiente: «Lleguemos a un acuerdo sobre nuestros asuntos en los Balcanes. Sus ejércitos están en Rumania y Bulgaria. Nosotros tenemos intereses, misiones y gentes allí. No permitamos que las pequeñeces nos dividan. En lo que a Rusia y a Gran Bretaña concierne, ¿qué le parece si a ustedes toca un noventa por ciento de predominio en Rumania, a nosotros noventa por ciento en Grecia y un cincuenta y cincuenta en Yugoslavia?»

33. H. A. Kissinger: ob. cit., pp. 143, 144.

Mientras la proposición era traducida al ruso, Churchill extendió una hoja de papel que contenía este proyecto de partición:

— RUMANIA:

Rusia..... 90%
Los otros..... 10%

— GRECIA:

Gran Bretaña (de acuerdo con EEUU)..... 90%
Rusia..... 10%

— Yugoslavia..... 50%-50%

— Hungría..... 50%-50%

— Bulgaria:

Rusia..... 75%
Los otros..... 25%

Luego de una pausa, Stalin tomó un lápiz y marcó el papel con un signo aprobatorio. Todo quedó listo en pocos segundos. Churchill entonces preguntó: «¿No se pensará que ha sido más bien cínico que nosotros hayamos dispuesto estos asuntos, que afectan a tanta gente, de una manera tan casual y ligera? Mejor quemamos el papel.» Y Stalin replicó: «No guárdelo usted»³⁴.

En la medida en que Stalin tomó en serio el gesto de Churchill fue también víctima del engaño del estadista que pretende manipular inacabablemente la realidad socio-política de pueblos enteros, como si el control de la misma fuese tan sólo un problema de voluntad individual. Churchill actuaba impulsado por el deseo de obtener un arreglo diplomático antes de que el desarrollo de los acontecimientos le dejase sin cartas de negociación. Gran Bretaña estaba ganando la guerra junto a sus aliados, pero el precio había sido el agotamiento del país y la irremisible erosión de su poderío mundial. Las maniobras de Churchill en las postrimerías del conflicto eran como si «el conductor de un automóvil que se dirigiese sin control a una dirección desconocida por una gran pendiente montañosa tratara desesperadamente de asir el volante, porque si sólo lograra hacer esto su caída inevitable representaría el orden y no el caos»³⁵.

34. W. S. Churchill: *The Tide of Victory*. Cassell, London, 1964, pp 200 201

35. En estos términos se refiere Kissinger a Metternich: ob. cit., p 266. '

Aunque pueda parecer extraño, Churchill tenía gran confianza en que Stalin cumpliría al pie de la letra todos los «arreglos» tendientes a congelar la situación política europea. Poco antes de la conferencia de Yalta, Churchill manifestó que: «...el pobre Neville Chamberlain creía que podía confiar en Hitler. Estaba equivocado, pero no creo que yo me equivoque sobre Stalin.» Y algo más tarde insistió ante su Ministro del Exterior, Anthony Edén, sobre su admiración por Stalin. Edén, ansioso de colocar las negociaciones sobre bases más realistas que una mera simpatía personal, dijo a Churchill: «A mí me llena de admiración la forma en que Stalin le maneja a usted»³⁶. Ese era Churchill una mezcla de realismo y romanticismo, un estadista valeroso y de gran talento volcado hacia el pasado, al que faltaba la creatividad política, tan importante para la grandeza. Quizás en cuenta de esto último, pocos años después de la guerra, Churchill expresó que el veredicto final de la historia se basaría no solamente en las victorias logradas bajo su dirección, sino también en los resultados políticos derivados de ellas, y añadió: «Juzgando de acuerdo a este último criterio, no estoy seguro de que se considere que tuve éxito»³⁷.

36. Citado por D. Dilks, *loc. cit.*, p. 24.

37. Citado por B. H. Liddell Hart: «The Military Strategist», en Churchill: Four Faces..., *op. cit.*, p. 202.

4. EL ESTRATEGA

«La historia de la raza humana es la guerra.
Con excepción de breves y precarios interludios,
nunca ha habido paz en el mundo.»

Churchill

Churchill fue no solamente un testigo político privilegiado de las dos grandes conflagraciones de este siglo, sino que también tuvo una relevante participación en ambos conflictos como entusiasta, a veces errático pero esencialmente brillante estratega militar. No sería apropiado decir que a Churchill «le gustaba la guerra», pero tampoco sería injusto afirmar que la veía con pasión. El general Frederick Pile, comandante de las defensas antiaéreas británicas en la Segunda Guerra Mundial ha relatado lo difícil que le resultaba llevar a Churchill a los refugios antiaéreos y mantenerlo allí en las oportunidades en que éste realizaba visitas de inspección a los emplazamientos defensivos. En una ocasión, ante la insistencia de Pile para que se apartase de los cañones y buscase refugio de las bombas, Churchill exclamó con júbilo: «Me encantan las explosiones».

Al estallar la Primera Guerra Mundial Churchill ocupaba la posición de «Primer Lord del Almirantazgo», la principal autoridad de la marina de guerra británica. Para Churchill, la mejor forma de la defensa era la ofensiva, y desde el inicio de la guerra en 1914 hasta el momento en que dejó el Almirantazgo en la primavera de 1915, estuvo buscando fórmulas para que la armada tomase la iniciativa en batallas de carácter decisivo. De hecho, esa «batalla final» contra la flota alemana no se produjo; no obstante, la armada británica contribuyó en forma determinante al triunfo aliado a través del arma del bloqueo económico. Cerrando los pasajes marítimos entre el norte de las islas británicas y Noruega, la marina real le cortó las arterias a Alemania, impidiendo la entrada o salida de bienes fundamentales para sostener el esfuerzo de guerra. Churchill no visualizó claramente, antes de su salida del Almirantazgo, la importancia que iba a adquirir el arma del bloqueo en el transcurso de la guerra, pero los cuatro años que había pasado a la cabeza de la armada, entre 1911 y 1915, habían sido de vital relevancia en el forjamiento de esa herramienta de acción «intangible» en el conflicto.

Los aportes de mayor peso estratégico hechos por Churchill durante la Primera Guerra Mundial se dirigieron a resolver el intrincado problema que la nueva tecnología militar y las trincheras habían planteado en las líneas de fuego del continente: el congelamiento de los frentes de batalla, la guerra de desgaste, en que decenas de millones de vidas eran sacrificadas para avanzar unos pocos kilómetros. A fines de 1914, en un memorando profundamente perceptivo sobre la política de guerra enviado al Primer Ministro Asquith, Churchill escribió que: «Pienso que es posible que ninguno de los bandos combatientes tendrá la fuerza suficiente para penetrar las líneas del contrario en el frente occidental... mi impresión es que la posición de ambos ejércitos no experimentará mayores cambios —aunque sin duda varios cientos de miles de hombres serán sacrificados para satisfacer sobre este punto a las mentes militares... ¿No hay acaso otras alternativas que la de enviar a nuestros ejércitos a masticar alambre de púas en Flanders? ¿No es posible lograr que el poder de la armada se cierna sobre el enemigo?»³⁸.

Ante el problema del estancamiento de los frentes terrestres se plantearon, desde el lado británico, dos tipos de soluciones: una de orden táctico y la otra de orden estratégico, y Churchill tuvo una destacada participación en la formulación de ambas. La búsqueda de una solución táctica se centró en la creación de una máquina blindada de guerra que fuese capaz de atravesar las trincheras, de derribar el alambre de púas y aguantar el fuego de las ametralladoras, protegiendo también el avance de la infantería. A fines de 1915 en un importante memorando titulado «Variantes de la Ofensiva», Churchill —quien ya no estaba en el Gabinete— propuso la utilización de vehículos blindados con orugas, capaces no sólo de pasar sobre las trincheras y el alambre de púas sino también de mantener bajo fuego constantemente a los defensores enemigos.

38. Citado por H. Pelling: *Winston...*, op. cit., p. 190.

Churchill, más que ninguna otra persona en alta posición, tuvo mucho que ver con el desarrollo de ese vehículo que vino a conocerse como el «tanque». Si bien la idea original no fue plenamente suya, él la acogió en forma entusiasta, y logró, a través de su permanente interés, promoviendo experimentos y batallando por convencer a los escépticos, que la idea se materializase.

La solución estratégica diseñada para enfrentar el estancamiento no consistía en atravesar las trincheras, sino en dar un rodeo por sus flancos y así sobrepasarlas por un lado. Los proponentes de este proyecto, que fueron catalogados como la «escuela oriental» en contraposición a los «occidentalistas», argumentaban que la alianza enemiga debía ser vista como un todo, y que la tecnología militar moderna y el mejoramiento en los medios de transporte y suministro permitían programar acciones decisivas en otros teatros de guerra, en los flancos estratégicos y menos protegidos del adversario. Para Churchill, ansioso de emplear con mayor dinamismo el poder de la armada, esta concepción tenía el atractivo de explotar las potencialidades del poder marítimo en operaciones a larga distancia. Inicialmente Churchill pensó en acciones navales en el Mar del Norte dirigidas a bloquear la salida de la armada alemana de sus puertos, y eventualmente a abrir las entradas del Báltico. Este plan presentaba dificultades que le restaban eficacia; la alternativa era atacar el otro flanco enemigo en el continente a través del Estrecho de los Dardanelos, penetrar en el Mar de Mármara y caer sobre Constantinopla (hoy Estambul), para eventualmente unirse al ejército ruso, fuertemente presionado por la ofensiva alemana. Este proyecto recibió un impulso en Diciembre de 1914 cuando se recibió un mensaje en el cual el Gran Duque Nicolás, comandante en jefe de las fuerzas rusas, pedía a los británicos una «demostración» en contra de los turcos para aliviar la presión que estaban soportando los ejércitos rusos en el Cáucaso. Hombres de la talla de Lloyd George se sumaron a la idea, abogando por la transferencia de gran parte de las fuerzas británicas a los Balcanes para ayudar a Serbia y desarrollar una ofensiva «desde la retaguardia» de la alianza enemiga. La captura de Constantinopla sería seguida por un avance a lo largo del Danubio hasta Austria y Hungría. La concepción era brillante desde el punto de vista estratégico-político, pero la ejecución fue catastrófica. Los comandantes aliados en el frente occidental se opusieron tenazmente al proyecto, y el peso de la opinión militar impuso la concentración de esfuerzos en ese frente con la esperanza de lograr una «ruptura rápida» de las líneas enemigas. No obstante, Churchill y otros continuaron propulsando el plan de ataque en los Dardanelos, que comenzó, con fuerzas muy reducidas, en Febrero de 1915. Gracias al factor sorpresa, los británicos lograron desembarcar en la Península de Gallipoli y establecerse allí, pero los turcos, desde sus fortalezas en las colinas circundantes, pronto restablecieron la situación, movilizando sus reservas y conteniendo la penetración de sus adversarios. Los invasores consiguieron mantenerse en dos precarias cabezas de playa, pero no pudieron expandirlas y la guerra de trincheras se instaló también en Gallipoli. Las pérdidas crecientes, las duras condiciones de la batalla y las enormes dificultades logísticas forzaron una evacuación, que se llevó a cabo en dos etapas entre

Diciembre de 1915 y Enero de 1916. La operación de los Dardanelos había sido un fracaso y la reputación de Churchill sufrió por ello; pero como él mismo expresó ante la Comisión designada para investigar las causas de la derrota: «Es ocioso condenar las operaciones porque llevan implícitos el azar y la incertidumbre. Toda la guerra es azarosa y la victoria sólo se obtiene corriendo riesgos»³⁹. Churchill dejó el gobierno en Noviembre de 1915 y retornó a él en Julio de 1917 como Ministro de Municiones. Sus contribuciones estratégicas a lo largo del conflicto, aunque no siempre exitosas, revelaron la fertilidad de su talento militar y su gusto por las estrategias flexibles e «indirectas» dirigidas a explotar las debilidades del enemigo haciendo uso de la audacia y la imaginación.

En el período entre las dos guerras mundiales Churchill preservó su interés en los problemas de la estrategia y la táctica militar, aunque su pensamiento al respecto no fue muy coherente y sus proyecciones sobre los cambios introducidos por los nuevos desarrollos tecnológicos fueron en general desacertadas. Con relación a la guerra naval, su tradicionalismo le llevó a alinearse con la así llamada «battleship school», que propugnaba la construcción de grandes buques de guerra y aseguraba que los submarinos no presentaban una amenaza grave. Esta escuela de estrategia naval también subestimaba la amenaza aérea contra los buques de guerra tradicionales, y Churchill declaró en Enero de 1938 que «La amenaza aérea contra los barcos de guerra apropiadamente armados y protegidos no reviste un carácter decisivo». Ocho meses más tarde reiteró esta opinión, afirmando que: «este hecho, unido a la indudable obsolescencia del submarino como decisiva arma de guerra, debe proporcionar a las democracias occidentales un sentimiento de confianza respecto a la seguridad de los océanos»⁴⁰. Con tales pronunciamientos, Churchill sólo contribuyó a reafirmar la vanidad de los almirantes que integraban la «battleship school»; mas en las nuevas condiciones tecnológicas el poder marítimo perdía gran eficacia sin el control del aire: «su incapacidad para apreciarlo ilustraba una vez más una curiosa contradicción en la naturaleza de Churchill como estratega. El había enfatizado repetidamente la importancia del poder aéreo, más aún quizás que cualquier otro estadista civil. No obstante, cuando llegó la hora de la acción, no pudo resistir la llamada de la tradición e imaginar que la marina real lograría de nuevo mantener su supremacía sin otra ayuda»⁴¹.

Churchill también restó importancia a los posibles efectos del poder aéreo en la guerra terrestre, pero, sobre todo no previó —y en esto su sorpresa fue tan grande como la que recibió la abrumadora mayoría de los profesionales militares del período— la extraordinaria transformación introducida por las tácticas y técnicas de la «Blitzkrieg». Como lo dijo en su recuento de la caída de Francia, subyugada por los ejércitos de Hitler: «(Hasta ese momento) no había asimilado la violencia de la revolución efectuada desde la última guerra por la incursión de una masa de veloces vehículos blindados.

39. *Ibid.*, p. 219.

40. Citado por Liddell Hart: *ob. cit.*, p. 182.

41. A. J. P. Taylor: *ob. cit.*, p. 33.

Yo conocía su realidad, pero la misma no alteró mis convicciones de la manera en que debía haberlo hecho»⁴².

Las sucesivas crisis políticas y militares que culminaron en la invasión hitleriana a Polonia y el estallido de la Segunda Guerra Mundial, fueron los peldaños a través de los cuales Churchill retornó del desierto político para liderizar a su país en un combate mortal. En el verano de 1939 el clamor del público y la prensa para que Churchill fuese incluido en el gabinete británico llegó a un punto muy alto. Si la guerra era inevitable, el viejo guerrero debía estar allí para enfrentarla. Churchill, como lo expresaba un importante diario londinense, era un estadista que «poseía un inigualable conocimiento práctico de los problemas cruciales que presenta la guerra, en especial en el campo de la estrategia». En Septiembre de 1939 Churchill regresó a su antigua posición de Primer Lord del Almirantazgo, y en Mayo de 1940, en medio del calor de la batalla de Francia, fue nombrado por el Rey Primer Ministro. Al fin había llegado la hora. Churchill tenía entonces sesenta y seis años, pero estaba lleno de vigor y en plena posesión de sus facultades intelectuales y de su legendaria capacidad de trabajo, sintiendo al mismo tiempo que toda su vida pasada había sido «la preparación para este momento y este reto... Pensé que sabía mucho acerca de todo esto y que no fallaría»⁴³.

Desde su nueva posición de poder, Churchill se auto-designó Ministro de la Defensa con autoridad ejecutiva, lo cual le permitía mantener un control mucho más directo sobre las diversas ramas de las fuerzas armadas y la estrategia general de la guerra. Churchill tenía acceso directo a los altos jefes militares británicos, cuya función consistía en asesorarle sobre la factibilidad de las operaciones militares propuestas. De esta forma, Churchill logró algo que fue imposible para Lloyd George durante la Primera Guerra Mundial: unidad y uniformidad en la dirección estratégica superior de la guerra. Desde luego, su poder estaba sometido a los controles institucionales de un régimen político democrático. Como él mismo lo dijo, comparando su situación con la de sus dos más importantes aliados: «El período de mando del Presidente (de Estados Unidos) era fijo, y sus poderes no sólo como Presidente, sino también como Comandante en Jefe eran casi absolutos de acuerdo a los términos de la Constitución norteamericana. Stalin... ciertamente era todopoderoso en Rusia. Ellos podían ordenar; yo tenía que convencer y persuadir, y estaba feliz de que así fuese»⁴⁴. De hecho, Churchill imponía su voluntad mucho más gracias a la argumentación que a la imposición; nunca se cansaba de discutir, y era capaz de ceder en sus puntos de vista si encontraba un opositor que tuviese la persistencia de demostrarle dónde estaba el error. En una oportunidad Churchill describió su método con una de sus hermosas frases: «Todo lo que quiero es que se acepten mis deseos luego de razonable discusión.»

42. W. S. Churchill: *The Fall of France*, ob. cit., p. 37.

43. W. S. Churchill: *The Twilight War*. Cassell, London, 1969, p. 239.

44. W. S. Churchill: *Assault from the Air*, Cassell, London, 1964, p. 53.

Una vez derrotada Francia, Gran Bretaña se encontró sola ante el inmenso poder de Hitler. Los meses finales del año 1940 fueron decisivos, y a lo largo de esos tiempos difíciles la figura de Churchill se levantó sobre la adversidad para inspirar a su pueblo en una lucha desigual. Churchill y el pueblo británico en general no querían limitar sus objetivos de guerra a la mera supervivencia. La meta final era la victoria, y ésta era la inevitable consecuencia del rechazo a buscar un compromiso con Hitler. Ya que no era posible que la guerra durase por siempre, la única alternativa al fracaso era el triunfo. No había un punto medio, y de hecho la política de guerra británica nunca fue meramente defensiva, y los primeros planes de victoria fueron esbozados en Mayo de 1940, cuando se perfilaba concretamente en el horizonte la amenaza de una invasión alemana a las islas.

La Alemania nazi disponía de recursos muy superiores a los de Gran Bretaña, aun contando con el Imperio, pero Churchill, en ese período crítico, nunca perdió su fe en la victoria y la impuso sobre los pesimistas. «Su fe era en parte emocional y aun mística: una terca creencia en el Imperio británico y su poder latente... Mas esa fe también se sostenía sobre bases racionales. Churchill previo que los dos grandes países neutrales, la Unión Soviética y Estados Unidos, irían eventualmente a la guerra contra Hitler... Una vez más Churchill creyó que algo ocurriría, porque él quería que ocurriese, y en este caso su creencia se comprobó como verdadera»⁴⁵. Sin embargo, Churchill no se cruzó de brazos a esperar la entrada de soviéticos y norteamericanos en la guerra; él aspiraba a que Gran Bretaña fuese capaz de combatir sola y quizás de ganar; por lo tanto, si bien Churchill no descansó hasta lograr el compromiso de ayuda norteamericana y se sintió aliviado cuando Hitler invadió la URSS y Japón atacó Pearl Harbour, también condujo una estrategia específicamente británica, que tuvo dos aspectos esenciales. El primero de ellos fue la ofensiva aérea contra Alemania; el segundo la guerra en la zona del Mediterráneo.

Por razones que fueron expuestas previamente, en el período entre las dos guerras mundiales la Fuerza Aérea Británica fue diseñada como una fuerza de bombardeo estratégico contra «las ciudades y centros vitales del enemigo». En Mayo de 1940 el gobierno británico tomó la decisión de dar comienzo al bombardeo estratégico contra Alemania, y la ofensiva se mantuvo hasta 1945, aumentando constantemente su violencia y degenerando en multitudinarios ataques que devastaron ciudades enteras como Dresden y Hamburgo. Los eventos demostraron, en especial durante los primeros años de la guerra, que la Fuerza Aérea Británica no tenía el poder para obtener un resultado decisivo; a pesar de los bombardeos, Alemania continuó su esfuerzo de guerra y mantuvo casi hasta el fin una elevada producción industrial. No obstante, la ofensiva británica (y más tarde norteamericana) siguió su curso, animada por el infatigable Churchill que en todo momento depositó grandes esperanzas en sus resultados. Aparte de confiar en las ventajas del poder aéreo, los británicos iniciaron su ofensiva porque carecían de otra alternativa para golpear a Hitler.

45. A. J. P. Taylor: ob. cit., p. 39.

Si no bombardeaban ciudades alemanas, no había más nada, o casi nada, que pudiesen hacer. En los meses finales de la guerra, la revulsión moral causada por los indiscriminados bombardeos contra la población civil alemana comenzó a acrecentarse, y es muy probable que este sentimiento se haya apoderado del propio Churchill, uno de los principales defensores de esta política previamente: «Parece como si luego del ataque a Dresden, Churchill hubiese querido dissociarse de ese acto y de toda la ofensiva aérea estratégica de la cual él había sido uno de los más importantes arquitectos»⁴⁶.

El segundo aspecto fundamental de la estrategia británica fue la guerra en el Mediterráneo. Como lo había demostrado su experiencia en la Primera Guerra Mundial, la estrategia «periférica» de la «aproximación indirecta» hacia los flancos y puntos débiles del enemigo, usando la sorpresa y la movilidad, era habitual a Churchill. Sin duda, la más fructífera acción estratégica de Churchill en 1940, después de la caída de Francia, fue su decisión de enviar refuerzos a África y tomar allí la ofensiva contra las mal equipadas y desmoralizadas fuerzas italianas. Esa decisión en momentos tan críticos implicaba reducir aún más las capacidades defensivas de las islas británicas en caso de invasión alemana a través del Canal, no obstante «estuvo justificada tanto en principio como en sus resultados. Produjo un éxito tonificante, distrajo recursos del principal oponente y abrió una nueva avenida para desarrollos militares futuros»⁴⁷. Ante la debacle de sus aliados italianos, Hitler se vio obligado a enviar a Libia el famoso «Afrika Korps», que por un tiempo, bajo el mando brillante pero excesivamente audaz de Rommel, conoció significativas victorias.

La idea de escoger Egipto como el punto de partida de la ofensiva británica fue de Churchill, quien a lo largo de la guerra no cesó de diseñar proyectos destinados a intentar otra vez, pero en distintas condiciones, la estrategia que había fallado en Gallipoli durante la Primera Guerra Mundial. «Con inagotable insistencia, Churchill persiguió el sueño de forzar a Turquía a entrar en la guerra; luego los ejércitos británicos y turcos penetrarían por los Balcanes sumando otros aliados en el camino. Alemania sería derrotada mediante este ataque desde su retaguardia, o al menos obligada a aceptar un compromiso. Esta era una extraña fantasía. Por momentos, Churchill sostenía que la victoria sería difícil aun con la intervención de la URSS y Estados Unidos. En otras ocasiones, Churchill pensaba que la victoria sería fácil si tan sólo Turquía —un país sin un ejército moderno— se convertía en aliado. Es una contradicción que no puede explicarse. Churchill siguió fiel a sí mismo, aun en sus años de responsabilidad suprema. Una parte de su naturaleza era realista y enfrentaba los problemas de la guerra con precisión, cálculo frío y cuidadosa preparación. Por otro lado, era todavía un jugador, un muchacho impulsivo, siempre esperando que una maniobra ingeniosa obrara milagros»⁴⁸

46. F. M. Sallagan: ob. cit., p. 132.

47. Liddell Hart: ob. cit., p. 189.

48. A. J. P. Taylor: ob. cit., p. 42.

Históricamente tiene poco sentido preguntarse: «qué habría pasado si...», pero lo cierto es que el plan de Churchill de atacar a través de los Balcanes —una idea que siempre acarició con extraña fruición—, en lugar de suponer (como tendían a hacerlo los norteamericanos) que la única o principal vía de invasión del continente tenía necesariamente que ser Francia, hubiese tenido, una vez materializada, enormes consecuencias para el resultado político de la guerra. Con esta maniobra, asumiendo que hubiese tenido éxito, Churchill podría haber cerrado el paso de los soviéticos hacia Europa Central. Pero éstas son tan sólo especulaciones, y la consideración del plan de Churchill tiene verdadero sentido como muestra de su talento estratégico, fecundo en concepciones brillantes, pero también impaciente, tendiente a la precipitación y la aventura. A pesar de las enormes diferencias en temperamento e ideas políticas, son muchas las similitudes entre Hitler y Churchill como estrategas.

Si bien no es fácil verlo de esa forma luego de tantos años, y del éxito final que acompañó esa política, una de las decisiones más aventuradas de Churchill en los primeros meses de la guerra fue acoger a De Gaulle, brindarle apoyo irrestricto y promoverle como el campeón y legítimo representante de los intereses de Francia. De Gaulle fue una personalidad extraordinaria, pero sin la ayuda de Churchill su gran misión de rescatar a Francia de la derrota y la humillación no habría encontrado un asidero real. Y así lo reconoce De Gaulle en un pasaje de sus Memorias de Guerra: «como gran político [Churchill] siempre estuvo convencido de que Francia era necesaria, y como excepcional artista fue siempre sensible al carácter de mi dramática misión... sin él, mi tentativa habría sido vana desde el principio...»⁴⁹. Churchill sostiene en su historia de la guerra que encontrándose en Tours, en las improvisadas oficinas de Reynaud, Primer Ministro francés, luego de que el gobierno había abandonado París ante el avance alemán, escuchaba a algunos parlamentarios hablar sobre una «lucha a muerte». La hora era grave y Francia caía doblegada bajo el impacto de los Panzer. Churchill entonces abandonó la sala, caminó hacia el patio y vio a De Gaulle en la puerta, con rostro inexpresivo. «Saludándole, le dije en francés, en voz baja: "L'homme du destin". El permaneció impasivo»⁵⁰. ¡El hombre del destino! La historia de Churchill luce demasiado hermosa y novelesca como para creerla plenamente; sin embargo, su actitud posterior demuestra que sí vio en De Gaulle un individuo excepcional, una roca sólidamente instalada en medio de un mar borrascoso, lleno de caos, fracaso y desesperación. En esa percepción. Churchill volcó lo mejor de sí mismo como hombre y como político.

49. General De Gaulle: *Le Salut*, Plón, París, 1959, p. 239

50. W. S. Churchill: *The Fall...*, ob. cit., pp. 162, 163.

CAPITULO IV

DE GAULLE

1. EL PROYECTO DE VIDA

«El inventa a la vez sus sueños y sus realidades, su estilo...»

ANDRÉ MALRAUX
Le Triangle Noir

De Gaulle quiso hacer de su vida una leyenda y la diseñó con la delectación del artista que elabora una gran obra de arte. Su carrera presenta «una mezcla notable de pensamiento y acción, una rara capacidad para realizar la propia vocación dándose a él mismo y a su misión la forma de sus sueños»¹. Durante los años en que todavía era un joven y poco conocido oficial. De Gaulle escribió cuatro libros en los que trazó todo su proyecto de vida y plasmó sus ideas sobre la política, la guerra, el liderazgo y, sobre todo, su visión de Francia. Nunca más se apartaría de lo que escribió en esos trabajos, excelentes por su calidad literaria, la concisión y fluidez del estilo y el diestro manejo del lenguaje, y también sorprendentes por la altivez de las frases, la dura sobriedad del tono, la serena pero firme autoridad del escritor. De esos libros. *El Filo de la Espada* es verdaderamente profético. Allí De Gaulle se pintó a sí mismo, el que quería ser e iba a ser. La historia demostró que estaba hecho a la medida de sus sueños. «Todos los grandes hombres de acción —escribió— fueron también meditadores. Todos poseyeron en alto grado la capacidad de replegarse en sí mismos y deliberar sobre el futuro»². Para De Gaulle la política, así como la estrategia, era acción y reflexión sobre la acción; por ello, no tuvo temor a expresar su visión del mundo y de sí mismo tempranamente, como signos inmutables que le impidiesen perder el camino. «La desgracia de aquellos que definen su política por adelantado, sus grandes proyectos secretos —escribió un biógrafo de De Gaulle—, es que una vez superado el tiempo de la palabra y llegado el tiempo de la acción, se ven forzados a devastar el mundo para que la historia no les contradiga»³. Para De Gaulle no fue necesario devastar el mundo. Hitler casi lo hizo, arrastrado por la impetuosa alucinada de sus sueños. De Gaulle tuvo que luchar ante todo contra lo que en sí mismo pudiese debilitarle o apartarle de su objetivo: la grandeza y la gloria de Francia y la suya propia, una grandeza mítica, basada en la voluntad y la ambición de jamás ceder, de sobreponerse a los eventos y dominarlos, con la

1. Stanley e Inge Hoffmann: *Volutad de Grandeza: De Gaulle, Artista Político* en D. A. Rustow, editor: *Filósofos y Estadistas*, F.C.E., México, 1976, p. 313.

2. Charles De Gaulle: *Le Fil de l'Épée*, Berger-Levrault, Paris, 1973, p. 23.

3. Dominique De Roux: *De Gaulle*, Editions universitaires, París, 1967, pp. 32-33.

convicción de que, en sus propias palabras: «No se hace nada sin los grandes hombres, y éstos lo son por haberlo querido.» La forma de ser grande era: «Elevarse por encima de sí a fin de dominar a los otros, y de esa manera, también los acontecimientos.» Era igualmente indispensable aspirar a la grandeza, ya que «la gloria se da solamente a aquellos que siempre la han soñado»⁴.

De Gaulle publicó el primero de sus libros. *La Discordia en el seno del Enemigo*, en 1924, a los treinta y cuatro años de edad. El libro es un estudio de la experiencia de Alemania en la Primera Guerra Mundial, y constituye esencialmente un análisis del papel crítico que juega el factor moral en la guerra, de la influencia que tiene la voluntad colectiva de la nación en la empresa bélica, y de las nefastas consecuencias de su derrumbamiento. Para De Gaulle, las divisiones internas entre diversas facciones con posiciones políticas encontradas fueron decisivas en la derrota alemana. Otro factor tan negativo como el anterior fue la debilidad demostrada por los líderes políticos ante las desmesuradas exigencias de los jefes militares, lanzados a una aventura de conquista que estaba más allá de las capacidades nacionales, y en la que se rompió por completo el principio de que la política debe dirigir la guerra. De Gaulle aspiraban a que su estudio mostrase «los defectos comunes a esos hombres eminentes: el gusto por las empresas desmesuradas, la pasión de extender a toda costa su poder personal, el desprecio de los límites trazados por la experiencia humana, el sentido común y la ley»⁵. El Estado Mayor de Ludendorff y Hindenburg, ciego ante las realidades políticas, dogmáticamente convencido de su invencibilidad, dispuesto a hacer apuestas con el destino de países enteros, fue severamente juzgado por De Gaulle, quien hizo un llamado a la moderación muy cercano a la más pura tradición clausewitziana: «Este estudio habrá logrado su propósito si contribuye en su modesta medida a que nuestros jefes militares de mañana... modelen su espíritu y carácter según las reglas del orden clásico. En ellas se encuentra ese sentido del equilibrio, de lo posible, de la medida, que es el único que hace durables y fecundas las obras de la energía»⁶. En esta obra primigenia De Gaulle esbozó dos temas que ocuparían lugar central en su vida y sus escritos: por un lado la concepción de la guerra como un fenómeno contingente, que no puede ser sometido a leyes universales, y en segundo lugar su convicción de la relevancia del elemento individual en la historia, de la primacía de los «jefes», de los hombres que moldean la historia con la potencia de su voluntad: «en la guerra no existe un sistema universal... sino tan sólo circunstancias y personalidades». De allí la significación que reviste «la filosofía superior de guerra que anima a los jefes, la cual en ocasiones es capaz de anular los más rudos esfuerzos de un gran pueblo, así como constituirse en la más segura garantía de los destinos de la Patria»⁷.

4. Charles De Gaulle: *Vers L'Armée de Métier*, Pión, Paris, 1973, pp. 139, 154.

5. Charles De Gaulle: *La Discorde chez l'ennemi*, Pión, Paris. 1973, p. 9.

6. *Ibid.*, p. 10.

7. *Ibid.*, p. 9

El tema del «jefe» entendido como conductor político o comandante militar, su personalidad, su «carácter», su peso específico en la determinación de los acontecimientos históricos, constituye el eje fundamental del segundo libro de De Gaulle publicado en 1932. *El Filo de la Espada* es un ensayo profético; en él De Gaulle se perfila todo entero, sus ambiciones, su visión de sí mismo y de su país, sus concepciones básicas sobre los principales asuntos que le ocuparon a lo largo de su vida. Las ideas de De Gaulle se desarrollan en torno a cuatro áreas: el liderazgo y la autoridad carismática; la política y el poder; la guerra y las doctrinas militares, y finalmente, la relación entre estrategia y política.

En primer lugar, De Gaulle reafirma su creencia en la importancia clave del factor individual en la historia: «la intervención de la voluntad humana en el desencadenamiento de los eventos tiene algo de irrevocable. Útil o no, oportuna o perjudicial, conlleva consecuencias indefinidas»⁸. De Gaulle dibuja al líder, al «hombre de carácter», a aquel cuyo deseo es «imponer su marca a la acción, tomarla a su propia cuenta, hacerla su asunto personal». El jefe no pretende ignorar las órdenes o subestimar los consejos, pero tiene «la pasión de querer, la voluntad de decidir». En síntesis, el «hombre de carácter es aquel que "confiere nobleza a la acción"»⁹. ¿De dónde viene la autoridad del líder? Aunque no lo exprese en esas palabras, no cabe duda que para De Gaulle el carisma es la auto-confianza transmitida a los demás. La autoridad del jefe tiene algo de innato, y es también producto del «misterio», de la «distancia»: «El hecho es que ciertos hombres expanden, por así decir de nacimiento, un fluido de autoridad del cual es difícil discernir en qué consiste y cuyos efectos pueden asombrar al que los percibe». Pero esa autoridad natural tiene que complementarse con una actitud propensa a preservarla: «el prestigio no puede separarse del misterio, pues se tiene poca reverencia por aquello que se conoce bien... y no hay grandes hombres para sus sirvientes. Por ello es necesario que en los proyectos, la manera de actuar, los movimientos del espíritu, se proteja un elemento que sea inalcanzable para los otros, que les intrigue, les conmueva y les mantenga en suspenso»¹⁰.

De Gaulle no define con precisión qué entiende por «carácter»; se trata de un estilo, de un modo de ser: su realidad es la percepción que los demás reciben al entrar en contacto con él. En una oportunidad De Gaulle dijo a Malraux que «la gloria es un camino hacia algo que uno no conoce»¹¹: de igual manera, la autoridad de los líderes tiene mucho de inasible, y el jefe debe ser «distante, pues la autoridad no va sin prestigio, ni el prestigio sin lejanía»¹².

8. De Gaulle: *Le Vil...*, ob. cit., p. 28.

9. *Ibid.*, pp. 46-47.

10. *Ibid.*, pp. 66-67.

11. André Malraux: *Les Chenes qu'on abat...*, Gallimard, París, 1971, p. 45.

12. De Gaulle: *Le FU...*, ob. cit., p. 48.

En sus *Antimemorias* Malraux ha relatado las impresiones de su primer encuentro con De Gaulle, y ha hablado de «esa distancia singular que se produce no solamente entre su interlocutor y él sino también entre lo que él decía y lo que era»¹³. De Gaulle siempre mantuvo esa distancia, esa postura de orgullo indomable que le convertía a ojos de muchos en un personaje insoportable, pero le daba a la vez ese halo de misterio y superioridad que veía como esencial para ejercer una verdadera autoridad: «El hombre de acción —escribió en *El Filo de la Espada*— no se concibe sin una fuerte dosis de egoísmo, de orgullo, de dureza, de astucia... Debe apuntar alto, ver en grande, juzgar con fuerza, elevándose así sobre el común de los hombres que se debaten dentro de estrechos límites. El jefe debe personificar el desprecio de las contingencias, en tanto que la masa se vuelca hacia los detalles»¹⁴. Aquí se retrató De Gaulle de cuerpo entero; en estas páginas definió su estilo y trazó su rumbo. Las decisiones que tomó en 1940 y que le llevaron, sólo y desprovisto de recursos, a enfrentarse a la derrota, están prefiguradas en su obra de 1932.

El líder debe el poder a sí mismo, a su determinación, su voluntad y su confianza; vive de los retos y sabe que los hombres le requieren en los momentos críticos. A De Gaulle siempre le importó más enfrentarse a la adversidad que la forma específica de hacerlo. Lo esencial era hacer frente al desafío; las medidas concretas dependían de las circunstancias. El liderazgo que De Gaulle proclamaba es un liderazgo para la crisis, y su gran autoridad se derivó en buena parte de su capacidad para adelantarse a los acontecimientos y profetizar su desencadenamiento, preparándose con paciencia y tenacidad para afrontarlos. Todo lo que escribió antes de 1939 prefiguró al hombre que levantaría la voz luego de la caída de su patria para salvaguardar el honor y la dignidad nacional. En los triunfos de De Gaulle siempre hubo una perfecta adecuación entre los hechos y la profecía.

El Filo de la Espada contiene también una sólida noción de la política como un problema de poder ante el cual sólo cabe adoptar una actitud realista y desprovista de sentimentalismos. No se le escapaba que «El impulso profundo de la actividad de los mejores y más fuertes es el deseo de adquirir poder»¹⁵. Este realismo político es una constante en las obras y la acción de De Gaulle. En *El Filo de la Espada* afirmó que: «Las leyes internacionales no valen nada sin las tropas. Sea cual sea la dirección que tome el mundo, no dejará de lado las armas»¹⁶. La idea se repite en su obra de 1934, *Hacia el Ejército Profesional*, en la que escribió que: «Bajo la protección de armas vigilantes, las quimeras de la política representan menos peligro»¹⁷

13 A. Malraux: *Antimémoires*, Gallimard, París, 1967, p.

14 De Gaulle: *Le Fil...*, ob. cit., p. 75.

15 *Ibid.*, p. 35.

16 *Ibid.*, p. 10.

17 De Gaulle: *Vers...*, ob. cit., p. 33.

En Francia y su Ejército, de 1938, dice que: «toda la virtud del mundo no puede prevalecer contra el fuego»¹⁸; y su concepción se confirmó durante su experiencia como líder de la «Francia Libre» durante la Segunda Guerra Mundial, la cual le demostró que: «La diplomacia, bajo convenciones formales, sólo conoce realidades», pues «en los asuntos entre Estados, la lógica y los sentimientos pesan menos que las realidades del poder; y lo que verdaderamente importa es aquello que se toma y que uno sabe preservar»¹⁹.

Para De Gaulle la política era por sobre todo la creación y la acción del Estado; De Gaulle no utilizaba categorías como «conflicto de clases» o «grupos de presión», o «partidos». A su modo de ver, los verdaderos y legítimos actores políticos eran las naciones, «Francia» y «los franceses» no este o aquel partido o agrupación. Esos conceptos podían referirse a entidades abstractas, pero para De Gaulle se trataba de realidades tangibles. La nación era una entidad cultural e histórica cuya unidad fundamental estaba por encima de cualquier otra consideración. El «gaullismo» fue una posición y no una ideología política, una actitud y no una doctrina; era en el fondo tan indefinible como las nociones de «gloria» y «grandeza» que proclamaba; sus contornos conceptuales no estaban claros y sin embargo generaban una fuerza política concreta, fundamentada —y allí estaba su vigor y sus limitaciones— en el carisma de De Gaulle. No podía haber «gaullismo» sin él, y su idea de la política era inseparable de su visión del líder, del jefe. El «Estado», al cual en tantas ocasiones apeló De Gaulle, era de hecho él mismo, y en sus *Memorias*, hablando de sí mismo en tercera persona, escribió que «Con De Gaulle se alejaban [cuando dejó el escenario político en 1946] ese hábito que viene de las alturas ese espíritu de triunfo, esa ambición de Francia que sostiene el alma nacional. Cada francés, cualquiera que fuese su tendencia, tenía en el fondo el sentimiento de que el General encarnaba algo *primordial, permanente necesario* enraizado en la Historia, y que el régimen de partidos no podía representar»²⁰. ¿Un orgullo desmesurado? quizás, pero basado en hondas convicciones, y respaldado por los hechos.

Si la política es la acción del Estado personificada, la guerra es la continuación de esa política estatal que no cambia su naturaleza sino sólo los medios a través de los cuales se expresa. Por lo tanto, también en la guerra es esencial la calidad de los jefes: «la inteligencia, el instinto, la autoridad del jefe hacen de la guerra lo que ella es. ¿Y qué son esas facultades sino la personalidad misma, sus recursos y su poder?... La preparación para la guerra es ante todo la preparación de los jefes, y es posible decir literalmente, que a los ejércitos y pueblos dotados de jefes excelentes todo lo demás les será dado por añadidura»²¹.

17. De Gaulle: *Vers...*, ob. cit. p 33

18. Charles De Gaulle: *La France et son Armée*, Pión, Paris, 1937, p. 131

19. Citado por De Roux, ob. cit. p 97

20. De Gaulle: *Le Salut 1944-1946*, Pión, París, 1973, p. 334.

21. De Gaulle: *Le Fil...*, ob. cit., p. 34.

A pesar de que las tareas del gobernante político y las del comandante militar no son las mismas, su interdependencia es indiscutible, pues: «¿Qué política tiene éxito cuando las armas sucumben? ¿Qué estrategia es válida si carece de medios?» De Gaulle se ubica sólidamente dentro de la tradición clausewitziana que lucha por el equilibrio y la armonía entre la estrategia y la política. En *El Filo de la Espada* hay un gran sentido de proporción, un ritmo y un balance interiores que reflejan la propia personalidad del autor, ese «contraste entre la fuerza interior y el autodomínio» del que habla De Gaulle como el rasgo que define ese «don» de los líderes: «Puede el hombre de Estado invadir el dominio del comandante militar y dictar autoritariamente la estrategia. Puede también el guerrero, abusando de su fuerza, degradar los Poderes Públicos. Pero el triunfo de una de las partes significa la parálisis de la otra, lo cual rompe el equilibrio, quiebra el orden, destruye los controles. La acción se hace incoherente y se produce el desastre»²².

Como soldado, De Gaulle fue siempre disciplinado, excepto en el momento en que el gobierno de su país aceptó el armisticio de Hitler renunciando de hecho a la independencia y perdiendo por ello la legitimidad. De Gaulle, que nunca renunció a su independencia personal, fue capaz de convertirse en símbolo de la de su país y de restaurársela en una de sus horas más críticas.

Antes que estadista, político o guerrero. De Gaulle fue el servidor de una idea: Francia. Su logro más notable fue establecer ese lazo indisoluble entre él y Francia, esa identificación «de él mismo con Francia, del pueblo con él, de él mismo y Francia con causas más elevadas, siempre que las circunstancias eran exigidas por su plan; siempre que pudo presentar o representar en el escenario de la historia el gran drama que quería exhibir: el de rendir *solo* un gran servicio decisivo y famoso a su nación en desgracia...»²³. Esa «idea de Francia», que es más bien una emoción, un calor de Patria exaltado al máximo, fue expuesta por De Gaulle en la primera página de sus *Memorias de Guerra*, uno de los textos que mejor le revelan. Son frases que denotan amor, admiración, fidelidad, y una profunda dedicación al ideal. Allí De Gaulle confiesa que: «Lo que hay en mí de afectivo imagina naturalmente a Francia como la princesa de los cuentos o la madona de los frescos, entregada a un destino eminente y excepcional. Tengo instintivamente la impresión de que la Providencia la ha creado para vivir grandes triunfos o ejemplares desgracias. Si la mediocridad llega a marcar sus hechos y sus gestos yo experimento la sensación de una absurda anomalía, imputable a las faltas de los franceses y no al genio de la patria... En breve, a mi modo de ver. Francia no puede ser Francia sin la grandeza»²⁴. Malraux le dijo en una ocasión que su «Francia» no era racional, pero De Gaulle tampoco lo era; su carisma iba unido al apego a ese ideal incorruptible. Su propósito fue restaurar Francia a la «grandeza», y no cabe duda de que Francia retornó a la escena internacional como gran poder en 1945 en buena parte gracias a De Gaulle.

22. Ibid., pp., 126, 141.

23. S. e I. Hoffmann: ob. cit., p. 356.

24. De Gaulle: L'Appel, 1940-1942, Pión, París, 1974, p. 6.

Sus ideas sobre Francia, sobre la gloria y la grandeza eran tal vez etéreas y románticas, pero estaban acompañadas de una férrea e inquebrantable voluntad, y nada arrastra tanto como un ideal sentido de esa forma: «A nuestra dama Francia — escribió en el segundo volumen de sus *Memorias de Guerra*—, sólo queremos decirle una cosa: que nada nos importa excepto servirla... No tenemos nada que pedirle, excepto quizá que el día de la libertad nos abra maternalmente sus brazos para allí llorar de alegría, y aquel día en que la muerte nos reclame, nos acepte en su buena y santa tierra»²⁵.

La personalidad de De Gaulle es en muchos sentidos la más atrayente de las que se han venido considerando en este libro. Sus cualidades no fueron probadas en batalla o en el debate público; en comparación a Hitler, Stalin o Churchill, carecía por completo de recursos materiales; no obstante, su poder fue real, así como su contribución a la libertad de su país. «En lugar de comenzar como héroe y convertirse en leyenda. De Gaulle comenzó como leyenda y se hizo héroe en el camino»²⁶. Es una suerte para la posteridad que De Gaulle haya escrito tanto, y de paso, que haya sido tan buen escritor, no permitiendo que los fracasos le desviasen de su misión, proyectándose hacia el mañana y preparándose, a través de la reflexión volcada en la escritura, para los desafíos que le deparase el futuro. Sus primeros libros constituyen un plan de vida, el testimonio de una ambición y de un sueño. El hecho de que ese sueño se haya realizado les da un carácter especial, y hace posible que el historiador siga, paso a paso, el desarrollo del proyecto que va revelándose con la nitidez que tienen los trazos de una pintura clásica.

2. EL PROFETA MILITAR

«Tal parece que al espíritu militar francés le repugna reconocer el carácter esencialmente empírico que debe revestir la acción de guerra, y se esfuerza sin cesar en concebir una doctrina que le permita, a priori, orientar la acción y concebir su forma, sin tomar en cuenta las circunstancias que la fundamentan.»

DE GAULLE, 1932.

Los escritos militares de De Gaulle, en especial su libro *Vers l'Armée de Métier*, publicado en 1934, constituyeron en la Francia de entonces el aporte más original y novedoso dentro del campo del pensamiento militar.

25. Citado por De Roux, ob. cit.» p. 32.

26. A. J. P. Taylor: *Europe. Grandeur and Decline*, ob. cit., p. 299.

De Gaulle pertenece al selecto grupo de autores que en el período entre las dos guerras mundiales transformaron las concepciones estratégicas tradicionales, trascendiendo las prácticas institucionalizadas durante la Primera Guerra Mundial. De Gaulle fue más allá de teóricos que como Guderian o Trenchard, se limitaron en lo fundamental a los aspectos tácticos del arte militar, y dirigió su atención, así como Liddel Hart, a una más amplia discusión sobre la guerra y la política. De tal manera que sus planteamientos acerca de las posibilidades militares que abrían nuevos armamentos empleados de acuerdo a diferentes concepciones tácticas se enmarcaba dentro de consideraciones políticas y estratégicas de mayor alcance, que excedían los límites de lo estrictamente técnico. Las ideas militares de De Gaulle se relacionaban con su concepción global de la política y la guerra, y estaban basadas en un detallado análisis de la situación interna y de la política exterior francesa durante la época en que trató en forma sistemática temas de estrategia. Y a pesar de que no llegó a desarrollar en forma plena la teoría de la «guerra relámpago». De Gaulle logró formular un conjunto de proposiciones que de haber sido aceptadas por los jefes militares del período, habrían seguramente contribuido a evitar, o al menos a hacer mucho más difícil, la victoria que los ejércitos de Hitler obtuvieron sobre Francia en 1940.

Una frase de *El Filo de la Espada* anunciaba el ataque devastador que De Gaulle lanzaría dos años más tarde contra los dogmas predominantes dentro del establecimiento militar francés: «La acción de guerra reviste esencialmente el carácter de la contingencia. El resultado que persigue es relativo al enemigo y variable por excelencia. El enemigo puede presentarse en una infinidad de maneras, dispone de medios cuya fuerza exacta se desconoce, y sus intenciones son susceptibles de manifestarse a través de muy diversas vías»²⁷. El azar, siempre presente en la acción de guerra, así como en muchos otros fenómenos sociales, no permite manejar con éxito la estrategia como un conjunto de dogmas rígidos y de principios inmutables. La política y la guerra son mundos contingentes, y es por lo tanto errado formular directivas «geométricas» para actuar en los mismos.

La doctrina estratégica predominante en Francia en las décadas del 20 y 30 se caracterizaba por su carácter abstracto y dogmático, y era el resultado de las experiencias de la Primera Guerra Mundial que habían sido convertidas en principios «a priori», con base en los cuales se establecían los planes militares, sin tomar en cuenta los rápidos cambios que experimentaba el pensamiento estratégico del período, particularmente en Alemania. La doctrina estratégica francesa, contra la cual De Gaulle lanzó sus poderosos argumentos, era un compuesto de varias «teorías» que presuntamente habían probado su efectividad en la Primera Guerra Mundial. En tal sentido, esa doctrina venía a comprobar la opinión de los que sostienen que «los generales invariablemente se preparan para la próxima guerra alistándose de hecho para la que lucharon más recientemente». La primera de las teorías que integraban la doctrina estratégica francesa era la de «defensa fronteriza»

27. De Gaulle: *Le FU...*, ob. cit., p. 13.

según la cual, en vista de que una invasión desde el norte afectaría en forma inmediata áreas vitales del país, era necesario establecer una sólida línea de defensa en la propia frontera. No se trataba de la creación de una fuerza capaz de recibir el primer impacto de ataque enemigo y demorarlo, realizando si era necesaria una retirada táctica mientras se recibía el auxilio de otras unidades, sino de la constitución de un frente rígido y estático sobre la línea fronteriza, con gran número de tropas especialmente entrenadas para ese rol defensivo.

El segundo ingrediente de la doctrina de guerra francesa era la convicción sobre el papel decisivo, tanto en operaciones defensivas como ofensivas, del equipo o «material» bélico. Esta idea aparentemente simple y sin duda muy acertada se convirtió en un dogma, y ya para fines de los años 30 los jefes militares franceses se expresaban en términos de «la tiranía del material, impuesta por el poder omnipotente del fuego»²⁸. Este énfasis sobre la importancia cuantitativa y cualitativa del equipo bélico no tenía que ver con nociones sobre la sustitución de hombres por máquinas, ya que Francia sostenía un numeroso ejército de conscriptos de acuerdo a los principios de «la nación en armas», los cuales formaban parte de la mitología política de la convulsionada Tercera República francesa. La teoría del «material» era más bien uno de esos dogmas que se convierten en clichés de ambiguos contenidos, y que con tanta frecuencia se apoderan de las instituciones militares en todas partes del mundo.

Después de la firma del Tratado de Versalles, la política exterior francesa había adoptado en la práctica una postura esencialmente defensiva: «Francia estaba comprometida con el acuerdo de paz de 1919, porque parecía ser si no el mejor al menos el más viable de los medios para proteger la seguridad del país... Políticamente entregados a una postura defensiva, los gobernantes franceses acogieron favorablemente la doctrina de guerra propuesta por el estado mayor militar. La relevancia que se daba a la inviolabilidad de las fronteras era perfectamente compatible con la posición defensiva desde la cual se conduciría la política exterior francesa»²⁹. De esta visión política, que como se verá más adelante no se correspondía con los compromisos concretos adquiridos por Francia hacia sus aliados en el este de Europa, surgía el tercer ingrediente de la doctrina estratégica francesa: la teoría de la «guerra en dos etapas». La primera de ellas sería básicamente defensiva, y se llevaría a cabo en las fronteras; posteriormente, y una vez movilizadas las reservas, se lanzaría una contra-ofensiva estratégica hasta hacer retroceder al enemigo, culminando de esa forma con la segunda etapa del conflicto.

La consecuencia inevitable de la teoría de la «guerra en dos etapas» era que Francia concedía la iniciativa militar al adversario. El Tratado de Versalles había impuesto duras condiciones sobre Alemania, que la condenaban teóricamente a una permanente inferioridad militar frente a Francia.

28. General M. Weygand: «L'Armée d'aujourd'hui»; citado por R. J. Young: «Preparations for Defeat: French War Doctrine in the inter-war period»; *Journal of European Studies*, 1972, núm. 2, p. 158.
29. R. J. Young: ob. cit., p. 159.

Para hacer cumplir los términos del Tratado en todos sus diversos aspectos, y en especial en lo concerniente al rearme alemán, Francia tenía que haber adoptado una postura política *ofensiva*, que preservase la opción de intervenir militarmente en caso de trasgresión. Resultaría excesivamente largo, y rompería con los límites de este ensayo, tratar de explicar el complejo panorama político europeo posterior a Versalles, que permitió no sólo el rearme, sino también la restauración de Alemania como el poder dominante en el continente. Lo cierto es que los gobernantes de la Tercera República francesa encontraron que una posición ofensiva, destinada a perpetuar la inferioridad militar alemana era demasiado costosa en términos financieros y con respecto a la unidad política interna y las relaciones externas con algunos aliados, como por ejemplo la Gran Bretaña. De allí que la teoría de la «guerra en dos etapas», concediendo implícitamente la iniciativa militar al enemigo, fuese aceptada como una fórmula eficaz para la defensa de Francia, a pesar de las transformaciones que en la *velocidad* de las operaciones estaba introduciendo el desarrollo de nuevas armas como el tanque y la infantería motorizada.

En efecto, es importante resaltar el hecho de que la teoría de la «guerra en dos etapas» descansaba sobre el supuesto de que habría suficiente tiempo para contener un primer ataque enemigo y luego movilizar nuevas tropas y equipos para una contraofensiva general. La creencia en que se repetiría el lento proceso de movilización de la Primera Guerra en un nuevo conflicto con Alemania se combinó con la relevancia que se concedía al *poder de fuego* por encima de la *movilidad* para producir una doctrina estratégica que si bien podría haber sido útil en las condiciones de 1914 a 1918, estaba obsoleta para 1940. El ejército alemán venció a Francia sobre la base de la sorpresa, la movilidad y la velocidad que le proporcionaban sus divisiones Panzer. En 1940 Francia tenía tanques y aviones de combate, y su número y calidad eran equivalentes y en algunos casos hasta superiores a los que poseía Alemania. Pero Francia carecía de una *doctrina estratégica capaz de producir con esos armamentos una nueva dimensión de la guerra*. La teoría y la práctica de la «Blitzkrieg» demostraron que el poder militar es un compuesto de diversos factores, entre los que se cuentan fundamentalmente la cantidad y calidad de los equipos, la habilidad técnica de jefes y soldados y la originalidad y eficacia de las doctrinas de guerra. Entre dos adversarios con capacidades materiales equivalentes, vencerá aquel que tenga superioridad en el terreno de las ideas, y es en el orden de lo cualitativo donde se hace posible para el débil equipararse al poderoso y aun derrotarlo.

El sistema de defensa nacional francés en los años 30 descansaba en una doctrina de guerra condicionada totalmente por experiencias militares que habían quedado superadas tanto en el campo táctico como en el estratégico. Los dogmas del pasado se habían solidificado en una doctrina militar que no sólo cedía la iniciativa al adversario, sino que colocaba a Francia en el dilema de aceptar un paulatino cambio en la balanza de poder en Europa o hacer una guerra total para evitarlo. En efecto, el masivo «ejército de ciudadanos» francés *no* estaba diseñado para la guerra limitada, para realizar «intervenciones quirúrgicas» con objetivos específicos y destinadas a servir de instrumento a la política exterior francesa,

necesitada de brindar protección y ayuda a otros aliados europeos. La parálisis de esa política exterior se hacía más enervante por la ausencia de un instrumento flexible, capaz de impedir alteraciones en el balance de poder sin recurrir a soluciones radicales de «todo» o «nada». El «ejército de ciudadanos», con sus enormes reservas, era tan caro, tan pesado y tan desafiante políticamente que no tenía lugar sino en caso de que los adversarios de Francia se negasen a ser intimidados por la amenaza de una guerra total. Esto fue lo que ocurrió con Hitler, que avanzó paso a paso en sus conquistas, empleando todos los medios para acentuar la parálisis psicológica y militar de sus oponentes, mientras el ejército francés consumía el tiempo en fortalecer la «Línea Maginot». Llegado el momento, los ejércitos hitlerianos penetraron por los dos únicos sitios que habían quedado desguarnecidos: a través de Bélgica y del Bosque de las Ardenas, dejando atrás en el espacio y el tiempo las líneas de defensa en que se sostenía la tesis de la «guerra en dos etapas».

En 1934, cuando aún existía la posibilidad de que el establecimiento militar francés se pusiese a tono con las nuevas realidades militares de la época, el entonces Coronel Charles De Gaulle publicó un pequeño libro titulado *Hacia el Ejército Profesional*, en cuyas páginas plasmó, con un lenguaje claro y con férreos argumentos, un ataque devastador contra las ideas predominantes dentro del ejército francés. De Gaulle presentaba tres argumentos esenciales contra las teorías del «frente continuo» y la «guerra en dos etapas». En primer lugar, un argumento de índole estratégico: la doctrina militar francesa debía ser modificada pues colocaba toda la iniciativa en manos del enemigo. En segundo lugar, un argumento político: «al declarar nuestra intención de mantener nuestras tropas en la frontera, empujábamos a Alemania a actuar contra los países débiles, que quedaban aislados y desprotegidos...»³⁰. Francia no debía asumir una postura rígidamente defensiva en su política exterior, pues ello sólo contribuiría a abrir las puertas al expansionismo alemán: «Para bien o para mal, formamos parte de un cierto orden establecido del cual todos los elementos que lo componen son solidarios... Debemos por lo tanto estar listos para actuar más allá de las fronteras, en todo momento y ocasión»³¹. En esta idea de la necesaria relación entre la política exterior y la estrategia de guerra se encontraba el elemento más crucial de toda la argumentación de De Gaulle: «En la presente situación del mundo, la pendiente de nuestro destino nos conduce a disponer de un instrumento de intervención siempre listo a enfrentar emergencias. Sólo de esa manera tendremos el ejército que requiere nuestra política»³². Por último. De Gaulle presentaba un argumento de naturaleza moral. La doctrina de guerra prevaleciente socavaba la moral nacional, pues «hacía creer al país que para él la guerra iba a consistir en combatir siempre lo menos posible»³³.

30. De Gaulle: L'Appel, ob. cit., p. 11

31. Ibid., p. 13.

32. De Gaulle: Vers..., ob. cit., p. 68.

33. De Gaulle: UAppel, ob. cit., p. 11.

En lugar de la teoría de la «guerra en dos etapas» basada en el ejército de ciudadanos. De Gaulle proponía las tácticas de la guerra rápida, utilizando para ello unidades mecanizadas cuyo complejo manejo exigía el reclutamiento y entrenamiento de personal altamente especializado, es decir, de personal de élite. En las nuevas condiciones del arte de la guerra, las grandes masas de soldados no garantizaban una protección suficiente, el número no podía seguir siendo el criterio determinante del poder militar: «Es un hecho que hoy día, en el mar, la tierra y el aire, un personal escogido, capaz de extraer el máximo provecho de un material extremadamente poderoso y variado, posee sobre las masas... una terrible superioridad»³⁴. El «instrumento de maniobra» por el cual clamaba De Gaulle se hacía posible gracias al motor, el cual, en un vehículo blindado, «posee tal potencia de fuego y choque el ritmo del combate se intensifica de acuerdo a las evoluciones de un artefacto mecánico». La fuerza de choque estaría integrada por 100.000 soldados profesionales, distribuidos en seis divisiones de línea y una división ligera, todas ellas motorizadas y en buena parte blindada. La creación de este instrumento moderno evitaría «a las tropas de élite la estabilización de los frentes de batalla, que tanto falseó la reciente guerra desde el punto de vista del arte militar, y, en consecuencia, de la relación entre pérdidas y resultados»³⁵.

Las ideas de De Gaulle fueron vigorosamente apoyadas por Paúl Reynaud, un valiente político al que le tocó enfrentar como jefe de gobierno de Francia la invasión alemana de 1940. En Marzo de 1955 Reynaud expuso y defendió las tesis de De Gaulle ante el Parlamento, pero con poco éxito. El Ministro de Guerra, Louis Maurin, rechazó el nuevo esquema con la calurosa aprobación de una mayoría de parlamentarios. De igual forma, el alto mando militar repudió sin ambigüedades cualquier sugerencia acerca de la posible coexistencia entre un ejército profesional de élite y un ejército de ciudadanos. En 1936, una comisión presidida por el General Georges ratificó la validez de los dogmas predominantes, argumentando que a pesar de los avances tecnológicos realizados en la pasada década cada nuevo invento ofensivo era inmediatamente sucedido por otra innovación que le neutralizaba: frente al tanque, el cañón anti-tanque frente al avión, el cañón anti-aéreo. Los tanques, sostuvo la comisión Georges, podrían operar como puntas de lanza de los asaltos de infantería, pero no serían capaces de penetrar hasta la retaguardia de las defensas enemigas a no ser que las mismas hubiesen sido previamente «debilitadas» al máximo. La «Blitzkrieg» hitleriana demostró pocos años después cuán equivocadamente había juzgado el alto mando francés el potencial de la nueva tecnología militar, así como la capacidad de nuevas tácticas para cambiar la faz del campo de batalla.

Es importante indicar que a pesar de lo avanzado de sus ideas, y del carácter radical de éstas dentro del contexto del pensamiento militar francés de entonces.

34. De Gaulle: Vers..., ob. cit., p. 56.

35. *ibid.*, p. 88.

De Gaulle no llegó a desarrollar a plenitud la teoría de la «Blitzkrieg». En particular, De Gaulle concedió poca relevancia a la aviación como uno de los ingredientes sustanciales de la nueva técnica, dándole en su libro de 1934 un rol relativamente secundario: «... el avión será... para los Comandantes el verdadero medio de tomar a tiempo conocimiento directo de las situaciones; por ello, aparatos ligeros, capaces de aterrizar en cualquier parte, deberán ser distribuidos a los estados mayores. Por otra parte, las unidades terrestres, en especial las blindadas, recibirán de la aviación una ayuda preciosa en cuanto a su camuflaje. Cortinas de humo esparcidas desde el aire pueden ocultar vastas superficies en pocos minutos, y el ruido de las máquinas voladoras cubre el de los motores que se desplazan en tierra»³⁶. Mas si bien De Gaulle no llegó a precisar con total coherencia los aspectos técnicos de la nueva táctica, sí fue capaz de entender que su poder descansaba en la posibilidad de penetrar los frentes y explotar esas rupturas, introduciéndose hasta la retaguardia enemiga, desequilibrando sus mandos y paralizando su capacidad de reacción: «La "explotación" se hará ahora una realidad, pues en la pasada guerra no fue sino un sueño... (y) las comunicaciones del enemigo serán frecuentemente su principal objetivo»³⁷.

En las páginas finales de su obra, al extraer conclusiones generales sobre lo expuesto. De Gaulle fue verdaderamente profetice respecto a lo que ocurriría en una guerra en que las nuevas armas fuesen empleadas de acuerdo a novedosos esquemas tácticos: «En los conflictos del futuro, cada vez que un frente sea roto, se verá a las tropas rápidas penetrar a fondo en la retaguardia enemiga, golpear sus puntos sensibles y poner en zozobra todo su sistema defensivo. De esta manera será restaurada la extensión estratégica de los resultados tácticos, que jamás pudieron obtener Joffre, ni Faikenhayn, ni Hindenburg o Foch (generales de la Primera Guerra Mundial)... y que constituye el fin supremo y la nobleza del arte militar.» De Gaulle supo también colocar su proyecto táctico en una perspectiva estratégica global y dentro del marco de una filosofía de la guerra y de la política: «Si la guerra es por excelencia destructiva, el ideal de aquellos que la hacen debe ser, por lo tanto, la economía, la menor masacre por el más grande resultado, la combinación que saque de la muerte, el sufrimiento y el terror el mejor partido, con objeto de hacerlos cesar lo más pronto posible, alcanzando más rápidamente el objetivo»³⁸. He aquí ese «sentido de la proporción» que separa radicalmente a un De Gaulle de un Hitler y que se fundamenta en la preservación de «una proporción correcta entre las fuerzas del Estado y los fines que éste persigue»³⁹.

36. Ibid., p. 127.

37. Ibid., pp. 131-132.

38. Ibid., p. 133.

39. De Gaulle: *Le Salut*, ob. cit., p. 59

El hecho de que el alto mando francés hubiese creado en 1936 una comisión para revisar los preparativos militares del país a la luz de nuevos desarrollos técnicos y políticos, demuestra que al menos hubo un intento de adaptarse a las cambiantes circunstancias del período. Por otra parte el hecho de que la Comisión Georges hubiese concluido sus estudios reafirmando la validez de todos los dogmas prevalecientes es una prueba más de las dificultades para renovar el pensamiento de instituciones altamente disciplinadas, profundamente amantes de la tradición, y tendientes a fomentar un clima de opinión esencialmente conservador, como es el caso de la institución militar. De allí que la mayoría de las veces, este tipo de institución sólo logra renovarse a través de las crisis, de los fracasos, o como ocurrió con el ejército francés en la Segunda Guerra Mundial, de las catástrofes. La Comisión Georges hizo preguntas, pero eran las mismas de siempre, y se las hizo a quienes repetían las respuestas de siempre. «La lecciones que habían sido extraídas de la Primera Guerra Mundial eran tan claras y en apariencia tan cruciales que muy pocos soldados o civiles se atrevieron a rebelarse en contra de esa forma pedante y dogmática de tratar los problemas de la guerra. Lo que se había asimilado en cuatro años terribles no podía ser revisado en veinte años»⁴⁰. La raíz fundamental del desastre militar de 1940 fue la incapacidad del gobierno y el alto mando francés para modificar sus concepciones estratégicas y tácticas de acuerdo a los compromisos políticos de Francia y a las nuevas dimensiones de la guerra moderna.

De Gaulle había previsto lo que podía ocurrir, y todavía en Enero de 1940, ya declarada la guerra contra Hitler, continuaba impulsando sus ideas a través de un Memorando enviado a los más importantes jefes militares y gobernantes franceses, en el cual insistía que el aparato militar francés no tenía sino un chance: la defensiva, y que era urgente dotarlo de unidades blindadas con capacidad de actuar en forma independiente, pues «para destruir una fuerza mecánica, sólo otra fuerza mecánica es realmente eficaz»⁴¹.

De Gaulle hizo todo lo posible por evitar a su país la tragedia que se avecinaba. Una vez llegado el momento, supo actuar como lo había prescrito en sus libros y como lo había soñado siempre: «Elevándose por encima de sí mismo, a fin de dominar a los otros, y de esa forma, los acontecimientos...»⁴². Su concepción del liderazgo era la de un jefe para la crisis, un conductor único, inimitable, carismático, capaz de arrastrar a los demás con la fuerza de sus propias convicciones. No fue posible evitar la tragedia; era la hora de las decisiones.

40. R. J. Young: Preparations..., ob. cit., p. 171.

41. De Gaulle: Trois Eludes, Pión, París, 1973, pp. 49-70.

42. De Gaulle: Vers..., ob. cit., p. 139.

5. EL ESPACIO DE LA GUERRA

«Las sociedades existen más en el tiempo que en el espacio. En cualquier momento dado, un Estado es sólo una colección de individuos... Pero obtiene la identidad a través de la conciencia de una historia común.»

H. A. Kissinger

«Cuanto más triunfos obtenga el enemigo, más tendrá que desplegarse y debilitarse: donde esté el enemigo, ahí estará la frontera, porque... el Estado no hará sino replegarse sobre sí mismo, y dondequiera que quede un pedazo de tierra y hombres, el Estado subsistirá aún.»

Roger Caillois

La guerra es un acto político y se lleva a cabo en todo momento dentro de un contexto político. La política es el factor dominante, el substrato permanente que debe guiar la acción de guerra. Ese elemento político puede manifestarse esencialmente de dos formas: como voluntad de conquista y como voluntad de resistencia. Según Clausewitz, la voluntad de defensa es lo último que perece en la guerra; el defensor establece la dualidad del combate ya que «un conquistador es siempre amigo de la paz... su ideal sería entrar en nuestro Estado sin oposición»⁴³. El ataque y la defensa son cosas de distinta naturaleza y fuerza desigual; la defensa tiene a su favor el espacio y el tiempo, y, sobre todo, la voluntad de resistir, que en ocasiones se hace indomable y permite a la defensa equilibrar una potencia ofensiva mayor a la suya. Como afirma Caillois en uno de los epígrafes que introducen esta sección, los triunfos del enemigo son un arma de doble filo; mientras más avance más tendrá que desplegarse para ocupar el territorio conquistado, y el tiempo irá amainando el ímpetu de sus victorias. Entre tanto, el Estado invadido podrá subsistir en la voluntad de algunos hombres, convencidos de que sólo la preservación de la dignidad podrá algún día hacer renacer una nación libre.

Como profundo estudioso de temas militares que era. De Gaulle seguramente leyó la obra de Clausewitz y asimiló su pensamiento. Hay en *El Filo de la Espada*

43. Carl von Clausewitz: «De la Guerra»; citado por A. Glucksmann: *El Discurso de la Guerra*, Anagrama, Barcelona, 1969, p. 57.

una frase casi idéntica a la citada anteriormente del gran autor prusiano: «No se conoce ningún conquistador que no haya afirmado de buena fe su amor por la paz»⁴⁴. En 1940, ante el derrumbe de su gobierno y de su pueblo. De Gaulle apeló a la voluntad de resistencia y a la legitimidad que proviene de la preservación de la dignidad nacional. Sus acciones de ese entonces se ven prefiguradas en un trascendental párrafo de Clausewitz, en el que insiste sobre el poder e importancia de la voluntad de defensa: «Ningún Estado debe creer que su destino, su existencia entera depende de una batalla, por decisiva que ésta sea... Siempre hay tiempo para morir... y está dentro del orden natural del mundo moral que un pueblo trate por todos los medios de salvarse cuando se ve precipitado al fondo del abismo. Por más pequeño y débil que sea un Estado con relación a su adversario, no debe nunca eximirse de un esfuerzo supremo, sin el cual habrá que decir que ya no hay alma en él»⁴⁵.

No cabe exagerar la relevancia de las reflexiones de Clausewitz. Se trata de una idea crucial, cuya validez práctica ha quedado demostrada muchas veces en la historia moderna de la guerra. Desde la resistencia de los pueblos ruso y español ante Napoleón hasta la lucha de los vietnamitas contra Francia y Estados Unidos, pueden apreciarse los efectos de una misma voluntad política, el empleo del tiempo y del espacio entendidos también como dimensiones políticas, para mantener vivo un ideal y desgastar la voluntad de conquista del enemigo.

En Mayo de 1940, frente al vertiginoso avance de los ejércitos de Hitler, la duda, el temor, y eventualmente el derrotismo comenzaron a hacer estragos entre los dirigentes políticos y militares franceses. Con una velocidad y un poder totalmente imprevistos, la «Blitzkrieg» hitleriana derrumbaba las defensas construidas luego de años de inercia, dogmatismo y amargas e infructuosas polémicas internas. La Tercera República caía doblegada por una nueva forma de hacer la guerra, y en medio de la confusión y el caos, De Gaulle, al mando de un grupo blindado, trataba de contener en lo posible la avalancha de hombres y tanques que penetraban Francia. Para el 30 de Mayo la batalla estaba virtualmente perdida, pero ya en De Gaulle había nacido un propósito: «Ante el espectáculo de este pueblo trastornado y de esta derrota militar, frente a la insolencia y el desprecio del adversario, me sentí sobrecogido de una furia sin límites. La guerra comienza infinitamente mal, mas es necesario que continúe. *Para ello hay espacio en el mundo*. Si vivo, combatiré, donde sea y por el tiempo que se requiera hasta que el enemigo sea derrotado y limpiada la mancha nacional. Lo que yo haya podido hacer a continuación, lo decidí aquel día»⁴⁶. La resolución fue tomada el 16 de Mayo; la noche del 5 de Junio, Paúl Reynaud nombró a De Gaulle Subsecretario de Estado para la Defensa, incorporándolo así al Gabinete y al principal centro de toma de decisiones.

44. De Gaulle: *Le Fíl...*, p. 134.

45. Clausewitz: «De la Guerra»; citado por R. Aron: *Penser la Guerre*: Clausewitz, vol. II, Gallimard, Paris, 1976, p. 100.

46. De Gaulle: *L'Appel*, ob. cit., pp. 42-43

Desde el momento en que la derrota militar comenzó a perfilarse en el horizonte. De Gaulle se planteó la necesidad de proseguir el combate, de no aceptar un armisticio humillante y de hacer uso del espacio, del tiempo y de los aliados para preservar el honor de Francia y la posibilidad de una restitución nacional en el futuro. La guerra que Hitler desencadenaba era una guerra mundial; Francia podía caer, pero había otros sitios desde los cuales continuar la lucha. A pesar de encontrarse, como el resto del ejército francés, en plena retirada. De Gaulle reflexionaba de la forma siguiente en Mayo de 1940: «Acantonado en la región de Picardie, no me hago ilusiones, pero me propongo mantener la esperanza. Si a fin de cuentas la situación no puede ser restaurada en la Francia continental, habrá que restablecerla en otra parte. Allí está el Imperio, que ofrece sus recursos, y la flota que puede protegerlos. El pueblo, que de todas formas tendrá que experimentar la invasión, también está allí, y la República puede llevarlo a la resistencia, terrible ocasión de unidad. El mundo entero está allí, que puede suministrarnos nuevas armas y un gran apoyo. Una pregunta lo domina todo: ¿serán capaces los poderes públicos, pase lo que pase, de *colocar el Estado fuera del alcance enemigo*, conservar la independencia y salvaguardar el porvenir?»⁴⁷. Esa era la cuestión esencial: Francia iba a ser derrotada militarmente, pero ello no implicaba necesariamente el cese de la resistencia; era posible resistir, proteger la llama del irredentismo ante el invasor. No se trataba de actuar en forma ilusa o romántica; los recursos existían: todo un imperio, una armada imbatida, aliados dispuestos a colaborar. Sólo faltaba la voluntad de salvar el Estado.

En los primeros días de Junio de 1940, De Gaulle manifestó sus ideas al general Weygand, Comandante en jefe de las fuerzas armadas, y éste le respondió así: «¿El Imperio?, ¡pero esto es infantil! En cuanto al mundo, cuando yo sea derrotado aquí, Inglaterra no esperará ni ocho días para negociar con el Reich»⁴⁸. De Gaulle había esperado otra respuesta, pero no pasó mucho tiempo antes de que cayese en cuenta de que era muy poco lo que podía hacer para convencer a los líderes de la Tercera República de que adoptasen una actitud más firme: «De hecho, en medio de una nación postrada y estupefacta, tras un ejército sin fe y sin esperanza, la máquina del poder se hundía en una irremediable confusión»⁴⁹. En esos días finales, ante el marasmo y la renuncia de los dirigentes nacionales, De Gaulle supo elevarse a la altura del momento histórico y asumir la dignidad de su país en su persona. Por sobre todo. De Gaulle tuvo fe en que Gran Bretaña no cedería ante Hitler, y que el Imperio, numerosos sectores de las fuerzas armadas y una mayoría de franceses le acompañarían en el rechazo de un armisticio que colocaría a Francia bajo el yugo de un conquistador victorioso. En cuanto a lo primero. De Gaulle no se equivocó; pero en relación con el apoyo de los franceses la lucha fue más larga y difícil. Pero para De Gaulle lo fundamental en esa hora crucial no era sumar voluntades a su causa sino mantener vivo el honor de Francia:

47. Ibid., p. 52.

48. Ibid., p. 59.

49. Ibid., pp. 64.65.

«Para que el esfuerzo valiese la pena había que mantener en guerra no solamente a los franceses, sino a Francia»⁵⁰; y esto podía lograrse mediante el desafío de un solo hombre: «Frente al vacío espantoso de la renuncia general, mi misión se me apareció de un solo golpe clara y terrible. En ese momento, el más grave de su historia, me correspondía a mí asumir a Francia»⁵¹.

El 17 de Junio a las 9 de la mañana, sin el conocimiento de las autoridades, De Gaulle abordó el pequeño avión británico que le llevaría a Londres. Como escribió Churchill años después, en ese endeble aeroplano «De Gaulle transportaba el honor de Francia». A partir de ese instante, ese desterrado General, de mirada taciturna y rostro tenso, desconocido en su propio país, abrió una página legendaria en la historia: «por limitado y solitario que estuviese, y justamente por ello, me era indispensable ganar las alturas y no descender nunca más»⁵². El 18 de Junio, hablando a través de la BBC de Londres, De Gaulle lanzó su famoso «llamado» a sus compatriotas y se convirtió así en el primero de los resistentes. Ese fue su gran acto histórico; De Gaulle se transformó en símbolo que encarnaba «la figura de una Francia indomable en medio de las pruebas», todo lo cual «imponía a mi personaje una actitud que ya no podría cambiar», y que era como «una especie de sacerdocio»⁵³.

De Gaulle había esperado una respuesta favorable a su llamado de parte de todo el Imperio francés; no obstante, en un principio sólo le siguieron las colonias del África Ecuatorial. Por otro lado, una parte sustancial de la opinión pública francesa parecía convencida de que Hitler había ganado la guerra y era preferible para Francia adaptarse de la mejor manera posible a las circunstancias. En tal situación, se hacía aún más difícil para De Gaulle hacer valer su demanda de representar a Francia. Sólo un hombre de muy profundas convicciones, de una gran seguridad en sí mismo y de extraordinaria fuerza interior pudo haber logrado imponerse en esas condiciones; y es evidente que tal fuerza provenía del sentimiento de ser el instrumento de un destino superior: «en el centro de la turbulencia, me sentía cumplir una misión que sobrepasaba con mucho a mi persona»⁵⁴. Una vez que cruzó el Canal de la Mancha, De Gaulle se convirtió en Francia, y nunca más cesó de serlo. En 1942, molesto ante las altivas exigencias del rebelde a quien tanto había ayudado, Churchill dijo a De Gaulle: «Después de todo, ¿es usted Francia? Puede que haya otros grupos en el país que sean llamados, en el momento oportuno, a ocupar un lugar más importante que el que ahora tienen.» Y De Gaulle respondió: «Si yo no represento a Francia ¿para qué entonces discutir conmigo?» Este intercambio revelaba a la vez la debilidad y la fuerza de De Gaulle. El no era el jefe de un partido, no tenía grandes ejércitos bajo su mando, el gobierno «legal» de su país —que convivía con los alemanes— le había condenado y proscrito, su única

50. Ibid., p. 88.

51. Ibid., p. 94.

52. Ibid., p. 90.

53. Ibid., pp. 141-167.

54. De Gaulle: L'Unité, Pión, París, 1973, p. 316

base material se la daban algunas colonias y el apoyo británico. En consecuencia, para Churchill y para el mundo, o bien De Gaulle representaba a Francia o no era nada. «Este era el secreto de su éxito... Él podía ser reducido a nada, por ello era incansable en pedirlo todo»⁵⁵. Se dice que en una ocasión Stalin preguntó a alguien que le hablaba del poder del Papado: «¿Y cuántas divisiones tiene el Papa?» Algo semejante podría haberse preguntado sobre De Gaulle: ¿de dónde viene su poder?, ¿cuáles son sus fundamentos?, ¿en qué se sostiene? Para sus aliados no era siempre fácil hallar una respuesta, y De Gaulle lo sabía: «Ese jefe de Estado sin Constitución, sin electores, sin capital, que hablaba en nombre de Francia; ese oficial que portaba tan escasas estrellas sobre sus hombros... ese francés que había sido condenado por el gobierno "legal", vilipendiado por numerosos notables y combatido por una parte de las tropas... no podía sino causar asombro y perturbar el conformismo de los militares británicos y norteamericanos»⁵⁶. Se trataba de un hombre que había decidido levantar, él solo, la bandera de su país en medio de una atroz derrota; ésa era su magia, el impacto que ejerce una personalidad que se eleva en los momentos críticos para retar al destino. Para De Gaulle no era suficiente derrotar a Hitler; lo esencial era restaurar a Francia como poder en el mundo, y así lo logró, basado en la confianza en sí mismo. De Gaulle se hizo Francia, convencido de que el interés supremo de su país no se identificaba con lo que de él quisiesen hacer los franceses en un momento dado. Su responsabilidad era grave, y sólo con un fervor casi místico podía asumirla.

El llamado de De Gaulle encontró eco en un valioso grupo de franceses, que poco a poco fue creciendo, así como la intensidad de la resistencia contra el invasor. En términos concretos de batallas y triunfos militares, la contribución de Francia a la victoria aliada fue relativamente secundaria; no obstante, y gracias en lo esencial a la epopeya política de De Gaulle, Francia volvió en 1945 a ocupar su rango dentro de las potencias europeas. De Gaulle había buscado que el arreglo final de paz no se llevase a cabo sin la participación de Francia, y si bien no obtuvo todo lo que quería, sus logros fueron muy significativos. La humillación sufrida en 1940 quedó minimizada por el gesto desafiante de ese «general de pocas estrellas» que había sabido resguardar el honor de su país. Los dirigentes que aceptaron el armisticio de Hitler, comprometiendo el Estado y la dignidad nacional, habían entregado la independencia y por lo tanto perdieron toda legitimidad. Lo que hizo De Gaulle fue convertirse en portador de la soberanía francesa, rescatando la voluntad de resistencia, colocando la guerra en su contexto político y haciendo la guerra políticamente hasta llegar a la mesa de los vencedores sin haber obtenido grandes triunfos militares. De Gaulle encarnó la esencia más profunda de las ideas clausewitzianas sobre la defensa como la forma más fuerte de la guerra, y trasladó consigo el espacio y el tiempo en el reto de un hombre contra el destino.

55. A. J. P. Taylor: *Europe...*, ob. cit., p. 311.

56. De Gaulle: *L'Unité*, ob. cit., p. 321.

4. LA POLÍTICA COMO ARTE

«.....los hombres se convierten en mitos no por lo que sepan, ni siquiera por lo que logren, sino por las tareas que se fijen.»

H. A. Kissinger

«¿No es acaso la política el arte de colocar las quimeras en su lugar? ¡No es posible hacer nada serio si uno se somete a las quimeras!, pero, ¿cómo hacer algo grande sin ellas?»

De Gaulle, en conversación con André Malraux.

La verdadera fortaleza de los individuos se mide en las situaciones extremas, y la guerra constituye uno de esos momentos críticos en que el drama colectivo irrumpe en la vida de cada persona, planteándole exigencias radicales y definitivas. Esto es tanto más cierto en nuestro tiempo cuando la guerra ha perdido todo elemento lúdico y el espíritu del juego ya ha dejado de ejercer cualquier efecto restrictivo en las dimensiones y el sentido mismo de la destrucción y la matanza: «De hecho —escribe Caillois— cuando el pueblo es admitido en el combate, la guerra debe necesariamente dejar de ser un juego, un torneo y un desfile. Se hace seria»⁵⁷. La Segunda Guerra Mundial fue una guerra «seria»; el sentido del juego, que es auto-control, moderación, sometimiento a reglas, aceptación de la valía moral del adversario, se vino por los suelos. Sólo quedó la pasión del combate y el enfrentamiento feroz entre enemigos irreconciliables.

Para los líderes, las exigencias de una guerra no son tan sólo presiones psicológicas; el reto principal para un líder en guerra es no perder el sentido de la proporción, establecer un equilibrio entre sus ideales y ambiciones y sus medios para lograrlos, armonizar su visión del mundo y de su puesto en la historia con el sentido de la finitud de la vida, ya que sólo la muerte desconoce toda regla, e insiste en ganar siempre.

No basta entonces para un líder establecer una relación armoniosa entre política y estrategia, entre el fin y los medios; hace falta algo más profundo dentro de la guerra moderna que es capaz cada día de generar mayor destrucción. En tales condiciones, lo que puede mantener a un líder apegado a lo humano, a pesar de la confusión, el apasionamiento y la incertidumbre del hecho bélico es su moderación, su control de sí mismo y su conciencia de lo lúdico como factor que posibilita el triunfo de la vida sobre la muerte.

57. R. Caillois: *La Cuesta de la Guerra*, F. C. E., México, 1972, p. 69.

El sentido del juego y de la comedia protege lo humano en medio de la devastación que son capaces de producir los hombres mismos, preservando la posibilidad de nuevas quimeras y de una competencia limitada.

Hitler carecía del sentido de lo lúdico, de las reglas y las limitaciones; su vida es testimonio de lo excesivo, de una voluntad sin flaquezas, que no parecía humana. Según De Gaulle: «La empresa de Hitler fue sobrehumana e inhumana. Hasta las horas finales de agonía, en el fondo de su bunker berlinés, Hitler permanece indiscutido, inflexible, implacable, como lo había sido en los días más deslumbrantes. En función de la grandeza sombría de su combate y de su memoria, había escogido no dudar, transigir, o retroceder jamás. El Titán que se esforzaba en sublevar el mundo no podía doblegarse o amansarse. Sin embargo, vencido y aplastado, quizás volvió a ser un hombre, justo a tiempo para una lágrima secreta, en el momento en que todo termina»⁵⁸. Esta es una hermosa página del gran jefe francés sobre el hombre que conquistó y quiso humillar a su país. Ese fue Hitler, un titán de desbordadas ambiciones, arrastrado por una empresa que no conocía límites y que le llevó al suicidio en medio del caos y las ruinas: «Hitler —dice De Gaulle— encontró el obstáculo humano, que no es posible franquear. Hitler fundamentaba su gigantesco plan en la idea que se hacía sobre la bajeza de los hombres. Pero los hombres son almas al mismo tiempo que légamo, y actuar como si los otros jamás tuviesen coraje es aventurarse demasiado»⁵⁹.

Stalin era el hijo de una revolución victoriosa, un líder implacable acostumbrado a dominar a los otros. No obstante, dijo en una ocasión a De Gaulle que «después de todo, sólo la muerte gana»⁶⁰. Stalin, el más enigmático de los hombres, llevaba una vida personal modesta, completamente entregada al mando de su vasto imperio. Sus quimeras eran enormes, pero las trataba con el estilo rústico del hombre de provincia, del hijo de campesinos pobres —que en el fondo nunca dejó de ser.

La guerra ofreció a Churchill el terreno para ejercer sus dotes de estadista; su liderazgo fue decisivo para los británicos, y no cabe duda que supo conducirlo con esa mezcla de sobriedad y buen humor que es parte de la tradición anglosajona. Churchill, contrariamente a Hitler, era un hombre que sabía sonreír, y en los momentos más serios y difíciles, capaz de enarbolar un rostro pleno de calor humano, altivo por la vida ante la muerte. «Yo le admiré mucho —escribió De Gaulle—, pero también envidié las condiciones en que actuaba; pues si bien su tarea era gigantesca, al menos se encontraba investido por las instancias regulares del Estado, revestido de todo poder y provisto de todos los instrumentos de autoridad legal, a la cabeza de un pueblo unánime, de un territorio intacto, de un vasto imperio e imponentes ejércitos. Pero yo, condenado como estaba por parte de los poderes aparentemente oficiales, reducido a utilizar algunos restos de fuerzas y unas pocas

58. De Gaulle: *Le Salut*, ob. cit., p. 205.

59. Ibid., pp. 103-104.

60. Ibid., p. 94.

briznas de fervor nacional, tuve que responder, solo, de la suerte de un país sometido al enemigo y desgarrado hasta las entrañas»⁶¹.

¿Qué hizo de De Gaulle un personaje legendario? El no fue un gran capitán, ni el triunfador de una guerra; fue un gran político, «pero ni Richelieu ni Bismarck — escribe Malraux— son personajes legendarios; los gigantes políticos no lo son jamás»⁶². Lo que hizo a De Gaulle grande fue el nivel de su enfrentamiento, el carácter de su lucha, la naturaleza de la tarea que se fijó. De Gaulle concibió su vida como obra de arte y vio la política como arte en un doble sentido: en primer lugar, la política es estilo, capacidad de representación; en la misma interviene un elemento lúdico, el sentido del juego como camino para la aceptación de límites. Según Dauvignaud: «Parece que se debiera utilizar el término de actor para designar más bien el estatuto que reconoce una sociedad al hombre capaz de encarnar a personajes imaginarios, y el de comediante cada vez que interviene la conciencia que el artista toma de sí mismo y de la tarea que debe realizar para un público»⁶³. De Gaulle exhibió siempre una profunda percepción del ingrediente estético dentro de lo político, y supo utilizarlo para colocar su misión en el nivel que quería: «El carisma de De Gaulle tiene en sí un elemento de poesía, el sonido y el ritmo son más importantes que el significado real de las palabras; modelan o vuelven a modelar los significados»⁶⁴. De Gaulle fue un «actor» que encarnó un personaje: el héroe solitario que reta al destino y le impone su propio escenario: «el deber del actor no consiste en seguir un papel preconcebido, sino escribir el suyo y representarlo lo mejor que las circunstancias permitan»⁶⁵. Cuando los hechos no se adaptaban a las exigencias del papel que se había impuesto. De Gaulle esperaba que madurasen las circunstancias para hacer su entrada en el momento más oportuno y elevar el nivel de su desafío.

En segundo lugar. De Gaulle entendió la relación entre el arte y el juego, entre la actuación y los límites de toda comedia, y la dialéctica entre la creatividad y la decadencia. El buen actor trabaja sólo para sí mismo, ya que —como escribió en *El Filo de la Espada*, «los líderes de los hombres, políticos, profetas, soldados, que más lograron de los demás, se identificaron con grandes ideas»⁶⁶ El gran líder político se debe a una causa, y es ella la que da sentido a sus empresas. Para De Gaulle, ser la encarnación de la soberanía francesa imponía la necesidad de conservar a Francia y de subordinarse a ese objetivo. Tal subordinación imponía «prudencia, armonía, moderación y proteger a la nación y al misionero de los excesos de aquellos (como Napoleón o Hitler) que utilizan su nación como instrumento de gloria personal o a fin de desahogar sus obsesiones ideológicas o psicológicas»⁶⁷.

61. *Ibid.*, p. 239.

62. A. Malraux: *Les Chenes...*, ob. cit., p. 53.

63. Jean Duvignaud: *El Actor*, Taurus, Madrid, 1966, p. 9.

64. S. e I. Hoffmann: ob. cit., p. 360.

65. *Ibid.*, p. 334.

66. De Gaulle: *Le Fil...*, p. 86.

67. S. e I. Hoffmann: ob. cit., p. 335.

Para lograr sus objetivos, Hitler tenía que ir más allá del «punto culminante de la victoria» del que habla Clausewitz y cuyo significado se ha explicado previamente; le era indispensable, debido a la naturaleza de sus fines políticos, traspasar los límites rompiendo todo equilibrio entre sus propósitos y los medios de que disponía para lograrlos. De Gaulle, por otra parte, denunció en los «superhombres» su «inclinación hacia empresas excesivas» y el egoísmo de una élite que «cree que busca el interés general mientras busca su propia gloria»⁶⁸. El gran líder debe saber equilibrar fines y medios y distinguir lo que es posible de lo que es fantasioso, guiado siempre por un sano respeto de la finitud y de la dignidad de los hombres. Mientras más consciente se esté de las posibilidades y limitaciones propias y de la nación a que se pertenece, más eficazmente se servirá una causa que esté por encima de la glorificación personal. La «hubris» de que hablaban los clásicos griegos, la vocación por las empresas excesivas, puede ser el peor enemigo de los hombres.

La empresa de De Gaulle fue compleja y extraordinariamente exigente, pero no excesiva; su acción fue una mezcla de altivez y moderación, de orgullo y equilibrio que le ha ganado un puesto muy especial entre los líderes políticos de nuestro tiempo. Su figura pública tuvo aspectos a veces desagradables, como lo fueron su tono un tanto vanidoso y su poco disimulada conciencia de superioridad. No obstante, la historia de un individuo que desafía al mundo con éxito siempre suscitará admiración. Tal vez De Gaulle pensó en ello cuando escribió en los párrafos finales de sus *Memorias de Guerra*: «Porque todo recomienza siempre, lo que yo he hecho será, tarde o temprano, una fuente de ardores nuevos después de que yo haya desaparecido.»

68.Citado por S. e I. Hoffmann: ob. cit., p. 328.